

HISTORIA ECONÓMICA DE MÉXICO

COORDINADOR
Enrique Semo



Los orígenes
*De los cazadores y recolectoras
a las sociedades tributarias,
22000 a.C.-1519 d.C.*

ENRIQUE SEMO



UNAM



OCEANO

MÉXICO
2006

Presentación

LOS 13 TOMOS DE ESTA OBRA conforman una historia económica de las poblaciones que han habitado lo que hoy es el territorio de la república mexicana. Comienza con la llegada del hombre y termina en el año 2000, pero la mayor parte del texto está dedicado a los cinco siglos que comprenden el periodo colonial y las épocas moderna y contemporánea del México independiente.

Es una narración y una descripción de los diferentes modos en que los pobladores de esta región se han organizado para producir, distribuir y consumir bienes y servicios, una historia muy larga y accidentada que cubre más de 20 000 años y cuyos sujetos sociales son la banda, la tribu, las civilizaciones tributarias, la compleja sociedad colonial y, finalmente, la nación soberana que se configuró en el siglo XIX y que ha llegado a su plena madurez sólo en el XX.

En su elaboración participaron 16 autores; cada uno escribió su texto de acuerdo con sus propios criterios y su visión del tema que le correspondió desarrollar. Sin embargo, hubo un intenso trabajo colectivo de intercambio de ideas, opiniones y materiales que acabó reflejándose en ciertos enfoques comunes. En múltiples reuniones se discutieron guiones, manuscritos iniciales y textos finales. Temas como la periodización,

Primera edición: 2006

D. R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial
Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F.

ISBN 970-32-0508-3 (obra completa)
ISBN 970-32-3050-4

D. R. © EDITORIAL OCEANO DE MÉXICO, S. A. DE C. V.
Eugenio Sue 59
Colonia Chapultepec Polanco
México 11560, D. F.

ISBN 970-651-828-2 (obra completa)
ISBN 970-777-213-1

Prohibida su reproducción parcial o total por cualquier medio,
sin la autorización escrita del legítimo titular de los derechos

Impreso y hecho en México

las fuentes, la relación entre análisis y narración fueron objeto de largas discusiones.

La obra se inspira en los principios de la economía política que considera que las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales forman un todo inseparable y que el objetivo de la historia económica es captar la forma en que estas relaciones se entretajan en el desarrollo económico, que es el objeto de su estudio. La *Historia económica de México* se propuso sintetizar los resultados de infinidad de investigaciones particulares especializadas y ofrecer al lector una visión coherente de conjunto, basada en el conocimiento actual de los temas abordados. Esperamos que todos los interesados en la historia económica, pero especialmente los estudiantes de economía e historia, encuentren en ella tanto una obra de consulta como un marco de referencia y una fuente de inspiración teórica para nuevos estudios.

La obra introduce un enfoque doble que se propone abordar, a la vez, el estudio de los sistemas económicos que caracterizan cada etapa del desarrollo y la evolución de algunas ramas de la economía, con sus particularidades a lo largo de los últimos cinco siglos. Este enfoque está sustentado en la hipótesis de que el desarrollo de la economía es, al mismo tiempo, desigual y combinado. De que si bien las partes dependen del todo, tienen también una dinámica propia; que los tiempos del sistema no siempre coinciden con los de sus componentes.

Los primeros seis volúmenes describen la evolución de los sistemas económicos de cada periodo. El primero está dedicado a la historia antigua y el segundo a la época colonial. El tercero cubre el siglo XIX y los siguientes tres el siglo XX, examinando la Revolución mexicana y sus efectos: la industrialización orientada por el proyecto desarrollista y la integración

de México al proceso de globalización, dominado por las ideas del neoliberalismo.

Los siete textos siguientes cubren los temas de la población, el desarrollo regional, el uso de los recursos del subsuelo, la agricultura, la industria, la tecnología, así como los transportes y las comunicaciones a lo largo de cinco siglos, cada uno con sus rasgos distintivos.

Este proyecto pudo realizarse gracias al auspicio de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y al soporte financiero del Programa de Apoyo a Proyectos Institucionales para el Mejoramiento de la Enseñanza (PAPIME). Agradecemos al licenciado Juan Pablo Arroyo Ortiz, entonces director de la Facultad de Economía, su apoyo y participación entusiasta; asimismo dejamos constancia de nuestro reconocimiento al doctor Roberto I. Escalante Semerena, actual director de dicha Facultad, por su interés en la publicación de esta obra. La maestra Teresa Aguirre colaboró en la coordinación técnica. Esta edición no hubiera sido posible sin la iniciativa y la perseverancia de Rogelio Carvajal, editor de Oceano, y su eficiente equipo de trabajo. Y no podía faltar nuestra gratitud más sincera al maestro Ignacio Solares Bernal, coordinador de Difusión Cultural, y al maestro Hernán Lara Zavala, titular de la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial de la UNAM y a sus colaboradores, por su asistencia, siempre amistosa y eficaz, para la presente publicación.

México, 3 de noviembre de 2003

ENRIQUE SEMO

Agradecimientos

ESTA OBRA RECIBIÓ la ayuda de muchas personas. Durante los cerca de cuatro años que trabajé en su redacción, colegas economistas, antropólogos e historiadores discutieron algunos de los problemas que me inquietaban y expresaron su entusiasmo o escepticismo sobre la tarea emprendida. Ambos me fueron de gran utilidad. Los participantes del colectivo que redactaron los diferentes tomos de la Historia Económica de México, conocieron versiones iniciales del trabajo que discutieron en varias reuniones. Friedrich Katz, Eduardo Matos y Enrique Nalda leyeron todo o partes del manuscrito y aportaron minuciosas y sugerentes observaciones que contribuyeron a modificar algunas generalizaciones, corregir errores y rectificar omisiones. Naturalmente, la versión última del libro es responsabilidad única y exclusiva del autor. En el trabajo de recopilación de materiales, corrección y captura del manuscrito fue inapreciable la colaboración de mi ayudante, Mario Pérez Ríos. La Simon Guggenheim Memorial Foundation de Nueva York aportó el financiamiento de la investigación.

Señales en el camino

LO QUE LLAMAMOS HISTORIA antigua de México empieza con la aparición del hombre en nuestro territorio y termina con la llegada de los españoles y la destrucción de las culturas aborígenes. Tiene una duración de 22 500 años. Si se considera nuestra historia como *continuatio*, la Antigüedad representa 98% y los periodos colonial e independiente el 2% restante. Cuando un futuro historiador escriba acerca de México, primero dirá que hubo 20 milenios de historia indígena. Durante ese largo periodo, los hombres que habitaban esas tierras fueron cazadores valientes, agricultores hacendosos, constructores de grandes ciudades y creadores de civilizaciones espléndidas y originales. En 1519 comienza una conquista europea que duró, en la parte central, menos de una década. Siguió luego una catástrofe demográfica que en un siglo aniquiló a la mayor parte de la población autóctona, mientras los españoles comenzaban a poblar la región. Pese a ello —continuará—, todavía en la primera década del siglo xvii había en la región, que entonces llevaba el nombre de Nueva España, unos 50 aborígenes (rebautizados con el nombre de indios) por cada español. Siguió tres siglos y medio de mestizaje étnico y cultural —concluirá— en medio de una accidentada historia de la cual, hacia mediados del siglo xx, se consolidó una nación

todavía bastante heterogénea que se conoce con el nombre de México.

Y, sin embargo, los mexicanos tenemos dificultades para reconciliarnos con la idea de esa continuidad. Llamamos a veces prehispánica a la historia antigua, como si hubiera habido 20 000 años de preparación para algo que sucedió en 1519. O bien, al referirnos a la "herencia indígena" pensamos sólo en el esplendor de las culturas antiguas, tal como las conocieron los españoles al llegar, y dejamos que el resto de su historia se hunda en un pasado ajeno e irrecuperable. La instantánea así obtenida es llamada "México en vísperas de la llegada de los españoles".

México fue integrado al mercado internacional a mediados del siglo XVI, pero en la mayor parte del país su población siguió siendo preponderantemente india durante tres siglos más. Los españoles no fundaron una colonia de poblamiento como los ingleses y holandeses en Norteamérica, quienes marginaron y eventualmente exterminaron a los pueblos indios. Forjaron un dominio sobre una sociedad formada por una amplia base indígena, coronada por una restringida cúpula española. En los siglos siguientes no se produjeron inmigraciones europeas o africanas masivas como en Estados Unidos, Argentina o Brasil. Pero —se dirá— admitiendo incluso que exista una deformación ideológica en nuestra visión de la relación entre historia antigua y moderna, entre lo indio y lo europeo, ¿cuál es el peso real de la Antigüedad en la historia moderna y contemporánea de México?

Comencemos con una suposición que nos coloca en la perspectiva adecuada. Si los españoles hubieran llegado montados sólo en el caballo de la guerra y su superioridad hubiera sido exclusivamente técnica y económica, México sería hoy, como dijo J. Klor de Alva (Thomas, 1992: 46), similar a la India

o China. Después del contacto, millones de aborígenes hubieran continuado evolucionando, como lo habían hecho en el pasado, sin romper con sus tradiciones lingüísticas, religiosas y culturales. Como sucedió en China o en la India, habrían absorbido o aislado la limitada emigración del Viejo Continente y en algún momento se habrían sacudido la tutela colonial. Igual tendríamos, como los tenemos hoy, banqueros, tecnócratas, físicos, obreros metalúrgicos y "mil usos" mexicanos, sólo que hablarían náhuatl y otros idiomas indios a la vez que español y su manera de ser sería aun menos "occidental" de lo que es hoy. El continente americano y el mundo serían diferentes. Pero no fue así. Cortés y sus hombres llegaron cabalgando no en uno sino en los cuatro caballos del Apocalipsis, incluyendo el de la plaga. Y uno de los elementos que separaba a los habitantes de América de los europeos tuvo consecuencias fatales: la diferencia en el sistema inmunológico. Los aborígenes habían estado aislados durante milenios, mientras que los europeos adquirieron inmunidad a enfermedades infecciosas como el sarampión y la viruela que trajeron a México. El contagio, agravado por la explotación, la guerra y el hambre, ayudó a exterminar 80% de la población indígena. Los efectos de la plaga en América fueron mucho peores que los de la peste negra en Europa, siglo y medio antes, y destruyó toda posibilidad de conservación mayoritaria de las grandes poblaciones antiguas. Los aborígenes tampoco lograron salvar los aspectos más avanzados de su cultura, ligados en buena parte a sus elites, y como consecuencia cambió también la actitud de los españoles. La admiración y el respeto mostrados por Cortés y sus acompañantes ante la grandeza y originalidad de los logros indígenas se convirtieron en lástima o desprecio hacia una cultura que cedía en todo, aparentemente sin combatir. Descendiente de un pueblo que luchó durante siete siglos

contra los moros por su independencia, la siguiente generación de emigrantes españoles sólo vio miseria y sumisión allí donde los conquistadores habían visto grandeza y dignidad (Keen, 1972: caps. 3-5).

Pero de ello no puede deducirse que los indios hayan representado un sector marginal en la población del México colonial e independiente. Según datos presentados por Elsa Malvido en su ensayo sobre la composición de la población, una década después de concluida la conquista había en Nueva España 2127 indios por cada ibérico. Medio siglo más tarde la relación era aún de 425 a 1. Todavía a principios del siglo XIX los censos reconocen que más de 50% de los mexicanos eran indios, frente a 25% de españoles (incluyendo a los criollos) y otro tanto de mestizos. Además, como la distribución de los habitantes de origen ibérico era muy desigual, en muchas regiones la relación les era aún más desfavorable (véase el texto de Elsa Malvido de esta misma serie).

Todavía para el primer tercio del siglo XX la presencia del indio es sustancial. El censo de 1930 registra 17% de población que habla lenguas indígenas. En dos estados, Oaxaca y Yucatán, representaban más de 50%, y en ocho más oscilaba entre 20 y 50%.¹ Si a esto agregamos los sectores que habiendo perdido su lengua de origen seguían viviendo en comunidades, o bien aquellos que habiéndose integrado a la vida urbana mantenían lazos indígenas, alcanzamos fácilmente cifras que nos acercan a un tercio de población indígena o más. No es, entonces, sino en los últimos 60 años cuando el mestizo biológico se impone en casi todo el país y el mestizaje cultural se

¹ Sobre el proceso que redujo la presencia del indio en las estadísticas contemporáneas de México, véase Carlos Basauri, *La población indígena de México*, t. 1, CNCA/INI, México, 1990, pp. 87-95.

generaliza. La presencia significativa y contundente de los descendientes de la población aborigen que preservan girones de su cultura sería razón suficiente para considerar a la Antigüedad en toda su extensión como elemento activo en la formación de la nación mexicana. Es además la época en la cual la población autóctona despliega su creatividad distintiva sin contacto duradero alguno con Europa o Asia; la época en que la sociedad se desarrolla sin la interferencia decisiva de la expansión mundial capitalista. Si la historia posterior al siglo XVI es la historia del choque entre una sociedad autóctona compleja y la expansión europea, sólo el estudio detallado de la Antigüedad mexicana nos permite comprender plenamente el polo autóctono de esa unidad dialéctica, su resistencia empeñada y sus victorias esporádicas.

Pero no es la única razón. A ésta se debe agregar el impacto de lo indio en la cultura mexicana en su conjunto. Su herencia se plasma en costumbres, actitudes y prácticas cotidianas comunes no sólo a los sectores indígenas de la población que han marcado profundamente la trayectoria económica de los últimos cinco siglos. A lo largo de nuestra historia moderna y contemporánea siempre han existido segmentos importantes de la sociedad que resisten con éxito las presiones al cambio, preservando sus modos de vida originales. Si en sus formas puras la Antigüedad ha desaparecido totalmente del escenario, sus restos espirituales, y a veces también los materiales, viven una vida larvada detectada en más de una ocasión sin ser plenamente reconocida. Para comprenderlos íntegramente, debemos reintegrar al caudal de nuestra historia los milenios de experiencia con la comunidad agraria, el Estado despótico, la actividad mercantil, las diferentes formas de propiedad privada y comunal, la intervención del *tlatoani* en la economía y la división de la sociedad en clases que precedió

a la llegada de los españoles. Podemos decir, sin exagerar, que hasta hace tres generaciones, en la mente y el corazón de muchos mexicanos la continuidad pesaba tanto o más que las rupturas. No es casual que la Revolución mexicana produjera una reforma agraria cuyo núcleo haya sido la restauración del ejido y la comunidad. Sin duda, en algunas regiones importantes del país, esto sigue siendo cierto. Y al hablar de continuidad no hablamos sólo de "restos del pasado", sino también de estrategias de adaptación al cambio y la innovación que colocan a lo indio en el centro mismo de aquello que se ha dado en llamar Modernidad.²

El libro que el lector tiene en sus manos no es una historia general. Es una historia económica de los pueblos que habitaron lo que hoy es México y, por lo tanto, se ocupa de los procesos de producción, consumo y distribución mediante los cuales esas poblaciones produjeron y reprodujeron las condiciones biológicas y culturales de su existencia. Sus temas fundamentales son el trabajo humano y los recursos tecnológicos que determinan la relación con el medio físico así como la producción de bienes y su asignación. Sin embargo, ese proceso no puede ser separado de otras relaciones sociales ajenas al proceso de producción como son la estratificación de la sociedad en clases sociales, las funciones económicas del estado y los valores ideológicos y religiosos que sirven para conservar o transformar los sistemas económicos. Pero en esta obra abordamos a éstos sólo en la medida en que su examen se hace necesario para la comprensión del funcionamiento y la evolución de la economía.

² Sobre las estrategias de adaptación y lucha de los indígenas se han escrito innumerables libros. Como ejemplos destacados pueden citarse los de Antonio García de León (1985) y Evelyn Hu-de Hart (1984).

No es casual que se haya producido una enorme cantidad de estudios económicos sobre la época posclásica de nuestra antigüedad. La historia antigua de México ofrece un campo riquísimo para la aplicación de los métodos de la antropología y la historia económica, porque ofrece fuentes relativamente recientes de inestimable valor para el estudio de la evolución humana desde la comunidad primitiva hasta las formaciones despótico-tributarias complejas sin contacto significativo con el Viejo Mundo.

Antropología económica e historia

LA MAYOR PARTE de la Antigüedad mexicana es prehistórica, es decir, no cuenta con registros escritos. Se vuelve protohistoria unos mil años antes de la llegada de los conquistadores y las verdaderas fuentes escritas no se multiplican sino en los últimos quinientos años, para luego ser destruidas casi por completo. La prehistoria, por su parte, depende sobre todo de la arqueología y aleja a los historiadores que se nutren de documentos escritos, y el estudio de las grandes civilizaciones del periodo clásico y posclásico tampoco podría prescindir de ella. Pero la arqueología sólo proporciona restos materiales que poco pueden decir sobre sistemas económicos, estructuras sociales y mundos espirituales. Cuando los arqueólogos no desean ir más allá de los hechos comprobados, sólo nos hablan de colecciones cuidadosamente catalogadas y clasificadas de huesos, raspadores y puntas de flechas, y, más tarde, de restos arquitectónicos, templos, cerámicas, tumbas, estelas y esculturas. Sin ellas, es verdad, no existe historia antigua. Los muertos neolíticos no pueden revivir para responder a nuestras preguntas apremiantes y es necesario contentarnos con lo que revelan sus obras materiales.

Para que todo aquello que han dejado tras de sí, imperecedero o de lenta desintegración, nos deje oír sus voces en medio del silencio que envuelve a su mundo ya desaparecido, es nece-

sario recurrir a otras ciencias y cruzar sus datos con imaginación creativa. En el último medio siglo ha habido progresos sorprendentes y las piezas conocidas del inmenso rompecabezas —cada vez más numerosas— permiten tejer teorías y aventurar explicaciones. En el periodo de posguerra los arqueólogos descubrieron que otras ciencias podían aportar mucho a la arqueología prehistórica. La colaboración con geólogos, biólogos, matemáticos, botánicos y geógrafos permite estudiar la evolución de las culturas antiguas sobre el trasfondo de los cambios climatológicos y su influencia en el hábitat en los últimos 15 000 años. Los restos de polen permitieron conocer la flora y el clima de cada época y los huesos de animales crearon una posibilidad de inferir las actividades de subsistencia. Más recientemente, los enfoques cuantitativos en el análisis de artefactos, el mayor y mejor uso de las computadoras y la fotografía aérea o espacial han tenido un nuevo impacto en la arqueología.³

Pero más que ninguna otra ciencia, los avances en la etnografía (estudio de casos de pueblos primitivos aún existentes) y la etnología (estudio de esos pueblos en su conjunto) contribuyeron a desarrollar el método histórico que parte del presente para investigar el pasado. Fue Lewis H. Morgan (1818-1881) quien por primera vez usó la etnografía para explicar la prehistoria (Morgan, 1969). Recurriendo a la analogía sostuvo que el estudio de las instituciones sociales de los indios sobrevivientes de América permitía comprender la larga historia que precedió en la Antigüedad clásica el surgimiento de ciudades, Estados y grandes civilizaciones. Aun cuando muchas de sus conclusiones se apoyaban en información empírica hoy superada, y su evolucionismo lineal está en desuso, fundó un método que

³ Para una introducción al tema, véase la obra de Robert J. Wenke, *Patterns in Prehistory. Humankind First Three Million Years*, Oxford University Press, New York, 1984, caps. 1 y 2.

hasta hoy sigue inspirando adhesiones, desarrollos y rechazos a títulos distintos y a menudo contrapuestos.

La confrontación de las evidencias y conceptos analíticos de la arqueología y la etnografía presenta aún problemas serios. Los arqueólogos se ocupan sólo de una parte de los restos materiales de sociedades extintas. Los etnólogos trabajan con información no material derivada de sociedades existentes, contaminadas por la Modernidad y el colonialismo. Es imposible, por tanto, evitar cierta incongruencia crónica entre los conceptos organizadores empleados por ambos. Y, sin embargo, con ayuda de métodos comparativos cada vez más modernos, los trabajos multidisciplinarios han prosperado considerablemente en las últimas tres décadas (Godelier, 1976: 279-335).

La antropología, nacida del encuentro del mundo capitalista con las sociedades primitivas, se transformó con rapidez en puente fructífero entre las ciencias sociales y el pasado prehistórico. Sus métodos y modelos ayudaron a organizar los datos dispersos del pasado así como los descubrimientos sobre el hombre primitivo, y su evolución marcó profundamente la formación y desarrollo de algunas teorías importantes de la antropología sobre la sociedad contemporánea. Todas las corrientes vigentes: funcionalismo, estructuralismo, marxismo, ecología cultural y evolucionismo materialista, se han alimentado y han contribuido en algún momento al estudio de la prehistoria y la historia antigua. Del contrapunteo del pasado más remoto y el presente más inmediato han nacido enfoques teóricos sobre la evolución de la sociedad, que si bien difieren profundamente entre sí, comparten una búsqueda renovada de una teoría general para explicar la evolución y el cambio social.⁴

⁴ Un buen ejemplo es el trabajo de Stephen K. Sanderson, *Social Transformations. A General Theory of Historical Development*, Blackwell, Oxford, 1995.

Como este ensayo trata de la historia económica de la Antigüedad, no podemos empezar nuestra exposición sin antes debatir brevemente las posibilidades y limitaciones de tal empresa. Existen dos preguntas que debemos contestar: ¿es posible hablar de economía en las sociedades antiguas? y, de ser así, ¿tenemos suficiente información acerca del tema para intentar explicaciones e interpretaciones, aun cuando sean iniciales? (Plattner, 1989: 30-32).

La respuesta a la primera es afirmativa, siempre y cuando se fijen con claridad las diferencias con la sociedad contemporánea. En las sociedades antiguas la economía está inserta en la estructura social y política. El derecho del individuo a la subsistencia se deriva de su pertenencia a la familia o la comunidad. En tiempos normales es un derecho a recibir tierra, trabajo y productos, y en momentos de apuros, ayuda de familiares, amigos, miembros de la comunidad, líderes y gobernantes. Por otro lado, la obligación de aportar a la producción de bienes para otros miembros de la sociedad o para ésta en conjunto es resultado de imperativos que se originan en el parentesco o las redes religiosas y políticas de la sociedad y no en las relaciones estrictamente económicas. A diferencia de lo que sucede en las sociedades capitalistas, la amenaza del hambre y el incentivo de la riqueza no son los móviles en la actividad económica del individuo. Ésta, por el contrario, es regida por criterios de deber y estatus social, y no por los del contrato económico. La organización familiar, social y política influye en la producción y norma la distribución y consumo de bienes, en lugar de las leyes de la oferta y la demanda, la utilidad y la acumulación de capital que pertenecen estrictamente al mundo económico. Si se quiere, la actividad económica no se ha separado lo suficiente de los lazos familiares y políticos como para constituirse en esfera autónoma de la vida. La familia, nuclear

o ampliada, es la célula de producción y consumo principal. Sus funciones económicas no son sino una cara distinta de sus funciones psicológicas y sociales. Pero esto no significa que en esas sociedades los problemas económicos estén menos presentes que en las actuales. Todas las sociedades, incluso las más primitivas, deben decidir sobre la distribución de los recursos productivos entre las diferentes actividades, institucionalizar la división del trabajo, el intercambio de productos y el consumo, y tomar medidas para asegurar la reproducción periódica de esas actividades. Pero mientras en la sociedad moderna éstas son regidas por las leyes del mercado, en las sociedades antiguas, la influencia del grado de desarrollo de las fuerzas productivas se impone mediante los lazos familiares, tribales, religiosos y políticos. Al principio incluso las relaciones de producción se confunden con las relaciones de parentesco en la práctica, y sobre todo en la conciencia. Sin embargo, no son reductibles a estas últimas que son también el mecanismo social que rige la reproducción biológica. En la sociedad capitalista la familia no es ya una unidad de producción, aun cuando sigue siendo unidad de consumo. La producción sale al mercado y su meta es la acumulación de riqueza. En la sociedad primitiva, como diría Marx, el objetivo de la producción es el hombre; y en la capitalista, el objetivo del hombre es la producción. En eso reside la diferencia en la relación sociedad-economía, que separa al mundo antiguo del contemporáneo.

También a la segunda pregunta podemos responder afirmativamente. Tanto la historia económica como la antropología económica han abordado el estudio de las sociedades antiguas desde hace siglo y medio y el material acumulado acerca del tema es muy rico. Se ha alterado la imagen que del cazador-recolector teníamos. Se han precisado los conocimientos sobre la comunidad agraria igualitaria sustentada en la unidad domés-

tica. Hemos aprendido mucho sobre las funciones económicas de los primeros Estados, la relación entre agricultura de riego y civilización, la evolución del mercado y el comercio pre-capitalista, la distribución y redistribución del producto social y la relación entre economía y cultura. El conocimiento de la diversidad de las vías de desarrollo en la Antigüedad ha invalidado todas las teorías lineales y "etapistas" del desarrollo así como las simplificaciones de una "historia universal" de clara orientación eurocentrista.

En los últimos 40 años se han definido tres grandes corrientes interpretativas que también han dado lugar a estudios empíricos muy importantes. Los formalistas sostienen que en todas las culturas, los hombres ejercen la decisión racional en un marco de medios y fines, obligaciones y oportunidades. Independientemente de las motivaciones y la ideología del hombre, su constante interacción con medios escasos lo obligarán a tomar decisiones racionales. Este campo es el de la economía y sus paradigmas fundamentales son aplicables a cualquier sociedad. Todo ser humano, sea un cazador-recolector sudafricano, un campesino maya de Guatemala o un corredor de bolsa de Nueva York, tratará de maximizar la utilidad de sus acciones productivas. Una cita de Melville J. Herkovitz resume brillantemente la posición:

[...] Hemos visto que la escasez de bienes a la vista de las necesidades de un determinado pueblo y un momento dado constituye un hecho universal de la experiencia humana; que no se ha descubierto aún ninguna economía en la que se produzcan bienes bastantes, en la calidad y variedad suficientes para satisfacer todas las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

Y esto que decimos es verdad, ya se trate de grupos pequeños o grandes, de sistemas de mecanismo económico simple o com-

plejo. Y, aún más importante, lo mismo si la sociedad permanece inalterable y las diferencias en cuanto a su modo de vida no son grandes de generación en generación que si se acusan en ella cambios dinámicos. La semejanza entre una sociedad y otra es, en ese respecto, más de grado que de género. El principio general, por tanto, queda en pie, pese a los diversos cambios que puedan presentarse en cuanto al tema principal y que se manifiestan en las formas especiales asumidas por éste en las diferentes economías funcionantes (Herkovitz, 1974: 25).

La corriente sustantivista, representada sobre todo por Karl Polanyi y George Dalton, responde a un impulso antigeneralizador y sostiene que los principios de la economía neoclásica sólo son aplicables a la sociedad capitalista. Las diferencias entre culturas como la de los agricultores comunitarios y el capitalismo financiero de finales del siglo XX, son tan grandes que el esfuerzo de elaborar una teoría común a ambas sólo puede producir resultados simplistas o irrelevantes. Polanyi distingue dos significados para el concepto de lo económico: "el formal" que se identifica con la toma de decisión racional; y el "sustantivo" que representa los actos productivos necesarios para satisfacer las necesidades básicas. Sólo en el capitalismo moderno la producción material (sustantivo) se identifica con la lógica económica racional (formal). La unificación se produce mediante el mercado, el dinero y el capital. En los otros sistemas, la economía está sumergida, inserta, en otras instituciones sociales (Estado, templo, tributo) no mercantiles y opera con principios ajenos a la "toma de decisión propiamente económica." (Wilk, 1996: 7-9).

Por otro lado, los sustantivistas rechazan el determinismo económico marxista que, según ellos, sólo rige para la sociedad capitalista. Como la mayoría de los modelos evolucionistas, el de

Polanyi puede ser usado para clasificar a las sociedades desde la más simple (primitiva) hasta la más compleja (moderna). Distinguen tres "mecanismos integradores" que garantizan en las sociedades precapitalistas la producción y reproducción de los bienes materiales: en las sociedades donde predominan las relaciones de parentesco, la reciprocidad, es decir, los dones e intercambios mutuos de servicios y bienes, es el principio organizador. Las sociedades en las cuales han aparecido las clases y formas más o menos elaboradas de Estado están regidas por el principio de la redistribución; es decir, que una parte del trabajo y los bienes es extraída de las comunidades y concentrada por el Estado, que la redistribuye a unidades consumidoras diversas. Finalmente aparece en esas mismas sociedades el mercado sustentado en el principio de la producción para el cambio que rige una parte de la producción y la distribución por medio de los mecanismos de valor y precio. El capitalismo es una ruptura radical con las formaciones económico-sociales que lo preceden, porque en ellas el motivo de la ganancia no opera y las decisiones económicas formales son imposibles ya que la situación de "necesidades ilimitadas y satisfactores escasos" que caracteriza la economía moderna, no se da. Las coincidencias con la concepción marxista de los modos de producción en la versión abierta de Eric Wolf, es evidente (Dalton, 1971: 10-12).

La tercera es la corriente marxista que se inicia con los esfuerzos de Marx y Engels por descubrir la génesis del capitalismo y los rasgos que lo distinguen de las sociedades que lo precedieron. Estas tesis son retomadas por numerosos investigadores y culminan con las contribuciones contemporáneas al tema que nos ocupa de Pedro Carrasco, Maurice Godelier, Ángel Palerm, Marshall Sahlins, Eric Wolf y muchos más. Dejemos hablar a Marx mismo, que en un texto extraordinario

resume las características de lo que más tarde se llamaría materialismo histórico:

El resultado general a que llegué y que, una vez obtenido, sirvió de hilo conductor a mis estudios, puede resumirse así: en la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desarrollado hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. [...] A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués (Marx y Engels, 1955: 1: 373-374).

En adelante recurriremos con frecuencia a los conceptos desarrollados por las últimas dos corrientes para organizar nuestra

exposición. Pese a grandes diferencias, comparten tesis importantes que, en el estudio de las sociedades precapitalistas, les otorgan un carácter complementario. La solución no es renunciar a una de ellas en busca de un monismo estéril, sino aceptar que cada una contiene aportaciones importantes y aplicarla a los temas y casos que explica mejor. En cuanto a la primera, no compartimos su enfoque.

CONCEPTOS ORGANIZADORES

El larguísimo periodo que va desde el año 21000 a. C., edad de los restos más antiguos encontrados en México, hasta 1519 d.C., sólo puede estudiarse como historia con ayuda de conceptos organizadores y de esquemas de periodización que permitan agrupar los hechos dispersos, catalogarlos, ordenarlos, compararlos y, eventualmente, interpretarlos. Estos conceptos y esquemas, como se verá, son muy diferentes de los que se aplican a la historia de los últimos cinco siglos, pero en los últimos años se han multiplicado esfuerzos para restablecer la unidad entre historia antigua y moderna y la aspiración a una economía política que abarque a toda la historia de la humanidad.

Uno de los conceptos organizadores más utilizados es el de cultura. Mientras los animales sobreviven adaptándose biológicamente, el hombre, cuyas peregrinaciones lo llevan tanto a las junglas del sur de México como a los picos nevados de los Andes, vence los obstáculos creando cultura. Produce utensilios, instrumentos y armas; construye viviendas y ciudades; renueva sus métodos de caza y recolección; inventa lenguas y religiones, códigos morales y leyes; se expresa artísticamente y construye patrones de parentesco e instituciones políticas. Los antropólogos han debatido encarnizadamente acerca de la definición

del concepto. Uno de ellos elaboró un listado de más de 300 definiciones diferentes. No es éste el lugar adecuado para participar en la discusión, pero debemos aclarar que cuando en el futuro hablemos de "cultura" nos referiremos al conjunto de las obras del hombre, espirituales y materiales, desde sus creencias religiosas hasta sus modos de pescar o sus instrumentos de labranza. Entre los diferentes elementos que conforman la cultura existe una relación establecida y un sistema de jerarquización que no es igual o inmutable en todos los casos. Todo individuo nace y muere en el seno de una cultura que lo trasciende. Naturalmente, las culturas cambian, pero a un ritmo que nada tiene que ver con la vida del individuo (Harris, 1978: 301-324).

El término será utilizado en sentidos diferentes, de acuerdo con la época y el nivel de nuestros conocimientos. Hablaremos por ejemplo de la cultura de los cazadores-recolectoras para destacar la relación orgánica que existe entre los diferentes aspectos de la vida propia en una etapa del desarrollo humano y los lazos que unen a los cazadores-recolectoras del pasado y el presente en sus expresiones locales, desde las zonas árticas de los esquimales hasta el corazón del África de los pigmeos. En otras ocasiones nos referiremos a pueblos determinados, como la cultura mexicana, y al final la utilizaremos para designar estilos y formas de producir utensilios, cerámica, templos y arte que asociamos por su semejanza, sin saber si fueron producidos por uno o varios pueblos, como la cultura olmeca. Nos ocuparemos casi exclusivamente de un aspecto de la cultura, la economía, pero como hemos visto, en la historia antigua ésta no puede ser separada de aquélla, por lo cual se torna frecuentemente el estudio de lo "económico" en otros aspectos de la vida.

Otro término que se empleará con frecuencia será el de civilización, sin sentido peyorativo alguno hacia formas de vida

anteriores. Con él nos referiremos a sociedades complejas caracterizadas por el Estado, la separación de la ciudad del campo, la agricultura sustentada en el riego, la estratificación, el desarrollo de la división y especialización del trabajo, la existencia de mercados y de comercio local y a distancia. A eso deberán sumarse la aparición de la escritura y el florecimiento de expresiones artísticas, religiosas y ceremoniales complejas (véase Sabloff, 1974). Hoy día se prefiere el concepto "sociedades complejas" que tiene menos resabios ideológicos pero carece de dimensión rupturista clara.

A diferencia de lo que sucede con muchos de los pueblos aborígenes del continente americano, vistos en conjunto, los habitantes de Mesoamérica transitaron por todos los niveles del desarrollo prehistórico y antiguo. La historia económica de la Antigüedad mexicana puede abordar el estudio de tres tipos de sociedades con todas las formas transicionales que les son propias: cazadores-recolectoras, agricultores igualitarios y civilizaciones despótico-tributarias. Estas formaciones sociales representan niveles de desarrollo, pero en la historia de México no conforman peldaños de un progreso lineal para el conjunto de la región que incluye Aridamérica y Oasisamérica ni para cada uno de los pueblos individuales. Hasta 7000 a.C., el panorama es bastante homogéneo. Todos los grupos que recorren nuestro territorio pertenecen a la gran familia de cazadores-recolectoras que, pese a las diferencias, comparten los rasgos principales de la condición. A partir de entonces, la diferenciación se apodera de la escena. Mientras algunos pueblos adoptan la agricultura, otros persisten en su nomadismo. Y a partir del año 1000 a.C. el abigarramiento se vuelve extremo. En algunas zonas surgen civilizaciones complejas y en otras los pueblos preservan sus tradiciones "primitivas" hasta la llegada de los españoles e incluso hasta finales del siglo XIX (Sanderson, 1995:

4-5; Wolf, 1982: 76). Entre estos dos extremos la diversidad de culturas imperante es prácticamente ilimitada. La vanidad de pretender establecer una periodización única o un esquema lineal para todos se materializa en la historia de los mexicas que dos mil años después del surgimiento de la cultura olmeca son un pueblo seminómada que combina caza, pesca y recolección con una agricultura incipiente y que desde tierras chichimecas va llegando apenas al opulento Valle de México cuyos pueblos han vivido ya su periodo de máximo esplendor clásico. A su llegada, los mexicas formaban un cacicazgo con una estratificación social incipiente mientras que los pueblos del Valle se encontraban en un estadio que Marx llamó modo de producción asiático y Eric Wolf, modo de producción tributario.

La primera formación está conformada por bandas muy reducidas, casi siempre de unos 20 individuos, que se mudan con frecuencia en busca de alimentos. Muy esporádicamente varias microbandas se reúnen durante algunos días al año para intercambiar mujeres y regalos y realizar actividades productivas y ceremoniales imposibles de lograr en el marco de las primeras. Las actividades productivas son la caza, la recolección y la pesca. Debido a las limitaciones de eficacia de las armas con que se cuenta, la caza de animales mayores sólo es posible con la cooperación de todos los miembros de la banda. La recolección está preferentemente a cargo de la mujer y en lo que hoy es México a menudo juega un papel tan o más importante que la caza en el abastecimiento alimentario. La distribución de los productos se realiza en función de normas de parentesco que tienden a asegurar la supervivencia común. En la medida en que hay jefes, su poder es temporal o funcional y no entraña dominio sobre el resto del grupo. Desprovistas de propiedad privada, las bandas sólo conocen el dominio colectivo sobre algunos recursos como ojos de agua, oasis muy

fértiles o árboles particularmente productivos. Por lo general, el acceso a los recursos naturales está abierto a todos. Mientras sus miembros tienen algunos utensilios de propiedad individual, en el grupo reina la igualdad. Las normas sociales imperantes aseguran esa igualdad económica y social. Esto no excluye los conflictos violentos entre las bandas sobre cotos de caza o recolección y los frecuentes actos predatorios.

La comunidad agrícola igualitaria preserva muchos de los rasgos sociales de los cazadores-recolectoras sobre todo la centralidad económica del hogar. La gran innovación aquí es la adopción generalizada de la agricultura. El proceso que la hizo posible en México es muy lento y debido a la escasez de ganado que proporcione carne, el habitante de nuestro territorio tarda en renunciar a la caza y la recolección. Por eso durante mucho tiempo imperó la economía mixta en la cual recolección, caza, pesca y agricultura se combinan en diversas proporciones en una sociedad seminómada. Una vez que se impone, la agricultura se practica de manera extensiva con complementos intensivos en pequeña escala. Llega acompañada de otros cambios que en conjunto han sido denominados "revolución neolítica". La banda es sustituida por la tribu, un grupo social más numeroso compuesto de clanes o linajes asociados en forma libre y unidos por rasgos culturales comunes: lengua, rituales, intercambios, etc. Aparece la cerámica y los métodos de conservación de alimentos. Aun cuando la comunidad sigue siendo ante todo autosuficiente, crece la importancia del trueque.

Al principio, estas comunidades contaban con la misma democracia económica y política que caracterizaba a los cazadores-recolectoras. Las tierras de cultivo son propiedad del clan o el linaje asociado a la comunidad aldeana, pero su explotación está a cargo de la familia que conforma la unidad económica

principal. No existen en la comunidad miembros desprovistos de tierras. Las diferencias en la riqueza de las familias se deben en parte al ciclo reproductivo relacionado con la edad de los adultos y los niños, pero estas diferencias no son sistemáticas y no norman las costumbres ni el trato social. Con el tiempo esta igualdad cedió el paso al surgimiento del rango. La aparición de un excedente almacenable y constante estimula la aparición de elites, ya sea el jefe o el shamán con sus allegados. Las familias emparentadas están ligadas entre sí por lazos de asistencia mutua en la realización de tareas como el desmonte, la construcción de casas o chozas y la cacería mayor, y los circuitos de distribución están normados por las relaciones de parentesco. Surge la tribu, cuya trayectoria ha sido ampliamente documentada en los anales prehispánicos. A medida que se acentúa la diferenciación aparecen los cacicazgos permanentes. Nunca podrá enfatizarse suficientemente la importancia de la aparición de la agricultura en Mesoamérica. Debido a la ausencia de ganadería es el paso decisivo y único que abre el camino al surgimiento posterior de la civilización.

Las sociedades tributarias se sustentan en la agricultura intensiva de alta productividad, apoyada por el riego, las terrazas y el abono. Los cambios sociales más importantes son el surgimiento de la ciudad, la estratificación y el Estado: organización que mantiene a sacerdotes y burócratas profesionales con los excedentes que recibe de los productores y que puede utilizar la violencia para imponer sus designios. El Estado, que no llega a su desarrollo pleno sino en la época clásica, conserva su hegemonía integrando la religión a sus filas, frenando el desarrollo de la propiedad privada y consolidando su prestigio como jefe de guerra, constructor de obras públicas y administrador de servicios urbanos o de irrigación. Depositario del ritual, su poder se ratifica periódicamente en la guerra, la

confiscación de los bienes de sus enemigos y los sacrificios humanos masivos. Las comunidades campesinas subsisten, pero los lazos del clan y la igualdad se debilitan paulatinamente. El Estado impone un tributo que adquiere regularidad y legitimidad. Además existe un sistema de trabajos públicos en el cual participan todos los plebeyos. Aparecen la esclavitud, el trabajo servil y el trabajo asalariado.

Surgen grandes ciudades que se distinguen de las aldeas porque en su población, además de los agricultores, abundan individuos que no participan en la producción de alimentos. Artesanos, mercaderes, transportistas, sirvientes, artistas, guerreros profesionales y sacerdotes constituyen una parte sustancial de la población. Las caravanas comerciales de otras regiones transitan por estas ciudades.

Se regulariza el comercio local y a larga distancia, así como los grandes mercados urbanos. Aparecen formas iniciales de dinero. Se modernizan las técnicas artesanales. Emergen la arquitectura, el arte monumental, la escritura, las religiones complejas, la historia, la filosofía, la literatura, la astronomía y las matemáticas. Como puede verse, las diferencias entre la economía de esta sociedad y la de las dos anteriores son más profundas que las que separan a éstas entre sí. Representan el tránsito de las "sociedades primitivas" a la "civilización"; de la comunidad igualitaria a la sociedad de clases; del estado natural a la centralización del poder; de la sociedad homogéneamente rural a la dicotomía campo-ciudad.

La prolongada historia antigua de México conoce tres grandes momentos de ruptura y de cambio económico cualitativo que deben ser descritos y explicados: la aparición de la agricultura, el surgimiento de las sociedades tributarias y su derrumbe a partir del siglo XVI debido a la conquista española. Ocupados en explicar no sólo las continuidades, sino también las

rupturas, nos referiremos a las dos primeras, puesto que la historia de la tercera pertenece al primer siglo de la era colonial.

PERIODIZACIÓN

Otro criterio imprescindible para una historia tan extensa es la periodización. Utilizaremos una que nos ayude a fechar, ubicar y relacionar descubrimientos y sucesos particulares en función de puntos de referencia comúnmente aceptados, y estableceremos una relación clara de ésta con otra que tiene un significado económico y social definitorio apoyado en las sociedades más avanzadas de cada época. La primera (arqueológico-cultural) es la más común entre los arqueólogos y los historiadores del arte. Bastante controvertida, nos es sin embargo necesaria porque todos los hallazgos y sus referencias organizadoras principales se relacionan con ella. Según la primera, en una versión sintética acorde con las necesidades de un texto como el presente, la historia antigua de México se puede dividir en cinco etapas fundamentales.

1. *Lítica* (21 000 a 4500 a.C.). Las bandas nómadas de cazadores-recolectoras son la única forma de sociedad existente. Los restos más antiguos, encontrados en El Cedral (San Luis Potosí), Valsequillo (Puebla) y Tlapacoya en el Valle de México, tienen una antigüedad de 21 000-30 000 años. Al principio, sus instrumentos —grandes y burdos— son todos de piedra. Están modelados a golpes con piedras más duras para producir bordes cortantes o puntas agudas. Hacia el año 12 000 parece haber ocurrido una serie de innovaciones en el trabajo de la piedra ya que aparecen las puntas de proyectil en forma de hoja, trabajadas en ambas caras con el uso de punzones y objetos de hueso. Aparece el propulsor, mas no el arco y la flecha que son

posteriores. Los artefactos son cada vez más pequeños y mejor modelados. La ubicación de los restos prueba que ya desde el inicio de la época todo el territorio está habitado, pero con una densidad muy baja. Hacia el año 7000 aparecen las primeras plantas cultivadas. El fin del periodo está marcado por los avances de la agricultura como ocupación complementaria.

2. *Preclásica temprana* (4500 a 1200 a.C.). El tránsito a la agricultura sedentaria y su generalización (hacia 2300) tienen lugar durante ese periodo. Aumenta el número de plantas cultivadas. Aparece también la cerámica y algunas casas construidas que remplazan las cuevas. Hacia mediados del periodo pueden distinguirse centros regionales compuestos de una aldea mayor que controla varios pueblos.

3. *Preclásica tardía* (1200 a.C. a 100 d.C.). Aparición de centros ceremoniales y de las primeras civilizaciones tributarias, la más temprana de ellas, la olmeca y poco más tarde, algunos centros mayas. A partir de los años 400 a.C. se generan importantes avances tecnológicos en la agricultura, la mayoría ligados con la irrigación. En los últimos dos siglos se multiplica la construcción de grandes pirámides monumentales erigidas con trabajo colectivo, como las de Cuicuilco con base redonda de 187 m de diámetro y 27 de altura. Aparecen los rasgos que distinguen a Mesoamérica del resto de Norteamérica y Centroamérica, aun cuando no se han generalizado todavía en todo su territorio.

4. *Clásica* (100 a 650/900 d.C.). Crecimiento acelerado de la población; aparición de instituciones económicas y políticas complejas; florecimiento de las grandes ciudades gobernadas por sacerdotes y reyes; auge de todas las expresiones artísticas. En la cuenca de México, apogeo del dominio de Teotihuacan y de Monte Albán y Tikal en sus respectivas zonas. El conocimiento de la escritura se generaliza aun cuando sólo los mayas y los zapotecos parecen haber contado con sistemas jeroglíficos

plenamente desarrollados. Diversidad exuberante de las culturas y sus manifestaciones. Culto generalizado de la serpiente emplumada conocida más tarde por los mexicas como Quetzalcóatl. Edad de oro de las civilizaciones mesoamericanas. Las fechas, tanto del principio como del final de la época cambian de un área a otra.

5. *Posclásica* (650-900 a 1521 d.C.). Época marcada por la inestabilidad, las guerras y las migraciones; afirmación del dominio de los guerreros; emergencia de imperios en conflicto; auge del comercio; aparición de la historia escrita y las crónicas; sacrificios humanos masivos y estancamiento de las expresiones artísticas. Destrucción final de las civilizaciones mesoamericanas por los conquistadores europeos.

La segunda periodización, válida como la primera sólo para Mesoamérica, obedece a criterios de antropología económica y destaca el régimen económico y social. Según esta periodización la historia antigua de México se divide en las tres formaciones ya citadas, con la siguiente cronología: 1. *Comunidad de cazadores-recolectoras* (21000 a 5000 a.C.); 2. *Comunidad agrícola igualitaria* (5000 a 1000 a.C.); 3. *Sociedades tributarias* (1000 a.C. a 1519 d.C.).

La relación entre ambas periodizaciones es muy simple. El primer ciclo de la periodización económico-social corresponde más o menos al lítico de la periodización arqueológico-cultural, mientras que el segundo corresponde al preclásico temprano. El de la sociedad tributaria en cambio abarca una época que en la arqueológico-cultural coincide con tres etapas: preclásica tardía, clásica y posclásica.⁵

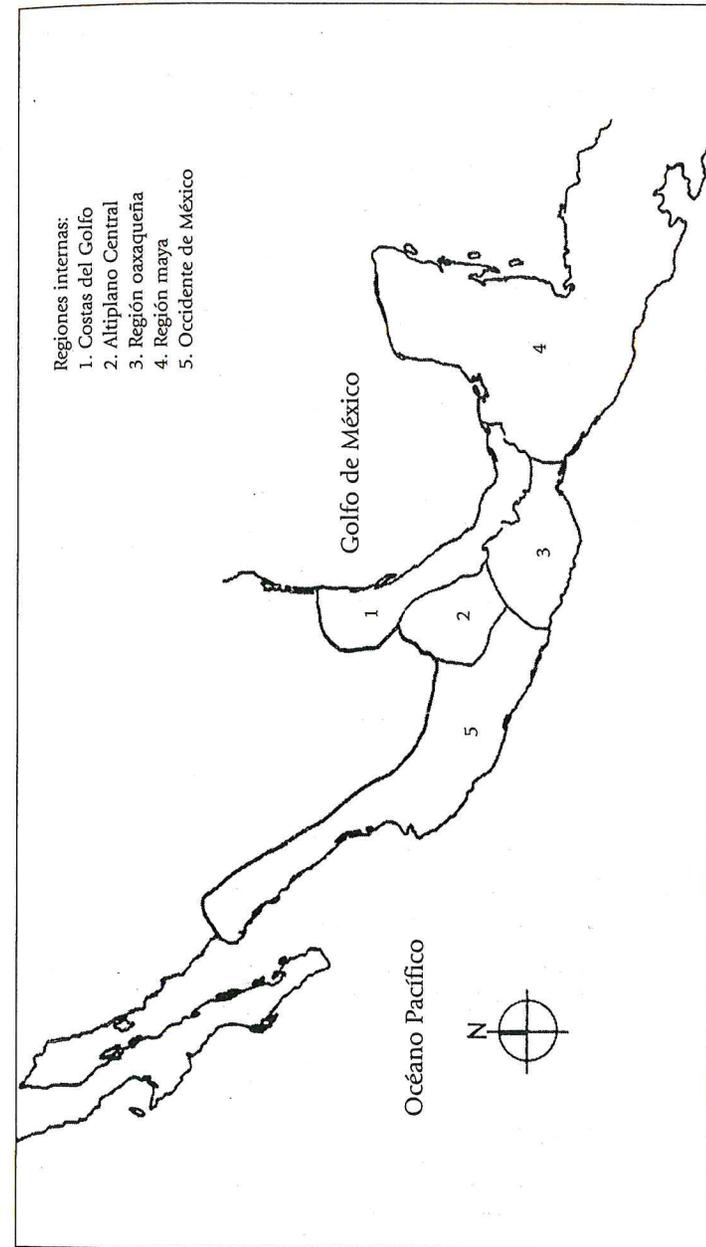
⁵ Sobre este tema véanse los trabajos de Enrique Nalda, "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en Enrique Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, t. 1, Alianza Editorial Mexicana, México, 1999; y el de Eduardo Matos Moctezuma, "Mesoamérica", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia*

Nuestro arsenal de conceptos organizadores estaría incompleto si no agregamos un conjunto que se plasma en la geografía humana. Me refiero a los conceptos Mesoamérica, Aridamérica y Oasisamérica, que han sido también objeto de múltiples discusiones. Esta división permite designar áreas culturales relativamente definidas a partir de la aparición de las primeras sociedades estratificadas, hacia el año 1200 a.C., pero su plena vigencia en los límites que aquí presentamos sólo se impone al principio del posclásico.

Introducida por Paul Kirchhoff en 1943, la idea de Mesoamérica se ha transformado en un concepto aceptado no sólo por antropólogos y arqueólogos, sino que es de uso común. Su frontera septentrional está representada por una línea móvil que hacia el año 900 d.C. sigue el río Sinaloa en el noroeste y el Soto la Marina en el noreste. Entre los dos hay un hundimiento para excluir el desierto central de Chihuahua, Nuevo León y Coahuila. Su frontera sur se extiende a lo largo del río Ulúa en Honduras, bajando hacia el sur para terminar en el golfo de Fonseca de la costa del Pacífico de El Salvador. Esta área engloba una superficie cercana a un millón de kilómetros cuadrados.

Mesoamérica es el área de la multiplicación temprana de las aldeas sedentarias y de una apretada sucesión de civilizaciones que comparten una serie de rasgos originales que las distinguen del resto del mundo: chinampas, el cultivo del maguey para aguamiel, arrope, pulque y papel; el calendario con base en la combinación del año solar de 365 días y el ciclo sagrado

antigua de México, vol. 1, INAH, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Porrúa, México, 2000. Ambos hacen un análisis detallado de los diferentes sistemas de periodización existentes. Pensamos que cada uno de ellos es resultado de enfoques teóricos distintos y que, por lo tanto, no son necesariamente excluyentes. Hemos adoptado una periodización que responde a las necesidades de una historia económica de larga duración y de carácter sintético como la presente obra.



de 260; la escritura jeroglífica; los mercados organizados y el comercio a larga distancia; el uso del cacao como moneda; las guerras floridas; los códices, anales históricos y mapas. Al norte, el mundo mesoamericano topa con los pueblos cazadores y recolectores de las zonas áridas, el mundo bravío de la "Gran Chichimeca", como había de llamársele más tarde. Más allá se extienden sociedades de economía mixta del sur de Estados Unidos. En la frontera meridional predomina una serie de pequeñas tribus y cacicazgos que no alcanzan el nivel de las sociedades complejas pese a ser productores de cerámica de excelente calidad. Todavía más al sur, en Ecuador, Perú y Bolivia está el área andina, en la cual florece el imperio inca que constituye el otro gran centro prístino de civilización en América. Con él los mesoamericanos sólo establecen contactos esporádicos. Originalmente los límites septentrionales de Mesoamérica se fijaban con una línea que partía en un punto en el Golfo de México que se encuentra al norte del Puerto de Tampico, luego bajaba para excluir la zona desértica del norte de México y llegar a la costa del Pacífico a la altura de la punta de Baja California. Al sur la frontera se extiende desde el noroeste de Honduras en el Caribe y cruza la tierra firme hasta llegar a la costa del Pacífico en El Salvador. Pero trabajos arqueológicos recientes, realizados en La Quemada y Chalchihuites en Zacatecas, prueban que existían centros de civilización importantes entre los años 300 y 1100 d.C. en esta zona. Esto obligaría a mover el centro de la frontera septentrional hacia el norte de Mesoamérica.

Aridamérica incluye las zonas áridas y semiáridas del norte de México, como la península de Baja California, la mayor parte de Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y norte de Tamaulipas, porciones de Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Aguascalientes, norte de Jalisco, Guanajuato y Querétaro.

Pese a la diversidad de ecosistemas que existen en esa enorme extensión que abarca 800 000 kilómetros cuadrados, predominan en ella áreas áridas con vegetación raquílica de matorrales, agaves y cactáceas, y la escasez o ausencia de ríos, lagos y manantiales. Aquí prevalecen las comunidades de cazadores-recolectoras durante toda la historia antigua.

Oasisamérica se extiende geográficamente en el sureste de Estados Unidos y sólo abarca a México en una pequeña porción de su noreste. El paisaje de esa área es más accidentado y menos árido, con mayor presencia de llanos y valles fértiles, de riachuelos, charcas y escurrimientos. En esta región la agricultura, importada del sur, prendió y se extendió, produciendo innumerables combinaciones de economía mixta e incluso algunos enclaves de civilización incipiente como el de Casas Grandes o Paquimé, que se encuentra en Chihuahua, a 300 km de la frontera con Estados Unidos. Existe entre esas dos áreas y Mesoamérica, una relación simbiótica de primera importancia. Periódicamente, las tribus "bárbaras" del norte invaden las regiones más desarrolladas del centro inyectando nuevas energías e impulsos creativos y expansionistas a las civilizaciones ya establecidas.

LAS FUENTES

La historia económica antigua de México se nutre de seis fuentes principales: la arqueología; los escritos producidos por los aborígenes desde el periodo clásico hasta el siglo XVIII; las obras de los españoles en los siglos XVI y XVII; los estudios etnológicos y etnográficos; las obras de síntesis histórica y teórica; y los estudios económicos aplicados a diferentes aspectos de la historia antigua.

La historia jugaba un papel importante en la cultura de los pueblos mesoamericanos. Mayas, nahuas, mixtecos y probablemente otros pueblos escribieron libros y dejaron estelas en monumentos y cerámicas que hablan no sólo de su presente clásico o posclásico, sino también de su pasado primitivo. Desgraciadamente, la mayoría de esos libros prehispánicos que llamamos códices fueron destruidos por los conquistadores y muchas estelas permanecieron sin descifrar durante siglos. En la actualidad poseemos unos veinte cuya autenticidad ha sido suficientemente probada: tres de origen maya, nueve mixtecos, cuatro cholula-mixtecos del grupo Borgia y otros cuatro mexicas. Pero numerosos historiadores autóctonos actuaron como informantes para la elaboración de obras redactadas por los españoles.

Pese a las persecuciones, los indios siguieron pintando códices durante la Colonia e incluso después y, de acuerdo con los censos más completos, existen unos 450. Junto a ellos se preserva gran cantidad de documentos escritos en náhuatl en los cuales se abandonan las formas pictográficas y se adopta la escritura latina. Elaborados para defender los intereses de pueblos y familias, recurren muy frecuentemente al argumento histórico para defender sus posiciones.

En el marco de esa misma fuente hay que integrar obras escritas por autores indios o mestizos quienes reunieron información importante sobre su pasado como el *Popol Vuh* y el *Chilam Balam*. A partir de los años sesenta del siglo pasado esos documentos han comenzado a ser ampliamente utilizados.

La segunda fuente que ha crecido muy rápidamente es la arqueología y sus ciencias auxiliares. Fue a finales del siglo XIX cuando se iniciaron las grandes excavaciones con Leopoldo Batres (1852-1926) en Teotihuacan, Edward Thompson en Chichén Itzá y W. H. Holmes, quien estudió arquitectura, cerámica

y minas de obsidiana prehispánicas. Entre 1917 y 1940 Manuel Gamio (1883-1960) comienza una segunda ronda de excavaciones como parte de un proyecto de investigación antropológica en la zona de Teotihuacan, en la cual pasado y presente coexisten y los propósitos científicos se añan a la política de asistencia social. Se considera que con esas excavaciones se inicia en México la arqueología como disciplina científica.

A invitación de Gamio, Cummings realizó importantes excavaciones en Cuicuilco. En 1928 y 1929 Robert Vaillant excavó en Zacatenco y en el sitio llamado El Arbolillo. En 1934 se promulgó la primera ley para protección y conservación de monumentos arqueológicos e históricos. En los años treinta los arqueólogos mexicanos Miguel Ángel Fernández, M. Bazán y Agustín García Vega realizaron importantes excavaciones en diferentes partes del país; la Institución Carnegie cavó en Chichén Itzá; y algunos arquitectos, como Ignacio Marquina, se interesaron en la construcción de pirámides y el trazo de ciudades.

En los años cuarenta y cincuenta predomina la escuela de Alfonso Caso, cuyo interés se centra en el estudio de las grandes civilizaciones y el rescate de sus monumentos. José Acosta e Ignacio Bernal reanudan las excavaciones en Teotihuacan, intentando revelar la etapa de la última ocupación. René Millon y William T. Sanders dirigen un proyecto multidisciplinario en la misma localidad, logrando resultados importantes en materia de sistemas de irrigación y trazo urbano. Alberto Ruz realiza excavaciones exitosas en Palenque, iniciando estudios con el enfoque de asentamiento introducido por Willey. En Oaxaca, Flannery y Blanton estudian varios sitios, concentrándose en la interacción hombre-medio ambiente.

En los años setenta se acrecienta la descripción minuciosa de sitios arqueológicos y diversos materiales, concentrándose en

el cerámico que permite importantes avances en la clasificación y la tipología. En esta labor destaca la obra de Florence Muller y Eduardo Noguera. Noemí Castillo y Jaime Litvak introducen nuevos métodos y enfoques. En 1965 Carlos Navarrete inicia la publicación de los resultados de sus investigaciones en Chiapas. Destacan también las obras de José Luis Lorenzo y Pedro Armillas, que aúnan la labor arqueológica con las interpretaciones inspiradas en Marx, Gordon Childe y Wittfogel. Lorenzo se centra en el estudio de la época lítica y la revolución neolítica. Armillas, en el origen de la agricultura y los sistemas de riego.

Román Piña Chan investiga y explora en muy diversos sitios de Mesoamérica, fundamentalmente en los grandes centros ceremoniales y urbanos. Destaca también la obra de Ángel García Cook, quien participa en diversos proyectos internacionales y tiene una importante obra publicada. Más tarde se dedican cuantiosos recursos al salvamento de restos arqueológicos en peligro de ser destruidos por obras civiles para gaseoductos y presas, como las de Angostura, la Villita y Palos Altos, en Chiapas. Estos esfuerzos produjeron resultados interesantes, como los relacionados con los entierros rescatados de la presa de Infiernillo.

A principios de los años setenta se inician proyectos multidisciplinarios de gran envergadura entre los cuales destacan los dirigidos por Millon, Sanders y Mac Neish. El primero orienta sus esfuerzos a un trabajo inédito: la elaboración de un mapa detallado de una de las principales ciudades del Altiplano. El segundo combina varios enfoques en un ambicioso estudio de patrones de asentamiento; y el audaz proyecto de Mac Neish en el Valle de Tehuacán será descrito más adelante. Puebla-Tlaxcala es sede de un importante proyecto alemán de estudio regional.

Entre 1978 y 1982 Eduardo Matos realiza excavaciones que llevan a los imponentes descubrimientos del Templo Mayor en el corazón mismo de la ciudad de México y más tarde dirige un importante proyecto multidisciplinario en Teotihuacan. En los años ochenta se llevan a cabo notables proyectos en el sur de Morelos, el área de Cobá, en la Huasteca, así como el de la isla de Cozumel, dirigidos por Sabloff, Fried y otros.

La tercera fuente es la etnología y la etnografía, que se inician con los esfuerzos pioneros de conquistadores, cronistas y sacerdotes que llegaron a América en la primera mitad del siglo XVI. Está representada por relatos, correspondencias y libros descriptivos entre los cuales no pueden dejar de mencionarse los de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo. A éstos siguieron muchos otros como *La monarquía indiana de Torquemada*, publicada hacia 1614. El fraile que residió en la Nueva España más de medio siglo reunió una importante biblioteca de manuscritos indígenas y tuvo trato con informantes. *Historia general de las Indias*, de Francisco López de Gómara aporta datos importantes y la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas que, al tratar de los efectos de la conquista sobre los indios, proporciona informes de su pasado. Importantes como son, estas fuentes llevan la marca de los sueños, los prejuicios y los intereses de sus autores y sólo pueden ser usadas en contrapunteo cuidadoso con otras fuentes arqueológicas e indias en una lectura crítica rigurosa. Desde 1540 fray Bernardino de Sahagún y un equipo de asesores nahuas trabajaron en una enciclopedia monumental que fue terminada en 1570 y cubre todos los aspectos de la historia antigua de los nahuas. El libro fue publicado primero en náhuatl y más tarde traducido al español. La lista de las aportaciones principales de misioneros, viajeros, investigadores y científicos de los siglos XVII, XVIII y XIX llenaría un volumen de buen tamaño.

La escuela moderna de etnología mexicana surgida después de la Revolución ha investigado numerosos temas relacionados con aquellos que nos interesan en el presente trabajo. En 1925 Carlos Basauri realiza importantes trabajos de campo entre los tarahumaras, y así empieza las labores que le permitirían en 1940 publicar la obra enciclopédica *La población indígena de México*. En los mismos años trabajan en México Redfield y Parsons. A finales de los años treinta Jacques Soustelle investiga sobre formas de compadrazgo. Ralph Beals estudia a los huicholes de Tuxpan. Sol Tax elabora su teoría según la cual los pueblos mesoamericanos conservan intactos muchos de sus rasgos originales; y Pozas escribe sobre San Juan Chamula. Ambas aportaciones se transforman en puntos de referencia obligados para labores posteriores. Miguel Othón de Mendiábal realiza trabajos importantes que incursionan frecuentemente en la historia antigua; y Villa Rojas llega a ser uno de los mejores conocedores de la cultura maya contemporánea. Otro etnólogo francés, Robert Guessain, se instala a finales de los años treinta entre los tepehuas de la Huasteca y estudia cultos y ceremonias de sus religiones.

Estudios importantes sobre la permanencia de las formas culturales y religiosas se publican en los años sesenta, como el imponente *Handbook of Middle American Indians*. Pablo Vázquez y José Corona Núñez arrojan nuevas luces sobre Charapán y Cuitzeo. La doctora Isabel Kelley estudia a los totonacas, Oscar Lewis y Foster investigan varias comunidades y emiten audaces teorías de interpretación. Más recientes, destacan los trabajos de Guillermo Bonfil, Margarita Nolasco, Roberto Cervantes y Lilia González. Los huicholes y coras son estudiados por Otto Klinberg y Evon Vogt, en una lista que dista mucho de ser una aproximación a la riqueza y diversidad de los trabajos producidos.

La cuarta fuente está representada por importantes obras de síntesis e interpretación que se han ido sucediendo desde finales del siglo XVIII. Quienes no son especialistas en historia prehispánica difícilmente pueden recurrir a las fuentes primarias y deben por necesidad confiar en publicaciones de especialistas en diferentes campos, después de confrontar con gran cuidado versiones divergentes, posiciones polémicas y debates fructíferos. Entre ellas debe citarse una veintena de obras generales de la historia antigua de México. Sobre los mexicas pueden consultarse las de Alfonso Caso, *El pueblo del sol; The Aztecs of Central Mexico: an Imperial History*, de Frances Berdan; de Miguel León-Portilla, *El pensamiento azteca y la cultura azteca; y Los aztecas: una interpretación*, de Inga Clendinnen. De Ignacio Bernal destaca *Mesoamérica, periodo indígena*. Sobre los mayas son imprescindibles Robert J. Sharer, *The Ancient Maya*; J. Eric Thompson, *La civilización de los mayas*; y Linda Schele y David Freidel, *Una selva de reyes*.

De tipo general son las obras de Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*; de Eric Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*; de Richard Adams, *Prehistoric Mesoamerica*; de Michael D. Coe, *Mexico: From the Origins of Olmecs to the Aztecs*; y *The Aztecs, Maya and their Predecessors* de Muriel Porter Weaver. Fundamental es la reciente *Historia antigua de México*, importante obra colectiva dirigida por Linda Manzanilla y Leonardo López Luján. La nueva edición de *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, de William T. Sanders y Barbara J. Price abarca, como la anterior, también la historia de los indígenas después de la Conquista. Muy útil es *El México prehispánico*, primer tomo de *El poblamiento de México*. Para ubicar a Mesoamérica en un marco más amplio puede consultarse a Friedrich Katz, *The Ancient American Civilizations*, Lamberg-Karlovsky y Jeremy Sabloff, *Ancient Civilizations. The Near East and*

Mesoamerica, y Raphael Girard, *Historia de las civilizaciones antiguas de América desde sus orígenes*. A ellas deben agregarse importantes secciones sobre la Antigüedad en las historias generales de México dirigidas por Miguel León-Portilla, Daniel Cosío Villegas, Ignacio Bernal y Enrique Semo, que ubican esta parte de la historia de México en el conjunto de su devenir.

La quinta fuente y la que más directa relación tiene con este ensayo son las obras referentes a la organización económica y social que en las últimas tres décadas han ocupado un lugar importante en los estudios del México antiguo. Quien se interese en ampliar su conocimiento sobre el tema debería comenzar con dos obras bibliográficas fundamentales: la copiosísima colección de estudios de historiografía y antropología reunidos en *La antropología en México*. Los 15 tomos, coordinados por Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado, contienen muy valiosa información de cada uno de los temas que a continuación trataremos. Particularmente importantes son los artículos de Pedro Carrasco acerca de "La organización social de los nahuas en la época prehispánica"; el de Brigitte B. de Lameiras sobre "El origen de las sociedades clasistas y el Estado"; y el de María Teresa Huerta respecto de "La historiografía social", todos ellos en el tomo 3. En el tomo 4 tenemos los de Samuel L. Villela y Don B. Villoria que abordan el tema de "La antropología económica"; el de Marie-Odile Mario Singer en torno a "La tecnología y la sociedad"; y el de Verónica Veerkamp que estudia "El comercio y los mercados".

No existen aún obras que aborden directamente el estudio de la economía de las comunidades de cazadores-recolectoras en México. Para introducciones arqueológicas al tema véanse los textos de José Luis Lorenzo (1975) y el de Richard Mac Neish (1964). Más recientes son los de Lorena Mirambell en *Historia antigua de México* (2000), y el de Joaquín García Bárcena en

Historia general de México (1976: 1:116-137). Respecto de los de carácter etnológico cabe señalar, entre otros, los de María Elisa Villalpando (1996), Leonardo López Luján (1981) y Ralph Beals (1945).

El origen de la agricultura y la estructura económica de las comunidades agrícolas igualitarias han sido mejor estudiados. Son relevantes un artículo de Richard Mac Neish (1976) y su libro de 1992, así como las obras de Kent V. Flannery (1976, 1985 y 1986). Por su parte, William T. Sanders también publicó sobre el tema (1985). José Luis Lorenzo (1991) aborda el problema de la revolución neolítica, mientras que Emily Mac Clung y Judith Zurita, en la compilación de Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (2000), junto con Griselda Sarmiento (2000), ofrecen síntesis más recientes.

La mayoría de los escritos que tratan directamente de la economía de la Antigüedad hablan de las sociedades tributarias. Un ejemplo temprano de interpretación económica de los movimientos migratorios de la Antigüedad es el de Miguel Othón de Mendizábal (1946). A partir de los años cincuenta se comienzan a escribir importantes obras de interpretación sobre la estructura socioeconómica de la civilización mexicana. Paul Kirchhoff introdujo enfoques marxistas que influyeron decisivamente en varias generaciones de antropólogos. Forjó el concepto de Mesoamérica (1997), promovió el estudio de la base material de las culturas mesoamericanas y aportó de manera decisiva al estudio de las formas de propiedad de la tierra (1981). Influido por Gordon Childe y Wittfogel, Pedro Armillas (1948 y 1961) imprimió un nuevo rumbo a la interpretación de materiales arqueológicos.

Entre los primeros egresados de la Escuela Nacional de Antropología e Historia que se ocupan de asuntos económico-sociales se cuentan Miguel Acosta Saignes (1945), quien des-

cubre clases en formación en la sociedad mexicana y estudia los mercaderes, así como Arturo Monzón (1949) aborda el problema fundamental de la naturaleza social y económica del *calpulli*. Anne Chapman (1959) presenta un primer intento interpretativo de la sociedad mexicana. Más tarde seguirá publicando ensayos que son decisivos en el desarrollo del tema (1976). Ya en 1961, Alfredo López Austin presenta un sugerente esbozo de la economía de la sociedad mexicana. Una de las primeras interpretaciones sistemáticas de la estructura económica de los mexicanos corresponde a Friedrich Katz en su tesis en Austria (1956) que sería publicada más tarde en español (1966). Aquí Katz, apoyado fundamentalmente en las fuentes españolas, rechaza las tesis de Bandelier, estudia la tecnología, los sistemas de propiedad, el tributo, las clases sociales y el mercado para presentar un verdadero ensayo de economía política de la sociedad tributaria mexicana. Muy importante también es la contribución pionera de Johanna Broda sobre la relación entre cultura, ideología y economía, así como sobre el tributo.

Las lecturas con que se inicia en el tema bien podrían comenzar por dos obras descriptivas: con base en fuentes indígenas, Víctor M. Castillo (1972) intenta superar las limitaciones impuestas al tema por la visión europeizante de los conquistadores. Estudia las fuerzas productivas, las relaciones de producción y la dinámica social. En 1986 el español José Luis de Rojas presenta *Tenochtitlán en el siglo XVI. Economía y sociedad*. Aquí el autor toma como unidad las ciudades gemelas Tenochtitlán y Tlaltelolco. Divide su trabajo en 12 capítulos en los cuales describe la población, las clases sociales, los tres sectores de la economía y la moneda.

En el último cuarto de siglo destacan tres nombres por la importancia y la diversidad de sus contribuciones a la historia económica de la antigüedad: Pedro Carrasco resume en

1971 sus investigaciones sobre la estructura socioeconómica de la sociedad náhuatl. En 1979 desarrolla sus ideas y más tarde compara sus resultados mesoamericanos con los incas. Concluye que en las sociedades tributarias lo político predomina sobre lo económico. A través del tributo y otras prácticas el Estado influye en la producción y domina la distribución de lo producido. Etnias de diferentes grados de desarrollo y de producción tan diversa como los nichos ecológicos que ocupan están unidas por la fuerza del Estado y el cambio.

Ángel Palerm aborda varios problemas fundamentales de la economía prehispánica. En 1952 estudia la conexión entre agricultura de riego y civilización; en 1972 y 1977 somete a estudio crítico las diferentes teorías sobre el grado de desarrollo y la evolución de las sociedades tributarias estratificadas; y luego, en 1973, abunda en los "sistemas hidráulicos", su antigüedad e influencia en el desarrollo social.

Contamos con un extenso número de trabajos que se proponen aplicar el marxismo (con enfoques muy diferentes e incluso contradictorios) y el concepto de modo de producción asiático al estudio de las sociedades civilizadas de la Antigüedad. En *Toltecáyotl* (1980), León-Portilla desarrolla una revisión crítica de algunas de esas posiciones.

Otro tema que ha merecido la atención de la antropología económica es el de los mercados y el comercio. Frances Berdan (1975) escribe su tesis sobre la relación entre tributo, comercio internacional y trueque en los mercados locales, y desde entonces no ha dejado de aportar al tema. Rudolph van Zantwijk (1985) escribe sobre los pochtecas; y Jacqueline Saldon (1978) describe el comercio con el algodón. F. J. Mathien y R. H. Mc Guire (1986) aplican la teoría de la "economía mundo" en el estudio de los circuitos que existían entre el centro civilizado y el norte chichimeca.

El conocimiento de la agricultura prehispánica se debe en gran medida a la labor de Teresa Rojas (1988) y su coordinación de obras colectivas (1985 y 1989). El tributo es estudiado por José Miranda (1980), Susan L. Cline (1993) y Munehiro Kobayashi (1993). Eric Wolf (1976) coordina un importante libro sobre la influencia de la ecología del Valle de México en la historia de sus habitantes, y Herbert R. Harvey y Hanns J. Premm (1984) realizan otro que contiene contribuciones importantes al estudio de la propiedad de la tierra y la economía familiar.

Las investigaciones más significativas acerca de la población de Mesoamérica antes y después de la Conquista son de Woodrow Borah y Sherburne F. Cook (1963). Edward Calnek (1975) estudia la economía urbana de los mexicas y sus sistemas de abastecimiento; y Ross Hassig (2000), sus sistemas de transporte. La obra de Christian Duverger (1986) introduce al estudio de la cultura económica. Para más detalle, véase la extensa bibliografía al final del texto.

Cazadores y recolectoras

PARA INICIAR NUESTRO VIAJE por la economía del México antiguo debemos ante todo fijar el punto de partida, es decir, el límite extremo de esta historia. Este límite coincide con la aparición del hombre en nuestro territorio. Las investigaciones que nos proporcionan la clave a esta interrogante son multidisciplinarias, pero su centro es la arqueología. Según el estado actual de la arqueología, los restos más antiguos del ser humano en México datan de 21 000 a 30 000 a.C. (Lorenzo, 1991: 102).

Parece ser que entre los hallazgos más antiguos deben contarse los de Valsequillo, Puebla, con una edad de entre 21 000 y 35 000 años, y los de Tlapacoya, a la orilla del viejo lago de Chalco. En el siglo XIX éste fue desecado, pero en la época señalada era muy grande y cubría una extensa zona. (Lorenzo y Mirambell, 1986: 207). En el primero se encontraron 13 objetos líticos: buriles, raspadores, cuchillas de doble mano y puntas de flecha. También se halló un objeto de hueso, todo esto mezclado con restos desordenados de animales que sirvieron de alimento.

En Tlapacoya se excavó en 18 sitios. En uno se encontraron tres hogares y artefactos líticos manufacturados tanto con roca local como con obsidiana, piedra no autóctona. Los hogares se hallaban sobre una base de cantos rodados removidos con el propósito de crear el espacio necesario para prender y mantener

el fuego. Los materiales líticos son lascas y navajas grandes y burdas. Además, se encontró un raspador de cuarzo. Todo estaba mezclado con restos de comida en la forma de huesos de animales de distintas especies, que demuestran, sin duda, la presencia de un hogar humano.

Otros hallazgos de antigüedad similar son los de El Bosque, en Nicaragua, donde se encontraron un raspador y herramientas de hueso, así como huesos de mastodonte, caballo y oso perezoso prehistóricos; El Cedral, en Matehuala, San Luis Potosí; El Complejo Diablo de Tamaulipas; la cueva Lotun en Yucatán; y la de Santa Marta en Chiapas, que tiene una antigüedad aproximada de 20 000 años.

La mayoría de estas fechas siguen siendo aún motivo de discusión porque, pese a los avances más recientes, todavía existen múltiples dificultades para calcular la antigüedad de los restos. Esto se debe tanto a lo escaso y fragmentario de los restos como a las limitaciones de los métodos de fechamiento, incluyendo la estratigrafía y los más recientes de radio carbono, aminoácidos y las series de uranio. Se trata, es verdad, de evidencias escasas y controvertidas, pero como su antigüedad coincide con otros restos encontrados en el continente americano y corresponden a la fecha probable de la llegada del hombre, tenemos razones más que suficientes para adoptarlas y empezar nuestra historia en este punto. A partir de aquí tomaremos como límite más antiguo de la prehistoria mexicana el techo inferior de 21 000 años a.C, vale decir, hace 22 500 años.

El hombre, por tanto, aparece en México en una etapa muy tardía de su historia. Según los cálculos más recientes, la humanidad ha existido sobre la faz de la tierra desde hace unos dos o tres millones de años (Birdsell, 1972: 297). Evidentemente existen capítulos decisivos y muy prolongados en su historia que no fueron escenificados en esta parte del mundo, sobre

todo los de la hominización. Si la historia de la humanidad es equiparada con la duración de un año, la llegada del hombre a nuestro territorio se produjo en el día 362 y ha durado el equivalente a tres días. Dicho esto y habiendo fijado el principio, dos nuevas preguntas se agolpan en nuestra mente: ¿qué tipo de hombres eran estos primeros mexicanos? ¿De dónde vinieron?

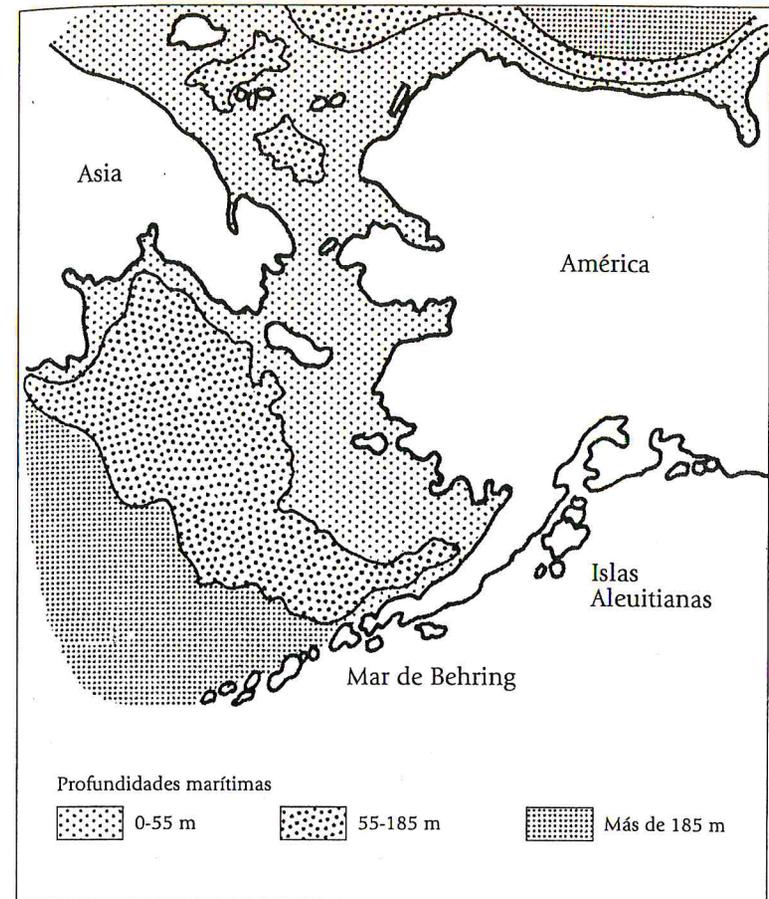
Cuando acampó cerca del Río Bravo, el hombre ya había demostrado capacidad de adaptación ilimitada, inventiva sorprendente y gran espíritu de aventura. Originario de un amplio cinturón tropical que atraviesa Asia y África, se diseminó al resto del globo. Probablemente hacia el año 100 000 los cazadores-recolectoras llegaron a Siberia. De allí, en una época de gran expansión, hace quizás unos 25 000 años, comenzaron a cruzar el estrecho de Behring (o la Beringia) llegando a lo que sería el Nuevo Mundo. Al mismo tiempo, o poco más tarde, del sudeste de Asia y usando partes del Sahel (ahora sumergido), mediante balsas donde era necesario, llegaron a Australia. No sólo vencieron el hielo de los polos y las junglas de los trópicos, sino también grandes lenguas de mar. Probablemente hubo migraciones posteriores, de manera que nuevos pobladores siguieron llegando desde Asia hasta unos 4000 o 3000 años a.C.

Para aquel entonces el proceso de hominización había terminado. No se han encontrado en México o en América restos del hombre pekinense o de *Neerdenthal*. Todos los vestigios existentes son del *homo sapiens sapiens*. Aun cuando las bandas de cazadores-recolectoras asiáticos llevaban una amplia carga de tradiciones sociales y técnicas, las que se han encontrado en América no guardan una relación reconocible con ellas. Tal vez confrontado con nuevas condiciones, el inmigrante modificó su cultura —como lo haría más tarde— en su expansión por el continente, adquiriendo secuencias y ritmos diferentes de las del Viejo Mundo.

Durante más de un siglo los científicos han debatido apasionadamente acerca del origen del hombre americano y la fecha de su llegada. En buena medida, la discusión tiene un origen técnico. Pese a los recursos invertidos en investigaciones relacionadas con el problema y la aplicación de todos los avances de la ciencia, la información sigue siendo fragmentaria, incierta e incluso contradictoria.

En el momento de escribir el presente ensayo la situación parece ser la siguiente: por razones climatológicas es más fácil suponer que el hombre haya cruzado el área que separa a Asia de América mucho antes del año 40 000 a.C. Sin embargo, no se han encontrado restos humanos fidedignos de esta fecha en el continente. Existen en cambio muchos sitios arqueológicos donde se han encontrado artefactos con antigüedad de 15 000 a 25 000 a.C., pero debido a las condiciones en que fueron encontrados y extraídos, así como a limitaciones en las técnicas para determinar su antigüedad, todos han sido cuestionados y su edad es materia de discusión. Se cuenta, por tanto, con buenas bases para sostener la hipótesis de la presencia humana hacia 21 000 a.C., mas no certidumbre. Lo que se ha establecido sin lugar a dudas es la existencia de horizontes líticos de cultura típicamente americana a partir de 15 000 a.C., lo cual vendría a demostrar que las inmigraciones fueron anteriores (Comas, 1947: 24-25).

Para los propósitos ligados a una historia económica de la Antigüedad, este fechamiento viene a probar de manera suficiente que si bien el hombre llegado a América era un cazador-recolector aguerrido y experimentado, fue aquí y por sí mismo donde perfeccionó sus instrumentos originales, inventó la agricultura y más tarde repitió en Mesoamérica y la región andina las maravillas de Mesopotamia y Egipto: la creación de la civilización.



Estrecho de Behring, Enrique Florescano, 1984: 13.

Desde Norteamérica el hombre comenzó a desplazarse al resto del continente sin que nada pudiera detenerlo. Habiendo dominado las limitantes naturales que frenan el crecimiento de las especies animales, los seres humanos se multiplicaron de manera sostenida. Debido a su condición de cazadores-recolectoras nómadas se mantuvieron en movimiento lento pero continuo.

En su peregrinar algunas bandas encontraban condiciones óptimas y se asentaban en un lugar durante milenios. En las afueras de Bogotá se ha encontrado una industria de lascas de piedra que data de unos 12 500 años a.C., por lo menos. Perteneció a un horizonte que persistió en la región durante dos milenios. Mientras algunas bandas provenientes de las tórridas costas de Centroamérica se adaptaban a las frías mesetas, otras continuaban desplazándose. En todo caso, para el año 10 000 o 9000 a.C. los hombres americanos estaban cazando el mamut y caballos (estos últimos extinguidos posteriormente y luego reintroducidos por los españoles) en la Tierra de Fuego (Shutler, 1983: 137). Es probable que antes de que cesaran las emigraciones asiáticas el hombre lítico americano haya comenzado a forjar su propia historia original. No existe duda de que en los siglos siguientes hubo contactos con habitantes de otros continentes. Llegaron vikingos y quizá también hombres de Oceanía o de China, pero ninguna de sus aportaciones, por importantes que hayan sido, pudieron suplir la adaptabilidad e inventiva creadora del hombre autóctono que hizo posible su uso, modificación y difusión en sus propios sistemas ecológicos y con sus ritmos particulares.

La presencia del cazador-recolector ha sido firmemente establecida en casi todo el territorio mexicano, aun cuando no con la misma frecuencia. Los sitios arqueológicos que hablan de él se multiplican desde Rancho Colorado, en el norte de Chihuahua, hasta la Cueva de los Grifos, en el sur de Chiapas; y desde San Joaquín, en Baja California, hasta la Cueva Lotun, en Yucatán. Hacia 1985 se habían localizado cerca de 60 sitios arqueológicos con restos anteriores al año 4500 a.C. y existen otros posteriores que siguen hablándonos de cazadores y recolectoras pertenecientes a diferentes horizontes (Shutler, 1983: 127). Cada nuevo hallazgo reduce los espacios vacíos aún pre-

sentés en el mapa. La condición más duradera del hombre en México ha sido, pues, la de cazador-recolector. Dominó de modo absoluto el país durante unos 15 000 o 16 000 años. La presencia de indicios incipientes de agricultura a finales del periodo no afectan el panorama general, puesto que la contribución de sus productos a la dieta era mínima. Hacia el año 6000 o 5000 a.C., mientras muchas bandas continuaban su vida nómada, otras establecían campamentos semisedentarios y la importancia de los productos agrícolas aumentó poco a poco hasta hacerse dominante. Pero no fue sino hacia el año 1200, hace 3200 años, cuando en una región bastante reducida surgió la primera sociedad urbana y estratificada. Sin embargo, ni los cazadores-recolectoras (llamados posteriormente y en forma despectiva chichimecas) ni los agricultores comunitarios desaparecieron. Continuaron, por el contrario, siendo parte decisiva de la población de México.

Los restos humanos bien documentados más antiguos datan de 12 000 a 4500 años a.C. Corresponden a 38 individuos y permiten suponer que los primeros habitantes del territorio mexicano no se distinguen esencialmente de los indios que lo habitan en la actualidad. Los hombres tenían estaturas que variaban entre 1.63 y 1.69 m y las mujeres de 1.50 a 1.60 m (Manzanilla y López Luján, 2000: 1: 23). La mayoría de los esqueletos muestran una gran robustez. Los cráneos son largos, es decir, dolicocefalos. El desgaste de sus dientes, sobre todo de los molares, muestra que los alimentos que consumían contenían restos de arena y abrasivos. Hacia el sexto o el séptimo milenio aparecen los primeros cráneos redondeados o braquicefalos, que se multiplican hasta predominar, sobre todo entre los pueblos del Golfo, la Huasteca y Yucatán. Más adelante, mientras los cazadores-recolectoras continúan siendo dolicocefalos, los agricultores serán pronunciadamente braquice-

falos. ¿Cómo explicar esa diferencia? Algunos antropólogos físicos sostienen que la aparición de la agricultura no sólo produjo un aumento explosivo en el número de los pobladores, sino que también modificó sus características físicas. Otros son partidarios de la teoría de la emigración múltiple, es decir, que aparte de la inmigración dominante de Asia hubo otras inmigraciones menores de polinesios, melanesios, australianos, africanos e incluso europeos. Un tercer grupo considera que los pobladores originales fueron desplazados por inmigrantes más desarrollados provenientes del sur. En etapas posteriores, las comunidades de cazadores-recolectoras que invadieron las regiones más desarrolladas se encargaron de mezclar sus características con las de sus vecinos mesoamericanos. ¿Selección natural en el proceso de adaptación a nuevas condiciones o diversidad de orígenes? Éste es un problema abierto a la investigación y el debate (Wolf, 1967: 34).

Los primeros grupos humanos dependían más directamente de su medio ambiente que los actuales. Cambios bruscos en el clima o los ecosistemas los obligaban a prodigios de adaptación. Tenemos razones suficientes para suponer que las primeras aldeas sedentarias de agricultores (5000 a.C.) y los habitantes de Teotihuacan hacia el año 600 d.C. vivieron bajo las mismas temperaturas que los insurgentes que lucharon por la independencia de México o los campesinos que recibieron la tierra hacia 1938. Durante 6000 o 7000 años el clima de México no cambió sustancialmente. Quizá hoy nos encontremos en el final de ese periodo de estabilidad.

Pero las primeras comunidades de cazadores-recolectoras que poblaron México en la época prehistórica vivieron bajo cielos y climas muy diferentes. Además, durante su largo reino de 16 milenios, el clima cambió drásticamente varias veces, poniendo a prueba fauna, flora y vida humana. Muchas especies

vegetales y animales desaparecieron y otras más aparecieron. El cazador-recolector, por otro lado, sobrevivió sin grandes cambios biológicos. En el pleistoceno, a resultas de la instalación de los grandes glaciares en Norteamérica y las montañas más altas de México, las zonas climáticas se comprimieron hacia el ecuador y hubo cambios profundos en la circulación atmosférica y la distribución de las lluvias. Así, es probable que hace unos 30 000 años no existiera en México la selva tropical, como indican los restos de bisontes encontrados en la península de Yucatán. Durante los años 24 000 a 11 500 a.C., a finales del pleistoceno, América vivió la última etapa de la Edad del Hielo. Grandes masas de hielo (glaciares), de un espesor que a veces alcanzaba 200 o 300 m y que ahora sólo existen en la Antártica, Groenlandia y en las montañas más altas, descendieron desde el norte de lo que ahora es Estados Unidos. Los efectos sobre latitudes más sureñas, como las mexicanas, no han sido suficientemente estudiados, pero hubo sin duda lluvias torrenciales que crearon lagos en lugares que hoy son grandes desiertos. A juzgar por los indicios, el gran lago del Valle de México era entonces mucho más profundo y extenso. Este periodo es al que llamamos Wisconsin tardío (Fagan, 1995: 96-100).

Según la geocronología, hace unos 12 000 años se inicia el periodo del holoceno en el cual seguimos viviendo. En el holoceno temprano, entre los años 10 500 y 6500 a.C. se produjeron una serie de cambios acelerados que permiten hablar de un clima transicional. Aun cuando a medida que nos acercamos a los trópicos los cambios se hicieron menos extremos, la distribución de las aguas cambió radicalmente, ecosistemas enteros desaparecieron o se transformaron y los niveles del mar se elevaron, cubriendo estuarios y planicies costeras. Las sociedades de cazadores-recolectoras sobrevivieron y se adaptaron a ecosistemas muy diferentes.

A principios del periodo, los grandes animales, incapaces de resistir el cambio, comenzaron a desaparecer. Tal fue el caso de los mamuts, mastodontes, camélidos, bisontes gigantes y caballos. También desaparecieron los tigres diente de sable, los grandes lobos prehistóricos y los megaterios, emparentados con los actuales perezosos de las selvas tropicales. Los efectos de ese cambio debieron ser inmensos. Al no poder continuar con la caza de grandes mamíferos, las bandas nómadas ampliaron sus fuentes de abasto. Comenzaron a cazar animales pequeños, incluyendo ciertos tipos de ratas. La domesticación del perro, el uso extensivo del arco y las flechas hicieron más eficiente la cacería. Asimismo, mejoró la tecnología de la pesca y el transporte de artefactos. En busca de sustitutos de la carne, el cazador-recolector introdujo técnicas de cocina que ampliaron la lista de vegetales comestibles. Mientras desaparecían las comunidades de cazadores-recolectoras dependientes de la caza de grandes mamíferos, prosperaban aquellas que dependían más de la recolección y la caza menor (Wolf, 1967: 55-56).

Hacia el final del holoceno temprano se inició una época de sequía extrema que transformó muchas regiones fértiles en desiertos extremos. Esta situación duró hasta 4000 a.C., o según otros investigadores, incluso hasta 2000 a.C. La sequía prolongada retrasó sin duda el advenimiento de la agricultura. Pese a esto, en algunos oasis comenzó a practicarse de manera rudimentaria (Lorenzo, 1991: 239).

EL TESTIMONIO ARQUEOLÓGICO

Si sumamos las evidencias arqueológicas pertenecientes a la época lítica a las que nos proporciona el norte de México hasta la llegada de los españoles, obtenemos la siguiente imagen:

La cuantía y disposición de los restos permiten concluir que las comunidades de cazadores-recolectoras más primitivas eran grupos familiares nucleares o extendidos desde cuatro hasta ocho miembros (microbandas). Hacia finales del cenolítico aparecen vestigios de bandas mayores que se forman con propósitos específicos o tareas estacionales de 20 o más miembros (macrobandas), para luego disolverse. Sólo en el protoneolítico tardío aparecen las bandas de hasta 100 personas.

La vida de estas comunidades exigía una tecnología mucho más compleja de lo que podría pensarse a primera vista. Para comenzar, hasta las más atrasadas conocían el fuego y probablemente los medios para su conservación y transporte. Existen vestigios de que en ocasiones habitaban cuevas, pero de sus abrigos temporales nada ha quedado.

Los objetos encontrados son instrumentos de trabajo, utensilios de cocina y de transporte, así como armas. La mayoría de estos objetos han sido recuperados incompletos, rotos o dañados. Algunos se han hallado en hogares con abundantes trazas de fuego, alimentos, huesos de diversos animales sin relación anatómica y, a veces, pilas de restos de moluscos. El tipo de acumulación de objetos encontrados en otros sitios sugiere, según los arqueólogos, la existencia de verdaderas "fábricas", es decir, de lugares reservados a actividades de producción específica (Hester y Shafer, 1991). Los diversos objetos encontrados señalan ante todo la diversidad de las actividades del cazador en cuya sociedad la división del trabajo estaba limitada al sexo y la edad del individuo. De allí se desprende la imagen de un hombre integral con múltiples habilidades y conocimientos (Lee, De Vore y Nash, 1968: 318).

Los artefactos líticos más simples son cantos rodados en estado casi natural, tallados y pulidos por las corrientes de los ríos que los impulsaban unos contra otros, otorgándoles

eventualmente formas útiles para el hombre. Luego aparecen fragmentos de roca labrados mediante la técnica más simple de la percusión, imitando la obra del río para formar uno o dos bordes cortantes. El tamaño y la forma de los instrumentos indican usos diferentes. Se han recuperado lascas, que sirven para perforar y cortar; navajas, es decir, fragmentos más largos que las lascas, así como raspadores, raederas y piedras con filos dentados de diferentes tamaños y pesos. En los sitios más recientes existen objetos de hueso trabajados con técnicas más refinadas que la percusión, esto es, por corte, pulimento y perforación.

Entre 14 000 y 7000 a.C. hacen su aparición percutores de hueso más blando mejor afilados y la técnica de presión que permite obtener buenos acabados. Para lograr un mejor emangado se desbastan los bordes laterales de una parte de las puntas y aparecen los primeros instrumentos de molienda, muelas, morteros y manos, antecesores de metates y molcajetes. Con ellos se incorporan a la alimentación las semillas de cáscara dura que necesitan ser molidas, y la fabricación de harinas, con las cuales se abre la posibilidad de conservación de alimentos. Al principio son simples piedras planas con una de sus caras lo bastante lisa para poder triturar y moler mediante un elemento útil. Más tarde tendrán una cavidad de textura granulada, más fácil de trabajar. Gracias a la técnica del desgaste logran incorporar a la producción de herramientas rocas muy duras de gran resistencia a la abrasión para fabricar hachas y azuelas. En esta época aparecen bolsos, canastas, cuerdas y lazos que deben de haber revolucionado la recolección y los transportes, acrecentando considerablemente la productividad (García Bárcena, 1976: 1: 123-126).

A los utensilios de piedra se tiene que agregar, en los sitios arqueológicos más recientes, atizadores, palos para cavar,

palos con barrenos para obtener el fuego, mangos de cuchillo, grandes púas de agave, armazones para cunas, bolsas y palos de telar, además de astas de venado aprovechadas como lanzas o instrumentos para la fabricación de cestería.

También existen rastros de mantas de fibras vegetales como agave, soyate o nopal; morrales y bolsas de red; bandas para la cabeza y tocados femeninos, sandalias y costales. Claro está, el nomadismo obliga a la austeridad en las pertenencias y a la exclusión de artefactos pesados o de lujo. Se encuentran asimismo objetos ornamentales de hueso, cuerno, concha y caracolas para conformar pectorales u orejeras, y cuentas de piedra para sartales. Para transportar y guardar el agua se usaban calabazos y guajes enteros o divididos.

Capítulo aparte merecen las armas y su evolución. En los periodos más alejados no se encuentran puntas líticas de lanza o de flecha, de manera que probablemente para alargar sus brazos los hombres usaban palos con puntas endurecidas al fuego. La caza da origen a los primeros objetos simétricos, como las piedras bifaciales. Aun cuando no conocemos su uso exacto, sabemos que eran parte de hachas y lanzas y que estos instrumentos estaban sujetos a exigencias muy diferentes de las que determinaban la fabricación de raspadores y cuchillas. En un objeto que será arrojado con gran velocidad, o bien impulsado con fuerza, variaciones pequeñas pueden hacer la diferencia entre la vida y la muerte. Si se considera la diferencia entre puntas de flecha rudimentarias y otras finamente acabadas, no puede dejar de pensarse que un perfeccionamiento mínimo podía ser el origen de una gran ventaja.⁶ Una población en la cual el cazador atina 5% de veces más, incrementaría

⁶ Robert J. Braidwood, *Prehistoric Man*, Scott Foresman and Company, Dallas, 1975, pp. 63-86, nos ofrece una excelente descripción y clasificación de los instrumentos de la Edad de Piedra en Europa y el Cercano Oriente.

considerablemente su abastecimiento de carne. Debe de haber habido una gran selección entre los miembros de la banda para promover la fabricación de armas más perfectas.⁷

La fabricación de cuchillos o puntas de lanza con material tan difícil de manejar como la piedra exige gran habilidad. Es necesario tallar, pulir, medir, pesar. Éstas parecen ser facultades que todos los cazadores líticos desarrollaban. La habilidad para determinar la calidad de un arma está ligada a una asociación entre fabricación, uso y desarrollo de las facultades biológicas necesarias para su manejo, que se pulen en juegos y competencias. Una leve mejoría en la calidad de las armas o su uso podía influir decisivamente en los resultados de la caza.

Entre los hallazgos, el arma más importante es el propulsor o *atlatl*, de uso muy común hasta la llegada de los españoles. Experimentos realizados por D. Stanford han mostrado la superioridad de esa arma sobre la lanza arrojada directamente con la mano. Según él, el *atlatl* adquiere una velocidad 15 veces mayor y un impacto 200 veces más fuerte que la lanza. Hecho de hueso con pesas de piedra, era uno de los instrumentos más modernos del hombre primitivo y su uso exigía gran destreza y largo entrenamiento (Coe, 1968: 23).

Entremezclados o cercanos a las "industrias" se han encontrado grandes cantidades de restos de fauna fósil extinta y reciente, que aportan información tanto de las actividades de abastecimientos como de la alimentación del hombre arcaico. Según esto, durante un periodo el hombre cazó grandes mamíferos hoy extintos: mamuts, mastodontes, caballos, bisontes, camélidos, gliplodontes, armadillos gigantes y perezosos terrestres, armado de propulsores y lanzas con puntas de

⁷ Una descripción detallada de armas y utensilios de un pueblo de cazadores y recolectoras aún existente, el de los guayakís de Paraguay, puede encontrarse en M. G. de Bichiéri, *Hunters and Gatherers Today*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1972, pp. 144-154.

piedra trabajadas. En las excavaciones de Tepexpan, al noreste de la ciudad de México, se descubrieron los restos del famoso "hombre de Tepexpan", que resultó ser una mujer de unos 30 años de edad y 1.60 m de estatura, muy similar a los indios contemporáneos. En la misma capa geológica se descubrieron los esqueletos de dos mamuts ultimados con lanzas que tenían puntas de piedra labrada y fueron descuartizados en el mismo lugar. Los restos han sido fechados con pruebas de fluorina alrededor del año 8000 a.C. (Terra Romero, 1949: 95-98, 117). Muchas otras excavaciones confirman estos hechos.

Es evidente que las armas que poseía el hombre lítico no eran suficientes para enfrentar enemigos tan poderosos. No es posible vencer a un mamut con un cuchillo rudimentario y un palo con punta de piedra. Visto desde la perspectiva individual, también el descuartizamiento y transporte de la carne presenta problemas insuperables. Sólo en grupo y con la cooperación de toda la banda se podía ojear a los grandes mamíferos con ruidos o fuegos, obligándolos a internarse en pantanos, en donde perdían movilidad, o a despeñarse en un precipicio. La operación exigía una división compleja del trabajo y la coordinación de un mando único (Wheat, 1972: 26).

A finales del periodo aparecen los primeros restos de plantas domesticadas, algunas de cuyas especies se han extinguido ya. También las habitaciones, cuevas y covachas están mejor conservadas.

A partir de estos indicios los arqueólogos se han propuesto resolver los problemas del fechamiento de la llegada y expansión espacial de los cazadores-recolectoras, su relación con diferentes ecosistemas que encontraron a su paso, el desarrollo progresivo de sus técnicas y la comparación y catalogamiento de hallazgos de diferentes lugares con características similares.

José Luis Lorenzo rechaza la posibilidad de estudiar a nuestros cazadores-recolectoras como parte del paleolítico europeo, porque no está probada la semejanza ni hay sincronía. De igual manera rechaza la posibilidad de extender a México las periodizaciones y definiciones culturales de la arqueología norteamericana, ya que las características físicas y geográficas del territorio mexicano son muy diferentes de las de Norteamérica, como había de probarlo la formación de Mesoamérica. Propone entonces llamar a la cultura prehistórica de cacería y recolección en México "etapa lítica". Luego divide la historia de esas sociedades en tres "horizontes" sucesivos, distinguiendo a cada uno de acuerdo con algunos rasgos observados en los sitios arqueológicos descubiertos (Lorenzo, 1987: 105).

El primero, el horizonte arqueolítico, se extiende tentativamente desde 21 000 hasta 14 000 a.C. El hombre conoce ya el fuego y para la fabricación de sus instrumentos líticos practica la percusión, el corte y el desgaste. En la primera se golpea el objeto que se desea modelar para conseguir una fractura o disgregación. En el segundo, se modifica el objeto, utilizando una piedra con filo o punta con la cual se van separando partes del artefacto. El desgaste se realiza aplicando a la piedra materiales abrasivos como arena, rocas arsénicas y distintos minerales. Hay lascas y navajas, pero las puntas de proyectil son muy escasas; tampoco hay instrumentos de molienda; los objetos son grandes y burdos. Algunos sitios pertenecientes al periodo fueron señalados con anterioridad.

El cenolítico, que dura de 14 000 a 7000 a.C., es el mejor documentado. Aquí aparecen las puntas de proyectil en gran profusión y en diferentes estilos, lo cual lleva a pensar en una especialización para la caza de diversos animales. Los buriles y puntas bifaciales y foliadas son frecuentes, anunciando nuevas

técnicas en el trabajo de la piedra. Algunas son tan estandarizadas y funcionales que perduran hasta la Conquista.

Debido a la frecuente presencia de restos de grandes animales ultimados, algunos antropólogos hablan de "cazadores de mamuts", mientras otros sostienen que con las armas con que contaban los cazadores de aquella época su supervivencia no podía estar sustentada en la caza de megafauna. Sin embargo, es evidente que la caza adquiere importancia mayor que en el periodo anterior. Los indicios de cacería por ojeo o arreadas indican asociaciones más grandes que la familia nuclear, la macrobanda. Al final del cenolítico se extinguen los grandes mamíferos y comienza, como vimos, un periodo de calor y sequía que reduce las posibilidades de caza. El hombre se vuelve más recolector. En este periodo, como en el anterior, hay una carencia total de mobiliario. Pero aparecen las redes, bolsas, cordones y lazos elaborados con fibras vegetales. En la costa del Pacífico hay concheros (montículos de restos marinos) que sugieren la existencia de grupos sedentarios o semisedentarios de pescadores y recolectores de fauna marina en las costas. Pertenecen a esta época, sitios como el Ajuerreado tardío de Coxcatlán y la sexta capa de El Riego, en Puebla, la cueva de San Nicolás en Querétaro y los sitios de Santa Isabel Iztapan I y II en el Estado de México.

El tercer horizonte es el protoneolítico, que va desde el año 7000 al 4500 a.C. La dieta elemental sigue proviniendo de la caza y la recolección, pero hacia el año 6000 aparecen los primeros cultígenos. Se consolida la presencia de las macrobandas. Lo más probable es que varios grupos se reunían estacionalmente (de preferencia en la época de lluvias) para luego disgregarse. Más tarde deben de haber surgido campamentos permanentes en los cuales permanece una parte del grupo, mientras partidas menores se mueven para acopiar recursos.

El tamaño de los artefactos se reduce y el acabado es más refinado. Aparecen con frecuencia pipas, hachas y azuelas. Aumenta la fabricación de objetos de hueso, astas, cuernos y conchas, así como la cordelería, cestería, redes y textiles. Las diferencias regionales en la combinación de la caza, la pesca, la recolección y la agricultura se acentúan. Hacia finales de ese horizonte aparece la cerámica, que progresa muy rápidamente. Algunos grupos adquieren características de agricultores trashumantes, una combinación seminómada de recolección-caza menor-agricultura elemental que había de sobrevivir durante varios milenios.

Según Lorena Mirambell, los sitios que corresponden a la época son más numerosos y sus restos más abundantes y mejor conservados. Entre ellos, y de norte a sur, se cuentan: periodo forrajero de Chihuahua; la cultura de Nieves de Chihuahua y Coahuila; San Isidro, de Nuevo León; San Nicolás en Querétaro; el centro de Veracruz; la cueva del Tecolote en Hidalgo; los sitios de Santa Isabel I y II en el Estado de México; El Riego, Abejas y Coxcoatlán en Puebla; Guila Naquitz y Cueva Blanca en Oaxaca; y Santa Marta, Los Grifos, Aguacaltenango y Chanuto en Chiapas (Manzanilla y López Luján, 2000: 1: 201).

Entre 4500 a.C. y 1521 d.C. aparecieron la agricultura y después las grandes civilizaciones que no impidieron la existencia paralela de las comunidades de cazadores-recolectoras nómadas. Modificadas por su contacto permanente con las grandes civilizaciones, ligadas a ellas en una relación simbiótica a lo largo de una frontera móvil, es muy probable que a la llegada de los españoles la población cazadora-recolectora haya sido más numerosa que la del protoneolítico. En este periodo los nómadas del norte aprendieron a utilizar muy eficientemente sus tierras áridas, aprovechando sus mínimas ventajas y las pocas fuentes vegetales y animales de sustento que les propor-

cionaban. En las cuevas dejaron impresionantes obras pictóricas y entierros en los cuales los muertos están acompañados de sus enseres: arcos, flechas, cestos, ropa, adornos.

Algunas de estas sociedades que practicaban también la agricultura trashumante lograron congregarse en tribus y formar cacicazgos, sin alterar su dependencia fundamental de las actividades de la caza y la recolección. En las épocas clásica y posclásica logran incluso formar federaciones poderosas dirigidas por caciques que en tiempos de hambruna se volcaban sobre los fértiles valles ocupados por los pueblos civilizados y establecían, como sucedió en los valles del Nilo y Mesopotamia, nuevos linajes e incluso imperios, como el tolteca-chichimeca.

Estos herederos lejanos pero directos de las comunidades de cazadores-recolectoras transformados por el contacto con culturas más desarrolladas no eran nómadas en el sentido en que lo fueron los mongoles porque esto hubiera requerido la ganadería trashumante como actividad económica principal. Sin embargo, la concentración de recursos bióticos en algunas zonas norteñas pudo hacer de ellos (los chichimecas) cazadores-recolectoras-pescadores muy especializados. Ellos, naturalmente, no forman parte de la historia de las comunidades de cazadores-recolectoras, pero son una muestra de sus potencialidades de adaptación y desarrollo.

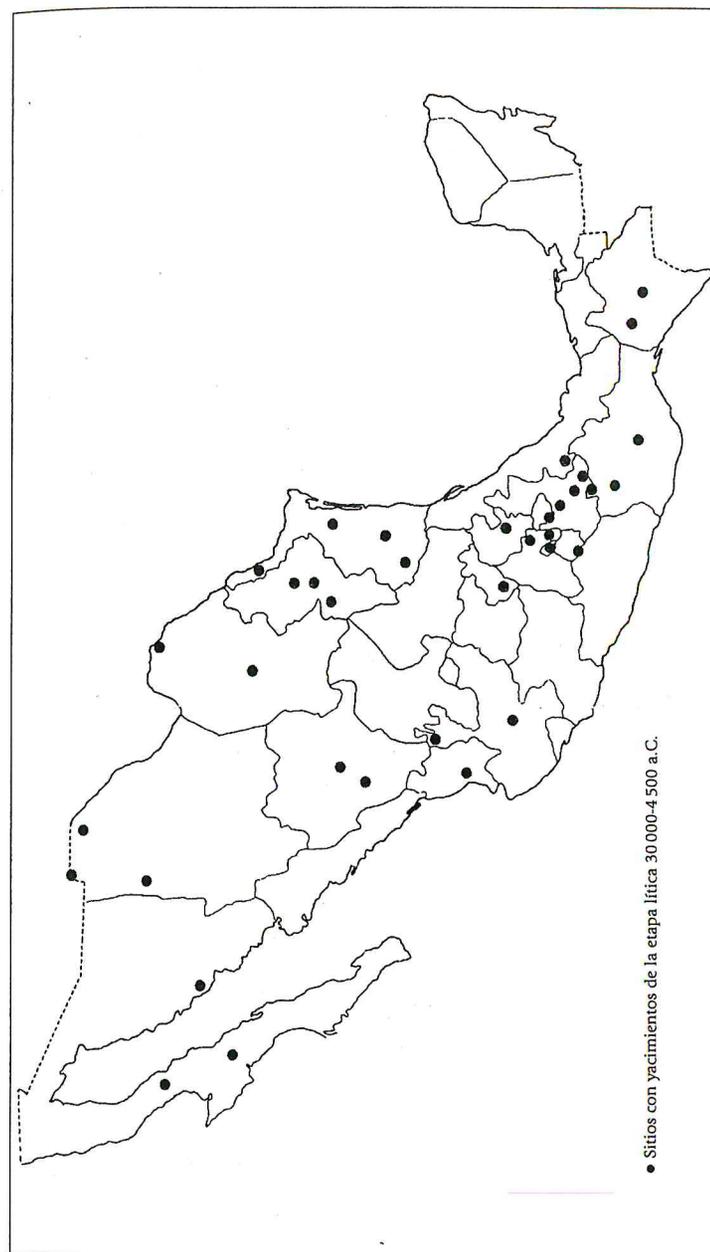
La integración de la historia de estas comunidades a los periodos dominados por la agricultura y las sociedades tributarias es legítima. A partir de 4500 a.C., hace 6500 años, convivieron en esta parte del mundo dos civilizaciones conflictivas y complementarias. La de las comunidades "nómadas" y la de los agricultores. A partir del año 1000 a.C. con la aparición de las civilizaciones agrarias estatistas y tributarias estamos desde el punto de vista económico-social no ante una sino ante

varias historias que se entretajan. Entre los años 800 y 1100 d.C. se registró una serie de migraciones de recolectoras-cazadores-agricultores seminómadas que modificaron la frontera existente entre Mesoamérica y las tierras de los chichimecas. Varias fuentes del siglo XVI relatan la llegada de olas sucesivas de pueblos norteños al altiplano central. A diferencia de otros que se quedaron atrás, los invasores contaban con una sociedad diferenciada, dominada por sacerdotes. La frontera que separa la zona agrícola de Mesoamérica de la Gran Chichimeca retrocedió 250 km hacia el sur y una zona muy extensa (unos 100 000 kilómetros cuadrados) fue abandonada por la mayoría de los mesoamericanos. Desde entonces, en abigarrado mosaico, cohabitaban sociedades agrícolas bastante desarrolladas como los cazcanes y los tecuexes que permanecieron en zonas más fértiles, con pueblos chichimecas como los zacatecos, guachichiles y guamares. La guerra desempeñaba un papel importante en su vida y con frecuencia sólo se agrupaban políticamente mientras duraban los conflictos con otros pueblos (Kirchhoff, 1943: 133-144).

Considerando que la historia económica se sustenta en todos los indicios, datos y relaciones que permitan a la vez un acercamiento más realista e imaginativo a la economía de las comunidades de cazadores-recolectoras, hagamos un recuento de nuestros conocimientos.

Resumamos aquello que la evidencia arqueológica aporta en materia de puntos de partida sólidos para una teoría económica de las comunidades de cazadores-recolectoras:

1. El hombre llegó a México en una fase muy avanzada de su evolución como *homo sapiens*.
2. Estaba integrado en comunidades de cazadores-recolectoras que no conocían la agricultura.



Cazadores y recolectoras, Enrique Florescano, 1984: 15.

3. Estas comunidades eran muy pequeñas y estaban integradas con base en unidades reproductivas (familiares).
4. Los utensilios recobrados son diversos y sugieren una compleja gama de actividades productivas, de transporte y de consumo.
5. Existen datos suficientes para hablar de una evolución progresiva de la tecnología en la elaboración de herramientas, viviendas y domesticación de plantas.
6. El estudio de los asentamientos permite suponer la existencia de patrones de nomadismo regulares relacionados con las fuentes de abastecimiento y sus ciclos naturales.
7. Debido a sus fuentes de sostenimiento, las comunidades de cazadores-recolectoras sólo son posibles con una baja densidad de población. Por tanto, deben de haber existido factores, conscientes o no, que limitaban estrictamente el crecimiento de ésta.
8. Este modo de vida se mantiene aún después del desarrollo de las civilizaciones mesoamericanas y crea formas de organización social y política relativamente avanzadas, pese al escaso desarrollo de la agricultura y la ausencia de una economía ganadera como la de los mongoles.

LA ECONOMÍA NÓMADA

La única fuente de información directa sobre las sociedades prehistóricas de cazadores-recolectoras en México es la arqueología. Un buen ejemplo de lo que ésta puede aportar a la economía política de los pueblos de la antigüedad son las complejas teorías que se han elaborado sobre las grandes civilizaciones clásicas y posclásicas. Pero la arqueología de la etapa lítica está muy lejos de haber alcanzado el mismo nivel y no es probable que

lo haga pronto. Múltiples obstáculos entre los cuales se cuentan no sólo la austeridad de la vida material de los cazadores y lo reducido y disperso de sus grupos, sino también la atracción irresistible que ejercen las civilizaciones clásicas y posclásicas sobre los arqueólogos, han frenado su desarrollo. Los restos materiales encontrados hasta ahora nos dirían poco sobre los procesos sociales de producción, distribución y circulación en esas sociedades, incluso si se hiciera un uso más audaz de la inferencia y la especulación del que se ha hecho hasta ahora.

Por otro lado, las generalizaciones y teorías elaboradas con base en los estudios etnográficos sólo pueden aplicarse a la lítica mexicana por medio de la analogía, y la pertinencia de ésta sigue siendo tema de discusión. Sin embargo, pese a que se trata de sociedades en otras latitudes y contaminadas por el contacto colonial, antropólogos y etnólogos la han estado aplicando en diversos niveles al estudio de todas las sociedades antiguas. La analogía, es decir, el método sustentado en la premisa de que los datos del presente pueden ser la clave del pasado, ha adquirido un elevado nivel de refinamiento y es usada profusamente. Si las ocho conclusiones antes esbozadas son ciertas, podemos decir que las comunidades de cazadores-recolectoras de México pertenecen al mismo género que los "salvajes" contemporáneos, tan estudiados. Existen entonces principios de lógica interna en la relación entre las diferentes etapas de las actividades y entre éstas y sus productos materiales, así como los modelos económicos y sociales elaborados por la etnografía que sustentan las analogías. Cuando hablamos de las leyes de la oferta y la demanda para la economía capitalista en general, suponemos que funcionan en todas las economías capitalistas particulares. ¿Por qué las leyes que se refieren al nomadismo, la complementariedad entre recolección y caza, y la distribución del producto de acuerdo con patrones de paren-

tesco no podrían aplicarse en un nivel de hipótesis a todas las sociedades de cazadores-recolectoras? (Binford, 1983: 23-34 y 109-113).

La etnología ha avanzado considerablemente en el estudio de los pueblos nómadas que sobrevivieron el contacto con el mundo occidental. Aparte de los numerosos informes y estudios realizados durante los contactos o más tarde sobre pueblos que en la actualidad están desapareciendo o han desaparecido, contamos con los estudios contemporáneos que se hacen con todos los métodos y técnicas de la ciencia moderna. En la actualidad estos pueblos sobreviven en 27 regiones (el número de bandas es mayor a 500): cinco en África, seis en Asia, Oceanía y Australia, y 16 en América (Lee, De Vore y Nash, 1968: 13), que han generado una abundante biblioteca entre cuyos títulos se cuentan estudios especializados de economía como los clásicos *Antropología económica* de Melville J. Herkovitz y el *Stone Age Economics* de Marshall D. Sahlins, para no citar sino dos de ellos.

Hace apenas 10 000 años toda la población del mundo subsistía de la caza y la recolección. En tiempos de Cristo seguían ocupando la mitad de la tierra. En México, hasta el siglo XIX, su presencia era todavía importante. No podemos, por tanto, dejar de recurrir a la etnología y a la antropología económica para incursionar en el tema, recordando que sus conclusiones sólo pueden servirnos de guía para una aproximación a un pasado de gran importancia formativa, bastante exitoso y sobre todo muy revelador de las victorias y derrotas que encierra el progreso. La comprobación de la validez de las hipótesis —si es posible— tendrá que provenir del cotejo de éstas con los hallazgos presentes y futuros de la arqueología mexicana, tarea que incumbe a los especialistas del tema.

La organización económica y social de los cazadores-recolectoras deriva de la relación especial que establecen con la natu-

raleza y la tierra. Ésta no es —como para los agricultores— objeto simple de su trabajo sino sujeto activo de sus vidas. Viven de sus productos en estado natural, sin intentar orientar o acrecentar su producción ni modificar o preservar sus recursos. El agotamiento de los recursos les impulsa a ir de un lugar a otro, hasta que la flora y la fauna explotados se reponen. Su mundo no es el terruño sino el territorio, una extensión muy amplia cuyos límites están fijados sólo por la presencia de otros cazadores. El mundo espiritual del cazador-recolector nómada es diametralmente diferente, opuesto, diríamos, al del agricultor sedentario. La vida en la aldea exige permanencia del grupo social; la de la banda, flexibilidad que se manifiesta en un proceso constante de fusiones y dispersiones. El agricultor goza de mayor estabilidad, el cazador de más libertad. En la aldea el producto —en la medida en que es colectivo— se concentra primero y luego se distribuye; en la banda nómada, apenas obtenido, se comparte directamente, de acuerdo con patrones familiares reales o imaginarios. Los agricultores necesitan excedentes para reproducir anualmente los procesos productivos; los nómadas viven al día y no tienen uso alguno para los excedentes. En la primera, la propiedad privada y la división especializada del trabajo colocan a la mujer en desventaja. En la segunda, en cambio, la participación de la mujer en casi todas las actividades y la importancia de la recolección tienden a igualar a ambos sexos.

A diferencia del agricultor cuyo horizonte es la aldea, el cazador se familiariza con un territorio muy extenso que abarca con frecuencia cientos de kilómetros cuadrados. Para aprovechar todas las oportunidades estacionales de comida animal y vegetal debe desarrollar amplios conocimientos sobre sus ciclos anuales y su ubicación exacta. Los indios seris de Sonora conocen 310 especies de plantas, de las cuales usan 71 para fines alimentarios y 95 para la farmacopea. Conocen también

262 especies zoológicas, de las cuales explotan 82, entre ellas varias de grandes mamíferos y recursos marinos como moluscos, caguamas, peces y aves de mar (Felger y Moser, 1976: 14).

Según Holmberg, los siroco, de Bolivia oriental, tienen un conocimiento muy preciso de los animales y plantas de su región. Cualquier niño de 10 o 12 años sabe cuándo florecen y dan fruto las plantas y cuáles son comestibles. También están enterados de las costumbres de los animales, de su alimentación, de los lugares en donde duermen y de las épocas en que crían. Toda vez que carecen de calendarios, no guardan registro del tiempo y no tienen nombre para las estaciones, pero saben con exactitud cuándo se producen los cambios estacionales, guiándose por fenómenos como la frecuencia de las lluvias, el florecimiento de las plantas y la maduración de los frutos silvestres (Holmberg, 1969: 23).

El nomadismo crea, naturalmente, grandes problemas técnicos y económicos. En general, las idas y vueltas de los nómadas no son movimientos erráticos, sino viajes con un objetivo y una dirección definidos con precisión. El primer problema, por tanto, es la orientación. Los antropólogos que han convivido con esos pueblos relatan que éstos rara vez se pierden, incluso en las condiciones extremas de las junglas ancestrales o los desiertos de contornos movedizos. Usando dos o tres puntos de referencia se desplazan con celeridad y eficiencia.

El segundo problema es el transporte. El único animal doméstico del hombre lítico era el perro, cuya presencia está arqueológicamente comprobada. No sólo era utilizado por algunos pueblos para la caza, sino que entre los indios de Norteamérica se le usaba también para el transporte. Los perros eran entrenados para cargar bultos sobre el lomo o jalar una especie de trineo llamado "travois" que consistía en dos palos largos cuyas puntas convergían en los hombros del perro. Pero,

por lo general, cazadores menos desarrollados viajaban ligeros, transportando el mínimo necesario para su subsistencia y sus utensilios y armas más preciados. No obstante, aun eso hubiera sido imposible sin las cunas portátiles, canastas, bolsas y receptáculos para líquidos y, a veces, para el fuego (Lowie, 1963: 46-48, 60, 62-66). Cada uno de esos objetos fue fruto de siglos de ingenio y observación.

Sus viajes adquieren a menudo una compleja regularidad, determinada por una estrategia recolectora cuidadosamente fijada. Los shoshones de Norteamérica seguían un itinerario definido por el ciclo anual de la flora y la fauna. La etapa más sedentaria era el invierno, cuando los campamentos se establecían en los lugares más cálidos. Desde la primavera hasta el otoño, en cambio, se mantenían en movimiento. En la primavera iban a tierras bajas en donde abundaban los vegetales frescos, y hacia el verano se asentaban en las laderas de las montañas y los valles donde encontraban semillas y bayas (moras y fresas de diferentes tipos). En el verano se cazaba en las planicies bisontes y antilopes por medio de ojeadas en las cuales participaban las mujeres y los adolescentes. Para los shoshones era necesario estudiar cuidadosamente sus lugares de pastoreo, los abrevaderos y los itinerarios. En el invierno localizaban los animales que migraban, como los carneros de montaña, y se les ultimaba en lugares escarpados sin salida que restringían sus movimientos. No menos importantes eran para los habitantes del desierto los pozos, y para los de la jungla, los claros.

LAS RELACIONES SOCIALES

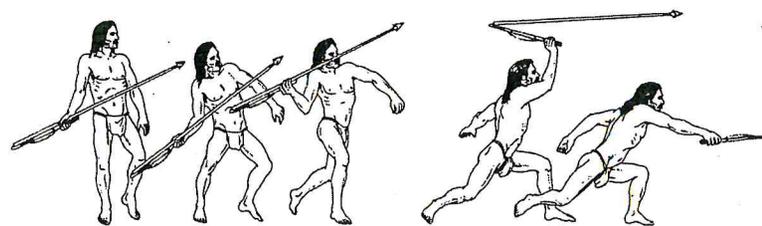
La vida de los cazadores-recolectoras era mucho más colectiva, comunitaria e igualitaria que la de las sociedades posteriores.

No tenían parcelas individuales ni viviendas familiares. Los sironos de Bolivia oriental, cuyas bandas constaban desde 60 hasta 100 individuos, pernoctaban con frecuencia juntos en la misma casa grande. Cuando llegaban al sitio de un nuevo campamento elegían de común acuerdo un lugar adecuado y mientras las mujeres atendían a los niños y desempacaban los enseres, los hombres, sin que para ellos fuera necesario un jefe que supervisara la construcción, pasaban a erigirla. Un albergue para 60 u 80 personas tenía por lo regular 20 m de largo por nueve de ancho y se construía aproximadamente en una hora. Como postes se utilizaban troncos de palma y de bambú grueso. Para reforzarlo, el armazón era amarrado a algunos árboles ubicados de manera estratégica y las paredes se levantaban con hojas de palma montacú que simplemente se hacían descansar sobre travesaños (Holmberg, 1969: 23).

La causa principal de la cohesión y la solidaridad que caracterizaban a esas sociedades era probablemente el carácter aleatorio de la caza. En un momento dado, un cazador podía tener éxito, mientras su vecino regresaba con las manos vacías. Un campamento recogía una cosecha de nueces y plantas mayor a sus necesidades, mientras otro cercano descubría que el lugar donde se había establecido era estéril. En esas condiciones el apoyo mutuo y la obligación de compartir se volvían asunto de vida o muerte. Además, a veces el hombre pasaba a ser de cazador a presa. Los grandes depredadores lo veían como alimento y sus armas individuales eran demasiado primitivas para asegurar su defensa. Sólo el grupo podía asegurar su supervivencia. Los antropólogos relatan que casi siempre las expediciones de caza que obligaban a alejarse del campamento días enteros estaban formadas por varios cazadores y las mujeres recolectaban en grupo, cantando y haciendo ruido para alejar el peligro.

A veces, la caza colectiva presupone técnicas elaboradas de cooperación. Wheat encontró en Olsen-Chubbuck, Nevada, restos arqueológicos paleolíticos que demuestran que allí tuvo lugar un ojeo a resultas del cual fueron muertos unos 200 bisontes. Para ello fue necesaria la cooperación de por lo menos 100 personas con ayuda de perros y una división del trabajo. Informes etnográficos sobre los shoshones confirman la inferencia arqueológica. En temporadas fijas del año, varias familias nucleares o extendidas se unían para cazar antílopes o conejos. Los cazadores enlazaban sus redes individuales para formar una especie de cerca de varias decenas de metros. Los niños y las mujeres ojeaban la caza y los hombres ultimaban a los animales atrapados. Luego se dividían las tareas de descuartizarlos y transportar la carne al campamento. En esa ocasión se escogía un jefe, por lo general al mejor cazador, pero sus funciones sólo duraban durante la cacería.

Ese tipo de cooperación rebasaba las relaciones de parentesco que no cumplían con los requisitos de número y composición por edades, y es el modelo para la constitución y



Atlatl una de las armas más usadas en Mesoamérica desde la época de los cazadores y recolectoras, Michael E. Moseley, *The Incas. And their Ancestors. The Archaeology of Peru*, Thames and Hudson Ltd., London, 1993.

dispersión de las bandas. El grupo fundamental rara vez era mayor que la familia, pero las bandas se formaban y disolvían en un proceso constante de fusión y dispersión que se adaptaba a los ciclos de la naturaleza. La formación de las "macrobandas" era también ocasión para fiestas, celebraciones, casamientos e intercambios de bienes.

Aun cuando para etapas más recientes se habla de "cazadores especializados", por lo habitual en el seno de la banda no había más división del trabajo que la generada entre los sexos y las edades. Simplemente, mientras el hombre dedicaba más tiempo a la caza mayor la mujer recolectaba nueces, vegetales y tubérculos, cazaba animales menores y, naturalmente, cuidaba a los niños.

Sería un error creer que desde el punto de vista alimentario, la caza era una actividad más importante o de mayor rendimiento que la recolección. Como se ha demostrado recientemente, en casi todos los pueblos estudiados la dieta era ante todo vegetariana. Con la natural excepción de los pobladores del Antártico, más de 50% de las calorías y las proteínas que consumían provenían de fuentes vegetales. De manera que la imagen del porfiado cazador salvaje que perduró tanto tiempo, probablemente debido a prejuicios modernos, debe ahora ceder el lugar a la doble imagen de la recolectora hacendosa y el valiente cazador.

En un estudio de 24 pueblos que aún existen se han obtenido los siguientes resultados: tres de ellos derivan su alimentación fundamentalmente de la caza, cinco de la pesca, y el resto, 16, de la recolección. Sólo en un caso ésta representa 10% de la alimentación, y en dos, 20%. En todos los demás es mayor de 30% y en cinco es de 70%. El estudio concluye que las actividades recolectoras que incluyen plantas y moluscos son las más productivas desde el punto de vista alimentario, seguidas por

la pesca. La caza de mamíferos es la fuente más aleatoria y, por tanto, es en general menos importante que las otras dos. Los pueblos que viven en los extremos norte o sur, según un estudio sobre una muestra más amplia de 58 casos, tienden a depender más de la caza de mamíferos marinos y la pesca. En las zonas templadas las combinaciones se diversifican, mientras que en las tropicales la recolección predomina claramente. De todas maneras, la suma final favorece a esta última: 29 grupos tienen como fuente principal de subsistencia la recolección (incluyendo vegetales y moluscos), 18 la pesca y 11 la caza (incluyendo mamíferos terrestres y marinos). Las conclusiones son que para los cazadores-recolectoras primitivos la fuente más segura y estable de alimentación es la recolección, mientras que la carne proveniente de la caza es un suplemento necesario y codiciado, pero aleatorio, y que la mujer recolectora adquiere como proveedora tanta importancia como el hombre cazador. Es más, la familia nuclear no tiene como fin único la procreación. Cumple además una función económica primordial y ocupa un lugar central en el sistema económico, puesto que representa al mismo tiempo la división del trabajo esencial y la complementariedad vital entre recolección y caza (Lee, DeVore y Nash, 1968: 43-45).

Pero también la imagen del cazador y la recolectora exige ser matizada por la gran importancia de la pesca en la evolución de las sociedades líticas. A lo largo de las costas y terrazas costeras de México abundan las acumulaciones de conchas y valvas de moluscos llamadas concheros. Algunas son de origen paleolítico de gran antigüedad. Es probable que mientras los hombres pescaban con arpón o anzuelo y cazaban tortugas que tenían la ventaja de poder conservar vivas durante varios días, las mujeres y los niños recogían moluscos adheridos a las rocas o enterrados en la arena, para lo cual sólo se necesitaba una

concha con borde afilado o un palo. Los seris de hoy siguen pescando el punto, la totuava y el mero, mientras que los niños recogen pequeños peces atrapados entre las rocas y que se comen con todo y espinas. Los hombres cazan la caguama preferentemente en el invierno, cuando hiberna, pero también en las demás estaciones. La captura se hace de noche y desde balsas y canoas, alumbrándose con antorchas y usando arpones. También se caza el lobo marino, del cual se utiliza la carne, el aceite y la piel. Las mujeres y los niños, por su lado, recogen huevos de gaviota y garza. Los peces se cuecen o asan en las brasas, los huevos se hierven y la mayoría de los moluscos se consumen crudos (Villalpando Canchola, 1996: 273).

No debe, sin embargo, subestimarse el papel que representa el cazador en la evolución de la especie humana. La caza cambió la actitud del hombre hacia los demás animales. Su idea de que éstos son salvajes y de que es natural que huyan de él se deriva de esa actividad. La caza no sólo proporcionaba comida, era también un acto de dominio y diferenciación con el mundo animal. Sin duda cumplía también la tarea de entrenar para la defensa y la guerra.

Los relatos de informantes españoles sobre los chichimecas, los cazadores-recolectoras que habitaban los actuales estados de Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí, Coahuila y Durango, confirman esta imagen. Eran muy buenos cazadores. Sus presas preferidas consistían en liebres, conejos, cíbolos, aves, víboras y gatos monteses, además de tuzas, codornices y venados, pero no desdeñaban las ardillas y los ratones de campo. Para la caza utilizaban arcos ligeros que fabricaban con maderas de chopo, mimbre, mezquite y junípero, y flechas que hacían de cañas con puntas de obsidiana, riolita, calcedonia o ágata amarradas con tendones. Los niños eran entrenados en su uso desde la más tierna edad y los españoles no se cansaban de admirar su

destreza como arqueros. Para la caza empleaban dos técnicas: el acercamiento al venado cubiertos con una cabeza de animal y su piel, y el ojeo. Las mujeres —siempre, según esos españoles— recogían mezquites, agaves, frijol rojo, palas y yucas. Se explotaba intensamente el cardón, la pitaya dulce y el sahuaro, así como el bleado y el quelite, para lo cual se valían de palos aguzados, piedras y redes. En verano se centraban en las raíces y en invierno recogían más bien frutos silvestres (López Luján, 1981: 33-36, 88-91).

La producción, distribución, recolección y consumo de los alimentos desempeñan en la sociedad de cazadores-recolectoras una función más importante que en cualquier otra. No existen grupos de productores especializados que obtengan su alimento indirectamente a cambio de otros servicios, quizá con la excepción, en las etapas más recientes, del shamán. Tampoco existen bienes suntuarios que puedan ser cambiados por alimentos en caso de necesidad. La producción de alimento y los pocos instrumentos utilizados en obtenerlo son el centro de la vida económica y, por tanto, es sólo en función de ellos como pueden determinarse los niveles de vida (Sahlins, 1977: 23).

Durante siglos el hombre moderno ha tenido una idea muy negativa acerca de las condiciones de sus antepasados cazadores y recolectoras. Thomas Hobbes caracterizó su vida de "sórdida, brutal y corta", y los conquistadores españoles se encargaron de difundir una leyenda tan nefasta sobre los pueblos nómadas que opusieron una tenaz resistencia a su dominio, como la que tejieron los ingleses y holandeses sobre sus propias proezas colonizadoras. En 1692, Adamo Gilg escribía que los seris comían con placer gusanos, piojos, carroña de bestias muertas y sus propias heces, lo que ha sido desmentido por todos los informes y estudios posteriores (Villalpando

Canchola, 1996: 272). Pero los pueblos indígenas civilizados de Mesoamérica, protagonistas y partidarios decididos de la revolución agrícola, no eran mucho más objetivos, y por lo menos una de las acepciones de la palabra chichimeca es despectiva y sinónimo de bárbaro o perro.

La mayoría de las investigaciones modernas no confirman esa imagen. Los trabajos de campo realizados demuestran que la base de subsistencia de las sociedades de cazadores-recolectoras era mucho mejor de lo que se suponía. Por lo general, las fuentes de alimentación de las etnias nómadas supervivientes son abundantes y pocas las horas de trabajo necesarias para explotarlas. Es más, existen indicios claros de que su capacidad productiva era subutilizada. Las bandas paleolíticas vivían con toda seguridad sin demasiadas carencias alimentarias y sólo explotaban parte de las fuentes existentes, omitiendo otras por razones reales o imaginarias de calidad y salud. En la actualidad, algunas etnias dedican de dos a cuatro horas diarias a actividades de subsistencia. En otros casos el tiempo es mayor, pero en ninguno de los estudiados pasa de 30 horas semanales. No se observa en sus movimientos trashumantes una sensación de hostigamiento y premura. En las obras de viajeros y antropólogos son frecuentes las referencias a su despreocupación hacia el futuro y su extrema prodigalidad, manifiesta en la tendencia a aprovechar cualquier ocasión para festejar. Tampoco fue posible detectar las crisis periódicas de abastecimiento que se asignaban a esas sociedades. En sus propios términos de frugalidad nómada, los cazadores paleolíticos conocían bien los recursos alimentarios de su hábitat y eran capaces de cubrir sus necesidades sin esfuerzos extremos ni angustias desgastantes. Su condición era, sin duda, más desenvuelta y segura que la de las manadas de animales de las cuales provenían. El mensaje de la etnografía sobre niveles y condiciones de vida es aún

más válido si se recuerda que las etnias supervivientes han sido obligadas a vivir en medios mucho más inhóspitos que los que conocieron la mayoría de los pueblos paleolíticos, dueños absolutos del escenario. No es aventurado suponer que raíces, nueces, bayas y frutas estaban siempre disponibles y eran fácilmente explotadas incluso por las bandas más atrasadas (Sahlins, 1977: 23).

Hemos dicho en sus propios términos, y esto significa que no caemos en la trampa de atribuirles actitudes y necesidades propias a nuestra sociedad. Probablemente se regían con el principio zen, según el cual, para vivir basta con lo mínimo y no con el consumismo moderno sustentado en el carácter ilimitado de las necesidades humanas. Su confianza no los abandonaba ni en los momentos de sufrimiento más extremos. Hablando de los montagnais, decía Le Jeune en 1634:

yo los veía en sus carencias y sus trabajos, sufrir con alegría [...] Me encontraba con ellos, afligido, con grandes sufrimientos, y ellos me decían "Nos pasaremos a veces dos, hasta tres veces sin comer porque no hay alimentos; ármate de valor, Chichine, fortalece a tu alma para soportar el sufrimiento y la dificultad; no te pongas triste, si no, te vas a enfermar; mira cómo nosotros seguimos riendo pese a que tenemos muy poco que comer" (Lee, De Vore y Nash, 1968: 89).

Hecha esa aclaración, creo que puede aceptarse el reto de Marshall Sahlins, quien considera a la banda nómada como la sociedad afluyente de la antigüedad, porque sin vivir en la abundancia satisfacía las necesidades elementales de todos sus miembros, incluso los improductivos, como los niños y los viejos, sin elevarla a la condición de norma de bienestar para sociedades posteriores.

Si los cazadores-recolectoras hubieran vivido siempre al borde de la inanición, lo natural hubiera sido que explotaran todas las fuentes vegetales de alimentación disponibles. Pero los estudios etnológicos más recientes nos dicen algo muy diferente. Aun cuando los bushmen kung! de Sudáfrica tienen a su alcance unas 85 especies comestibles que conocen perfectamente, 90% de su alimentación proviene sólo de 23. En lo que respecta a la carne, se observa la misma selectividad. De 54 especies clasificadas como comestibles que los bushmen kung! conocían, sólo cazaban regularmente 17 (Bichierri, 1972: 345). Apenas un puñado de las decenas de pequeños mamíferos, pájaros, reptiles e insectos locales era considerado por ellos comestible. Animales como grillos, termitas, serpientes y lagartijas, consumidos en otras partes, eran rechazados por ser incomibles. Considerando la abundancia relativa de recursos existentes en el hábitat de los seris, esto refuerza aún más lo absurdo de las imputaciones de Gilg.

Otro indicador del nivel de vida es la edad de defunción. Hasta hoy se ha supuesto que la vida de los cazadores-recolectoras era tan difícil que la gente se desgastaba con rapidez y moría a edad temprana. Pero los hechos conocidos contradicen esta suposición. El promedio de vida no era probablemente menor que el de los aldeanos que los sucedieron. Según Lee, entre los bushmen kung! de Dobe, en una población total de 466 individuos, 46 (17 hombres y 29 mujeres) tenían más de 60 años de edad, proporción que puede compararse favorablemente con la de viejos en muchas sociedades industriales. Además, éstos tenían una posición respetada en la sociedad. Algunos eran líderes reconocidos y el senilicidismo era en extremo raro. En otros pueblos, en cambio, es más frecuente, pero rara vez una práctica regular (Lee, De Vore y Nash, 1968: 36).

Existe en las culturas de esos pueblos una combinación de austeridad y tiempo libre, de privaciones y libertad, que obedece a una lógica incomprensible para un miembro de la sociedad actual. Con excepción de los esquimales, los cazadores-recolectoras van desnudos incluso en climas bastante inclementes. Según los españoles, los zacatecos y los guachichiles no llevaban ropa alguna, aun cuando portaban adornos y bandas en la cabeza (Amador, 1982: 1: 24). Los indios onas y yahaganes de la fría Tierra del Fuego sólo se protegen de los vientos helados con grasa. Algunos construyen chozas, pero en los campamentos temporales sólo se construyen mamparas o resguardos poco eficaces. Pero al mismo tiempo, según estudios detallados de grupos primitivos en Australia y Sudamérica, estos grupos gozan de mucho tiempo libre que utilizan en fiestas, reuniones sociales, juegos y bailes en los que impera la alegría y el calor humano.

Pese a diferencias y matices, la distribución del producto de la caza, la recolección y la pesca está diseñada para asegurar la supervivencia de todos los miembros de la banda. Ninguno de los principios que rigen la distribución en la sociedad capitalista tienen vigencia allí. No existe la propiedad privada en el sentido moderno de la palabra, ni el mercado ni el salario. Compartir es entre ellos una obligación y un derecho. Las relaciones de distribución toman por tanto la configuración de la reciprocidad que, según Marshall Sahlins, puede adquirir tres formas: la reciprocidad generalizada, sustentada en el supuesto de que con el tiempo lo recibido igualará lo dado. En el momento de dar no se especifica cuándo y cómo se espera alguna retribución. La reciprocidad generalizada no se expresa en equivalentes mensurables ni está fijada en el tiempo. Esta relación es posible sólo entre personas que guardan una relación duradera y muy cercana: la familia o la microbanda. La segunda

forma es la reciprocidad equivalente, que representa una operación definida de intercambio de bienes y servicios con satisfacción de ambas partes. La tercera es la reciprocidad negativa, que entraña una convención no cumplida, una sustracción violenta o un hurto que da origen a la creación de un enemigo y quizá la obligación de tomar venganza. Más aún que la producción, la distribución y circulación de bienes y servicios están ligadas a relaciones de parentesco, ceremoniales y de prestigio, a un grado tal que nos obliga a hablar de lo económico en las relaciones sociales más que de una estructura económica de la distribución y la circulación propiamente dicha (Service, 1966: 80).

El acto de reciprocidad está indisolublemente ligado a los valores y emociones de lealtad, deber, amor y etiqueta, y los patrones de reciprocidad —sobre todo en materia alimentaria— son en general establecidos con toda claridad (Radcliffe-Brown, 1948: 40-44). Entre los bushmen kung! de África las partes de un animal grande se reparten entre los cazadores, con alguna preferencia para quien infligió la herida mortal. Luego cada uno a su vez lo reparte de la siguiente manera: su obligación prioritaria es para con los parientes de su esposa a quienes trata de igual manera que a su propia compañera y sus hijos, así como a sus parientes directos. El siguiente círculo abarca a otros familiares y amigos. Cada uno de quienes han recibido da a su vez en círculos concéntricos. Las visitas en el campamento, aun cuando no sean parientes, reciben también carne. Entre los hadzas de África oriental la carne de un gran animal es ampliamente distribuida en el campamento entre familiares y residentes, de manera que la gente tiende a congregarse en campamentos que cuentan con cazadores hábiles. El tamaño óptimo de los campamentos en verano está determinado por el número máximo de personas que pueden participar en la distribución

de un animal mediano. Durante la estación de lluvias, cuando escasea la caza, en cambio, no hay incentivos para los campamentos muy poblados. Las riñas y pleitos hacen además su parte y se produce la dispersión (Lee, De Vore y Nash, 1968: 104-106).

Las armas y los utensilios más personales son de propiedad individual y objeto de actos de reciprocidad equivalente. También se practica el intercambio entre bandas que puede, en circunstancias especiales, como un producto que no existe localmente, adquirir gran importancia. Pero no existe el mercado o el trueque sistemático. Así se recurre, a veces, al "comercio silencioso" que evita los roces y fricciones que pueden surgir en el regateo o el engaño. Uno de los grupos deja algo que sabe el otro desea, en un lugar convenido. Luego regresa para ver qué le ha sido otorgado en reciprocidad; si se considera satisfecho, la operación se repetirá. En otras ocasiones se aprovecha la existencia de lazos de parentesco real o imaginario entre miembros de dos bandas para intercambiar regalos de una manera que a fin de cuentas sea más o menos equitativa.

Entre los atabascanos, cuando dos amigos que no se han visto durante mucho tiempo vuelven a encontrarse, comienzan por intercambiar regalos. Asimismo, cuando alguien visita un campamento en el cual tiene algún familiar, reparte regalos entre todos sus habitantes. Al despedirse saldrá cargado con regalos de los favorecidos por sus atenciones. Si los participantes en el acto son de la misma edad, se espera reciprocidad. Pero si uno de los dos es más viejo, el joven no esperará nada. Compartir es un valor prioritario. Se considera de muy malas maneras negarse a dar a otro lo que éste solicita, o dejar de retribuir la generosidad con generosidad (Radcliffe-Brown, 1948: 42).

Entre los actuales pueblos nómadas no existe un concepto simple y homogéneo de la propiedad privada. Es más bien

un sistema complejo de derechos y deberes, de modo que existen diferentes tipos de propiedad, todos regulados por la obligación de dar y el derecho a recibir.

Los recursos naturales son propiedad comunal y, en caso de intromisión, deben ser defendidos por todos los miembros de la banda, aun cuando los límites territoriales no están bien definidos. A veces, más por división del trabajo que por sentido de propiedad, algunos árboles son asignados a una familia. Lo que está sujeto a un régimen más comparable a la propiedad privada moderna son las armas de uso personal, arcos, lanzas, cuchillos y algunos utensilios preferidos, pero eso no representa un derecho o un estatus sobre los demás, porque todos los miembros de la banda poseen sus equivalentes (Service, 1966: 22).

La banda nómada es la forma más simple de organización social. Está sustentada en relaciones de parentesco reales o ficticias. En una tribu típica de Australia un hombre define sus relaciones con otras personas dentro y fuera de la tribu mediante los términos de parentesco. Existen muchos sistemas de parentesco que van más allá de la relación biológica, es decir, una gran variedad de medios ideológicos o con los cuales se define el parentesco.

La base es la familia nuclear tradicional de padre, madre e hijos. A su alrededor hay otra familia que los antropólogos llaman ampliada. A veces esta relación es una realidad residencial y otras no lo es, pero representa siempre a un grupo de familias nucleares que se sienten más unidas entre sí que con otras.

No obstante, existen indicios de que hacia el año 2000 a.C., es decir hace 4000 años, algunas de las bandas de cazadores-recolectoras tenían residencias más sedentarias y un tipo de organización social más compleja.

La revolución agrícola

ENTRE LOS AÑOS 6000 y 2000, pero sobre todo a lo largo de la época preclásica temprana, la parte de México que se encuentra en Mesoamérica conoció su primera gran revolución económica. Una transformación que por su magnitud sólo es comparable a la Revolución industrial que tuvo lugar en Europa, 4300 años más tarde, a finales del siglo XVIII, durante la cual la industria sustituyó a la agricultura como la rama básica de la economía. Lenta y difícilmente sus habitantes sustituyeron la caza y la recolección por la agricultura. Hasta no hace mucho sabíamos poco acerca de ese proceso, pero gracias a investigaciones recientes poseemos hoy una idea más precisa de él. A reserva de regresar ampliamente al tema, cabe comenzar por decir que la aparición de la agricultura se acompañó por cambios trascendentales en casi todos los demás aspectos de la vida económica y social. Cambió la relación del hombre con la tierra, las plantas y los animales. La apropiación de los frutos de la naturaleza, forma dominante de procuración de alimentos, cedió el lugar a las actividades transformadoras. Aun cuando la relación entre vida sedentaria y el surgimiento de la agricultura no fue la misma en todos lados, el campamento temporal de los cazadores acabó por ser sustituido por la aldea sedentaria de los agricultores. En

ella apareció el excedente económico que sólo ahora podía ser almacenado y acumulado. Y aun cuando los conceptos de economía de subsistencia y excedente no dejan de despertar serios problemas teóricos, estarían presentes en el funcionamiento y estudio de todas las sociedades posteriores. Del dominio impreciso y circunstancial que impone el cazador a sus campos de caza y recolección, se pasa al sentido de territorialidad que sugiere la propiedad colectiva de la tierra, que para el aldeano es el principal medio de producción. El impacto transformador de la agricultura se debe en buena parte a su capacidad de incrementar la productividad de la tierra, concentrar territorialmente la producción de alimentos y otorgar al proceso cierta predecibilidad que posibilita mayores densidades demográficas.

Las pequeñas bandas de constitución familiar se fueron fusionando en tribus y en el seno de éstas comenzaron a aparecer señales de estratificación. A finales del periodo aparecen los jefes y los cacicazgos institucionalizados. La división del trabajo se hizo cada vez más compleja y los sectores dedicados a generar productos no alimentarios aumentaron en número e importancia. Todos estos fenómenos estimularon la aparición del trueque sistemático, el mercado y el comercio.

La cueva o el abrigo temporal cedieron el lugar a la vivienda permanente; las canastas recubiertas con lodo fueron sustituidas por cerámica cada vez más especializada y compleja, y aparecieron nuevos instrumentos de trabajo. Las cerámicas más antiguas, todavía bastante burdas, aparecieron alrededor de los años 2400-2300 a.C. en Puerto Marqués (Guerrero), Tehuacán (Puebla) y Tlapacoya (Estado de México). La vida sedentaria incrementó los índices de fecundidad, y la mayor productividad de la tierra abrió la posibilidad a un crecimiento inaudito de la población. Allí donde en el séptimo milenio vivían decenas,

en el segundo había miles. Aun cuando la relación entre esos fenómenos es compleja sigue siendo materia de discusiones tórridas, y nadie puede pensar que la agricultura fue su causa directa y única, es indudable que actuó en muchas instancias como detonador o acelerador del proceso.

Lo que sucedía en Mesoamérica no era un fenómeno aislado. Por el contrario, lo sorprendente es la relativa rapidez y la simultaneidad del fenómeno en muchas partes del mundo. La agricultura, que se originó en pocos centros, se extendió por todos los continentes y hacia principios de nuestra era había sido adoptada por más de la mitad de la población mundial. Después de dos o tres millones de años de dominio de la caza y la recolección, en sólo algunos milenios desaparecieron modos de producción y de vida ancestrales. Surgió un mundo nuevo que había de ser la base productiva de todas las grandes civilizaciones hasta mediados del siglo XVIII. Su florecimiento fue posible gracias al cultivo de una o todas las siguientes seis especies vegetales: arroz, cebada, maíz, mijo, papa y trigo. Durante todo ese tiempo el constructor de pirámides, palacios y ciudades, el proveedor insustituible del mundo urbano con todas sus maravillas, fue el campesino (Childe, 1948: 59-86; 1942: 55-96).

Los antropólogos han concluido que en la historia del surgimiento y difusión de la agricultura se observan dos tipos de regiones: los centros prístinos u originales caracterizados porque en ellos varias plantas cosechables fueron obtenidas siguiendo procesos internos orgánicos, y los centros secundarios en donde, aun cuando ya existía una economía recolectora avanzada e incluso elementos de cultivo, las plantas cosechables fueron introducidas desde afuera una por una o varias a la vez (Vavilov, 1951: 17-21).

Mesoamérica fue uno de los grandes centros prístinos de la agricultura. Después de impresionantes investigaciones botá-

nicas en el ámbito mundial, Vavilov, quien llegó a la conclusión de que las cunas originarias de la agricultura eran los centros de mayor concentración de plantas domesticadas, destacó ocho regiones de ese tipo, tres de las cuales están en América. Más recientemente, Richard S. Mac Neish ha decidido corregir esa teoría, reconociendo sólo cuatro regiones prístinas de las cuales dos pertenecen al Nuevo Mundo: Lejano Oriente, Cercano Oriente, Mesoamérica y los Andes. Todos los demás centros de desarrollo agrícola temprano son —según él— secundarios o, si se quiere, surgieron de la difusión. Si bien el tema sigue generando polémica, todos coinciden en que la parte de México ubicada en Mesoamérica fue uno de los centros originales de la transición de la caza y la recolección a la agricultura (Mac Neish, 1992: 7).

Fue a este conjunto de cambios al que Gordon Childe llamó "revolución neolítica". Si no confundimos la domesticación y los cultivos esporádicos iniciales, cuya eclosión se arrastró durante varios milenios, con la agricultura propiamente dicha, y si concebimos a ésta como parte de un conjunto de transformaciones técnicas, económicas, sociales y psicológicas, la acusación que se hace con frecuencia al antropólogo australiano de haber confundido la lenta evolución con una revolución es completamente infundada. Desde el punto de vista económico hubo una revolución tan significativa como la urbana y la industrial y las que la siguieron, la termonuclear y cibernética que vivimos en la actualidad. Aquello que había perdurado durante millones de años desapareció en algunos milenios. Lo que nos impide ver la ruptura es que, lo que antes requería milenios, ahora sucede en décadas.⁸

⁸ Como ejemplo de esa crítica infundada véase Grahame Clark, *World Prehistory: A New Outline*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1969, pp. 71-72.



Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (eds.), 2000: 1: 221.

LOS ORÍGENES DE LA AGRICULTURA

En Mesoamérica, a medida que las fuentes animales de proteínas disminuían, los hombres y las mujeres fueron recurriendo a una recolección más sistemática y regular. Fue así como adquirieron conocimientos suficientes para incurrir en la domesticación de plantas. La agricultura no fue, como la máquina de vapor, el automóvil o la computadora, un invento. Observaciones relacionadas con la teoría de la evolución sugieren que, con toda probabilidad, los cambios físicos en las plantas asociados con la domesticación fueron en un principio resultado no de

la acción intencional sino de la atención preferente que prodigó el hombre a las especies silvestres que mejor se adaptaban a sus necesidades. Con sus cuidados, el recolector seleccionaba de la misma manera que lo hacía la naturaleza, privilegiando a los ejemplares más vigorosos, deseables y adaptables de algunas plantas existentes en estado natural. Con el tiempo acabaría provocando cambios genéticos, pero con ritmos y formas totalmente imprevistos y como parte de un proceso en el cual el factor consciente jugaba un papel limitado. El evolucionista David Rindos sostiene que la domesticación de plantas pertenece a un mundo natural que el hombre comparte con otros animales y, por tanto, no representa misterio alguno. En él rigen las leyes de la evolución darwiniana. Su faceta estrictamente humana, lo que debe ser explicado, es su adopción generalizada y sus efectos secundarios sobre el hombre y su sociedad. Un argumento que utiliza para fundamentar su teoría es la descripción de actividades asociadas con la agricultura e incluso de sistemas agrícolas complejos adoptados por algunas especies animales, como la hormiga cultivadora, que es capaz de realizar la mayoría de las actividades "agrícolas" supuestamente exclusivas del hombre. La domesticación de las plantas forma así parte de lo que él llama coevolución y define como "un proceso evolucionista en el cual el establecimiento de una relación simbiótica entre organismos mejora todos los participantes y modifica rasgos importantes de su constitución" (Rindos, 1984: 99).

La condición de cultivador más o menos ocasional o estacional que hemos descrito aquí pertenece a lo que Piña Chan y Mac Clung han llamado economía mixta (caza-recolección-agricultura) o periodo agrícola incipiente, que no debe ser confundida con la del agricultor que modifica sistemáticamente el medio ambiente para incrementar la productividad de

varias plantas complementarias. La primera tiene, en América, antecedentes que probablemente se remontan a 7000 años o más, la generalización de la segunda data de unos 2000 años a.C. o menos aun (Lorenzo, 1987: 10).

El surgimiento de la agricultura en los centros prístinos presenta regularidades, pero también diferencias importantes. Así, por ejemplo, en América la domesticación de plantas precedió en varios miles de años a la aparición de la aldea sedentaria. En el Viejo Mundo, en cambio, la secuencia fue inversa: primero surgieron las aldeas dedicadas a la cría de rebaños y la recolección de cereales en estado natural y sólo unos 2000 años más tarde fueron domesticadas las plantas silvestres recolectadas. Al principio, en el Oriente Medio, las aldeas vivían de la recolección de trigo y cebada silvestres. Esas semillas maduran durante un periodo de tres semanas, hacia el final de la primavera. Durante esos 20 días, con una hoz primitiva una familia diligente podía cosechar suficiente cereal para todo el año (Wenke, 1984: 175; Braidwood, 1975: 119). Los incipientes recolectores-cultivadores construyeron las primeras aldeas para almacenar el fruto de la recolección en forma de harina, luego transformada en pastas y pan. Las casas tenían piedras de molienda pesadas, pozos de almacenamiento y hornos. El proceso en Mesoamérica fue diferente. Las primeras plantas fueron domesticadas por cazadores-recolectoras, quienes las cultivaron en lenguas de tierra irrigadas naturalmente o muy fértiles, sin abandonar su condición nómada, y sólo mucho más tarde se establecieron en aldeas sedentarias (Mac Neish, en Struever, 1971: 143-157).

Otra diferencia está en el tiempo que transcurrió entre la aparición de los primeros cultivos y su generalización como agricultura propiamente dicha. Mientras en el Cercano Oriente entre esos dos momentos transcurrieron unos 2500 años, en

México el proceso exigió cuatro milenios. Las primeras señales inequívocas de cultivo simple en Palestina datan de alrededor del octavo o noveno milenio, y para el sexto la combinación de pastoreo y agricultura se hallaba firmemente establecida. En nuestra parte del Nuevo Mundo, según datos conocidos, la domesticación y cultivo de plantas imprescindibles se había iniciado ya hacia el sexto milenio, mientras que la agricultura no se generalizó sino hasta el segundo milenio a.C. Kent V. Flannery ha sugerido que esta diferencia podía ser resultado de tres factores: el primero es la diferencia entre las plantas cerealeras de los dos centros. El trigo es casi tan productivo en estado salvaje como en el domesticado, además de que las modificaciones que necesita para pasar de una condición a otra son moderadas. El maíz, en cambio, tal vez no existía en forma salvaje y su domesticación fue una labor muy compleja. El segundo factor es el relacionado con la carencia de ganado. En el Cercano Oriente el asentamiento en aldeas permitió obtener calorías de ambas fuentes: animal y vegetal. En cambio, en Mesoamérica, volverse totalmente sedentario significaba renunciar parcialmente a la carne. Las regiones del Medio Oriente en las cuales surgió la agricultura no sólo poseían trigo, cebada, garbanzo y lentejas en estado salvaje sino también ovejas, cabras, puercos y bovinos. La domesticación de plantas y animales progresó al mismo paso. En Mesoamérica no había rebaños de animales domesticables.

El tercer factor yace en la naturaleza de ambas sociedades. Flannery sugiere que debido a la ausencia de grandes animales domesticables en el Nuevo Mundo, la división del trabajo entre los sexos no estaba tan desarrollada como en el Viejo Mundo. Aquí la caza y el manejo de ganado mayor semisalvaje exigía la acción del hombre, mientras la mujer se ocupaba de quehaceres ligados al hogar, preparando el terreno para la especia-

lización del cultivador futuro. Entre los aborígenes del Nuevo Mundo la caza y la recolección de animales menores podía estar a cargo del hombre o de la mujer. Parece ser que en la fase anterior a la domesticación de las plantas imprescindibles, todos participaban en todo y por tanto llevó más tiempo desarrollar una organización social que permitiera la división compleja del trabajo y la especialización necesarias para la vida en la aldea agrícola. A la hora de la llegada de los europeos ese desfase desempeñó un papel fundamental en la derrota y destrucción de la civilización indígena e influyó decisivamente en las características del sistema colonial.

LA ARQUEOLOGÍA HABLA

Ángel García Cook ha hecho una síntesis de las evidencias arqueológicas que soportan la historia del surgimiento y consolidación de la agricultura y los cambios económicos y sociales que la acompañaron (García Cook, en Rojas y Sanders, 1989: 77-124). Existen varias áreas para las cuales los arqueólogos han logrado elaborar secuencias culturales bastante detalladas. La más importante es la del Valle de Tehuacán, cuyos materiales utilizaremos con gran frecuencia. En una pequeña área de unos 30 por 110 kilómetros cuadrados, una investigación intensiva dirigida por Richard Mac Neish y sus colaboradores logró reunir la mejor información que acerca del tema poseemos. La aridez del valle preservó una gran cantidad de productos perecederos sobre los orígenes de la agricultura y la vida sedentaria que en otras condiciones habrían desaparecido. En 12 sitios estratificados (en total 454 sitios) se descubrieron 10 000 artefactos, 500 000 trozos de cerámica y 50 000 remanentes del medio ambiente. Estos datos permitieron reconstruir

una prolongada secuencia de hechos que se iniciaron hacia el año 10 000 y continuaron hasta la llegada de los españoles, en 1519 (Mac Neish, 1971: 307-315). En esa secuencia Mac Neish distinguió nueve fases culturales, seis de las cuales (entre los años 12 000 y 850 a.C.) cubren todo el periodo arcaico y son, por tanto, relevantes para nuestro tema. A ésta se deben agregar las secuencias de otras tres regiones ubicadas en el altiplano, la cuenca de México, Tlaxcala y el Valle de Puebla. Además están las excavaciones en Chiapas, Tamaulipas y Oaxaca. Las diferencias ecológicas y cronológicas que separan a los sitios, así como las coincidencias en la sucesión de los eventos, nos permiten vislumbrar tentativamente la simultaneidad del desarrollo de la agricultura en Mesoamérica, a la vez que sus infinitas variaciones.

En el Valle de Tehuacán la fase más antigua, entre 12 600 y 7000 a.C., atestigua la presencia de cazadores-recolectoras clásicos de la era cenolítica. La población estaba conformada por microbandas de entre dos y cinco familias nucleares y en el valle vivían al mismo tiempo no más de dos a cinco de esos grupos. Ocupaban un sitio sólo durante una estación y luego se mudaban. Al principio eran frecuentemente observados restos de animales extintos como caballos, tortugas gigantes, lobos gigantes y antílopes. Alrededor de 70% de las calorías obtenidas provenían de la carne (Mac Neish, 1992: 107-112).

Durante la segunda fase (7000 a 5000 a.C.) el clima en el valle se vuelve más cálido, los grandes animales prehistóricos desaparecen y los habitantes de Tehuacán se alimentan casi exclusivamente de animales menores y de plantas y semillas. Las batidas de conejos y de manadas de animales medianos debieron de haber sido frecuentes. Para cazarlos usaban puntas de piedra en forma de hoja de laurel, cuchillos y raspadores. Entre las plantas forrajeras están la chupandilla, el agave, la opuntia y

diversas hierbas. Hacia finales del periodo se descubrieron pozos con restos de semillas molidas. Estas reservas deben de haber ayudado a las bandas a sobrevivir en las estaciones de escasez; 40% de su dieta se derivaba de plantas en estado natural y 54% de la carne. Existen restos de calabaza, chile y aguacates domesticados, pero entre los tres representan menos de 5% de la dieta. Otro cambio importante es la presencia de macrobandas que durante el verano unían varias microbandas para aprovechar las posibilidades vegetales. Se encontraron campamentos de cinco macrobandas con más de tres hogares y 10 microbandas. Mac Neish calcula que a finales del periodo la región pudo haber tenido unos 100 habitantes al mismo tiempo. A medida que la gente comenzó a regresar estacionalmente a las mismas zonas cada año, pasó de la recolección en el otoño a la siembra de algunas semillas en verano, operaciones que aparecen íntimamente ligadas. En el invierno, las microbandas se reconstituían, se cazaba con trampas y se recogían hojas comestibles. Las técnicas de caza cambiaron poco. En el invierno se tiende a cazar con arco y flecha, y en el verano se usa la lanza para emboscar manadas de animales mayores. Por último, se descubrieron entierros en grupo con cuerpos envueltos en mantas que sugieren infanticidio e indican la existencia de cierto ceremonialismo.

Uno de los grandes momentos en el desarrollo de la agricultura mesoamericana está representado en la tercera fase de Tehuacán, denominada Coxcatlan y que se extiende entre 5000 y 3400 a.C. La economía no cambió demasiado, pero la lista de plantas domesticadas se enriquece con el guaje, el frijol, el zapote negro y la calabaza. Además aparece por primera vez en el Nuevo Mundo el maíz en dos de sus variantes, una salvaje y otra domesticada que había sido cultivada. Los productos agrícolas que incluyen el chile y un tipo de amaranto llegaron a representar 14% de la alimentación. Mac Neish cree que

algunas de las plantas domesticadas más tardías pueden haber sido traídas desde el exterior, pero los investigadores no han logrado descubrir cómo y desde dónde sucedió eso. A diferencia de lo que pasaba en el periodo anterior, se siembra en la primavera o el verano, lo que permite aumentar el almacenamiento de granos. Ocurre un cambio en las técnicas de caza. Se utilizan puntas delgadas con dientes en forma de sierra que aumentan el sangrado y permiten seguir al animal herido por su rastro. Se descubrieron campamentos de macrobandas que indican que la población del valle puede haber alcanzado varios cientos. En ese tiempo, las macrobandas ocupaban campamentos semisedentarios durante la estación de lluvias, pero se dispersaban durante las épocas de seca. Los metates y manos encontrados son muy similares a los actuales y las hojas de los cuchillos están mejor trabajadas y más finas.

Los descubrimientos de la sierra de Tamaulipas confirman la imagen obtenida hasta aquí en la secuencia de Tehuacán, incluso con cierta anticipación. La primera fase (8000 a 6800 a.C.), de la cual se excavaron cinco sitios, corresponde completamente a los cazadores-recolectoras. En ella se descubrieron restos de un castor prehistórico extinto y dos tipos de venado. Existen indicios de recolección, pero el número de puntas y raspadores sugieren el dominio de la caza. Hacia finales de la fase aparecen ya los guajes, las calabazas y el chile, de manera que la domesticación puede haber sido anterior a la de Tehuacán (Mac Neish, 1992: 89-90).

Lo mismo puede decirse de algunos descubrimientos similares en Oaxaca que datan del año 9000 a.C. En la fase Nogales (5000 a 3000 a.C.) los sitios son suficientemente amplios para sugerir la existencia de macrobandas con un patrón estacional de asentamiento. Los morteros, manos y piedras de molienda hablan de recolección de semillas, y el número de campamentos,

del incremento de la población. En la fase La Perra (3000 a 2000 a.C.) se han encontrado restos que permiten afirmar que 76% de la alimentación provenía de la recolección, 15% de la carne y 9% de plantas domesticadas. Transformando eso en valores alimentarios, es posible sostener que 20% de las calorías provenían de la carne, 25% de plantas domesticadas y 55% o menos de plantas salvajes. Venados de cola blanca y venados rojos tropicales, jaguares y sainos (pecaríes) eran cazados con *atlatl*; perros salvajes, conejos y roedores con trampas (que se deduce por los nudos de cuerdas de agave que traían). Las tortugas y las víboras eran recolectadas (Flannery, 1976: 107-109).

Aun cuando conocemos algunas de las especies y plantas que los hombres de la época cultivaban, poco sabemos de sus métodos de cultivo. Y, sin embargo, por su organización social, el tamaño de sus grupos y la densidad de la población deducimos que no se trataba de agricultores en el pleno sentido de la palabra, es decir, dedicados al cultivo permanente de áreas consideradas como actividad prioritaria. El paso del recolector absoluto al agricultor absoluto cubre un periodo larguísimo que es quizá mejor descrito por el concepto de la horticultura, esto es, el cultivo de superficies muy pequeñas al margen de ríos, ojos de agua, barrancas protegidas o incluso en el interior de cuevas. Sus practicantes seguían viviendo en sociedades que se distinguían muy poco de las de los cazadores. La productividad agrícola es relativamente escasa, debido al frecuente abandono de las parcelas sembradas que imponía la lógica trashumante, y hay deficiencia en los sistemas de almacenamiento. Probablemente la producción de plantas domesticadas excedía con mucho su consumo. Pese a esto, los agricultores seminómadas mesoamericanos seguían poniendo el acento en la recolección, la caza y la pesca (Mac Clung y Zurita, 2000: 1: 255-295).

LA GENERALIZACIÓN
DE LAS ALDEAS AGRÍCOLAS

Hacia el año 3000 a.C. la situación parece cambiar notablemente. Junto a los cazadores-recolectoras-agricultores aparecen ya los primeros agricultores totalmente sedentarios. En Tlaxcala se descubrieron 17 asentamientos de esa época. Cada uno contiene de 10 a 30 casas construidas sobre bases especiales. Su ubicación espaciada permite suponer la existencia de un área para huerto familiar. La mayoría de estos huertos estaban ubicados en terrazas que incluían un espacio para la casa-habitación. Tenían una superficie de seis a ocho m de ancho por 25 a 60 m de largo y 80 cm a 1.30 m de elevación sobre el nivel del suelo. Por los restos arqueológicos se deduce que los cultivos eran de secano y se utilizaban métodos de roza o barbecho. El gran desarrollo tecnológico de la época parece ser la presencia de terrazas para cultivo y/o asentamiento, que modifican los ángulos de las pendientes de las laderas, retardando la erosión (García Cook, en Rojas y Sanders, 1989: 18-19).

Regresemos al Valle de Tehuacán para describir la siguiente fase del proceso. Durante el periodo Abejas (3400 a 2300 a.C.) se produce un cambio importante en los patrones de asentamiento y se puede apreciar el lento pero continuo incremento de plantas domesticadas; 21% de la alimentación proviene de ellas. Durante ese periodo se encontraron indicios de las primeras aldeas sedentarias, algunas de las cuales cubren unos 15 000 metros cuadrados y contienen los primeros restos residenciales definidos. No existen, sin embargo, indicios de edificios públicos o de autoridad centralizada. Si bien es probable que aldeas se habitaran durante todo el año, servían de base para excursiones de caza y recolección. El cambio más importante está en la insistencia en sembrar especies híbridas de maíz

más productivas. La concentración de los restos de estas especies en ciertas áreas, junto con palos aguzados para cavar y su cercanía a superficies planas y fértiles, parecen indicar el inicio de siembras sistemáticas en barrancas.

En la fase llamada Purrón (2300 a 1500 a.C.) se descubrieron las primeras señales de la manufactura de cerámica primitiva. No muestra decoración alguna y sólo tiene dos formas: de tazón y de cántaro. Esta cerámica es muy similar a la descubierta hacia la misma época en la costa de Guerrero. No se sabe, sin embargo, si es un invento local o si fue importada desde lugares como Panamá o Sudamérica, en donde se han descubierto los restos más antiguos de cerámica. Casi 35% de la alimentación proviene de plantas cultivadas. Esta fase sigue siendo una de las menos documentadas y estudiadas de la serie de Tehuacán.

El periodo Ajalpán (1500 a 850 a.C.) del mismo valle, es mucho mejor conocido. Se descubrieron 12 aldeas con características similares. Contemporáneas de la ya floreciente cultura olmeca, casi todas están situadas en las riberas del principal río que corre en el valle. La gente de Ajalpán producía en una sola estación suficiente alimento de origen agrícola para todo el año. Su alimentación provenía 45% de la agricultura, 10% de la carne de perro doméstico, 27% de la cacería y el resto de la recolección. Todo indica que la mayoría era agricultor de tiempo completo, que practicaba la horticultura de barranca. La población creció a un millar o más de individuos.

A un periodo ligeramente más tardío pertenece la fase Laguna, de Tamaulipas (500 a 0 a.C.), en la cual se observan indicios de que las siembras se habían vuelto sistemáticas y la vida aldeana se generalizó en superficies planas y fértiles. Las bases revelan casas redondas y pirámides pequeñas. Los alimentos preservados indican que sus protagonistas eran agricultores de

tiempo completo. La producción de cerámica estaba bastante avanzada. En ese escenario, el triunfo de la vida agrícola parece ser resultado tanto de procesos autóctonos como de influencias externas provenientes del suroeste, y su investigación detallada podría revelar muchos aspectos desconocidos del tema. Los estudios realizados en Oaxaca, también de gran importancia, permiten redondear varios aspectos de la imagen: en esa región, hacia el año 1300 a.C., la generalización de las aldeas agrícolas es ya un hecho consumado (Flannery, 1972: 44).

Del mismo periodo que Ajalpán se descubrieron en la cuenca de México unas 28 aldeas, dos de las cuales eran mayores, quizá con un millar de habitantes cada una. En Tlaxcala se ubicaron unos 100 asentamientos en un área aproximada de 2 200 kilómetros cuadrados, muchos ubicados en las laderas de los cerros; 50% de ellos están ubicadas cerca de fuentes de agua permanentes y el resto en la cercanía de corrientes. El gran desarrollo de ese periodo se refleja en la aparición de canales excavados para controlar el agua de lluvia que aparece en 15% de los asentamientos. En cinco de éstos se encontraron además depósitos excavados en el tepetate en forma de jagüey que probablemente sirvieron para almacenar agua de lluvia. Los progresos de la producción se reflejan en el tamaño de las aldeas. Diez de éstas cubren más de 20 ha y una tiene más de 60. El panorama es similar en el Valle de Puebla. Se han detectado unos 60 asentamientos que cubren casi 3 500 kilómetros cuadrados. Existen señales de campos de cultivo que aprovechan la humedad de ciénegas y arroyos (García Cook, en Rojas y Sanders, 1989: 20-21).

Todo indica que a principios de la etapa preclásica tardía (1200 a.C.) las aldeas agrícolas se estaban generalizando en toda Mesoamérica y que ya a finales (300 d.C.) existían muchas, incluso en oasis norteños. En el sitio arqueológico de Chiapa de

Corzo y en Santa Marta, en Chiapas, se han encontrado restos que datan de 1400 a 1200 a.C. Aun cuando la imagen que proporcionan es fragmentaria, sabemos que consumían maíz y preparaban sus tortillas en pesados metates y manos que fueron de uso intensivo (Coe, 1994: 45). Tenían, además, una cerámica bastante refinada para cuya elaboración se valían de técnicas conocidas por los pueblos avanzados de la época, desde el Valle de México hasta Perú. En Oaxaca se descubrieron unos 17 asentamientos de la época 1600 a 1300 a.C., casi todos con menos de 10 casas. El más grande de ellos es San José Mogote, situado a 10 km al noroeste de Monte Albán. La aldea constaba de unas 150 personas que compartían un edificio público recubierto de argamasa, sembraban maíz y aguacate, recolectaban varias plantas salvajes y cazaban animales pequeños, entre ellos los conejos. En la siguiente fase (1300 a 1200 a.C.) el pueblo tenía entre 80 y 120 casas y una población de 400 a 600 almas. Semillas carbonizadas recuperadas por el método de flotación demuestran que se cultivaba una amplia variedad de plantas como maíz, chile y calabaza entre otras. Había pozos en forma de campana que servían probablemente para el almacenamiento de granos. Tapados con una piedra pesada, impedían la vida y reproducción de insectos por falta de oxígeno. Después los llenaban con basura, objetos que deseaban guardar, o los usaban como tumbas.

Los únicos animales domésticos que consumían eran el perro y el guajolote (menos común por la cantidad de maíz que consume). En las montañas vecinas se cazaban conejo, venado y pecarí, y se recolectaban cantidades importantes de nueces. En el Valle de Oaxaca las casas eran rectangulares, con un largo aproximado de 6 m y pisos de cerámica recubiertos con arena de río. Las paredes se construían con cañas colocadas verticalmente recubiertas con lodo y que se extendían entre

postes clavados en el suelo de manera similar a los jacales todavía vigentes. La gente dormía en petates extendidos en el suelo. Los arqueólogos descubrieron que existía una división del trabajo entre familias y dentro de las familias mismas. Algunas familias producían pequeños espejos de magnetita, un metal que permite buen pulimento. Dentro de las casas los espacios en los cuales permanecían las mujeres se caracterizan por la abundancia de agujas y pescadores de hueso de venado. El lugar de los hombres se distingue por restos de lascas, buriles y brocas de piedra utilizados en la producción de ornamentos de concha y mica (Flannery, 1976: 34-35). También tejían mantas cuya materia prima, el algodón, provenía de las tierras bajas. Existen indicios de diferencias sociales: no todas las casas tienen la misma cantidad de restos relacionados con un consumo suntuario y las tumbas no son iguales, pero la desigualdad no es aún muy marcada. Se ven múltiples indicios de la profusión de pueblos similares en el Valle de México, como lo prueban los abundantes restos de Tlatilco (1300 a.C.) y otros menos ricos (García Cook, en Rojas y Sanders, 1989: 24).

Se contaba con un activo intercambio cuyas condiciones no se conocen exactamente. La obsidiana, el algodón, la sal y restos de plantas aparecen en regiones en las cuales no se producen. Debido a la falta de animales de tiro y la rueda que aparecen en el Viejo Mundo a edad temprana, los viajes se hacían a pie y el transporte estaba a cargo de la fuerza humana. Esta peculiaridad había de mantenerse aun después del surgimiento de las civilizaciones complejas.

Así, hacia la segunda mitad del segundo milenio a.C. presenciábamos el ascenso de una vida centrada en aldeas habitadas por cultivadores con herramientas simples, que consumen una dieta bastante estandarizada. La homogeneidad y cohesión de esa comunidad se consolida en la diversidad del país. Las infi-

nitias variaciones de altitudes, climas y calidades de tierra se plasman en la conformación de islas de asentamiento diferentes, separadas unas de otras por la distancia o por barreras naturales. Un valle puede gozar de un clima templado o cálido, mientras las laderas de las montañas que lo rodean están cubiertas de niebla y poseen temperaturas mucho más bajas. Los extensos desiertos esconden oasis bien irrigados y en verano puede llover en un lugar, mientras algunos kilómetros más adelante se sufre una prolongada sequía. Durante miles de años la agricultura fue compatible con una vida igualitaria, libre de los rigores del Estado. Los pobladores eran labradores sedentarios que vivían en pequeñas aldeas, sin diferenciaciones clasistas, centros urbanos o religiones complejas. Pese a que los lazos entre las comunidades son aún débiles, surgen relaciones de intercambio incipientes. Precisamente porque cada isla es un ecosistema distinto, los productos varían considerablemente y las posibilidades de intercambio menudean. El intercambio fluye no sólo entre las tierras bajas y altas, sino también entre un valle y otro, entre meseta y meseta. Hasta el año 1200 a.C. no se evidencian señales avanzadas de estratificación social, y menos aún de Estado. Muchas formas de vida y de trabajo surgidas en esa época se mantendrán vigentes durante siglos, arraigando a un número importante de campesinos no sólo a la tierra sino también a tradiciones ancestrales (Sanders, Parsons y Sautley, 1979: 242).

LAS CUATRO PLANTAS

Cuatro plantas han dominado, durante otros tantos milenios, la vida agrícola de México: maíz, frijol, calabaza y chile. Le siguen en importancia aguacate, amaranto, seta y agave. Es en el

origen y la domesticación de esas plantas en donde se tiene que buscar la clave biológica del surgimiento y generalización de la agricultura en México. Flannery señala la posibilidad de que la calabaza sea la primera planta domesticada del Nuevo Mundo. Supone, junto con D. Lathap, que esto se debe a la obvia utilidad que tenía para los cazadores-recolectoras el guaje como recipiente para transportar líquidos. Y se apoya en que es una de las plantas domésticas más antiguas en muchas partes del mundo. Por eso, bien puede ser que llevaran sus semillas en todas sus andanzas. De allí que no fue difícil que pasaran a las *cucurbitáceas* comestibles. Es probable que su domesticación date de los años 7400 a 6700 a.C., aun cuando debido a la dificultad que existe para distinguir las semillas domésticas de las salvajes ésta sea una fecha tentativa. Sus formas silvestres son similares al guaje y su presencia está documentada desde Tamaulipas hasta Oaxaca.

La planta más importante, mas no la primera en ser domesticada, fue el maíz. Sin duda eso sucedió antes del año 5000 a.C., cuando los habitantes de Tehuacán tenían mazorcas con glumas suaves y raquis parcialmente endurecido. La selección e hibridación de los siguientes 3 000 años produjeron un maíz más grande. Hasta 1970 la teoría más comúnmente aceptada sobre su origen era la de Paul Mangelsdorf, quien afirmaba que el maíz cultivado descendía de un maíz salvaje ahora extinto. Algunos descubrimientos en Tehuacán parecían confirmar esa idea. Pero desde entonces ha sido cuestionada hasta ser sustituida por otra que sostiene que el maíz proviene de una hierba anual perenne muy común en las zonas semiáridas de Mesoamérica, el teosinte o teosintle (*Zea Mexicana*). El teosinte es una planta de unos dos metros de altura que crece en áreas previamente trabajadas e invade con voracidad campos de maíz abandonados. También puede ser encon-

trado en cementeras que cultivan frijol salvaje y calabaza, con el frijol trepando por su tallo en una asociación natural.

Si se acepta esa teoría, la transformación debe de haber sido prolongada y compleja. Las mazorcas encontradas en Tehuacán y fechadas en unos 5000 años de antigüedad tenían una longitud de apenas 2 cm. Las fechadas entre 3400 y 2300 medían 4.3 cm. Todavía hacia el año 700 d.C. su tamaño era de alrededor de 4.4 cm. A partir de entonces se produce una mejora y a la llegada de los españoles las mazorcas miden ya 13 cm, seis veces más que el ejemplar inicial.

Aun cuando el maíz es un alimento excelente, es deficiente en algunas proteínas y vitaminas, por eso la economía agrícola recibió un extraordinario impulso de la domesticación de otras plantas ricas en esas propiedades. Existen tres especies de frijol que tienen ancestros salvajes en Mesoamérica y todas ellas comenzaron a evolucionar al mismo tiempo. Mientras el frijol salvaje aparece en sitios arqueológicos de 7000 a 5000 a.C.,



Mujer frente al metate. Dibujo basado en el *Códice Kingsborough*, 1994, f. 12v.

el frijol común domesticado se remonta sólo a entre 4000 y 3000 a.C. (Kaplan, 1971: 519).

Con el nombre genérico de *chilli*, los nahuas designaban varias especies del género *Capiscum*. El origen y antigüedad de las especies domesticadas del chile, cuyo nombre maya es *el ik*, son difíciles de establecer, por la similitud que guardan las semillas de las variedades salvaje y cultivada. El chile, probablemente de origen mexicano y peruano, desempeña una importante función complementaria en la dieta como sazónador y por su contenido nutrimental (Smith, 1988: 91).

TEORÍAS QUE EXPLICAN EL PASO A LA AGRICULTURA

Hay dos preguntas que el economista debe plantear frente a este periodo de acelerada transformación. La primera es: ¿cuáles fueron las fuerzas que hicieron al hombre cambiar la caza y la recolección por la agricultura? La segunda, ¿cómo funcionaba la economía de las comunidades agrícolas neolíticas?

Durante algún tiempo se creyó que el desarrollo del conocimiento podía, por sí mismo, explicar el surgimiento de la agricultura. La condición del agricultor parecía tan superior a la del cazador, que se suponía que una vez que el hombre tuvo los conocimientos suficientes adoptó naturalmente la nueva condición. Pero descubrimientos recientes demuestran que al principio la productividad de la agricultura no era superior a la de la caza y la recolección, que la dieta del aldeano no era mejor ni más sana y que la vida sedentaria no era en todo más deseable que la nómada. No basta, por tanto, ocuparse sólo del problema del "descubrimiento" y dominio de la agricultura como fenómeno técnico y la ubicación geográfica de

los centros prístinos y secundarios. Es necesario, además, desentrañar las causas que llevaron a tantas y tan diferentes poblaciones a aceptarla como alternativa, y de la similitud en los cambios culturales que propició. Como respuesta a esas interrogantes, nuevas teorías han sido desarrolladas, en las cuales la aparición de tensiones y desequilibrios entre el medio ambiente y las necesidades alimentarias de la población cazadora juegan un papel fundamental. Aun cuando entre ellas las inclinaciones reduccionistas son frecuentes, debemos mencionarlas brevemente (Wenke, 1984: 186-197).

Una de las corrientes pone el acento en explicaciones ecológicas. Recordemos que hace unos 14 000 o 15 000 años, un calentamiento general marcó el final de la última edad glacial. A medida que el clima se volvió menos frío, los bosques invadieron los pastizales que proporcionaban alimento a la caza mayor. Su desaparición condenó a muerte a mamuts, rinocerontes, caballos y búfalos prehistóricos. Y aun cuando las condiciones naturales diferían de región en región, los cazadores de grandes animales tuvieron que volverse recolectores, pescadores y cazadores de especies menores. Pero esto acabó no siendo suficiente y surgió la necesidad de la domesticación de plantas y animales.

En el norte y el centro de México, entre los años 13 000 y 8000 a.C., se han encontrado restos que prueban la existencia de cazadores armados de lanzas con refinadas puntas de piedra y *atlatl* capaces de organizar batidas para ultimar grandes animales cuyos huesos aparecen en cantidades importantes en sus hogares. Pero para el año 7000 a.C. las 32 grandes especies prehistóricas habían desaparecido y el hombre supo cambiar de ocupación. A esta corriente que acentúa la importancia de la adaptabilidad del ser humano al medio ambiente se la ha llamado "ecología cultural".

Otra explicación destaca el enorme potencial reproductivo del género humano. Según ésta, existen suficientes indicios para probar que la población tendía a crecer incluso en los tiempos más remotos y que los cazadores-recolectoras se veían obligados a recurrir a métodos muy drásticos para frenarla. Una aceleración en el crecimiento demográfico de los cazadores-recolectoras impuso la necesidad de pasar a un sistema de producción de alimentos sustentado, si no en una mayor productividad del trabajo, en un uso más eficiente de la tierra. Esta teoría se apoya en la aparición comprobada y simultánea de presiones demográficas en las sociedades nómadas de varios continentes hacia el décimo y noveno milenios antes de nuestra era. Según esta teoría, el crecimiento de la población ha sido el motor y no la consecuencia de las innovaciones en la producción. La desaparición de la caza mayor prehistórica en el norte de lo que hoy es México, por ejemplo, se debe más a la acción depredadora del hombre que a los cambios climáticos. Es el incremento de la población, aunado a las innovaciones técnicas, lo que constituye la causa última del surgimiento de la agricultura. Esta escuela es llamada "materialismo cultural". Ambos —ecología y población— son factores externos que obligan al hombre, quíeralo o no, a aumentar la producción. Ambos factores señalan que, más que por ambición o preferencia, el hombre adoptó la agricultura por necesidad. El problema es que ninguno nos explica los cambios sociales que fueron necesarios para que los factores cumplieran su papel.

Lewis Binford (1983) considera que la adopción de la agricultura debe ser concebida como un proceso cultural de adaptación a los diferentes ecosistemas en los cuales se desarrollaba el ser humano. Al principio, el cazador-recolector vivía en equilibrio con su medio ambiente, consumiendo animales y

plantas, sin alterarlos. Pero con el tiempo, cambios en la estructura demográfica de una banda nómada resultaban en la usurpación del territorio de otra. Así, se vulneraba el delicado equilibrio, incrementando la densidad de población en algunas áreas restringidas hasta el punto de impulsar nuevas manipulaciones del medio ambiente para incrementar la producción. Binford habla de la existencia de dos tipos de bandas nómadas: *a)* las cerradas, en las cuales el crecimiento de la población era regulado por medios naturales: movilidad extrema, infanticidio, aborto, reglas estrictas de matrimonio, con muy baja tendencia a la emigración o inmigración, y *b)* las abiertas, en las cuales esas prácticas eran más débiles y recurrían a "fisiones" regulares, es decir, que el grupo aumentaba el número de sus miembros hasta que la competencia por recursos escasos y los pleitos obligaban a una parte de la banda a emigrar. Según él, la repetición de las "fisiones" pudo haber contribuido a impulsar la domesticación y la agricultura. La llegada de los intrusos alteraba el equilibrio y elevaba la densidad poblacional a un nivel en el cual se puede esperar una disminución de los recursos alimentarios. Esta situación serviría para aumentar considerablemente los conflictos entre los grupos ya asentados y la presión por la adopción de métodos de mayor productividad. El intruso, por su parte, se vería obligado a hacer esfuerzos de adaptación que tenían el mismo efecto. Las fuertes presiones selectivas favorecían el desarrollo de técnicas más efectivas de subsistencia en ambos grupos. Probablemente causaba también una mayor diferenciación social entre las bandas y dentro de esas mismas. Esta tesis, si bien demuestra la creciente necesidad de alimentos, no logra explicar con exactitud la conexión directa entre crecimiento demográfico, domesticación y agricultura.

Otro enfoque más es el que se denomina "estrategia forrajera óptima". Está sustentado en el análisis matemático de

las estrategias alimentarias de varias especies. Implícito en la mayoría de sus análisis está el supuesto de que la selección natural y la competencia son condiciones inevitables resultantes de la naturaleza de la reproducción. El concepto óptima se refiere a la hipótesis de que la selección natural tiende con el tiempo a crear eficiencia en las estrategias que las especies desarrollan en su selección de alimentos, la cantidad de tiempo dedicado a la persecución de su presa y el tamaño del grupo que toma parte en esta tarea. La teoría se utiliza para predecir con base en variables ambientales qué tipo de estrategia alimentaria surgirá. En el caso de los seres humanos debe incluirse el elemento tecnológico.

Arthur Keen (1983) ha utilizado esa teoría para construir un modelo matemático computarizado de las prácticas de caza y recolección de los habitantes de Michigan entre los años 4000 y 1000 a.C. Calculó los costos y beneficios de casi todos los recursos del área —desde los osos hasta las fresas— y luego combinó estos datos con cálculos demográficos y tecnológicos sobre los pueblos antiguos para “predecir” dónde podrían encontrarse sitios arqueológicos y el tipo de restos probables que éstos contendrían. Ese tipo de teorías subraya una idea fundamental respecto de la adaptación humana: las opiniones, miedos, creencias e ideologías del hombre primitivo no influyen en las estrategias alimentarias, porque a la selección natural no le importa lo que la gente creía acerca de su mundo. Sobrevivía el individuo, la familia o el grupo que desarrollaba la mejor estrategia. La agricultura surge precisamente de la necesidad de nuevas estrategias, combinada con ese proceso de selección natural.

Kent V. Flannery ha resumido en forma fiel, si bien crítica, la viabilidad de algunas de esas teorías en la explicación del origen de la agricultura en Mesoamérica. Existen dos versiones

que pertenecen a la corriente de la ecología cultural. Según la primera, la ya citada desaparición de la caza mayor causada por motivos climatológicos, produjo en forma muy gradual el cambio. La segunda sostiene que entre los años 5000 a 3000 a.C. el clima de México atravesó por un periodo de calor seco que disminuyó de tal manera los recursos de plantas silvestres que el hombre se vio obligado a recurrir a la agricultura para sobrevivir. Pero ninguna de las dos resiste la prueba de los hechos conocidos actualmente. Flannery sostiene que el hombre de Mesoamérica nunca dependió en forma esencial de la fauna mayor y que no hay pruebas suficientes para suponer que entre el octavo y quinto milenios se hubiera generado un deterioro ambiental capaz de destruir a las antiguas especies vegetales, aunque éstas pueden haberse desplazado a las laderas de las montañas. Así que ninguno de los dos fenómenos pudo haber impuesto a este antiguo mexicano la agricultura.

Tampoco es sustentable la teoría de la explosión demográfica. Según Flannery, si existen dificultades para aplicarla en el Cercano Oriente, está completamente descalificada para Mesoamérica. La densidad de población en esta parte del mundo es mucho menor. Entre 7500 y 5000 a.C., cuando la agricultura entraba en su etapa incipiente, Tehuacán y Oaxaca no deben haber tenido más de un habitante por cada 10 kilómetros cuadrados. Esto significa que cada hombre, mujer y niño disponía de unas 1000 ha de vegetación silvestre. Y 1000 ha a unos 1900 m de altitud representan una cantidad inmensa de bellotas, piñones, tunas, nopales, magueyes, calabazas, frijoles, cebollas silvestres y guajes.

Otra teoría que no requiere cambios climatológicos ni explosiones demográficas es la que sostiene que los aborígenes estaban interesados por encima de todo en hacer más prede-

cible la naturaleza. Mediante la manipulación de la gama de plantas anuales que crecen en la maleza y que gustan de los hábitats perturbados, se intentó reducir las diferencias entre los extremos de años óptimos y malos para la recolección, ya antes de que el crecimiento de la población se haya vuelto un problema. Para probar esa teoría, Robert Reynolds diseñó una simulación computarizada de la recolección de plantas silvestres y la agricultura en el periodo 8000 a 5000 a.C. en Oaxaca, sustentada en los resultados obtenidos por un equipo multidisciplinario. Flannery, obviamente, es partidario de ella (Flannery, 1986: 9-18).

Mac Neish ha propuesto otra explicación de los orígenes y la evolución de la agricultura en Tehuacán. Considera que durante un largo periodo los cazadores-recolectoras nómadas del valle adquirieron un conocimiento detallado de los cambios estacionales en todos los microclimas de la región. Aprendieron a planear sus movimientos estacionales para aprovechar lo mejor posible los recursos particulares de cada microzona. Cada año regresaban a las zonas exploradas que ofrecían más en términos de caza y recolección. Uno de los resultados del uso sucesivo de ciertos campamentos fue el cultivo de mutaciones genéticas de ciertas plantas y frutos que ocuparon un papel cada vez más importante en su alimentación.

Estos cambios les permitieron constituir pequeños excedentes de alimento y permanecer en campamentos semisedentarios durante periodos más prolongados, quizá durante dos o más estaciones. Así lograron aprovechar cada vez más su medio ambiente. El proceso culminó hacia el segundo milenio, cuando los habitantes del Valle de Tehuacán lograron establecer aldeas permanentes (Mac Neish, 1971: 310-314). Esta teoría que subraya las desventajas de la vida nómada y la superioridad de la sedentaria es la más convincente.

La vida económica de las comunidades agrícolas se rige por principios igualitarios similares a los que dominan la formación económico social de los cazadores y recolectores. Una vez más deberemos recurrir a la analogía etnológica y citar a Marshall D. Sahlins (Sahlins, 1968: 75-94), que lo describe en los siguientes términos: En la tribu la economía está íntimamente asociada al parentesco.

La familia es a la economía tribal lo que el feudo a la economía feudal europea o la corporación industrial al capitalismo moderno: cada uno de ellos es la institución central de su tiempo. Cada uno, además, representa una manera especial de producir, que entraña una división del trabajo característica, cierto tipo de tecnología, ciertas relaciones de propiedad, objetivos definidos de producción y relaciones sociales y materiales fijas con grupos similares (Sahlins, 1968: 75).

La producción es una función de la familia y la fuerza de trabajo no ha sido separada de ella para ser usada en un marco externo y sometida a objetivos y formas de organización extrañas. Como tal, la unidad doméstica está envuelta en el proceso productivo y en cierto sentido lo controla. Sus relaciones internas son inseparables de las relaciones productivas. La familia encierra la principal forma de la división del trabajo, que es la existente entre los sexos. El matrimonio establece, por tanto, no sólo la unidad de reproducción biológica, sino también la unidad básica de producción económica.

La soberanía de estas unidades domésticas en la actividad productiva descansa en el hecho de que están equipadas y cuentan con el derecho y el poder para determinar la producción social. La producción y posesión de los implementos y habilidades necesarias, el dominio de la tecnología existente, capa-

citan a la familia para esa tarea. Si bien la propiedad de la tierra es colectiva y la familia sólo tiene sobre ella un derecho de usufructo, esto se convierte —como veremos más adelante— más en seguro y garantía que en un obstáculo a la soberanía. Ninguna unidad doméstica del linaje o la aldea es excluida del uso de la tierra y no hay entre ellas miembros “pobres” o destituidos (Sahlins, 1968: 75).

La economía social está dispersa en esas unidades domésticas que operan paralelamente y que no están demasiado coordinadas. Aparte de la coincidencia de intereses determinada por condiciones y objetivos materiales similares, las unidades operan independientemente. Aun cuando existe cierto grado de división del trabajo entre ellas, lo que predomina es el control familiar de la producción y las decisiones centradas en los intereses domésticos. Si bien hay cambio dentro y fuera de la tribu, se produce para el consumo. Esto significa simplemente que la producción tiene por objetivo la satisfacción de las necesidades y no la ganancia. La fórmula que mejor resume el objetivo de la producción es la producción de valores de uso, es decir, que incluso los objetos producidos para el cambio tienen como objetivo la satisfacción de las necesidades de la familia. Y no se trata sólo de la cantidad de los bienes producidos sino de su utilidad, que únicamente responde a las necesidades tradicionales del productor.

En tiempos normales, la economía no está organizada para la producción sostenida. Los incentivos para producir un excedente a las necesidades inmediatas son débiles. Combinando la escasez, el trabajo, la demanda y la oferta, el mercado capitalista impulsa a una creatividad permanente. La economía tribal, en cambio, está sustentada en necesidades limitadas por el aislamiento económico y cultural así como la falta de opciones. Esto a su vez se ve reforzado con que cada familia tiene que

producir casi todo lo que necesita. Cuando no hay una necesidad familiar insatisfecha o que pueda ser satisfecha por un esfuerzo futuro, la tendencia es dejar de trabajar. La fuerza de trabajo está sin duda subutilizada, lo cual justifica los prejuicios colonialistas (aun cuando lo apropiado sería decir que la gente de los países desarrollados está sobretrabajada). Pero la forma en que el trabajo es sustraído del proceso productivo cambia de sociedad en sociedad. Los arreglos institucionales recorren la gama desde la reducción del periodo de la vida laboral hasta la reducción de las exigencias de trabajo, pero la comunidad agrícola igualitaria tiene una economía que no utiliza todas sus potencialidades productivas.

LA CONSOLIDACIÓN DE LA TRIBU Y EL CACICAZGO

El cambio social más importante de la era de la agricultura sedentaria es el eclipse relativamente rápido de la banda y la aparición de la tribu. Aun cuando en condiciones naturales excepcionalmente favorables los cazadores-recolectoras pueden constituirse en tribus y cacicazgos, y estas formas de organización social se identifican con el surgimiento de la agricultura. Representan una estructura intermedia entre la banda nómada y las sociedades tributarias de Estado, como la maya o la mexicana. Su florecimiento exige una densidad de población mayor, seguridad alimentaria, vida semisedentaria o sedentaria que sólo puede proporcionar el control biológico de una o varias de las plantas básicas, así como la acumulación de reservas y la abundancia de fuentes proporcionadas por la caza, la pesca y la recolección para el periodo agrícola no productivo del año.

La tribu es un grupo social de algunos cientos o pocos miles de personas que tienen un origen, una cultura (idioma, religión, costumbres) y un territorio común, aunque es raro que todos esos elementos se den con la misma intensidad. A diferencia de las naciones modernas, es una federación suelta conformada por aldeas y comunidades autónomas, precariamente cohesionadas por una unidad gobernante única. Se construye desde abajo mediante la asociación voluntaria de aldeas y clanes, y por eso, a medida que crece, su cohesión se vuelve más débil e ineficiente. La vida económica y social es regulada desde las unidades domésticas, las aldeas y los linajes (grupos más amplios sustentados en el parentesco). Su unidad se asienta en la división del trabajo entre las comunidades, las prácticas rituales comunes, la acción de los sacerdotes y jefes, y el conflicto y la guerra con tribus rivales.

El límite de la tribu reside en la ausencia del Estado, es decir, del monopolio de la violencia. El recurso de la fuerza está legítimamente al alcance de cada uno y de todos sus miembros. Y esto significa que no existe un órgano superior capaz de imponer un orden determinado. La violencia entre grupos pertenecientes a la tribu no tiene por qué estallar, pero puede hacerlo en cualquier momento. La posibilidad de hacer actuar al conjunto de la tribu en una dirección determinada es limitada y las presiones excesivas en esa dirección desatan invariablemente tendencias centrífugas. Como otras formas de sociedad, la tribu no es un fenómeno estático. A medida que se consolidan los cacicazgos, surgen formas más complejas de organización de la economía y la religión (*idem*: 88-107).

Si bien la cultura tribal comenzó a formarse antes de la consolidación de la agricultura, la multiplicación de las tribus se identifica con ésta. Sólo entonces se impone su superioridad respecto de formas de organización anteriores que

absorbe o destruye. La tribu se posesiona de los mejores recursos y empuja a las bandas de cazadores-recolectoras supervivientes a la marginalidad. Sólo en el preclásico tardío irá cediendo el lugar a formas de organización más complejas relacionadas con civilizaciones cimentadas en el Estado y la estratificación social.

En la tribu las operaciones de cambio entre las familias crecen y se diversifican. Pero no están regidas por el principio del valor sino por el de la reciprocidad, y reflejan las graduaciones del parentesco. Padre-hijo, tío materno-sobrino, jefe-seguidor, significan, todos, tipos de cambio diferentes. En términos actuales, esa práctica sería considerada "no económica", pero en la tribu el cambio no existe como esfera separada de los valores sociales y de parentesco. El ser humano no es separado por el trabajo de su condición de pariente, miembro de la comunidad y ser humano capaz de gozar del tiempo libre y producir arte. No tiene "empleos" en los cuales pasa la mayor parte de su tiempo siendo algo diferente de sí mismo, es decir, su condición de padre, tío o madre, hija o tía. Tampoco relaciona el trabajo y la vida como medio y fin, tolerando el primero como un mal necesario para obtener el segundo, que se ejerce después de las horas de trabajo.

El intercambio de bienes aparece como un eslabón más en una cadena de relaciones familiares y sociales y está regido por ellas. No existe, por tanto, un mundo económico autónomo. El intercambio de bienes y servicios entre los miembros de la tribu tiene como objetivo principal la conservación de la paz y la creación de relaciones amistosas. Las buenas relaciones son más importantes que la calidad de los bienes obtenidos. Los regalos recíprocos incluidos en la hospitalidad informal, el matrimonio o la hermandad de sangre son cambios instrumentales que consolidan la amistad entre la gente por medio de

los bienes materiales. En la operación, a veces, las partes intercambian bienes que ya poseen. El éxito de la transacción se determina no por las ventajas materiales obtenidas sino por su efecto sobre los lazos de amistad. En una sociedad en la cual no existe una autoridad superior que regule e imponga normas en las relaciones entre individuos, familias y linajes, esta amistad es un bien supremo.

La reciprocidad o alguna aproximación a ella domina las relaciones económicas tribales. La reciprocidad en el cambio económico es diplomacia económica: la mutualidad del flujo material simboliza la disposición a considerar el bienestar de otro partido y la renuncia a la persecución egoísta de los intereses propios. La reciprocidad aparece como una ley natural, consecuencia de la ley suprema en una sociedad sin Estado, que es la búsqueda de la paz con los demás hombres (*ibíd.*: 10).

Abandonado a sí mismo, el sistema productivo sustentado en la unidad doméstica es muy aleatorio. Las contingencias menudean. Los adultos de la familia están sujetos a enfermedades, incapacidades y muerte prematura; las mujeres están expuestas a los efectos de los constantes embarazos y partos; la carga de miembros improductivos puede ser muy fuerte y los siniestros naturales pueden tener efectos devastadores. Aislada, la familia agrícola tiene pocas probabilidades de sobrevivir.

Pero estas limitaciones son parcialmente mitigadas por la solidaridad de la comunidad, el clan o la tribu. Las familias que no logran mantenerse son ayudadas por otras. Si a esto sumamos necesidades comunes como proyectos de irrigación, construcción y guerra, la necesidad de una economía pública se impone. Así, los lazos de parentesco y tribales moderan la anarquía y el carácter subsistencial de la economía. Bienes necesarios fluyen de los afortunados a los necesitados. Los lazos sociales aseguran una producción superior a las necesidades

familiares. Más que un impulso a la caridad, los lazos de parentesco actúan como un impulso a la productividad. A medida que se consolida el cacicazgo, la autoridad actúa en ese sentido. La costumbre impone que el jefe redistribuya parte de la producción para aliviar las carencias, organizar las ceremonias comunitarias, las tareas públicas y el intercambio con otros grupos. Es esa función redistributiva la que explica el ascenso del jefe y la consolidación de la función del cacicazgo como tal.

Todas las distinciones de rango entrañan no sólo relaciones sociales, sino también relaciones económicas y de intercambio determinadas. El jefe tiene derechos y obligaciones. Es su derecho esperar de los demás miembros de la tribu donaciones y aportaciones, pero es su obligación velar por una serie de necesidades comunes o contingencias individuales no cubiertas por la economía doméstica. Así, derechos y obligaciones recaen en ambas partes en una relación de jerarquía o dominio. En la sociedad tribal la desigualdad social es generalmente parte de la garantía de la igualdad económica. Las exigencias de un jefe y sus seguidores son en general recíprocas e interdependientes. Las demandas del jefe por bienes y servicios lo obligan, lo abren a las demandas de los demás miembros de la tribu. Pero mientras la gente cede sus bienes al jefe con signos de respeto, este les devuelve otros bienes, haciendo sentir su autoridad y deja claro que los favores deben ser solicitados con humildad. Se trata, por tanto, de una relación de reciprocidad asimétrica con el jefe, actuando éste como "padre del pueblo".

Los jefes gozaban de poderes limitados: se establecían —si los ejemplos etnográficos pueden generalizarse— por medio de su trabajo esforzado, sacrificio personal y ejemplo; su pueblo ("sujetos" sería erróneo) aceptaba voluntariamente su difusa auto-

ridad caciquil, sobre todo porque les aportaba beneficios. Y ellos vivían entre su pueblo: el micro (jefe supremo) de los Cherokee, se mezclaba con su pueblo y no vivía en algún recinto real protegido; ni tampoco lo hacían los jefes de los indios Pueblo, Mojave, Papago o Comanche (Knight, 2002: 22).

La política del cacique está basada en una generosidad endeudante y comprometedora. En otras palabras, el orden político descansa sobre un flujo de bienes centralizados, de bienes que circulan hacia la cúspide de la pirámide social para luego descender hacia la base. En algunas tribus el cacicazgo está institucionalizado, responde a patrones establecidos con gran firmeza por la costumbre, reproduciendo automáticamente las relaciones de clase establecidas. Pero en otras ocasiones el dominio es más el fruto de una capacidad personal que de una posición constituida y los términos de la reciprocidad son redefinidos constantemente. En el primero, el cacicazgo funciona sobre el principio de "ser noble significa ser generoso". El segundo es el camino del "hombre fuerte" que construye su posición con base en el principio de "ser generoso es ser noble". Para ascender, el "hombre fuerte" deberá utilizar la relación entre donativos y jerarquía, para favorecer su carrera. Por eso se esforzará en comprometer con regalos a miembros influyentes y destacados de la tribu. Para ello recurrirá al principio de que un regalo no retribuido crea una obligación, al menos durante el tiempo en que no ha sido retribuido en reciprocidad. Así, su posición se consolida con base en la generosidad calculada.

La distancia que separa a la tribu y el cacicazgo de los Estados que comienzan a aparecer hacia el año 1000 a.C. es muy grande. El consentimiento cedió el lugar a la coerción, los regalos voluntarios al jefe se transformaron en tributo obligatorio y las diferencias de clase se consolidan. También sabemos que

en ese proceso, la guerra prolongada que no podía ser encabezada por un simple jefe tribal jugó un papel importante. Por eso debe de haber sido una trayectoria bastante accidentada y, a veces, incluso violenta, que se manifiesta en la existencia de tribus con diferentes grados de concentración del poder y estratificación y pugnas entre los de abajo y los de arriba.

Esto es el estadio que muchos antropólogos designan con el nombre de cacicazgo. Se caracteriza primero por un crecimiento del grupo que puede incluso llegar a contar con varios miles de miembros. Aparecen los primeros embriones de clases sociales. Los jefes surgen de las mismas familias que tienden a consolidar su poder hereditario. Crece la división del trabajo entre los segmentos que componen el cacicazgo y aparecen especialistas ya sea en rituales o en construcción. Se fortalece el papel redistribuidor del cacique central que une más firmemente a todas las comunidades. La productividad en la agricultura y las artesanías se desarrolla. Se desarrolla un culto servido por sacerdotes profesionales y aparecen los centros ceremoniales. La importancia del sacerdote-especialista como intermediario entre los dioses y los hombres, crece. Pero además organizaba trabajos públicos, ceremonias unificadoras y un uso utilitario del calendario agrícola.

Los pueblos indígenas del siglo XVI que vivían en el Valle de México presentaban su historia como una sucesión de narraciones tribales. Todos reconocían un origen tribal y las migraciones de los grupos originales eran reseñadas con gran detalle. Esas historias se inician, todas, en un punto de origen geográfico real o imaginario y cuentan las grandes tribulaciones y transformaciones que conocieron sus tribus antes de convertirse en Estados.

Aunque esos relatos se confunden con la leyenda y fueron redactados mucho más tarde con base en la tradición oral, dejan pocas dudas sobre el origen de pueblos como los otomíes,

culhuaques, cuillahuacas, mixquicas, xochimilcas, chalcas, tepanecas, acolhuaques y mexicas que mantenían identidades propias a la llegada de los conquistadores españoles. Estos nueve pueblos llegaron como tribus más o menos igualitarias y durante su estancia en el Valle conocieron las metamorfosis que los transformaron en sociedades tributarias, absorbiendo formas de organización y prácticas que tenían una larga tradición en la región. Así se demuestra que en plena era del posclásico existieron cacicazgos seminómadas que marcharon desde el norte para servir primero como mercenarios de las ciudades-Estado y acabaron asimilando su cultura e imponiéndose por la fuerza de las armas a los antiguos habitantes (Gibson, 2004: 13-27).

Un buen ejemplo de la transición del cacicazgo al Estado lo proporcionan los mexicas, que llegaron al Valle a mediados del siglo XIII como un grupo menor de composición multiétnica y fluida. Su forma de organización política era la de un típico cacicazgo teocrático de cuatro sacerdotes-gobernantes y varios jefes guerreros vigilados por un consejo compuesto por representantes de los *calpullis* y a veces la asamblea de todos sus miembros. No fue sino en el último tercio del siglo XIV cuando optaron por darse un *tlatoani*, un monarca de poderes absolutos; Acamapichtli (1361 o 1375-1395) sería el fundador de una dinastía y una numerosa familia que se transformaría en nobleza hereditaria, reclamando orgullosamente su legitimidad en su descendencia del primer rey, cuya madre pertenecía a la casa gobernante colhua y su padre había sido un notable mexica. Él y su hijo, Huitzilihuitl, afianzaron su poder legislando, consolidando al ejército y creando una nobleza totalmente dependiente de ellos y libre de cualquier nexo directo con los *calpullis* originales. Así nació el Estado mexica que llegaría a su madurez sólo hacia 1420.

Las sociedades tributarias

HACIA LOS AÑOS 1200 a 1000 a.C., un milenio o poco más después de la generalización de las aldeas agrícolas sedentarias, aparecieron las primeras sociedades complejas mesoamericanas. Durante los siguientes dos milenios y medio crecieron y se desarrollaron en forma independiente, transformando a esta parte del mundo en uno de los grandes centros mundiales de civilización antigua.

Su florecimiento se produce, sin embargo, con cierto atraso cronológico. Ya hacia 4000 a 3000 a.C., Mesopotamia, y un poco más tarde Egipto, contaban con ciudades-Estado, escritura y una sociedad estratificada. La primera ciudad-Estado de Mesopotamia es Uruk, que tenía unos 10 000 habitantes. La civilización que se desarrolló en esta zona llegó a ser conocida como Sumeria y a tener 13 ciudades-Estado independientes. En el Indo la primacía pertenece a la civilización de Harappan, cuya ciudad principal es Mohenjo-Daro que aparece hacia el año 2400-2200 a.C., y los primeros Estados europeos ubicados en el Mediterráneo nacen en la misma época. De esa manera, el surgimiento de las civilizaciones mesoamericanas aparece como una manifestación más reciente de un proceso múltiple que dura casi dos milenios y medio y cuenta con ocho centros prístinos mayores: Mesopotamia, Egipto, África fuera de Egipto,

China, el Valle del Indo, Europa, Mesoamérica y Perú (Sanderson, 1995: 58-68).

En contraste con las tribus igualitarias que las precedieron, las sociedades tributarias identificadas con la civilización exhiben los siguientes rasgos: 1) Intensificación de la agricultura, ya sea por medio de sistemas de irrigación, terrazas, abono sistemático, nuevas formas de agricultura o una combinación de todos ellos; 2) Mayor división del trabajo, diversificación de la especialización, uso frecuente de la organización masiva de trabajadores para obras públicas; 3) Estratificación social; aparición de una clase dominante que controla el excedente económico; 4) Constitución del Estado que posee el monopolio de la fuerza coercitiva; funciones ideológicas de conservación del sistema de clases, un cuerpo de burócratas profesionales y tareas complejas de redistribución del producto social; 5) Surgimiento de centros ceremoniales y ciudades, es decir, asentamientos humanos densos que albergan actividades no agrícolas y servicios centrales no sólo para sus habitantes, sino también para las aldeas agrícolas de la región; 6) Desarrollo de redes de intercambio de bienes y servicios con rasgos mercantiles así como de un estrato de comerciantes que controlan la actividad, dentro y fuera de cada sociedad; 7) Aparición de la protoescritura o la escritura y los calendarios; multiplicación de los artesanos, artistas, eruditos y científicos, así como religiones complejas y culturas refinadas que consagran el *statu quo*; y 8) Aparición del militarismo, con sus jefes y ejércitos permanentes, su ideología guerrera y sus guerras de expansión.

El orden de enumeración no corresponde necesariamente al orden de aparición de los elementos. Además, todos los estudiosos coinciden en que cada civilización exhibe grandes diferencias en el grado de desarrollo de cada una de esas características. Decidir cuál de ellas es la decisiva o la fundadora

ha sido motivo de intensa polémica. La gran pregunta es: ¿por qué y cómo surgen estos rasgos, en general en un lapso relativamente breve, en algunas sociedades? En la actualidad hay cierto consenso en que existe no una sino varias formas de transición a la civilización. Esto ha llevado a estudiar en detalle cada uno de los elementos que la conforman y su combinatoria, así como a la elaboración de diversos modelos explicativos. Sin embargo, la información existente no nos permite llegar a conclusiones definitivas.

Existen cuatro grandes teorías que se proponen explicar los orígenes de la sociedad urbana compleja y el Estado: la hidráulica, el modelo demográfico-bélico, la que destaca la importancia del mercado y el comercio, y la marxista, que se centra en el desarrollo de las fuerzas productivas (irrigación, tecnología agrícola, metalurgia y formas de organización de la fuerza de trabajo) y su impacto sobre las relaciones sociales y las estructuras políticas, así como del Estado y las clases sociales.

Las explicaciones que sobre el origen de la civilización desarrollaron los arqueólogos y antropólogos de orientación marxista difieren unas de otras, pero mantienen ciertos rasgos comunes que una revisión de algunas de ellas hace patente.

Gordon Childe, por ejemplo, consideraba que la revolución urbana había sido precedida por una cadena de grandes descubrimientos tecnológicos.

Entre 6000 y 3000 a.C. el hombre aprendió a aprovechar la fuerza de los bueyes y el viento, el carro con ruedas y los botes de vela, descubre los procesos químicos relacionados con la fundición del cobre y las propiedades físicas de los metales y comienza a elaborar un calendario solar preciso. Así se ha equipado a sí mismo para una vida urbana y prepara el camino para una civilización que necesitará la escritura, el cálculo y conceptos de medición,

instrumentos para nuevas formas de transmitir los conocimientos y las ciencias exactas. En ninguna época de la historia hasta los días de Galileo fue el progreso en el conocimiento acelerado o los descubrimientos trascendentales, tan importante (Gordon Childe, 1948: 87).

Además, da una importancia decisiva al crecimiento del excedente económico, en la forma de inversiones en capital y trabajo en la construcción de los sistemas de irrigación y de las grandes ciudades.

A lo largo y ancho del Cercano Oriente, los mejores campos fueron reclamados con trabajo. Capital en la forma de trabajo fue invertido en la tierra. El gasto ató al hombre a la tierra, porque no abandonaría fácilmente los intereses creados por su trabajo reproductivo. Todos los trabajos en cuestión eran empresas colectivas, beneficiaban a la comunidad como un todo y estaban por encima del poder de cualquier individuo. Y generalmente su ejecución requería capital en la forma de reservas de alimentos acumulados por y a disposición de la colectividad. Los trabajadores empleados en la disecación y la construcción de diques no estaban produciendo directamente los alimentos que consumían (*idem*: 89-90).

Según Marx, el Estado es una institución que surge con la aparición de las clases sociales. Es un recurso de la clase dominante para defender sus privilegios de los embates de las clases subordinadas.

Quien ha aplicado esta teoría con mayor rigor al surgimiento de las sociedades urbanas es Morton Fried (1960, 1967). Valiéndose sobre todo de fuentes etnográficas, ha intentado demostrar que la aparición de las clases es la clave de la formación

del Estado. En ese proceso, algunos grupos sociales adquieren acceso a recursos que les permiten acumular riqueza. Sigue la formación de dinastías hereditarias en las cuales los individuos se distinguen no sólo por la riqueza sino también por el poder y el privilegio que se desprenden de su origen familiar.

Fried sostiene que una sociedad de clases es inestable por las razones apuntadas por Marx y Engels: las clases subordinadas resienten su condición y las dominantes deben crear un aparato que tenga la capacidad militar, administrativa e ideológica para defenderlas. Concluye que una vez que ha aparecido la sociedad de clases, una de las dos cosas tiene inevitablemente que suceder: o bien el establecimiento de un Estado o la regresión a una condición igualitaria (que no necesariamente excluye rangos y grados iniciales de diferenciación). Una de las críticas que se ha hecho a esta tesis es que, en varios casos, la aparición del Estado fuerte precede a la estratificación social.

Otra señal de la influencia del concepto marxista de "revolución social" que cubre toda una época histórica, es la formación de las categorías de revolución neolítica y revolución urbana cuyo uso se generalizó a partir de las obras del propio Gordon Childe desde los años veinte del siglo pasado. El concepto de "revolución" se usa como sinónimo de una aceleración del cambio económico y social generalizado que cubre una época, en contraste con la estabilidad o el estancamiento; un significado muy diferente del que adquiere el concepto revolución cuando lo usamos para designar las rupturas político-sociales violentas comunes a la época moderna y contemporánea (Sanderson, 1995: 86-88). Por eso los marxistas distinguen entre revolución social y revolución, *tout court*.

Continuemos con una reflexión sobre el ritmo del cambio. La revolución agrícola fue un proceso que duró muchos miles de años. Entre los momentos en que el cazador-recolector

comenzó a utilizar plantas y animales domesticados y el paso a la dependencia prioritaria de esas fuentes, transcurrieron cinco o seis milenios. La revolución urbana o el surgimiento de la civilización parece haber sido un proceso más acelerado. Según algunos científicos, el paso en Egipto de una sociedad basada exclusivamente en aldeas a una estructura con ciudades, de la tribu al Estado, de las sociedades igualitarias a las estratificadas, parece haberse producido en dos milenios. Respecto a Mesoamérica, se estima que el crecimiento urbano de Monte Albán y Teotihuacan fue rápido y que en Oaxaca la formación del Estado entre los zapotecas necesitó un tiempo relativamente corto. Todo indica que el ritmo del cambio histórico se acelera.

LOS OLMECAS

Tradicionalmente, el primer capítulo de esta epopeya está relacionado con la aparición de los olmecas. Según la visión evolucionista lineal, con ellos se iniciaría un proceso ascendente que culmina en el esplendor mexica, hacia el año 1420 d.C., y termina catastróficamente un siglo más tarde con la llegada de los españoles. Pero gracias a descubrimientos recientes los antropólogos tienden a ver este devenir como el de una diversidad de civilizaciones de desarrollo desigual, interconectadas por múltiples relaciones y marcadas por florecimientos simultáneos o sucesivos y frecuentes derrumbes. Con toda probabilidad y con poca diferencia en el tiempo, la civilización surgió también entre mayas y zapotecas. En el Valle de Oaxaca, hacia el año 1100 a.C., San José Mogote llega a 700 habitantes. Hay indicios claros de viviendas espaciosas, diferenciación social y técnicas de riego como la canalización y el terracedo. El acento

es puesto en la profusión de conexiones e influencias. Es evidente que ya para 1000 a.C. diferentes regiones del México antiguo estaban interconectadas, intercambiando materias primas, productos manufacturados y, sobre todo, ideas. Con el tiempo, las interrelaciones se hicieron más complejas, regulares y centralizadas (Sabloff, 1974: 19). Es probable que la riqueza de esos contactos fuera un contrapeso eficaz a las carencias tecnológicas que frenaban el desarrollo de los pueblos de la región.

Lo que se ha llamado el "corazón" de la zona olmeca se encuentra en una estrecha llanura costera del Golfo de México ubicada en la frontera que separa a los estados de Veracruz y Tabasco. El medio natural se distingue por su potencialidad agrícola. Un clima tropical, buenas tierras de aluvión, y numerosas posibilidades de riego creadas por los grandes ríos que



Surgimiento de la civilización 1200-1000 a.C.

se originan en las zonas altas y cruzan la planicie para desembocar en las aguas del Golfo forman una combinación óptima para el bienestar de una población numerosa y densa. Un sistema agrícola de roza o milpa en un hábitat de ese tipo produce dos cosechas al año. La principal milpa del año, con una productividad aproximada de 1 200 kg por hectárea, y la secundaria, *tonamil* o *tapachol*, con un rendimiento aproximado de 800 kg. Michael Coe ha probado que las llanuras inundables cercanas al centro olmeca de San Lorenzo pueden producir dos cosechas al año, con rendimiento similar al de la llanura principal. San Lorenzo contaba además con un complejo sistema de control hidráulico capaz de canalizar inundaciones e irrigar tierras agrícolas; un sistema que requiere mano de obra intensiva y conocimientos de ingeniería hidráulica (Coe, 1968: 57, 64-65), pero no hay señales de otros cambios tecnológicos importantes. En cambio, es evidente que se produjeron transformaciones en la organización del trabajo y la explotación de los recursos naturales que elevaron la productividad.

El inicio de la nueva era está marcado por la aparición de centros ceremoniales. Éstos, sin ser ciudades en el pleno sentido de la palabra (la población de San Lorenzo se calcula en 1 000 habitantes), representan un avance importante en materia de urbanización y anuncian la aparición de una elite estable así como el dominio centralizado sobre una red de aldeas. El centro ceremonial más antiguo descubierto hasta ahora pertenece a la cultura olmeca y está localizado en La Venta (algunos sostienen que es San Lorenzo). Ubicada en una pequeña isla de tierra firme, rodeada por pantanos situados cerca de la confluencia de los ríos Tonalá y Balsillo, La Venta cuenta con una gran pirámide de 126 m de largo y 72 de ancho y una altura original de 32 m. Al norte de ésta se ve un patio ceremonial rodeado por una cerca de basalto; las esculturas monumentales

allí encontradas incluyen cuatro cabezas colosales y una serie de altares y estelas.

El otro gran centro de la cultura olmeca más antiguo es San Lorenzo, que data de 1300 a 1000 a.C. Está situado en una planicie por la que corre el río Coatzacoalcos. Sus construcciones se levantan sobre una enorme plataforma de cerca de un kilómetro de largo y 45 m de altura sobre las tierras adyacentes. La parte superior de la meseta, de unos siete metros de alto, fue levantada con tierra, piedras y estuco por destacamentos campesinos organizados. En San Lorenzo se encuentran algunas de las esculturas más imponentes del México antiguo. Se trata de grandes bloques de basalto traídos desde una distancia de unos 80 km. Probablemente fueron transportados por balsas que flotaron sobre el río y luego impulsaron a lo largo de la costa. En tierra eran rodados sobre troncos y luego arrastrados a la plataforma. Tanto ésta como las esculturas exigen enorme cantidad de trabajo, dirección centralizada y planificación a largo plazo de las obras.

Las piezas incluyen ocho cabezas colosales y varios "altares" gigantescos con estelas que registran jugadores de pelota, gobernantes y súbditos. También se encontró un acueducto o desagüe de basalto y una cantidad apreciable de escombros caseros. La construcción de ambos centros exige una labor rigurosamente planificada y conocimientos de ingeniería, y su orientación revela la existencia de criterios astronómicos precisos. Por otra parte, ninguno de los dos centros albergaba más de algunos cientos de personas, aun cuando su *hinterland* debe de haber incluido a miles de aldeanos.

Las obras emprendidas por los olmecas no pudieron realizarse bajo un cacicazgo de poder limitado que integraba a algunas docenas de aldeas. Eran necesarias formas de organización más complejas y un dominio mucho más extendido.

Según Drucker, el Estado temprano, como el que se supone existía ya entre los olmecas, cuenta con un grupo social separado del resto de la población en sus funciones cotidianas (elementos de burocracia y un ejército profesional), la división de trabajo entre sus miembros y el dominio sobre una red de aldeas con una población total de entre 5 000 y 20 000 almas. Pero otros investigadores calculan con base en hallazgos arqueológicos más recientes, que se puede sostener que el dominio olmeca abarcaba a 100 000 habitantes o más. Debido a los problemas de comunicación y a que los súbditos alejados son por naturaleza levantiscos, el territorio bajo dominio no debía de exceder un radio de 25 a 30 km, o sea, una extensión de 2 500 o 3 000 kilómetros cuadrados. Michael Coe ha estimado, por ejemplo, que se necesitaron más de 1 000 hombres para arrastrar un monumento de San Lorenzo (Coe, 1968).

Aun cuando hay interpretaciones diversas acerca del carácter de este Estado temprano entre los olmecas (algunos niegan incluso su existencia), se cuenta con elementos inferenciales para sostener que el sistema de control estaba en manos de un individuo de linaje real, rodeado por un grupo de nobles hereditarios, claramente separados del resto de la población. Su función sería la realización de ceremonias religiosas y la dirección de expediciones bélicas, así como la construcción de recintos, edificios y obras de utilidad pública. Incluían, además, la redistribución de parte del producto de los campesinos para alimentar a las elites y los trabajadores ocupados en las obras públicas y reservas para los malos tiempos. Hay diferencias de opinión acerca de la legitimación de este Estado temprano. Algunos antropólogos destacan el simbolismo religioso de las estructuras y monumentos y hablan de teocracia. Otros se inclinan más hacia el militarismo. En las obras de los olmecas hay más indicios de lo primero que de lo segundo. El área ha revelado

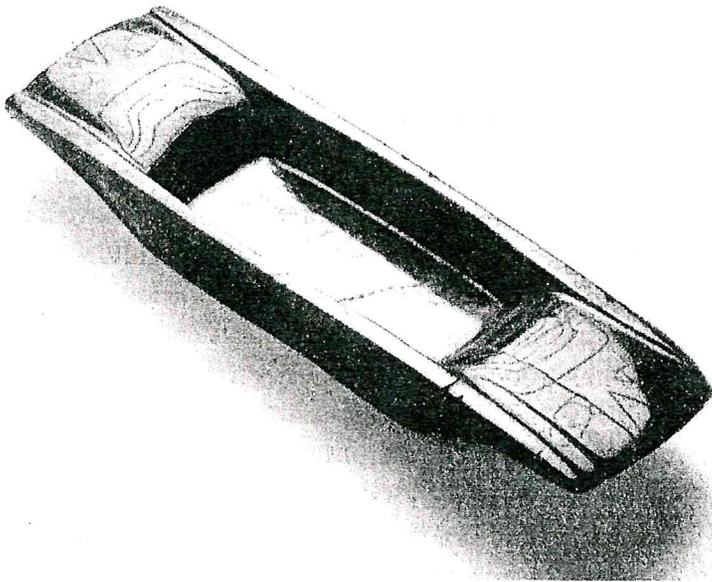
hasta ahora cuatro sitios arqueológicos principales: San Lorenzo, La Venta, Tres Zapotes y Laguna de los Cerros. ¿Se debe hablar de uno o de varios Estados olmecas? ¿Es posible visualizar un "imperio" olmeca sustentado en una federación como la que surgiría en el Valle de México, casi dos milenios más tarde, o estamos ante una cultura que abarcaba ciudades-Estado independientes? Éstos son temas que aún se debaten acaloradamente (Bernal, 1968).

Entre las elites es seguro que había especialistas en construcción, administración y guerra. Las inmensas cabezas (algunas con más de 20 toneladas de peso) representan más bien a gobernantes individuales que a dioses. El relieve 1 de Chalcatzingo, un lugar en Morelos en contacto con los olmecas de las tierras bajas, ha sido interpretado como la imagen de un gobernante olmeca, sentado en un trono en la boca de una cueva y rodeado por un terreno en el cual florece el maíz. Las deformaciones craneanas hablan de una nobleza hereditaria, y en otras estelas se ven referencias frecuentes a guerras, cautiverios y actividades religiosas, aun cuando no está claro si quienes las practicaban eran personas distintas.

La especialización aparece también entre los plebeyos: alfareros, escultores, albañiles y mercaderes. Los escultores de las piezas grandes eran sin duda artífices altamente especializados, capaces de realizar obras de arte exquisitas con instrumentos de trabajo muy rudimentarios. Quienes trabajaban las pequeñas figurillas de jade poseían, aparentemente, otras habilidades. Ambos tenían un fino espíritu de planificación, puesto que las primeras exigían años de trabajo y las segundas, meses. En las estelas hay indicios de taparrabos y faldas de fibra y algodón, lo mismo que de capas o adornos de pluma que sugieren otras tantas especialidades; la presencia de una gran variedad de minerales y objetos importados ha sido interpretada como

prueba de la existencia de grupos dedicados al comercio de larga distancia. Y los productos olmecas llegaron en el norte hasta Tlatilco, Guerrero al oeste, y al sur, hasta Costa Rica. Sin embargo, los restos encontrados nos dicen también que el grado de especialización estaba muy lejos del que existiría más tarde en las sociedades de las épocas clásica y posclásica.

¿Cómo explicar la cohesión de la numerosa población necesaria para realizar las obras aquí descritas? Existen suficientes evidencias para demostrar que la religión, con sus ceremonias, fiestas y rituales, jugó un papel muy importante en ese proceso. El principal símbolo de la religión olmeca era el jaguar, dios de la fertilidad y de la tierra, adecuado para un



Canoa de jade, cultura olmeca. La navegación como medio de comunicación jugaba un papel muy importante en esa cultura. Periodo preclásico.

pueblo dependiente de la agricultura. El felino suele aparecer unido a la figura humana formando una especie de hombre-jaguar. No existen deidades de la guerra, sugiriendo la preeminencia del sacerdote, la fuerza de la ideología y la ausencia de grandes retos militares externos. Deben de haber habido procesiones multitudinarias a los centros ceremoniales que inspiraban a los peregrinos con su belleza arquitectónica y el boato de sus ceremonias. No sólo de pan vive el hombre. El Estado no es exclusivamente monopolio de la violencia, es también hegemonía, ideología dominante. Los centros ceremoniales como La Venta y San Lorenzo, que después habrían de multiplicarse, son prueba fehaciente de la fuerza unificadora de la cultura. El orden de aparición de los dos factores no está preestablecido y por la larga preeminencia de la teocracia podemos suponer que en la formación del Estado mesoamericano, el sacerdote y la fe precedieron al guerrero y la coerción.

EL PERIODO CLÁSICO

Los años 100 a 900 d.C. son la edad de oro de la historia antigua de México. Este periodo de florecimiento es llamado clásico, debido a que fue durante esos siglos cuando los pueblos mesoamericanos construyeron algunas grandes civilizaciones comparables con las clásicas de China, India y Medio Oriente.

No debe sin embargo creerse que toda Mesoamérica conoció el periodo con el mismo esplendor. A mediados del primer siglo de nuestra era se levantaban ya construcciones imponentes en Teotihuacan, unidad ubicada en un valle a 40 km al noreste de la ciudad de México; y un siglo más tarde, los mayas de las tierras bajas y los zapotecas del Valle de Oaxaca seguían el mismo camino. En cambio, el occidente no compartió el floreci-

miento del clásico y el norte continuaba su propio sendero. Aunque sólo los mayas y los zapotecas desarrollaron escrituras jeroglíficas, es decir, sistemas que registran el lenguaje hablado, se puede decir que más o menos la mayor parte de Mesoamérica entró paulatinamente en la era de la historia escrita. Esto nos permite escribir una historia diferente en la cual sucesos, fechamientos y expresiones espirituales recuperan un lugar que para la prehistoria quedará en blanco o en el mundo de los supuestos. Poseemos anales o tradiciones transmitidas; las fechas eran registradas con exactitud y la mayoría de las religiones tenían dioses comunes de la Lluvia, el dios del Sol, la diosa de la Luna y la Serpiente Emplumada que nos permiten hablar de una cultura y cierta mentalidad mesoamericana comunes.

La proliferación de ruinas clásicas que cubren el México del centro y el sur permiten suponer un incremento mayúsculo de la población. La investigación llevada a cabo por William T. Sanders y sus colaboradores en el Valle de México ha demostrado que hacia el año 500 d.C., había cuarenta veces más habitantes que un milenio antes.

Con una tecnología fundamentalmente neolítica, los antiguos mesoamericanos edificaron una cantidad impresionante de construcciones, muchas de gran belleza; produjeron gran cantidad de cerámicas exquisitas y cubrieron sus ciudades con esculturas monumentales. Aun cuando en varias regiones se contaba con extensos y complejos sistemas de riego, la mayoría servía de base a sistemas agrícolas bastante simples. Las diferencias sociales se agudizaron de manera extrema. Todo tiende a demostrar que se consolidaron una clase dominante poderosa y un Estado controlado por los sacerdotes. En la base de la sociedad, el labrador se transformó en campesino inserto en un sistema dominado por la ciudad y su comunidad comenzó a exhibir rasgos de estratificación social (Carmack, Gasco y Gossen, 1996: 55-56).



Guerrero. Figurilla teotihuacana que sostiene dos escudos decorados con plumas. Época clásica.

Durante ese periodo las ciudades populosas al estilo de las que existieron en el Viejo Mundo eran pocas. La más importante fue Teotihuacan, cuya grandeza quedó inscrita incluso en los mitos de los mexicas registrados después de la conquista española. La ciudad, erigida en el primer siglo de nuestra era, contaba con una extensión de 20 kilómetros cuadrados, completamente urbanizados. Hacia 600 d.C. tenía entre 60 000 y 120 000 habitantes y era la sexta ciudad del mundo. Un largo camino se había recorrido desde los centros ceremoniales de La Venta y San Lorenzo. El Estado de Teotihuacan controlaba los grandes depósitos de obsidiana verde cerca de Pachuca, Hidalgo, y en la ciudad había unos 350 talleres dedicados a la

fabricación de puntas de flecha, lanzas y afilados cuchillos. Las pinturas muestran que los hombres llevaban un taparrabo o falda y sandalias, y las mujeres, *huipiles*. Por los glifos encontrados en la cerámica y los frescos se percibe que sus habitantes sabían escribir y probablemente usaban libros para fines rituales y administrativos. Conocían la numeración basada en rayas y puntos y tenían un calendario de 260 días.

Pero su magnificencia sólo puede ser explicada por el dominio que Teotihuacan ejercía sobre la mayor parte del centro de México y probablemente parte de Mesoamérica. Su poder fue impuesto por medios militares, culturales, políticos e incluso económicos no sólo en el centro de México sino también a lo largo de las costas tropicales, llegando incluso hasta tierras mayas. Se trata sin duda de un dominio tributario y comercial precursor al de los mexicas. En cierto sentido los demás Estados eran dependientes de él y el secreto del esplendor clásico debe buscarse en esa gran ciudad y sus dominios. Y, sin embargo, no sabemos, y tal vez nunca sabremos, quiénes fueron los pobladores de Teotihuacan y cuándo llegaron a esa parte de México.

Y luego, sin advertencia de previas crisis, la ciudad fue destruida alrededor del año 700 por conquistadores desconocidos. Coincidente con los últimos tiempos de Teotihuacan, surge un nuevo brote cultural en Tula, una ciudad a 70 km al norte de la actual ciudad de México. A ella se le atribuye la influencia tolteca que posteriormente influyó en todas las ciudades nahuas. León Portilla, empero, considera que la Tollan de los códices es probablemente Teotihuacan, ya que es dudoso que una ciudad de la dimensión de Tula haya podido ser el origen de tanta grandeza (León Portilla, 1976: 30-31). Si bien es probable que ese suceso haya sido precedido por conflictos internos y por la disrupción del sistema comercial y tributario que daba vida a la economía de Teotihuacan, nada o poco

sabemos de ellos. En cambio conocemos mucho mejor los principios urbanísticos que guiaron a los arquitectos que la planearon. Una combinación de meticulosos estudios de campo y fotografías aéreas del decenio de 1960 realizados por René Millon y sus colaboradores, en una investigación considerada uno de los mayores logros de la arqueología, produjo mapas detallados de la ciudad que incluían como puntos de referencia la posición exacta de las principales construcciones, caminos, puentes y centros de actividad. Restos de cerámica y otros artículos les permitieron determinar los límites exactos de la urbe, sus patrones y ritmos de crecimiento. Así se descubrió una cuadrícula tan precisa como las de muchas ciudades modernas y una orientación astronómica exacta. La expansión de la ciudad se mantuvo fiel a la grandiosidad del plan inicial (Millon, 1973).

La época conoció un auge del comercio a muy diversos niveles. En contraste con la región andina, integrada políticamente por el poder centralizado de los incas, Mesoamérica estuvo políticamente siempre dividida. Pero lo que no hizo la política fue hecho por el comercio. Fuentes de todo tipo describen un sistema complejo de intercambios que iba del simple trueque en el interior de la aldea hasta los grandes mercados especializados de las ciudades y que culmina en un tráfico internacional que enlazaba no sólo a las regiones dentro de Mesoamérica sino incluso más allá, tanto al norte como al sur. Había comercio regional boyante como el que unía a las poblaciones del Valle de México y circuitos de larga distancia que comunicaban esporádicamente el suroeste de Estados Unidos con Centroamérica. Los dos primeros comerciaban con mercancías de uso masivo (comestibles, ropa, implementos, materias primas para la artesanía) y los segundos con bienes suntuarios (objetos rituales, de estatus y joyas). Éste es proba-

blemente uno de los rasgos distintivos de Mesoamérica respecto a otros centros de civilización urbana.

Mientras Teotihuacan florecía con su conocimiento de la astronomía y sus modernos sistemas de escritura y matemáticas, los mayas —más avanzados aún en astronomía y matemáticas— hacían sentir una influencia cultural decisiva sobre el resto de Mesoamérica. Ahora existen razones para pensar que había incluso poderosos grupos mayas en el centro de México. En Cacaxtla, cerca de Puebla, se descubrieron varios murales muy bien conservados que son del todo mayas. Más específicamente, tienen el estilo de las estelas de Seibal, un importante centro clásico de las tierras bajas mayas. Además, como ha probado Alfonso Caso, los teotihuacanos conocían el calendario maya y un sistema de anotaciones por puntos y barras, aun cuando ignoraban la cuenta larga.

Existen diversas teorías contradictorias acerca del surgimiento de la civilización maya. Algunas incluso han sostenido que ese pueblo estuvo bajo la influencia de viajeros originarios de la costa china. Si bien investigaciones serias registran coincidencias culturales y técnicas, nunca se han encontrado en sus tierras rastros de hombres provenientes de otros continentes, ni objetos fabricados en el Viejo Mundo. Aunque no pueden desecharse por completo las posibilidades de contactos e intercambios con civilizaciones transpacíficas, sería absurdo pensar que la cultura maya sea un simple derivado de prototipos del Viejo Mundo. La originalidad de sus rasgos principales, la compleja adaptación ecológica a un medio natural del todo diferente y los indudables intercambios mesoamericanos excluyen sin duda esa posibilidad. Hoy día las teorías difusionistas están plenamente refutadas.

Otra tesis plantea una excepcionalidad que colocaría a esa cultura del sur de México fuera de las tendencias que marcan

el surgimiento de las demás civilizaciones mesoamericanas. Los mayas clásicos tenían un calendario muy elaborado, escritura, templos, pirámides y palacios monumentales. Su moderna urbanística incluía plazas bien trazadas, juegos de pelota, estatuas y estelas bellísimas en las cuales se registraba la historia de las dinastías. Y no estamos hablando de algunos centros aislados; Norman Hammond ha identificado 83 ciudades mayores sólo en la parte sur de Yucatán, separadas unas de otras por distancias de apenas 15 km en promedio. Tikal pudo haber tenido 40 000 habitantes y la región en la cual estaba enclavada debe de haber contado con una densidad de 200 personas por kilómetro cuadrado. Durante algún tiempo se creyó que todos esos logros se obtuvieron sobre la base de una agricultura maicera simple de roza, pero descubrimientos arqueológicos recientes demuestran que no fue así. Los avances de los últimos 30 años han confirmado que la magnificencia de la cultura espiritual de los mayas tuvo una contraparte económica adecuada. Todas las ciudades de Yucatán fueron construidas en las riberas de los dos ríos que cruzan la península o cerca de cenotes (pozos naturales) y pozos artificiales. Además, a principios de los años setenta se descubrieron en Campeche extensas zonas de terrazas elevadas ubicadas en áreas que se inundan en la época de lluvias. Más tarde hubo hallazgos similares en varias regiones de Quintana Roo y Belice. Estas terrazas representan condiciones comparables a las chinampas del centro de México. Otras terrazas con bordos de piedra que datan de la época preclásica se han ubicado también en las tierras bajas, especialmente en Campeche y Belice. En 1975, trabajando con fotografías aéreas tomadas durante la estación de lluvias, se descubrieron, alrededor de un centro ceremonial, sistemas de canales y presas. Además, algunos arqueólogos han demostrado la presencia muy extendida de huertos del árbol ramón cuyos frutos asados o

hervidos eran reducidos a una harina que contiene grandes cantidades de almidón y que puede haber proporcionado hasta 80% de las calorías que consumían poblaciones como Tikal hacia el siglo IX d.C. Había, además, plantas como yuca, camote y jícama, cuya domesticación fue anterior al maíz, que eran fáciles de cultivar y de gran rendimiento. Todo eso significa que las tierras mayas y la agricultura que en ellas se desarrollaba podía abastecer a una población más densa de la que podía sostener una agricultura maicera de roza (Sharer, 1994: 432-451).

Culturas originales florecieron también en la época clásica en Veracruz y Oaxaca. Monte Albán, en el Valle de Oaxaca, fue construido por los pueblos zapotecas. Ya en el periodo clásico ese pueblo se había liberado de la influencia maya y nuevos elementos culturales surgen y se consolidan. Los zapotecas tuvieron su propio calendario y un sistema de escritura muy especial aún no descifrado.

Hacia los siglos VIII y IX d.C., las poderosas pero nunca unificadas ciudades mayas declinaron. Entre 800 y 889 se observa un descenso importante en la actividad cultural, reflejado en los testimonios arqueológicos. La construcción de centros ceremoniales cesa y la manufactura y distribución de los bienes de lujo tradicionales casi desaparece. Es casi seguro que una clase dominante bastante antigua se encontraba en grandes apuros para reproducir su dominio, porque ya no se registran las proezas de reyes individuales, lo cual hace pensar en una crisis de la institución del poder dinástico. El periodo clásico llegaba a su final. La civilización maya —como lo sabemos ahora— no desapareció; las ciudades de las mesetas del norte incluso sobrevivieron varios siglos más, pero nunca volvieron a tener el mismo esplendor prístino. Se ha especulado sobre las causas del colapso con tanto ahínco como sobre el misterioso surgimiento de la cultura maya. Se ha hablado de grandes temblores

registrados en varios sitios arqueológicos, pero aun cuando éstos pudieron haber afectado algunas ciudades, no explican de manera suficiente la decadencia de todas las ciudades de las tierras bajas. También ha habido referencias a una sucesión de huracanes y tifones caribeños capaces de destruir las cosechas de vastas áreas. Pero es dudoso que esa calamidad pueda explicar el derrumbe de toda una civilización. Se ha insistido en la evidencia de epidemias, cambios climáticos y agotamiento de la tierra debido al sistema agrícola de roza. Otro grupo de teorías adscribe el fenómeno a contradicciones fundamentales de la estructura social y económica de los mayas que desencadenaron una serie de revueltas. Se ha sostenido incluso un argumento puramente económico. Según éste, todo el sistema de comercio exterior maya se derrumbó debido al surgimiento de importantes centros comerciales en la periferia. Se ha planteado la teoría de guerras intestinas o invasiones desde afuera. Se ha invocado incluso el concepto maya de la historia cíclica y el efecto de resignación que debe de haber tenido en las elites, al acercarse ciertas fechas. Pero nada definitivo se ha podido aún probar (*idem*: 340-347).

El eclipse de los mayas del centro y del sur facilitó el ascenso de un nuevo grupo, los putunes (800-1000 d.C.), cuyo origen parece haber sido las costas de lo que es hoy el estado de Tabasco. Los putunes eran tanto guerreros como comerciantes y sus iniciativas aparecen siempre ligadas al esfuerzo de controlar riquezas naturales y rutas comerciales. Con el tiempo llegaron a controlar el comercio costero alrededor de la península yucateca que comunicaba la costa este con la oeste y, en última instancia, el comercio entre el Golfo de México y América Central. Casi todos los puertos en ese itinerario tenían entre sus habitantes a comerciantes putunes. En Xicalango, un puerto de la Laguna de Términos, los comerciantes

marítimos mayas se encontraban con los comerciantes terrestres del México Central para intercambiar los más diversos productos. El comercio marítimo era una tradición antigua entre los mayas, pero los putunes lo llevaron a niveles superiores desarrollando embarcaciones más pesadas. Una sola de sus canoas marítimas podía transportar más mercancías que una numerosa caravana terrestre. El encuentro que Colón tuvo con una embarcación maya cerca de la costa de Honduras es probablemente nuestro mejor testimonio. Según él, la canoa era tan larga como una galera española y tenía 2.5 m de ancho. Contaba con cabina y una tripulación de una docena de hombres y llevaba, además de su capitán, mujeres y niños. Transportaba un cargamento de hachas y campanas de cobre, cacao, cerámica, vestidos de algodón y macanas (espadas mexicanas de madera con filos de obsidiana). El puerto más importante para este comercio marítimo fue probablemente la isla de Cozumel (*ibíd*: 348-354).

En el periodo clásico, las sociedades complejas se generalizaron y cubrieron todo el mapa de Mesoamérica. ¿Cómo explicar el surgimiento y consolidación de la civilización en esta parte del mundo? Los datos existentes sólo nos permiten lanzar hipótesis. La que nos parece más verosímil es la formulada por Ángel Palerm: una combinación de irrigación, nuevos métodos de agricultura y el surgimiento de un Estado poderoso capaz de movilizar a grandes masas para el trabajo.

Es difícil imaginar tal desarrollo sin un aumento en la productividad de la agricultura. Ésta, sin duda, al acabar con el nomadismo, libera horas de trabajo que pueden ser invertidas en otras actividades. Pero eso no es suficiente. Para Palerm existe una relación directa entre el surgimiento y el desarrollo de los centros urbanos y la distribución de los sistemas de riego.



Jefe supremo maya. Cultura maya. Periodo posclásico.

Después de recopilar cuidadosamente los hallazgos de zonas de riego prehispánicas hechos hasta la década de los setenta del siglo pasado, registra un total de 294 de dimensiones y tecnología diferentes y 40 sitios asociados con el cultivo de "huertas", un tipo de agricultura que requiere alguna clase de riego (Palerm, 1972: 78-79). Sostiene que a cada centro urbano importante corresponden instalaciones de riego de buen tamaño o trabajos hidráulicos importantes. Por lo tanto, afirma que las fronteras culturales de Mesoamérica —excepción hecha de las zonas en que el riego era innecesario— coinciden con la geografía del regadío y que ese factor debería incluirse entre los rasgos distintivos de Mesoamérica.

Reconoce, no obstante, que existe una gran dificultad en determinar la antigüedad de esos sitios y, por lo tanto, de su relación con el surgimiento de la civilización. Las fuentes escritas sólo se remontan a Tula y la arqueología del riego no ha producido aún resultados contundentes. Pese a ello, Palerm argumenta que la diversidad de los sistemas de riego, su fina adaptación a las condiciones ecológicas y el refinamiento de alguna de las técnicas existentes a la llegada de los españoles, son prueba suficiente de una larga historia de experimentos acumulativos. A eso habría que sumar el descubrimiento de restos arqueológicos de pueblos de buen tamaño del periodo clásico en zonas desérticas o áridas que sólo pudieron haber florecido con la ayuda de una agricultura de riego. Estamos por lo tanto ante una verdadera probabilidad, pero no ante un hecho empíricamente comprobado. Sin duda el desarrollo de las ciudades-Estado está ligado a la irrigación, pero la causalidad original no ha podido ser probada.

Ahora bien, en ningún momento Palerm sostiene que el riego haya sido una causa suficiente para el gran viraje. Para completarlo, introduce el factor político-social.



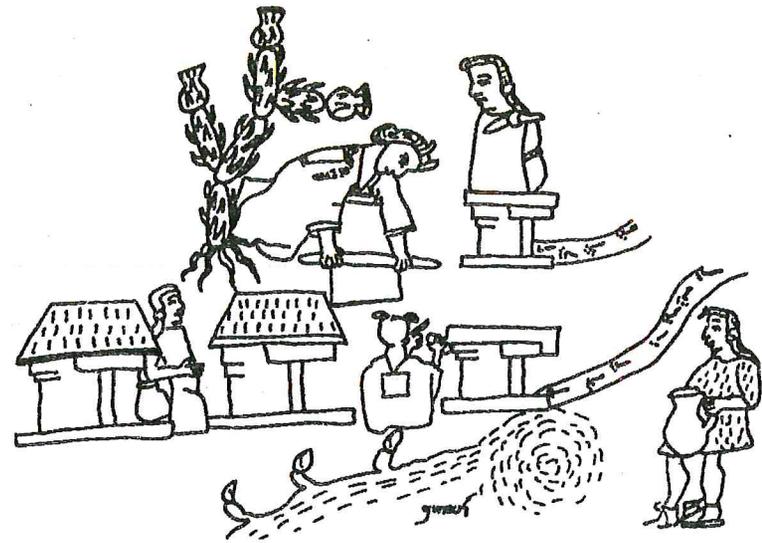
Trabajador desviando agua para riego, con la aplicación de la coa. Dibujo basado en *Códice Florentino*, 1979, vol. III, libro XI, f. 228.

En realidad —escribe— una fuerte organización sociopolítica parece ser el único recurso de un pueblo con tecnología poco desarrollada para realizar obras importantes. El trabajo humano es el único sucedáneo de la técnica. A menos tecnología más requisitos de trabajo humano. Es decir, mayor organización compulsoria (*ídem*: 91).

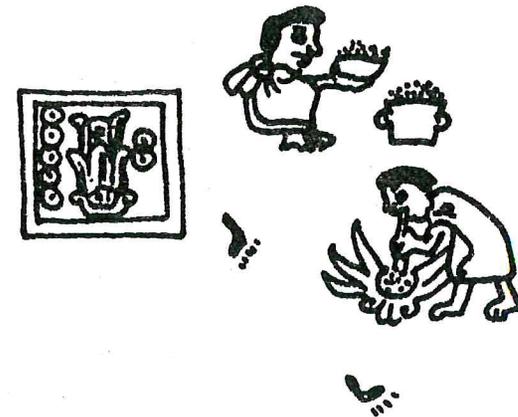
Así, el desarrollo sofisticado del Estado se transforma en sustituto de la técnica.

La fórmula de Palerm es civilización = irrigación + Estado fuerte. Esta respuesta vendría a resolver la aparente contradicción entre el bajo nivel tecnológico y el alto desarrollo de la política y la cultura. Los pueblos mesoamericanos superaron sus limitaciones tecnológicas con creatividad política y cultural.

Aceptando la importancia de ambos factores yo invertiría el orden y pondría en primer lugar el desarrollo del Estado y la religión, siempre apuntalados por el desarrollo de la irrigación y nuevas formas de agricultura. Las pruebas sobre el papel del Estado en el origen de la formación económico-social tributaria son más contundentes. La arqueología indica que a principios del primer milenio a.C., algunas comunidades adquirieron un tamaño y una población tales (entre 800 y 4000 habitantes) que los colocaron muy por encima de las demás aldeas. Prueba también que eran centros religiosos, artesanales y comerciales y también existe evidencia de la presencia de un jefe poderoso y de estratificación social. Ya en el periodo clásico, las pruebas arqueológicas demuestran que estos rasgos pioneros se habían generalizado adquiriendo unos muy complejos. Los indicios de riego los acompañaron constantemente pero —como hemos visto— más bien como un complemento. Si esto se acepta, la fórmula del surgimiento de la civilización sería: sacerdotes + Estado + irrigación = civilización.



Labores de los migrantes mexicas durante sus asentamientos. Castillo, 1972: 26. *Códice Azcatitlan*, 4.



Mexicas preparando pulque. Castillo, 1972: 30. *Tira de la Peregrinación*, 14.

EL PERIODO POSCLÁSICO

A partir del siglo IX d.C. comienza una época de agitación social, emigraciones y conquistas a la cual los arqueólogos han dado el nombre de Posclásico. Este periodo abarca de 800-1000 d.C. a la llegada de los españoles. Surge una multitud de pequeños Estados agresivos que se forman —a veces con pueblos que hablan lenguas diferentes— para luego disolverse rápidamente. Existen numerosos indicios del ascenso de una clase de guerreros profesionales agrupados en órdenes militares, una cultura militarista y la masificación de los sacrificios humanos. Surgen imperios rivales que suelen chocar en lo que parecen ser grandes guerras.

La caída temprana de Teotihuacan como ciudad, alrededor de 750 d.C., fue una advertencia, y más tarde el colapso maya dio forma al trauma que marcó el fin del periodo clásico y el inicio de una nueva época. Muchas comunidades vieron reducir su población y encogerse el área de su influencia. Sin embargo, no hay señal de una reducción demográfica general. Más que aniquilada, la población fue redistribuida. La caída o decadencia de Teotihuacan, Monte Albán, Cholula y las ciudades del Petén maya se identifica con la consolidación del dominio de los guerreros y el surgimiento de nuevos centros.

Hay señales de que en muchas partes los campesinos que no estaban ya dispuestos a pagar tributo y construir pirámides y palacios a una clase dominante incapaz de asegurar las lluvias y preservar la paz, se rebelaron y que el colapso de las ciudades del clásico produjo la fragmentación y más tarde la reorganización de las relaciones de poder. La lucha de clases se agudiza, la hora de los guerreros y la coerción ha llegado.

Pero no fueron exclusivamente las presiones internas las que produjeron la inestabilidad. Mucho contribuyeron las inva-

siones de tribus "bárbaras" provenientes del México árido que se encuentra más allá de las fronteras septentrionales de las civilizaciones agrícolas sedentarias. Los mexicas denominaban a todos los habitantes de esta región con el nombre genérico de chichimecas. Cazadores y recolectores nómadas o seminómadas, eran guerreros temibles y agricultores de tiempo parcial. El concepto chichimeca nos ha sido transmitido con usos contradictorios. Mientras algunas interpretaciones le otorgan un sentido peyorativo similar al de "bárbaros", otras subrayan que había varias dinastías en el Valle de México que se adscribían orgullosamente un origen chichimeca, es decir, de la "dinastía del perro". Los más terribles eran los teochichimecas, los verdaderos chichimecas que vivían en cuevas, se vestían con pieles y sandalias de fibra de yuca y sobrevivían con la caza de pequeños animales, raíces y frutos silvestres. En cambio, los tamimes pertenecían a culturas intermedias que designamos como agricultores trashumantes. Poseían los rudimentos de la agricultura y habían adoptado algunas lenguas de sus vecinos más avanzados del sur, pero estaban aún lejos de su desarrollo. Estos "chichimecas", que en realidad eran zacatecos, tepehuanes, guachichiles, pames, etc., como ejemplo de cazadores-recolectoras en contraste con los pueblos de cultivadores trashumantes, abundaban desde las laderas de la Sierra Madre Occidental hasta el norte de lo que hoy es la Unión Americana. Generalmente estos norteros "bárbaros" eran bastante pacíficos, sobre todo cuando sus condiciones naturales eran favorables. Pero cuando había sequías prolongadas sucedía lo contrario. Empujados por el hambre se lanzaban hacia el sur, a regiones antes ocupadas por agricultores sedentarios, y arrastraban tras de sí a los cultivadores.

Los nuevos centros no se contentaron con el dominio económico mediante el control comercial. Las guerras de conquista

para imponer tributos se multiplicaron. Surgen ideologías militaristas que proclaman un nuevo orden regional y justifican el uso de la violencia para someter a los pueblos más débiles que se oponen a él. La carrera castrense es el más importante canal de movilidad social y tanto el arte visual como los documentos de la época nos hablan de la existencia de órdenes militares profesionales como los caballeros águila, jaguar o coyote (López Austin y López Luján, 1996: 177).

Sabemos sobre ese periodo más que sobre el clásico, porque para su estudio se cuenta no sólo con las fuentes arqueológicas y la antropología física, sino también con documentos en lenguas indígenas, latín y en mayor escala español. Sobre todo conocemos la última fase del posclásico.

Los mexicas tienen el mismo origen norteño. Según relatos recogidos por cronistas nativos y conquistadores españoles del siglo XVI, su migración duró unos 200 años, entre 1064 y 1325 d.C. Aun cuando muchos manuscritos pictográficos recogen el suceso, a estas alturas es difícil separar el hecho del mito y establecer detalles. En todo caso, según éstos, los mexicas eran, tanto durante la emigración como a su llegada al valle, cazadores hábiles, conocían la agricultura y tenían rudimentos culturales, pero se vestían con fibras de maguey y a los ojos de los pueblos sedentarios eran tan bárbaros como los demás chichimecas.

Pese a las limitaciones de las fuentes que hablan sobre el éxodo, encontramos en algunas de ellas reiteraciones sobre su vida económica que permiten reconstruir un modelo para la evolución de un pueblo seminómada cazador-horticultor en una sociedad compleja tributaria. Castillo (1972: 20-27) nos habla de un relato en náhuatl recogido por Chimalpain que, a pesar de discrepancias con otras fuentes en cuanto a cronología, localidades o población, contiene muchas refe-

rencias sobre la vida económica de los mexicas en su origen y su éxodo antes de llegar al Valle. Castillo reproduce la traducción del texto original, que podemos resumir en los siguientes términos:

En sus orígenes los mexicas vivían en cuevas en un pasaje lúgubre en el cual abundaban los riscos y los acantilados formados por el golpeteo del mar. Había arbustos y magueyes por todos lados y en los riscos se escondía toda clase de animales feroces como lobos, grandes felinos y temibles serpientes amarillas. De este lugar, que el texto califica de terrible, salieron unas diez mil personas que vienen a ser los antepasados de los mexicas. Evidentemente, el lugar —sobre todo en años malos— no ofrecía sustento suficiente a esa cantidad de gente: el éxodo se inicia por motivos económicos y el crecimiento demográfico lo obliga a mantenerse en movimiento. El guía es un sacerdote instruido por un Dios. Van en dirección del valle, pero la trayectoria es irregular, siguiendo las necesidades de supervivencia. La diversidad de los parajes que encuentran los obliga a cambiar constantemente su modo de vida. Cuando no hay tierras propicias para la agricultura regresan a la caza y recolección como fuente de sustento. Se habla sobre todo de caza menor de cuadrúpedos, serpientes, pájaros y sabandijas. Las paradas son irregulares y pueden durar desde 40, 30 y 20, hasta dos o un año. Es decir, desde el tiempo de vida de una generación, hasta un ciclo agrícola. Sin duda en el seno de la tribu, cada reanudación de la migración debió de producir roces y choques entre los conformistas y los más ambiciosos. "En un peregrinar tan dilatado —escribe Castillo— las detenciones habrán de ser frecuentes. El sector que envejecía retardaba el movimiento general y por lo tanto la mejor solución era [...] reanudar la marcha dejando a los débiles e imposibilitados." Y luego cita a Durán, que se refiere al cultivo de maíz:

Si su dios tenía por bien que lo cogiesen lo cogían, y si no, en mandándoles alzar el real, ahí se quedaba todo, excepto cuando la mayoría estaba de sazón y muchas veces se quedaba para los viejos y viejas y enfermos que no podían pasar adelante con los cuales quedaban aquellos lugares poblados y con semillas para siempre... (Durán, 1967: 1: 20).

Éste es el pueblo que después de duras podas e innumrables pruebas, habiendo llegado al Valle, se tomó un siglo en consolidar su posición y otro más en construir su imperio, constituyéndose en la cima del poder y la cultura mesoamericana. Un ejemplo de la transición de una tribu en ciudad-Estado imperial en plena época posclásica y a un ritmo sorprendente.

Cuando llegaron al valle, encontraron un mundo configurado alrededor de numerosas ciudades establecidas en las orillas de los lagos. La agricultura se sustentaba en sistemas de irrigación de una avanzada tecnología y producía numerosos cultivos de alto rendimiento. La especialización profesional estaba muy desarrollada y tanto los mercados locales como el comercio internacional, florecían. Estados centralizados con una burocracia eficiente influían en la distribución de los recursos productivos y el manejo de los excedentes. Los chichimecas se encontraron en desventaja. Además, no fueron bien recibidos y tuvieron que mudar varias veces sus asentamientos, ubicándose en lugares inhóspitos. Su condición de mercenarios y algunas costumbres particularmente sanguinarias les atrajeron muchas enemistades.

Tenochtitlan fue fundada en 1325, dos siglos antes de la llegada de los españoles. En seis generaciones, los mexicas la transformaron en el centro de la civilización mesoamericana y sede del más grande imperio de nuestra historia antigua. En la primera etapa se contentaron con adaptarse al nuevo

medio y a las tendencias dominantes, pero desde 1428 tomaron una actitud agresiva e imperialista, transformando y orientando la historia de gran parte de Mesoamérica en el último siglo de su existencia.

Durante los primeros años, gran parte de sus energías se orientó hacia la construcción de Tenochtitlan, a buscar aliados para fortalecer su posición y a consolidar la posición de su naciente nobleza que se decía descendiente de Acamapichtli, el primer gobernante. Esos privilegios incluían el derecho a la propiedad de la tierra, a participar en el servicio público y a tener parte en el tributo que pagaban los macehuales. Otra tarea especial fue la construcción de chinampas. Si los mexicas querían conservar cierta independencia respecto de sus poderosos vecinos debían asegurarse la mayor parte del abasto de alimentos con sus propios medios. Con muy poca tierra disponible, las chinampas no sólo proporcionaban ese bien escaso, sino que posibilitaban la expansión urbana.

La ciudad creció con rapidez, en tamaño y esplendor, y la población mexica se expandió fuera de la isla. Algunos jefes y sus seguidores fundaron Tlaltelolco, que se desarrolló rápidamente transformándose en el mercado más grande y próspero del Valle de México. Durante todo ese tiempo los mexicas vivieron subordinados a los tepanecas. A su sombra desarrollaron poderosas fuerzas militares y en 1428 se volvieron contra Azcapotzalco. Su éxito inició una nueva época en la historia de Mesoamérica. Aliados con Texcoco y Tlacopan, lograron construir un imperio sin precedente. La guerra se volvió, después de la agricultura, su principal ocupación. Al nacer, el niño era dedicado al campo de batalla y una madre que moría en el parto era comparada con el guerrero. Las escuelas para niños y adolescentes, tanto de nobles como de los comuneros, daban prioridad a la formación militar. Durante varios decenios nadie pudo

resistir a los ejércitos victoriosos de la Triple Alianza y muchas fueron las ciudades que cayeron. Sin embargo, hacia finales del siglo XV los mexicas sufrieron reveses importantes y Estados poderosos como los de Michoacán, Tlaxcala y Meztitlán lograron conservar su independencia.

Lo que sucedía entre los mayas era muy diferente. Hacia 800 a.C., las orgullosas ciudades mayas habían sufrido un —hasta ahora— misterioso colapso, y a principio del posclásico se encontraban en plena decadencia. El vacío dejado por el derrumbe de otras civilizaciones en esa época fue ocupado por los toltecas que hablaban nahua, si bien eran de origen decididamente chichimeca, como lo serían más tarde los mexicas. Se establecieron en Tula poco después del año 900, dirigidos por un jefe que se otorgaba el título de Quetzalcóatl o Serpiente Emplumada. En la cúspide de su sociedad estaban las órdenes militares que jugarían un papel tan importante en la historia mexicana: las águilas, los coyotes y los jaguares. Según los anales históricos mayas, un hombre llamado Kukulcán (Serpiente Emplumada) conquistó Yucatán hacia el año 987 d.C. De acuerdo con estas fuentes, era un hombre bueno y trató bien a los mayas. Pero otras contradicen la versión y es probable que la conquista haya sido un asunto bastante sangriento. Los toltecas, a su vez, fueron desalojados y otro pueblo tomó su lugar en el año 1224. Este lugar fue ocupado por los itzaes, que nunca lograron aceptación de los mayas.

Las ramas de la economía

AGRICULTURA, CAZA Y PESCA

En los periodos clásico y posclásico la actividad económica principal —incluso para un sector de los habitantes de la ciudad— sigue siendo, con mucho, la agricultura. Por eso comenzamos nuestra descripción de la vida económica con ella. La civilización urbana que conoció Mesoamérica desde los años 1000 a.C. hasta la llegada de los españoles no hubiera sido posible sin cambios profundos en la tecnología agrícola. Sabemos que estos cambios no se produjeron en los instrumentos de trabajo, ya que a la llegada de los españoles no había arados, animales de tiro o medios de transporte que no fueran la canoa y el *tameme*. Fue entonces en el uso de la tierra, el agua y el abono, así como en la organización del trabajo y la adaptación a la biodiversidad, en donde se produjeron los cambios principales.

Partiendo de la intensidad con que se utilizaba la tierra, Teresa Rojas distingue dos sistemas de cultivo, el de roza y el de labrado del suelo. El primero era más extensivo y predominaba en las laderas de los montes, los bosques y las selvas primarias. La tierra se usaba durante uno o dos años y luego se abandonaba por un período suficiente para que la "vegetación

silvestre la reconquistara". En el segundo, la parcela se trabajaba sin interrupción año tras año, produciendo dos o más cosechas anuales. En la práctica, existían entre los dos modelos muchas combinaciones.

El sistema de roza es casi siempre de temporal, con una cosecha anual, aun cuando en la vertiente del Golfo es posible a menudo dos veces al año, debido a la humedad ambiental y las lluvias invernales. Torquemada describe el procedimiento en los siguientes términos:

Aunque todos los Indios de esta Nueva España, eran, por la maior parte, Labradores, y Gente, que trataba en el campo, no todos goçaban de una misma calidad de Tierra, y asi se acomodaban en sus Labranças, á las condiciones de los sitios. Todos los Serranos, y que participan de Tierras calientes, hacian sus sementeras en las laderas, y gargantas de las Sierras, desmontando los Árboles, y breñas, para sembrar el grano. Y son tan fertiles las Tierras, que después de haver hecho la roça (que asi se llama) y quemando todo el sitio, lo siembran, entre las cenizas, que quedan, y se da abundantisimamente, sin mucho trabajo; y es tan poco (trabajo), que casi no tiene desiervo. Pero la Tierra que se siembra un Año, no se siembra mas en aquellos quatro, ni seis, hasta que otra vez han nacido breñas, y la cubren, con cuja sombra se vuelve á humedecer la Tierra, y se reforma para otra siembra. Esto (como digo) es mui comun en todas las Sierras, donde los Moradores carecen de llanos: aunque tienen las Aguas de Arroios, y Rios, jamás les falta el Año en los Temporales (Rojas y Sanders, 1989: 1: 151-152).

Este sistema estaba generalizado sobre todo en las zonas de clima tropical, de baja elevación y suficiente precipitación pluvial en el periodo de crecimiento de las plantas.

La tierra cultivada con este método tiene periodos de descanso mayores que los de su uso. Dependiendo de la fertilidad del suelo, la parcela puede ser cultivada durante uno y hasta tres o cuatro años seguidos. Después la fertilidad decrece y la vegetación salvaje comienza a invadir la parcela, recuperándola. Entonces es abandonada para un descanso regenerativo que dura por lo menos cinco años y a veces mucho más. Normalmente, los únicos fertilizantes usados en ese proceso derivan de las sales solubles que se encuentran en las cenizas de la vegetación quemada en el proceso de limpia de la parcela. Ése es un procedimiento costoso, porque muchos de los materiales nutritivos no destruidos por el fuego son arrastrados por el agua en la temporada de lluvias. Además, desprovisto de su cubierta vegetal, el fértil suelo de la superficie es dispersado por la erosión (Melgarejo, 1975: 2: 71-77). Este sistema es comparable al llamado *brandwirtschaft*, muy común en Europa en tiempos prehistóricos. La diferencia está en que en los países tropicales la vegetación salvaje recupera casi completamente la tierra quemada y que después de algunos años la parcela puede ser vuelta a preparar y usar por un año o más, mientras que en las zonas templadas no sucede así. En las tierras bajas de la región maya predominó durante varios milenios este sistema, el más simple de todos, pero que limita severamente la densidad de la población. Estudios hechos en los años treinta con campesinos mayas de Yucatán probaron que con el sistema de roza la densidad máxima posible de la población era de 36 personas por kilómetro cuadrado, mientras que con el sistema de labrado, Palerm calculó una densidad posible de 169 personas por kilómetro cuadrado (Palerm, 1972: 109). Es probable que a finales de la época arcaica la población que se sustentaba exclusivamente en el cultivo de roza era parcialmente seminómada.

El sistema de labrado comienza como el anterior, con la remoción de la vegetación existente y su quema, aun cuando ésta no se realiza *in situ*. Aunque puede ser considerado un paso más avanzado, el cultivo de labrado es con frecuencia una adaptación a las condiciones de clima templado en el cual la reposición de la vegetación original es tan lenta que el sistema de roza no es ya aplicable. También en ese sistema se deja un periodo de descanso, pero lo que sucede es que éste es igual o menor que el tiempo de uso. Durante este lapso, la tierra se queda sin vegetación o con sólo una delgada capa de pasto. Incluso sin medidas especiales la erosión tiende a ser más limitada, y la destrucción de los nutrientes minerales del suelo, menor. Cuando las condiciones naturales exigen una gran extensión para la aplicación del cultivo de roza, la agricultura sedentaria y la alta densidad demográfica sólo son posibles con el sistema de labrado que permite usar cada parcela durante un tiempo mayor.



Ilustración del pasaje del "buen labrador" del *Códice Florentino*. Obsérvese el uicli o coa a manera de pala y la forma de cosechar el maíz. Lib. 10, cap. 12, f. 28v. Rojas y Sanders, 1989: 137.

La dependencia exclusiva de la agricultura de roza se identifica con sociedades de escasa estratificación social y carentes de centros ceremoniales importantes, mientras que la de labrado suele aparecer asociada con niveles más complejos de ambos.

En los sistemas de labrado, el suelo se removía varias veces durante el ciclo de producción. Primero para prepararlo para la siembra, se quitaban las hierbas, se rompían los terrones y se preparaban camellones para recibir las semillas. Una vez realizada la siembra, venían las escardas durante las cuales se deshierbaba el campo y se aflojaba la tierra alrededor de las plantas para darles luz, aire y sostén. Las semillas —según los informantes de Sahagún— habrían sido cuidadosamente escogidas. "Se apartan las que están sanas, sin tacha ni mácula lo más alabastrino de nuestro sustento. Arrojan las semillas pasadas, las podridas, las menudas. Lo mejor escogido se desparra-ma; se pone en el agua; por dos días, por tres días están en el agua. En la tierra labrada en lugares así se siembran."

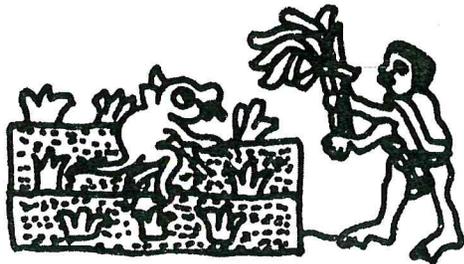
Para sembrar, se hacían hoyos previamente, desmenuzando con cuidado la tierra dentro de ellos y mezclándola con abono. Los hoyos distaban un paso uno del otro y estaban alineados a lo largo de los camellones. En cada uno de ellos se enterraban cuatro o cinco granos. En las tierras de humedad y riego, la operación se repetía todos los años e incluso dos veces al año. En los valles más fértiles toda la tierra era trabajada, no había "un palmo de tierra vacua o sin cultivar" (Cortés, 1970: 41).

Por lo habitual se cultivaban en la misma parcela varias plantas, ya fuera en forma alternada o en mosaico de acuerdo con el ciclo de cada planta. Además se tienen indicios claros de la aplicación de sistemas de rotación o sucesión de cultivos diferentes para mantener la productividad de la tierra. A veces estas prácticas eran sumamente complejas, con cosechas en cada parcela en diferentes épocas, de maíz, frijol o calabaza,

para repartir el riego, obtener una variedad de productos y distribuir los días de trabajo a lo largo del año, en forma más provechosa. La más común era la asociación de maíz, frijol y calabaza. Pero también se han registrado asociaciones con chile, tomate, camote, jícamas e incluso algodón y chíca. Según E. Hernández, "... la siembra en asociación determina mayores rendimientos físicos conjuntos que el promedio de los respectivos rendimientos si los componentes fueran unicultivos" (Rojas y Sanders, 1989: 1: 169).

La cosecha del maíz se realizaba arrancando la mazorca, con o sin las hojas que la envuelven. La operación se hacía de pie mientras que para quitar las hojas el campesino o campesina se sentaban. Luego el producto se almacenaba en trojes que había en la parcela o se llevaba directamente a la casa. Las operaciones están gráficamente registradas en los códices y matrículas de tributo. El frijol era almacenado con sus y ramas y vainas, porque en épocas de hambre todo se aprovechaba.

En los terrenos escarpados y en las hondonadas y barrancas, los campesinos mesoamericanos construían terrazas que exigían mucho trabajo y esfuerzos de mantenimiento. Estas estructuras contribuían a atenuar los efectos de la erosión, aumentar el grosor del terreno, su materia orgánica y su capacidad de



Plaga de roedores. Castillo, 1972: 62. Códice Telleriano-Remensis, IV-24.

absorber y retener la humedad y el agua. Esa práctica aumentaba la superficie cultivada y acortaba los periodos de descanso.

Un incremento importante en la productividad de la tierra se produce cuando se aplican fertilizantes animales o vegetales. Utilizada adecuadamente, esta técnica permite pasar del uso temporal de la tierra en el sistema de roza, al uso permanente. Su propósito más evidente es restituir al suelo la fertilidad perdida por la explotación constante. Otras son la recuperación de los nutrientes perdidos por la lixiviación o la reducción de la acidez existente en el suelo. No había escasez de fertilizantes en el México prehispánico. Vegetación podrida, algas acuáticas, palmas, restos de pescados, excrementos de animales y plantas acuáticas permitieron en muchos lugares el paso de la roza al barbecho y de éste a la explotación permanente.

El de uso más común era el abono verde en el cual se incluyen los esquilmos de las cosechas, plantas silvestres, hojarasca, palma, basura orgánica de la casa y plantas acuáticas así como maderos y magueyes podridos. A la tierra abonada con esas materias se le llamó *tlacotlalli*. A éste le sigue la disposición natural o artificial de limo o lodo en los terrenos adyacentes a los ríos y arroyos, canales y lagunas, en tiempo de lluvias y crecientes. Una de las funciones de las numerosas presas efímeras construidas a lo largo y ancho de ríos y arroyos parece haber sido la conducción de aluviones a áreas más amplias. Estas prácticas están bastante bien documentadas en fuentes arqueológicas e históricas.

Entre los abonos de origen animal se han encontrado referencias sobre el uso de guano de murciélago que se usaba mezclado con tierra para abonar chile y jitomate en las chinampas de Xochimilco, y Bernal Díaz del Castillo habla de balsas que en los canales de Tenochtitlan recogían las heces humanas para revenderlas en los mercados, con finalidades agrícolas. De

Abono

acuerdo con Sahagún, entre los nahuas se usaban varias denominaciones para la tierra estercolada, distinguiendo incluso el tipo de estiércol (*ídem*: 156). El conocimiento de los utensilios que se usaban en las actividades agrícolas en las sociedades de los periodos clásico y posclásico es muy fragmentario. Sin embargo, podemos describir algunos de ellos. El término *coa* se ha aplicado en forma genérica para designar diversos instrumentos que los españoles identificaban posteriormente con el azadón, la azada y la pala, sin embargo éste no es un símil afortunado. Deben distinguirse el bastón plantador que es un palo cuya punta se afila y endurece al fuego o se calza de una pieza de cobre. Su tamaño variaba de 1.5 a tres metros y se hacía con maderas muy duras como el roble, el encino y el otate. Predominaban los que tenían punta de madera pero éstas podían también ser de piedra o metal. Estudiando las palabras que servían para designarlo, se pueden inferir, para ese instrumento, usos muy diversos.

Había también el *uictli* de hoja o *coa* de hoja. Se trata de un palo que en uno de sus extremos tomaba una forma plana, ampliándose primero y aguzándose al final para adquirir una forma triangular, recta por un lado, curva del otro. En varias zonas, la parte plana estaba hecha de cobre endurecido. Su uso era múltiple y se encuentran referencias a su uso en la agricultura, pero también en la construcción y la irrigación. Las *coas* con mango zoomorfo eran más cortas que la altura de un hombre y estaban compuestas de dos piezas (una de ellas muy parecida a la pala) amarradas con alguna fibra, cuero o bejuco. El remate en forma de cabeza de animal servía para cargar con fuerza el peso del cuerpo del trabajador sobre el instrumento. Las formas de esos instrumentos variaban mucho. A eso hay que agregar las hachas de muchas formas y tamaños, algunas de las cuales estaban diseñadas expresamente para fines agrícolas.

Para acarrear las cosechas se utilizaban canastos y *ayates* colocados en la espalda y sostenidos con *mecapal* en la frente o los hombros. En la lucha contra pájaros y ratones, se usaban respectivamente espantapájaros hechos de hoja y venenos vegetales mezclados con alguna comida.

El siguiente paso es la irrigación, que permite introducir agua a los cultivos en los momentos más decisivos por medios artificiales. La irrigación podía ser de pequeña escala, como la que tiene lugar en huertos caseros, o de gran escala cuando una comunidad o una ciudad se une en un esfuerzo colectivo para construir y regular un gran sistema. El funcionamiento de estos sistemas entraña delegación de autoridad, organización social y ocupación prolongada de un área. Puede ser usada para aumentar la humedad de la tierra de temporal o emplearse en tiempo de secano, aumentando su productividad. Rojas sostiene que una de las causas de la dificultad para apreciar la extensión del riego en el México prehispánico es la dispersión de los sistemas, debida en buena parte a la geografía de altibajos del país.

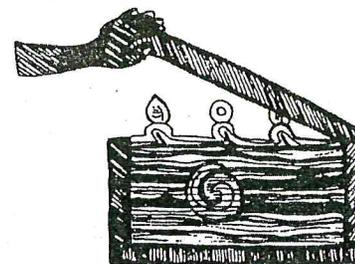
Y por último está el ensamblaje artificial de tierras, como el que se manifiesta en las chinampas y las terrazas. Como prueban las descripciones de los españoles en el siglo XVI y otras fuentes, una buena parte de la agricultura de este siglo respondía a combinaciones sofisticadas de todos los elementos de la agricultura intensiva.

El mejor de ellos eran las chinampas que cubrían las costas de los lagos de Chalco y Xochimilco, pero que también abundaban en los alrededores de Tenochtitlan-Tlaltelolco y en el área de Xaltocan (Coe, 1964). Las chinampas son fajas de tierra en general rectangulares rodeadas de agua al menos por tres lados. Su tamaño varía considerablemente y las fuentes registran superficies prehispánicas que van de 400 a 10 000 metros

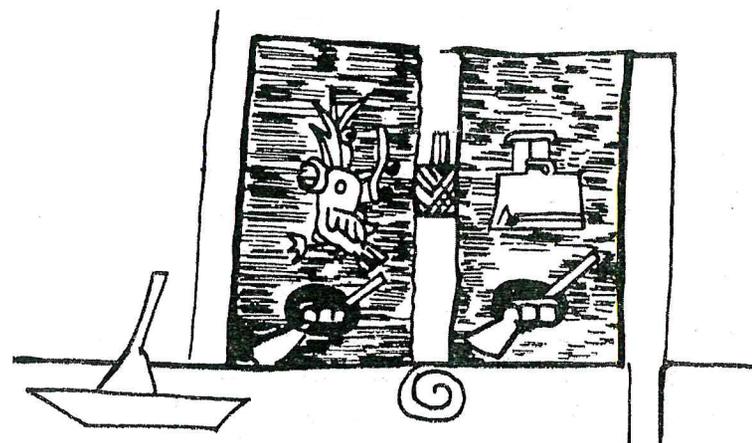
Riego
Estratificación
Social

Chinampas

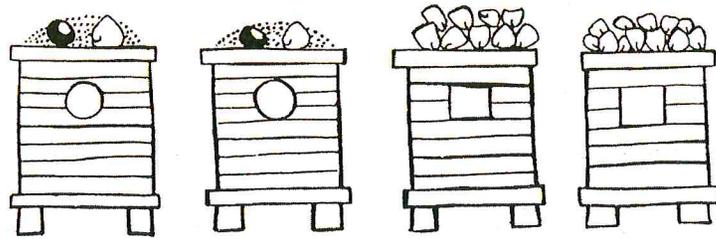
cuadrados. Bien cuidadas, proporcionan varias cosechas al año, sobre una tierra que no debe dejarse descansar. Para construir una chinampa es necesario un lago de poca profundidad, vegetación flotante y gran cantidad de lodo. El chinampero selecciona varias porciones de esos vegetales que corta con la ayuda de una *coa* en fajas que, como veremos adelante, pueden ser de muy diferentes extensiones. Estos bancos vegetales que pueden tener un espesor de entre 20 cm y un metro, son remolcados con ayuda de una canoa y apilados unos sobre otros en el lugar escogido para la ubicación de la chinampa. Se forma así una plataforma que debe ser un poco más alta que la superficie del lago (lo ideal es alrededor de 50 o 60 cm). Luego todo es recubierto con lodo tomado del fondo del lago. Así surge una especie de plataforma o balsa compuesta de materiales muy porosos y fertilizada por las plantas acuáticas que no tardan en entrar en descomposición. A medida que la chinampa se hunde por su propio peso, se le agregan nuevas capas para mantener su nivel. Al principio el lago se encarga de la irrigación de las plantas sembradas, pero conforme la chinampa se vuelve más gruesa, es necesario irrigarla por la superficie. Para ese propósito se usa una especie de cuchara llamada *zoquimaitl*, que consiste en una bolsa que se fija en la punta de una vara de unos cinco metros o más, también usada para sacar lodo del fondo del lago. El instrumento más importante del chinampero es su *coa*, un palo con una hoja en el extremo similar a una pala y cuya forma cambia de acuerdo con el uso que se le quiera dar. A la llegada de los españoles la hoja era de madera, pero más tarde fue de hierro. El siguiente instrumento es el punzón o *huitzoch*, una estaca de madera dura utilizada para perforar y sembrar semillas. En los extremos de la plataforma así construida se clavan ramas de sauce que no tardan en echar raíces y crecer, dando a las chinampas de Xochimilco



Posible compuerta prehispánica, manejada manualmente (?). Toponímico de Atzacan, "lugar donde se encierra el agua". *Códice Mendocino*, f. 18r; también en *Matrícula de tributos*, f. 1v.



Chinampas circundadas por canales, situadas en Atenco, en las cercanías del cerro de Culhuacán. Achitometl, señor colhua, las dio en dote a sus dos hijas. En *Códice Olota*, plancha III, fragmento. Redibujadas de Rojas y Sanders, 1989: 207.



Trojes o cuescomates de madera, que contienen maíz, frijol y probablemente *chía* y *uauhtli*, que tenían que entregar de tributo los pueblos de la provincia de Chalco a los mexicas. En *Matrícula de tributos*, f. 11r. Rojas y Sanders, 1989: 180.



Almacenamiento de maíz en troje de vigas. Hecho en el año previo a *cetochtli* (uno conejo) en el que se temían hambres. En *Códice Florentino*, lib. 7, cap. 8, f. 15r. Rojas y Sanders, 1989: 181.

su aire peculiar de jardín sombreado. Los árboles cumplen además el objetivo de impedir la erosión de las plataformas en la época de lluvias (Moriarty, 1992).

En uno de los lados de la plataforma se colocan las filas de *chapines*, pequeños cubos de lodo endurecido en el centro de los cuales se ha plantado una semilla recubierta de abono. Estos cubos se recubren con una petatera, formando una especie de invernadero en donde son dejados para que germinen. Una vez que esto ha sucedido, los chapines son colocados en canastas y luego plantados en el lugar que les corresponde en la chinampa. Pero antes, la superficie de la chinampa es preparada cuidadosamente, removiendo la tierra con la *coa* y fertilizándola. Luego se hacen agujeros en cuyo fondo se deposita lodo y agua y sobre éste se coloca el *chapín*. Se recubre con más lodo y fertilizante que a veces consta de césped. En ocasiones las chinampas sirven sólo de lechos y una vez que germinan las plantas son trasplantadas en suelo firme. Extremadamente intensiva, la agricultura de chinampa es de enorme productividad. Sanders calcula que una hectárea puede dar 4 000 kg de maíz, lo que representaría para las 10 000 h de chinampa en la región meridional de los lagos una cosecha de cuatro millones de kilogramos. Así, cada chinampero produce entre 2 000 y 3 000 kg de maíz al año. Pero éstos son cálculos para mediados del siglo xx, de manera que es muy difícil calcular su productividad prehispánica. La importancia de la chinampa para la manutención de Tenochtitlan depende de muchos factores que siguen siendo muy discutidos. Las tesis que sostienen que sólo servían como huertas para el cultivo complementario de legumbres frescas no parecen muy convincentes. Si bien la mayor parte de la alimentación de los tenochcas provenía del resto del valle y del tributo, no hay duda que el cultivo de chinampa proporcionaba una parte sustancial de sus requerimientos vegetales (Calnek, 1972).

Frances F. Berdan ofrece en *The Aztecs of Central Mexico* una excelente descripción de las actividades de recolección, caza y pesca de los mexicas:

Hierbas, frutas y productos de madera y sal eran especialmente recolectados en actividades de tiempo parcial (y a veces de tiempo completo). Las hierbas medicinales tenían una alta demanda. Había remedios herbales para la mayoría de las enfermedades populares, incluyendo la gota, fiebres, males estomacales e intestinales, diarrea, tos, ojos irritados, enfermedades de la piel y mordeduras... La sal era muy importante en la dieta y su recolección era una actividad especializada concentrada alrededor de lagos salados y la región del sur de la costa del Golfo [...]

La caza era una ocupación altamente apreciada entre los mexicas [...] Animales de tierra y agua eran cazados sobre todo como alimentos y por sus pieles, pero algunos eran también capturados para los zoológicos de sus gobernantes y para ser domados (especialmente monos). De los animales de tierra, venados, conejos, liebres, zorros, mochileras, armadillos, roedores de diferentes tipos, jabalíes salvajes y tapires cuya carne era muy apreciada y se encontraba regularmente en los mercados, ya sea cruda o cocinada. En la caza de los animales grandes se usaban los lazos y las trampas.

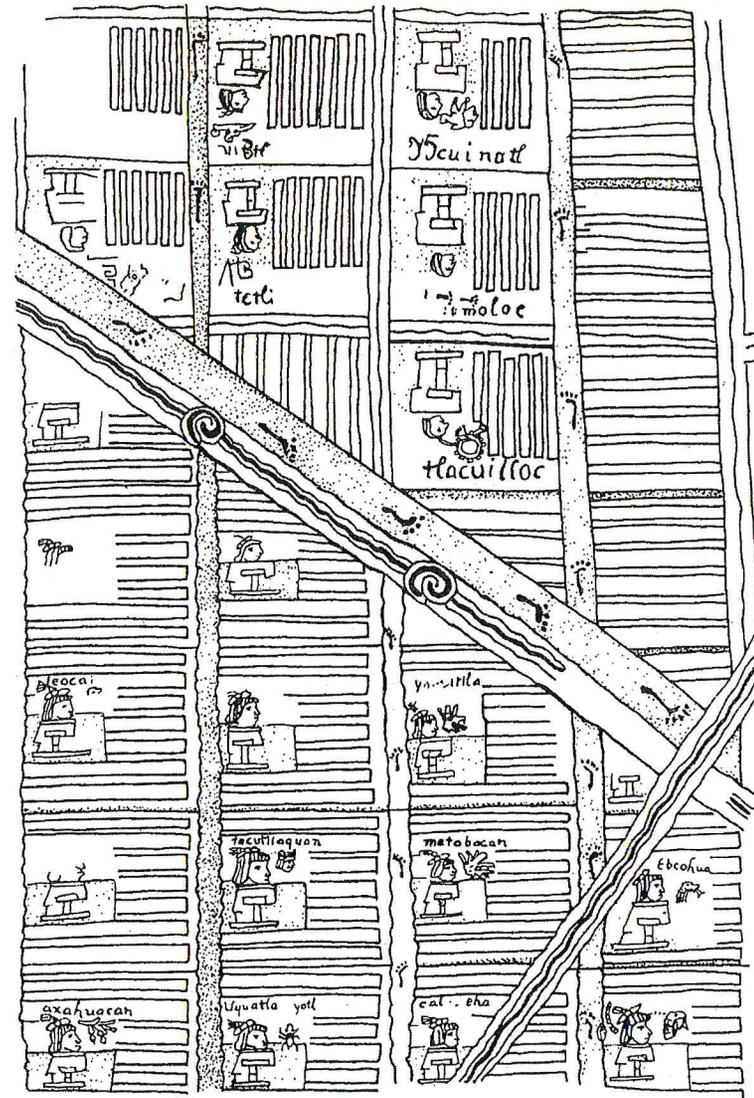
Los lagos y sus riberas estaban repletos de animales, peces y aves acuáticas. Tortugas, salamandras, ranas, renacuajos, moluscos y crustáceos abundaban y eran considerados muy sabrosos. La recolección de esos animales requería relativamente poca inversión de tecnología, las lanzas y las redes eran generalmente suficientes. En algunos casos como el de las tortugas, ni siquiera éstas eran necesarias [...]

Muchas variedades de peces grandes y chicos eran apresados en los lagos y los arroyos con la ayuda de redes y lanzas. Algunas

Productos del lago

Caza

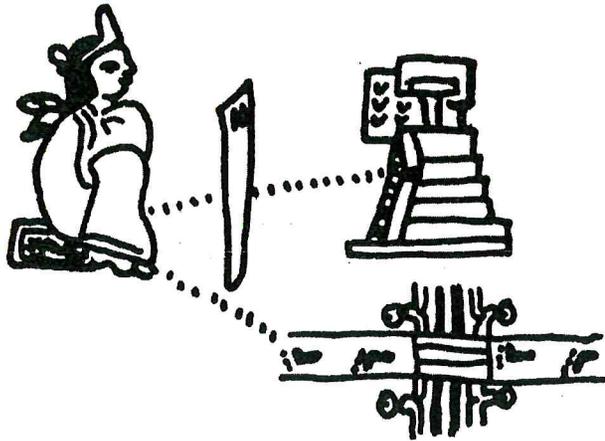
Pesca



Mapa de chinampas. Bray, 1968: 115. Parte de un mapa de principios del siglo XVI mostrando el área de chinampas de Tenochtitlan-Tlatelolco. Las chinampas están separadas por acequias y la casa del dueño se ubica en un cuadro de tierra firme. Los nombres de los dueños aparecen en jeroglíficos aztecas y en español. Los grandes canales están marcados con líneas ondulantes y símbolos, y las calles que bordean los canales con huellas.



Uso de la fiska para caza de aves acuáticas. Dibujo basado en *Códice Florentino*, 1979, vol. II, 29v.



Supervisor del trabajo de mantenimiento de templos, puentes y acequias. Castillo, 1972: 87. *Códice Mendocino*, 65.

personas eran pescadores de tiempo completo y pescaban solos o en grupos de dos o tres. Como sucedía con la recolección y la caza se trataba de pequeñas empresas.

Los pájaros comestibles también eran abundantes en las áreas de los lagos. Sahagún describe más de 30 diferentes tipos de pájaros comestibles [...]

Aun cuando la caza de pájaros se llevaba a cabo durante todo el año, llegaba a su auge en el invierno con la llegada de grandes parvadas de patos migratorios [...] [Entonces] se organizaban cacerías comunales. La técnica [según Gibson] "requería la colocación de grandes redes y pilotes a intervalos para luego espantar a los patos en el atardecer con gritos y palos para recoger a los que quedaban presos. El *atlatl* también era usado". Otros pájaros adornaban las mesas de la nobleza: codornices, faisanes, perdices y palomas [...] [Berdan, 1982: 23-25].

Ave

LA ARTESANÍA

En economías complejas como las que existían en los últimos dos siglos de la Antigüedad, muchas familias de artesanos habían dejado de ser autosuficientes. Dedicaban una parte de su trabajo a producir para el mercado o para la nobleza que les proporcionaban lo necesario para su manutención. Había productos artesanales utilitarios de uso común como cerámica casera, petates, canastos de todo tipo, huaraches, ropa e instrumentos de trabajo básicos y había productos suntuarios que eran elaborados para las clases dominantes, entre los cuales se contaban la ropa fina de algodón, joyas de oro y piedras preciosas, artefactos ceremoniales, adornos de plata y de plumas. Los primeros eran producidos por artesanos que combinaban la agricultura con su oficio en una proporción que dependía de

las exigencias tributarias o la demanda del mercado. Los productores de objetos suntuarios, en cambio, eran artesanos de tiempo completo que servían principalmente a la nobleza.

Un grupo importante es el relacionado con la construcción y el mantenimiento de los edificios. Según las fuentes, había albañiles, carpinteros, canteros y encaladores. Mientras que los comuneros construían sus propias casas con la ayuda de familiares y amigos, las clases medias urbanas acostumbraban encargar la construcción de las suyas a los albañiles. Los palacios, templos, plazas, avenidas y murallas públicas exigían el trabajo de miles de trabajadores especializados. Según las fuentes españolas, éstos eran muy calificados, lo que permitió la construcción rápida de las casas y edificios de los conquistadores.

Los materiales e instrumentos necesarios para sus oficios aparecen con frecuencia en las listas de mercancías que se canjeaban en los mercados, de manera que ellos no tenían que obtenerlos o fabricarlos directamente. Ahí están registradas navajas, hachas, palancas, escoplos, sogas, palas y punzones así como cal, vigas, piedras, adobe y ladrillos. Los arqueólogos han llegado a la conclusión de que los constructores contaban con algún tipo de plomada y un instrumento de nivelación probablemente similar a los que usaban los romanos (Abrams, 1994: 71). Hay además noticia de barrios y pueblos que se especializaban en diferentes tareas de la construcción. Para dar una idea de la magnitud y complejidad de las obras, recordaremos que en Teotihuacan la Pirámide del Sol con una base de 207 metros de lado y una altura de 63 metros, contiene aproximadamente un millón de metros cúbicos de tierra. Su construcción fue el resultado de la labor de diez mil personas durante veinte años y la Pirámide de La Luna, que medía 150 metros por 120 de base y 42 metros de altura, debió de ser resultado de

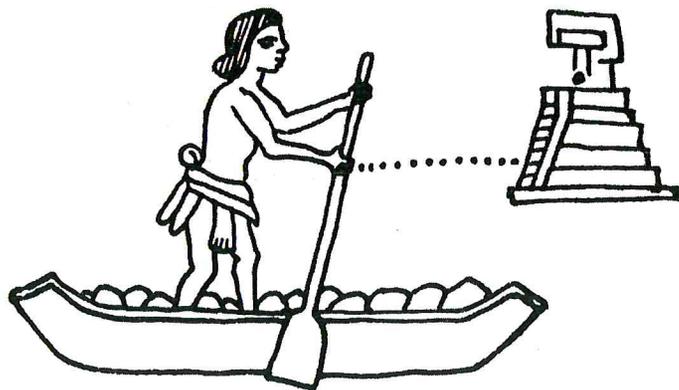


Redes para cazar aves acuáticas. Dibujo basado en *Códice Florentino*, 1979, vol. II, 61.v.

un esfuerzo similar. Además, los grandes templos fueron construidos y reconstruidos varias veces entre el principio de nuestra era y el año 300.

Tenochtitlan era una ciudad que había sido construida no sólo como capital política y mercado central sino como un centro hecho para impresionar a los adversarios y servir de sede imperial. A diferencia de otras ciudades que tenían un trazo caprichoso, Tenochtitlan había sido cuidadosamente planeada y construida de acuerdo con principios políticos, religiosos, militares y funcionales. La planeación estaba centralizada y expresaba el poder del *huey tlatoani*. Los canales y caminos estaban trazados en ángulos rectos, siguiendo una sola orientación para toda la ciudad y el tráfico y los embarcaderos estaban rigurosamente ordenados. Las principales avenidas de acceso contaban con puentes levadizos para dejar pasar las canoas y las casas de dos pisos, propiedad de nobles y ricos mercaderes eran bastante comunes.

Los instrumentos cortantes de obsidiana son uno de los logros más impresionantes de la tecnología artesanal meso-



Transporte de materiales a través del lago. Castillo, 1972: 37. *Códice Mendocino*, 64.

americana. Aun cuando la obsidiana es quebradiza, puede ser fracturada en láminas con filos muy agudos. En realidad el filo de una hoja prismática puede ser más afilada que el de un escalpelo de cirujano. Estudios microscópicos han demostrado que las hojas de obsidiana prismáticas tienen un filo más cortante que el de cualquier otro instrumento, antiguo o moderno. No es de extrañarse que los habitantes de Mesoamérica hayan escogido esa piedra para confeccionar un sinnúmero de instrumentos. En víspera de la llegada de los españoles, el trabajo de la obsidiana había alcanzado un alto nivel de perfección. Con ella se fabricaban no sólo cuchillos, navajas y puntas de espada y de lanza, que los españoles aprendieron pronto a respetar, sino también una gran variedad de instrumentos caseros y de trabajo como taladros, agujas y puntas de flecha. Los artesanos que fabricaban navajas trabajaban en los mercados y en poco tiempo podían fabricar una veintena de piezas. Después de la alfarería, los instrumentos de obsidiana son los restos más comunes en los sitios residenciales de los mexicas.



Joven de 14 años pescando con red manual. Dibujo basado en *Códice Mendocino*, 1979, 60r.

La tecnología de su producción se iniciaba en las minas en donde la piedra era extraída de pozos utilizando instrumentos de basalto. Luego se trabajaba con diferentes técnicas hasta obtener el instrumento deseado. El alto nivel de habilidad necesaria para producir hojas prismáticas indica la presencia de un especialista consumado (Smith, 1996: 87).

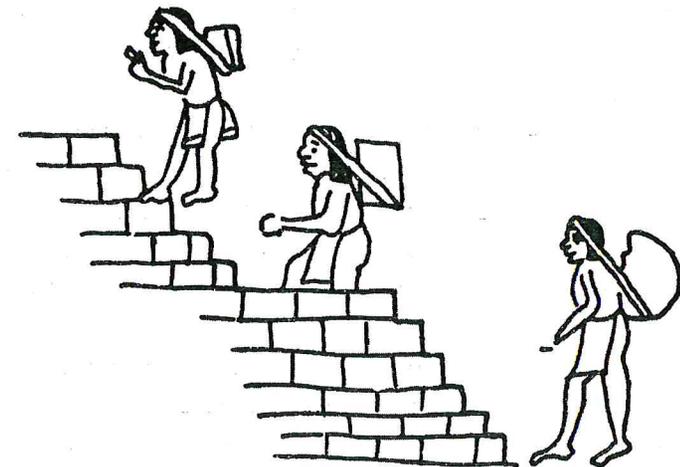
El hogar mexica estaba equipado con varios objetos de cerámica. Había jarrones para agua y para la conservación de alimentos, vajillas, figuras para el culto, así como juguetes para los niños. También se han encontrado pipas para tabaco, campanas y silbatos. La cerámica era producida a mano y luego tostada a fuego o posiblemente en hornos. Sahagún sugiere que había dos tipos de alfareros, los que fabricaban diversos objetos y los que se especializaban en la elaboración de comales. Pero otras fuentes señalan una especialización mayor. Según Torquemada, los artesanos que hacían vajillas de barro y los que se especializaban en la confección de jícaras y tecomates hechas de la cáscara de la calabaza, no eran los mismos.

Las telas de algodón tenían muchos usos entre los indígenas. Servían para la elaboración de ropa, así como para ropa de cama, objetos decorativos, armaduras y túnicas para los muertos. En forma de *quachtli*, una larga tira enrollada, servían de medio de cambio, regalos y objetos de tributo. Entre los mexicas, sólo los nobles podían usar ropa de algodón, mientras los comuneros debían vestirse con pieles de animales o tejidos de maguey.

El hilado y el tejido eran ocupaciones reservadas para las mujeres. La producción comenzaba con la limpieza y el peinado del algodón crudo. Luego venía la elaboración del hilo a mano con un huso de 25 a 80 cm cuya punta descansaba en una base de piedra o cerámica. Una variedad de plantas e insectos eran aplastados y luego hervidos para producir los

colorantes que se usaban para teñir el hilo. Estos colorantes eran generalmente obra de especialistas que los vendían en el mercado. La tela era tejida en un telar de cintura. La mujer amarraba un extremo del artefacto a un árbol o un poste y el otro a una tira que rodeaba su cintura. Luego se inclinaba hacia atrás, regulando con su posición la tensión del telar. Desgraciadamente, las lanzaderas eran de madera o hueso y muy pocas sobreviven en los sitios arqueológicos, pero aparecen profusamente en las ilustraciones de los códices. En las zonas cálidas se tejía en mayor cantidad telas de algodón, mientras que en el Valle de México predominaban las de fibras de maguey. Lo sabemos por la frecuencia en que aparecen en esta última región los husos que se utilizaban para fabricar tejidos de maguey y que eran más grandes.

Muy importantes también eran las industrias que se ocupaban del beneficio del maguey. Tanto las hojas como la savia eran utilizadas para elaborar diferentes productos, principal-



Construcción del templo de Tlatelolco. Castillo, 1972: 89. *Códice Azcatitlan*, 14.

mente fibras y pulque. Para hacer fibras, las pencas eran ablandadas en una solución o tostándolas en un agujero en el suelo. Luego, con un raspador, se separaba la fibra que se dejaba secar. Las fibras secas eran hiladas para elaborar cuerdas o un hilo grueso que era empleado para la fabricación de tejidos. El pulque se obtenía de la savia en un procedimiento no muy diferente del que se usa en la actualidad (González de Lima, 1978: 30-56).

En los últimos dos siglos del posclásico, Mesoamérica estaba entrando en la era de la metalurgia. Introducidas probablemente por los incas cuyos antepasados las habían descubierto hacía ya un milenio, las técnicas del trabajo del cobre se extendían rápidamente. Aparecieron primero en el occidente y, hacia el siglo xv, los herreros de varias partes del imperio mexica habían perfeccionado diversas técnicas para trabajar los metales. El martilleo en frío o en caliente, la fundición en moldes abiertos o de cera, eran usados para obtener productos suntuarios como anillos, campanas y ornamentos o de uso cotidiano como las agujas para coser, cinceles, hachas y anzuelos que eran vendidos en el mercado de Tlaltelolco. Algunas de las técnicas eran originarias del área andina y otras fueron desarrolladas por los pueblos del occidente mexicano. Estas técnicas estaban difundidas sobre todo entre los tarascos, enemigos de los mexicas, que las usaban también para la confección de armas (Smith, 1996: 96, 97). Además de estas especialidades, las fuentes etnohistóricas se refieren a los artesanos que se beneficiaban de la resina de pino y los que elaboraban medicinas y antorchas.

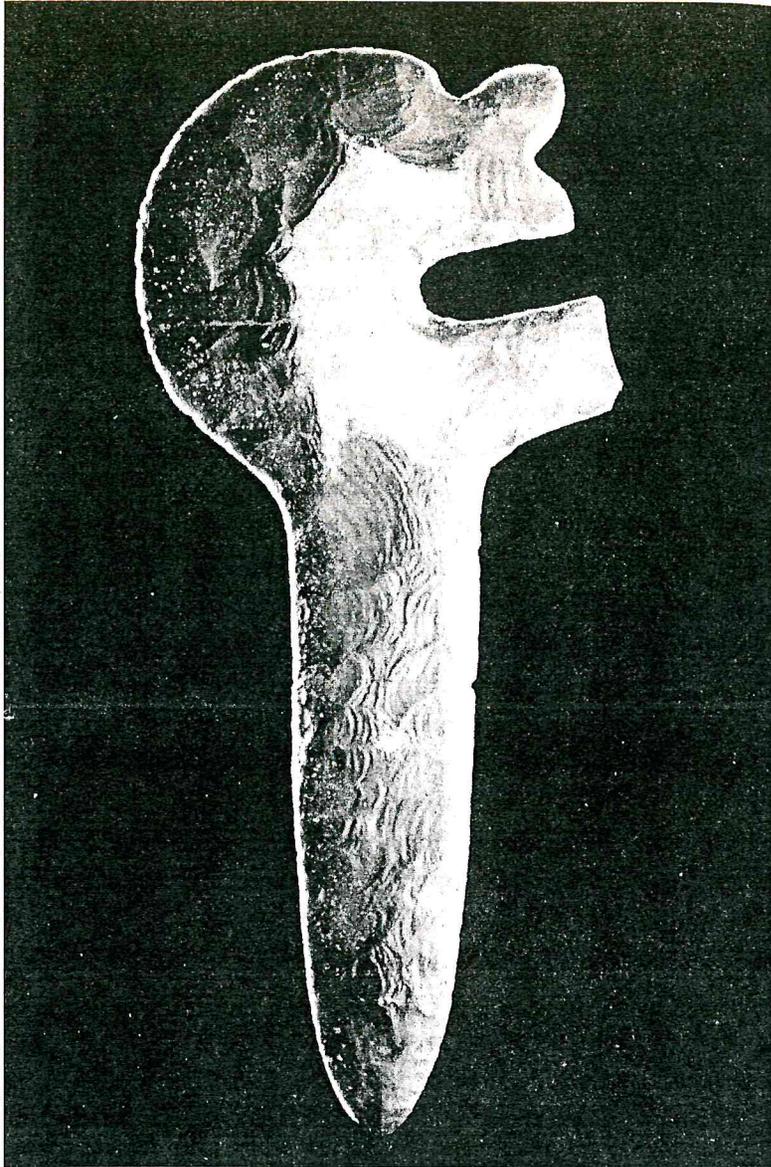
Muy importante debe de haber sido la industria de la construcción de canoas y piraguas. Para Tenochtitlan, el tráfico de canoas no sólo era más eficiente y barato que el que iba por tierra, sino frecuentemente más corto. No se sabe con precisión

cuán extenso era el tráfico de canoas, aunque era importante. Los relatos de comienzos del siglo xvi varían, pero todos indican gran número de piraguas, probablemente 100 000 canoas individuales y 60 000 o 70 000 canoas grandes. Hay un registro colonial de una canoa de una longitud de 30.8 por 9.8 metros, aun cuando el promedio tenía una longitud de 4.28 metros. La capacidad de acarreo era de varias toneladas por canoa y la velocidad promedio a la que se desplazaban era de entre 2.6 y 3.5 km por hora. Es evidente que la producción y mantenimiento de esa flota exigía de una verdadera industria y personal altamente especializado (Hassig, 2000: 71-73).

Los bienes suntuarios tenían una gran importancia en la economía y la sociedad mexicas. Eran las principales mercancías en el comercio a larga distancia y símbolos distintivos de identidad, jerarquía social, etiqueta y preferencia religiosa. Se daban como regalos para sellar acuerdos diplomáticos, alianzas políticas y lazos sociales.

La mayoría era usado exclusivamente por los nobles y los sacerdotes, y la organización de su producción difería considerablemente de la de los bienes utilitarios. Los artesanos de bienes suntuarios eran especialistas de tiempo completo y sus productos se destinaban directamente a sus mecenas nobles o al mercado donde sus compradores pertenecían por lo general a la misma clase. Los artesanos de algunos oficios estaban organizados en una institución que recuerda los gremios medievales y tenían sus propios *calpullis*. La mayor parte de la información sobre esos bienes proviene de fuentes españolas.

Algunos de los objetos de arte más bellos y sofisticados pertenecían a la joyería de oro. A diferencia de la metalurgia de cobre, que no estaba ampliamente establecida en el Valle de México, el trabajo de oro era una ocupación importante en Tenochtitlan. La complejidad de las técnicas utilizadas sugiere



Cuchillo de sílex con la silueta del dios de la muerte. Cultura mexicana. Posclásico.

un largo periodo de aprendizaje y las imágenes del *Códice Mendoza* confirman una ocupación hereditaria.

Los artesanos que trabajaban las piedras preciosas usaban obsidiana, esmeraldas, turquesas, jade y amatistas. Para los mexicas, la más valiosa era el jade, en parte por su escasez y su belleza y en parte por el simbolismo del color verde que representaba el agua, la fertilidad y la distinción. Los lapidarios las pulían con ayuda de abrasivos, las esmaltaban, las labraban, las engastaban o hacían mosaicos para recubrir objetos como calaveras humanas, mangos de cuchillo y esculturas de piedra. Asimismo, las joyas de piedra más apreciadas eran los collares, brazaletes, aretes para las orejas y adornos para los labios.

El arte plumario fue probablemente el más distintivo del arte mexicana. Los artesanos que se dedicaban a él recibían el nombre de *amantecas* y se contaban entre los más ricos e influyentes, sólo superados por los *pochtecas*. Su trabajo fue descrito por Torquemada en los siguientes términos:

Pero lo que parece más de maravillar es el oficio y arte de labrar la pluma, con sus mismos naturales colores, asentada, de la misma manera que pueden los muy primos y pulidos pintores, con delicados y delgados pinceles [...] Hay otra cosa de notable primor, es esta arte de la plumería, que si son veinte oficiales toman a hacer una imagen todos ellos juntos; y dividen entre sí, por partes, la imagen, y cada cual de ellos lleva a su casa la parte que le cupo en suerte y la hace, sin ver la que hace el otro, ni los matices que le da, ni colores con que la hermosa; y después de acabada se vuelven a juntar y la componen y pegan unas partes con otras y queda, después de toda junta, la figura o cuadro, tan ajustado e igual, en su proporción, que no parece haber sido de diversas manos, sino de una sola y sorteados los colores con grandísimo cuidado (citado en Rojas, 1986: 169).

Con las plumas se hacían abanicos, escudos, trajes guerreros, capas, adornos para la cabeza y tapices decorativos que eran considerados muy valiosos.

Los pintores eran conocidos con el nombre de *tlacuilos*. La importancia de su trabajo tiene testimonios directos. La pintura mural estaba extendida por toda Mesoamérica. De ella han quedado como testimonio los murales de Bonampak, Teotihuacan, Cacaxtla, y las excavaciones del Templo Mayor han probado que los mexicas decoraban profusamente sus edificios públicos y sus palacios con pinturas, hoy perdidas (Smith, 1996: 99-107; Rojas, 1986: 162-170).

Los artífices de productos suntuarios, sobre todo los más dotados, formaban parte de una clase media que tenía derecho a poseer tierras, vivir en los palacios de los nobles y gozar de algunos de sus privilegios. Junto con los *pochtecas*, representaban un estrato plebeyo en ascenso que se confundía con las capas más bajas de la nobleza.

A eso debemos agregar la industria militar que debe haber ocupado a una gran variedad de artesanos, la complejidad de cuya labor podemos deducir de la descripción que hace Bernal Díaz del Castillo de un arsenal que encontró en Tenochtitlan.

Montezuma [tenía] dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas, con oro y pedrería, donde había rodela grande y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navaja, que aunque den con ellas en un broquel o rodela no saltan, y cortan, en fin, como navajas, que se rapan con ellas las cabezas.

Tenían muy buenos arcos y flechas y varas de a dos gajos, y otras de a uno, con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses, que son de arte que los pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les

estorbe, y al tiempo de pelear, cuando son menester, los dejan caer y quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo.

También tenía muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por fuera de plumas de muchos colores, a manera de divisas e invenciones, y tenían otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, también muy labrados de pluma por fuera [Díaz, 1981: 328-329].

TRÁFICO Y COMERCIO EXTERNO

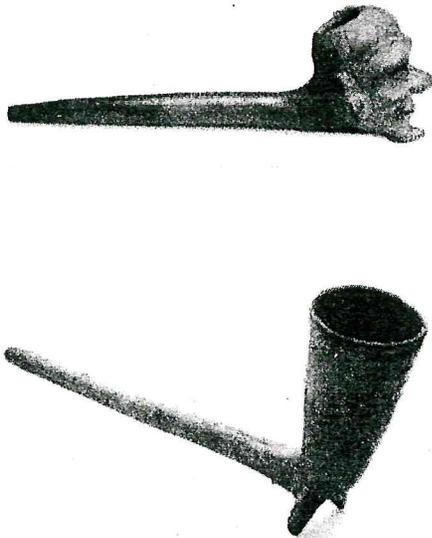
Deben distinguirse dos tipos de economía ligados al cambio: la que deriva del comercio a larga distancia y que representa primordialmente un intercambio entre elites e incluso entre Estados a través de mercaderes especializados en esas tareas, y las transacciones cotidianas que tienen lugar entre los concurrentes a los mercados locales en días de plaza.

En el primero, los productos intercambiados son materias primas de alto valor y objetos de lujo, sus propietarios son el monarca, los nobles y sus agentes, mercaderes en grande que actúan como gremio o corporación. En el segundo, los objetos son generalmente de uso común y los "marchantes" son individuos, sean los mismos productores o bien pequeños comerciantes (*tlauēcuiolos*) que adquieren artículos para revenderlos, ocupando un lugar estable como pequeños intermediarios.

El comercio de larga distancia genera grandes utilidades y los comerciantes que lo ejercen acumulan cuantiosas fortunas y poder a un nivel sólo inferior al de los guerreros. En cambio las operaciones que tienen lugar en los mercados son en general de pequeñas dimensiones, sus ganancias son modestas y los artesanos que lo ejercen lo hacen como actividad comple-

mentaria. En cuanto a los *tlauecuilos*, pertenecen al común del pueblo y carecen de poder corporativo propio.

El tráfico a larga distancia está indisolublemente ligado con la política exterior y la guerra y rara vez es una actividad puramente económica. En sus viajes, los comerciantes servían con frecuencia como emisarios políticos o espías. A veces eran asaltados, apresados y asesinados y estos incidentes servían para justificar las guerras mexicas que culminaban en la imposición del tributo. Una vez que esto sucedía, diversos bienes que antes fluían a Tenochtitlan por vía comercial llegaban ahora como tributo, sin reciprocidad alguna. El papel de los comerciantes era sustituido por el de los guerreros y los cobradores de impuestos. Los pueblos más débiles tenían como opciones el comercio y el respeto de los *pochtecas* o la guerra y la imposición del tributo.



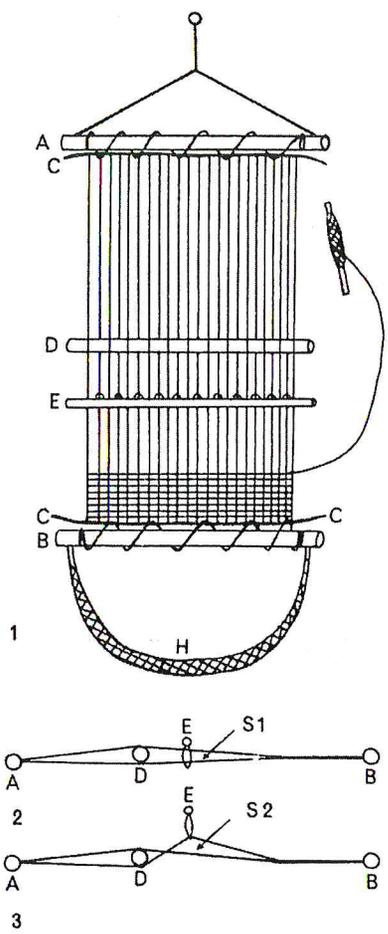
Pipas. En el México prehispánico el uso del tabaco gozó de gran popularidad entre los nobles. Cultura mexicana. Periodo posclásico.

El mercado regular de "plaza" en cambio formaba parte de la vida cotidiana de los *macehuales*, quienes se desplazaban 15 y hasta 20 km para concurrir a ellos. Su atracción no era sólo comprar y vender, sino también encontrarse con amigos, chismear e intercambiar información local. Esos mercados eran un poderoso impulso de la división del trabajo y un regulador parcial de la distribución de los recursos productivos diferentes de la tierra. La tradición, por tanto, del artesano-comerciante o del campesino-comerciante es muy antigua (Carrasco y Broda, 1978: 15-76).

Paradójicamente, sabemos mucho más de los mercados locales que del comercio a larga distancia. Esto se debe en buena medida a que los españoles necesitaban a los primeros para abastecerse, mientras que no tenían uso para el segundo y por eso permitieron que se desintegrara. No les proporcionaba oro en cantidades suficientes y los demás bienes que lo integraban estaban íntimamente ligados a la vida y el consumo elitista de las ciudades y los imperios prehispánicos. Además, sus calendarios e itinerarios dependían de los antiguos métodos de transporte. Por eso los españoles escribieron muy poco acerca



Criaderos o cercados en el lago. Castillo, 1972: 41. *Códice Azcatitlan*, 14.



Dibujo esquemático de un telar de cintura. Las figuras 1, 2 y 3 muestran las posiciones sucesivas en el proceso de tejer.

de ellos. Las redes del comercio antiguo a larga distancia no tardaron más de una generación en desaparecer; los mercados de día de "plaza" en cambio sobreviven hasta nuestros días. No podemos dejar de observar que la diferencia en el destino de ambos es una prueba más de la disparidad de sus funciones en aquella época.

El comercio de larga distancia gozaba de alto prestigio en la sociedad mexicana, como lo prueban la importancia de las fiestas y las ceremonias que precedían la salida de una caravana y el hecho de que el maltrato de los *pochtecas* por otras naciones se traducían en la declaración de guerra. Los comerciantes profesionales se ocupaban preferentemente del comercio exterior; no obstante Berdan, a diferencia de otros estudiosos, considera que es posible probar que también comerciaban en las ciudades de la Triple Alianza. Entre los mexicas eran llamados *pochtecas*. No es fácil ubicarlos socialmente, ya que no eran *pillis* (nobles) ni *macehuales* (plebeyos). Su posición en la sociedad era intermedia y probablemente estaba en transición. Compartían privilegios y tradiciones con los nobles y deberes con los comunes. Podían a veces, como los primeros, poseer tierra, portar símbolos de nobleza y mandar a sus hijos a los *calmecac*. Pero como los segundos, pagaban tributo, aun cuando sólo en especie (estaban exentos del trabajo obligatorio de los *macehuales*). Sahagún los llama "nobleza por fantasía". Algunos, sobre todo los más ricos, eran poderosos y muy apreciados por el soberano, pero raramente admitidos en la corte.

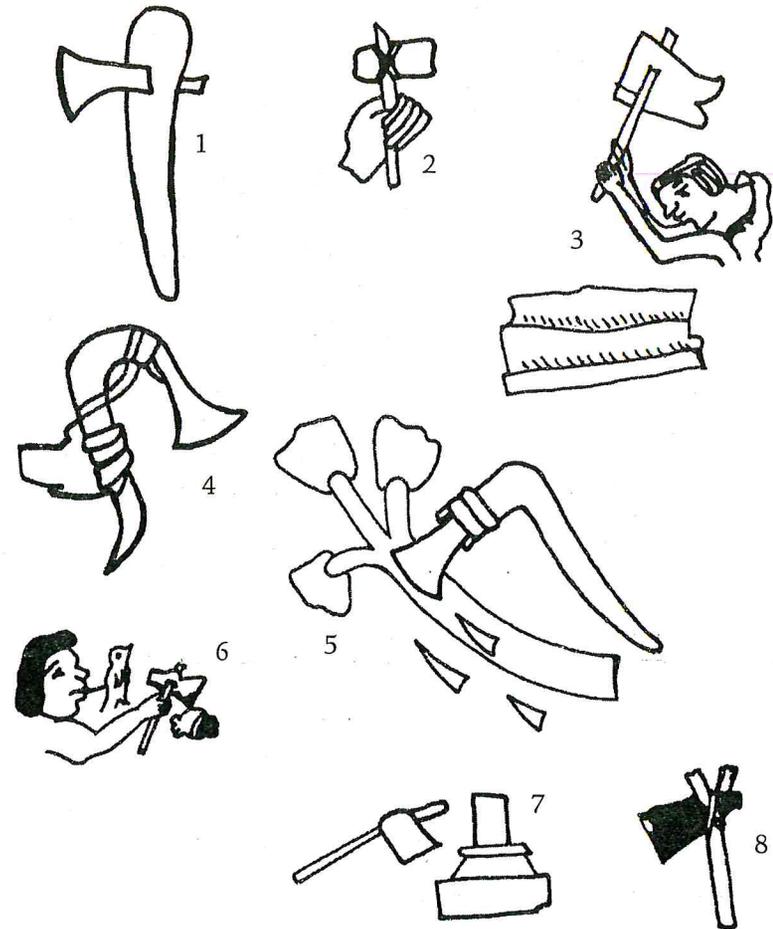
Su posición era familiar y hereditaria y su negocio no era una actividad individual. En cada ciudad vivían en los mismos barrios y formaban corporaciones en las cuales se asociaban con comerciantes de otras ciudades. Era el único sector de la sociedad mexicana que dictaba sus propias leyes, y sus gremios eran fuerzas empresariales bien organizadas y dinámicas que contro-

laban la membresía, el acceso a los mercados internos y externos, los códigos morales, las jerarquías, y velaban por el estatus de la asociación.

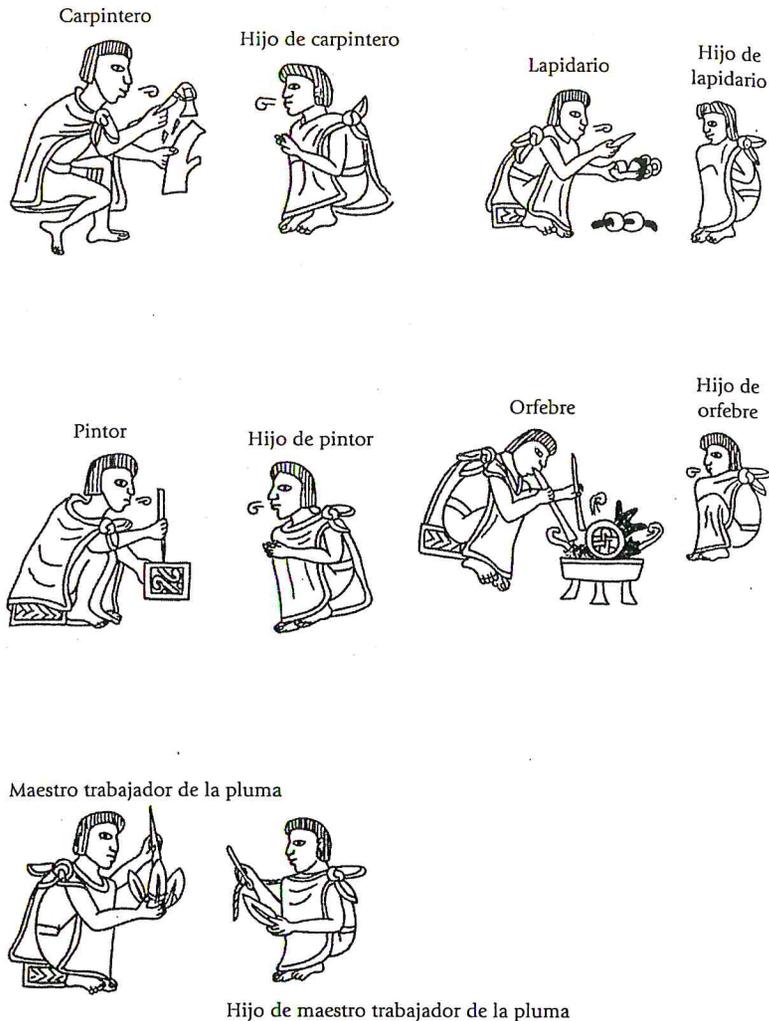
Rígidamente jerarquizados, los gremios incluían a los *pochtecatlatoanis* (comerciantes principales), los *pochtecas* (simples comerciantes), los *oztomecas* (comerciantes de vanguardia), los *naualoztomecas* (comerciantes disfrazados), los *teinoaloanimes* (comerciantes espías) y los *tecoanimes* (comerciantes de esclavos) (Acosta Saignes, 1945).

Para cada uno de los seis *calpullis* de mercaderes de Tlaltecotlco-Tenochtitlan sólo se reporta un comerciante principal, lo cual es indicio suficiente de su importancia. Su función es evidente por el lugar que ocupa en las fiestas, su responsabilidad en la nominación de autoridades dentro del gremio, sus obligaciones como juez y sus funciones como enlace con el Estado. Los mercaderes sin adjetivos, los *pochtecas*, operaban, según se desprende de los escritos de Sahagún, sólo en lugares seguros, sobre todo al interior del imperio. Los *oztomecas*, en cambio, comerciaban fuera del imperio, viajando por territorios hostiles. Esos comerciantes que viajaban frecuentemente disfrazados juzgaban y sentenciaban a los demás y, sobre todo, estaban relacionados con actividades bélicas. Se les asocia con la conquista de Ayotlan, con la penetración de regiones hostiles y la información militar, pero son probablemente un grupo menos distinguido que el anterior. En cuanto a los *tecoanimes*, eran los miembros más ricos del gremio y comerciaban tanto dentro como fuera del imperio.

Al interior del gremio existía un grado razonable de movilidad social y los términos de la carrera comercial estaban bien delineados. Cuando un hijo de comerciante participaba en su primera expedición, recibía el nombre de *pochtecatlpopochtlin*. Después de varias expediciones exitosas podía realizar la cere-



Tipos de hachas. 1) Como toponímico de Tepoztitla, *Códice Mendocino*. 2) Usada por el *tetzotzonqui*, picapedrero y por el *texinqui*, cantero, *Matrícula de Huexotzinco*. 3) Usada por el *quauhxinqui*, carpintero, *Matrícula de Huexotzinco*. 4) Hacha de los carpinteros, *Códice Ozuna*. 5) Como toponímico de Quauhximalpan, *Códice Mendocino*. 6) Usada por el *texinqui*, cantero, *Matrícula de Huexotzinco*. 7) Usada por el *texinqui*, cantero. 8) Usada por el *tetzotzonqui*, picapedrero, cantero que labra las piedras, *Matrícula de Huexotzinco*. La número 6 es de clara filiación europea. Redibujado de Rojas y Sanders, 1989: 1: 225.



Maestros artesanos instruyendo a sus hijos en sus oficios. Redibujado de Smith, 1996: 103 (Códice Mendoza).

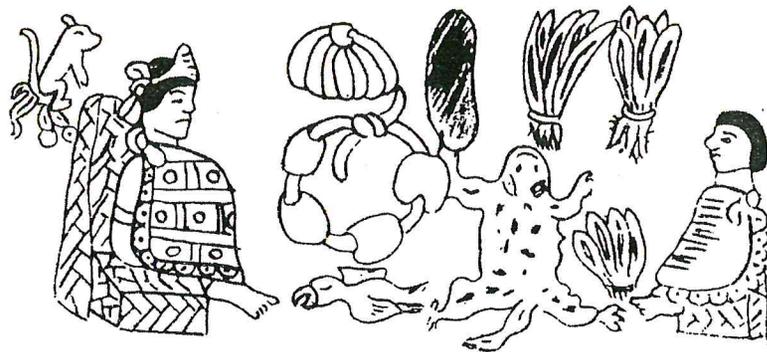
monia del lavatorio de pies de los principales y se convertía en *pochteca* o en *oztomeca*. Habiendo reunido un capital suficiente, podía celebrar una suntuosa fiesta para los *pillis* y si éstos se mostraban satisfechos, ascendía a líder de caravanas, el grado superior de la escala. El siguiente paso era realizar el *tealtliztli*, el baño de los esclavos que van a ser sacrificados, ceremonia extraordinariamente costosa que los equiparaba con los guerreros. Si no estaban en condiciones de realizar las fiestas tenían otra vía de ascenso: convertirse en mercaderes disfrazados que viajaban a territorios hostiles. Cada cambio de condición era acompañado de ritos y ceremonias religiosas (León-Portilla, 1962: 39-40).

El oficio requería arduo entrenamiento, valor y habilidad. Según León-Portilla, sus cualidades incluían:

Los *pochteca*: traficante, vendedor,
hace préstamos, hace contratos,
acumula riquezas, las multiplica.
El buen comerciante:
es viajero, caminante,
obtiene ganancias,
encuentra lo que busca,
es honrado.

Esto puede ser tomado como uno de esos discursos edificantes que diseñaban modelos que a veces poco tenían que ver con la realidad. Si el comerciante era demasiado honrado no podía obtener ganancias importantes ni mucho menos acumular y multiplicar su riqueza.

La caravana comercial incluía esclavos portadores o *tame-mes*, soldados que iban como protección, y otros viajeros. Se viajaba tanto por tierra como por mar. Cada portador cargaba



El comercio. León-Portilla, 1980: 321. *Códice Florentino*. El grabado muestra, parte superior, al rey Ahuizotl recibiendo de un comerciante productos de la costa: pieles de jaguar, plumajes, jade y cacao; en la parte inferior, un comprador regatea el precio de las telas, adornos de oro, utensilios de obsidiana y las cuerdas de maguey que le ofrecen dos comerciantes.

unos 25 kg y no existen indicios de cuánto cargaban los *pochtecas*. Trotaban en una sola fila por las veredas de las montañas, las junglas y los cañones. De acuerdo con Bernal Díaz del Castillo, avanzaban en una "jornada" unas cinco leguas diarias (una legua equivalía a unos 4.8 km y por tanto la "jornada" estaba compuesta de 24 km). Por la noche pernoctaban en cavernas, debajo de arboledas o junto a una gran roca para protegerse de los vientos, aun cuando Bernal habla también de la existencia de ventas que al borde de los caminos ofrecían a los *pochtecas* y sus caravanas albergue más cómodo y seguro. Al llegar al mar, los portadores se transformaban en remeros que impulsaban grandes canoas, algunas con cupo hasta para 60 personas.

En los viajes hacia el sur la primera jornada era cubierta en unos ocho días y terminaba en la ciudad de Tochtepec, cerca de la frontera sur del imperio, en el noreste del actual estado de Oaxaca. Fundada por un grupo de ricos comerciantes provenientes de Tlaltelolco, esta villa era el principal puerto comercial de la frontera. A partir de allí los *pochtecas* se internaban en territorio enemigo para alcanzar los puertos comerciales del sur: hacia el este, Xicalango y hacia el oeste, Xoconusco. Para esa segunda jornada alistaban la espada y el escudo y a veces armaban incluso a sus esclavos, viajando sólo de noche. Los que iban hacia el Pacífico tenían la protección de una sucesión de guarniciones mexicas hasta llegar al Xoconusco. Quienes se dirigían a Xilango, en el Golfo, tenían en cambio una jornada más corta y menos peligrosa.

Sus mercancías provenían de las bodegas reales o eran adquiridas en los mercados locales con medios proporcionados por el monarca. Sahagún describe un viaje en el cual el monarca los proveyó con 1 600 *quatchtilis*, mantas de algodón, que los mercaderes de Tenochtitlan compartieron con los de Tlaltelolco.



Tameme o cargador, que transportaba sobre su espalda el tributo en aves. Dibujo basado en el *Códice Kingsborough*, 1994, f. 12v, detalle.

En el mercado de esa ciudad los cambiaron por ropa fina, joyas y otros objetos con los que podían comerciar en beneficio del rey. Al llegar al puerto de Xicalango cambiaron esos bienes con los gobernantes locales. En otras ocasiones compraban directamente los esclavos y bienes con los cuales comerciaban.

Los artículos de exportación más comunes eran esclavos, ropa de lujo para hombres y mujeres, ornamentos de oro y piedras preciosas, pieles de conejo, campanas de cobre, adornos de obsidiana y cobre, peines, agujas y cuchillos de obsidiana, tintes rojos y de cochinilla y hierbas aromáticas. Los más habituales parecen haber sido la ropa y los ornamentos, casi todos productos elaborados.

Los importados, en cambio, eran sobre todo materias primas: ricas plumas de pájaros tropicales, piedras preciosas y semipreciosas, cacao, oro, pieles de animales selváticos y abanicos. Las fuentes principales del oro eran los hoy estados de Guerrero y Oaxaca. La forma más común de obtenerlo era mediante tributo, aun cuando hasta donde se sabe los comerciantes mexicas llegaban hasta lo que en la actualidad es la frontera entre Costa Rica y Panamá para conseguirlo. Es importante recordar que la mayoría de las mercancías que traían los *pochtecas* no estaban destinadas a los mercados locales sino que iban a parar a los almacenes del rey. Más que comerciantes en el sentido moderno de la palabra, los *pochtecas* eran en buena medida transportistas a comisión, si bien el monto de esta comisión era fruto de su ingenio.

La forma principal que tomaba la cuasi-moneda era el cacao, aceptado por muchas culturas. Sus granos no sólo se usaban como medida de cambio, sino también para pagar multas, deudas y tributo. Su cultivo se practicaba en las regiones propicias desde el Valle de México hasta Costa Rica. Las principales áreas de abastecimiento se encontraban en lo que ahora

es el área central de Veracruz, el norte de Oaxaca y el Xoconusco. Más allá de las fronteras del imperio se cultivaba en la región de Xilango en la costa del Golfo, el suroeste de Guatemala y el golfo de Honduras. No existe registro de que haya sido un importante objeto de comercio para los *pochtecas*. Esto es explicable si se recuerda que el monarca recibía cada año como tributo 900 cargas, cantidad que probablemente cubría las necesidades de la ciudad.

Pero el cacao no era el único equivalente. Había además pequeñas piezas de tela de algodón en medidas estándar, polvo de oro, envases transparentes, ricas plumas y también pequeñas hachas de cobre. Acerca de cómo circulaba ese dinero arcaico sabemos poco, pero Sahagún registra algunas equivalencias. Escribe que una canoa valía un *quachtli* (pieza de tela). El equivalente parece haberse usado más en los mercados internos, mientras que en el comercio de larga distancia predominaba el trueque. En este último no se tiene registro de la formación libre de precios. Los términos del cambio eran fijados por las autoridades en los puertos comerciales o por convenio entre las partes, pero debe de haber habido una gran cantidad de intercambio desigual directo, única forma de acumular riquezas en una economía de producción para el consumo.

Las grandes fortunas de los *pochtecas* evidenciadas en las lujosísimas fiestas y las ricas mansiones, no podían provenir exclusivamente de los regalos que el monarca les otorgaba por sus servicios. Es muy probable que en las correrías los *pochtecas* llevaran también sus propias mercancías y de ellas obtuvieran utilidades importantes. Sus fortunas se cuantificaban en especie. El éxito y el poder de los comerciantes dependían de los favores que lograban obtener de la corte, y su intensa actividad tenía por objeto principal la obtención de ese estatus, no la acumulación de bienes *per se*.

Entre los mayas el comercio de larga distancia tenía una importancia aún mayor que entre los pueblos del centro. La economía, las guerras y la estratificación social parecen haber dependido en gran medida del buen funcionamiento de sus relaciones comerciales con el exterior. Como estaba sustentado en la ecología regional y en la especialización agrícola y de la caza, la caída de Tenochtitlan produjo una seria disrupción en los centros de poder económico y político. Ya antes de la consumación de la conquista de las tierras mayas, la estructura económica había cambiado considerablemente y hacia mediados del siglo XVI la red de relaciones comerciales del tráfico de larga distancia había desaparecido.

A diferencia de lo que sucedía con los mexicas, quienes se dedicaban al comercio entre los mayas formaban parte de la nobleza e incluso se tiene registro de familiares de monarcas que ejercían la profesión. No parece existir en esa sociedad la separación tan rígida de los comerciantes como grupo del resto de la sociedad ni tampoco se encuentran las complejas ceremonias rituales que caracterizaban al *pochteca*. Los *ppolomes*, como se les llamaba, están más cerca del monarca y no hay indicio alguno de que participen en los mercados locales. Las principales mercancías de exportación eran esclavos, telas, plumas preciosas y sal.

Las operaciones entre los mercaderes de larga distancia se realizaban en ciudades o aldeas que se han designado con el nombre de puertos comerciales aun cuando no necesariamente estuvieran al borde del mar. A menudo estos puertos tenían un rasgo común: eran poblaciones autónomas y neutrales, lo que les permitía ejercer sus funciones independientemente de los conflictos políticos y militares de la región. En ellos, las autoridades controlaban las transacciones y con frecuencia fijaban los precios. Sucedió que los notables del lugar sirvieran

de intermediarios de manera que, por ejemplo, los mercaderes mexicas no trataran directamente con los *ppolomes* de Yucatán, sino que se servían de los chontales del área de Xicalango. Esto, a su vez, no impedía que esos intermediarios estuvieran directamente involucrados en empresas comerciales muy amplias que integraban al circuito internacional a los productores locales de bienes demandados.

Si bien el desarrollo histórico de esos puertos es materia de conjetura, se cree que los centros neutrales se desarrollaron como resultado de conflictos entre ciudades-Estado que necesitaban cierta seguridad para realizar sus transacciones sin permitir a emisarios de sus rivales el acceso a su territorio. Sin embargo, esa naturaleza neutral no parece ser un rasgo de todos los puertos de comercio. Algunos autores se refieren a señales claras de la presencia de fortificaciones y de dominio mexica en puertos comerciales del sur como Xoconochco o Xicalango, sugiriendo que un pariente de Moctezuma era el líder de los comerciantes mexicas residentes en este último lugar (Berdan, 1975: 170-190).

Las primeras y maravilladas descripciones del impresionante mercado de Tlaltelolco que hacen los conquistadores, bien pueden servir de punto de arranque para aquilatar la importancia del mercado local (*tianquiztli*) en la sociedad mexica. Bernal Díaz nos dice que el murmullo de las voces de los asistentes se escuchaba a una legua de distancia y que algunos soldados españoles que habían estado en Constantinopla e Italia, declararon no haber visto nada comparable. Cortés, por su parte, calcula que la plaza que daba albergue al mercado era el doble de la plaza de Salamanca, que diariamente participaban en él 60 000 personas y que la variedad de productos no era inferior a la de cualquier país del Viejo Mundo.

Otras fuentes son más moderadas respecto de la afluencia (unos 20 a 25 000), pero aceptan que los días de mercado mayor atraían a 40 o 50 000 personas (*ídem*: 197).

Puesto que la mayoría de los autores contemporáneos considera que no se produjeron cambios sustanciales en los mercados aborígenes en los primeros 50 años de la Colonia, podemos utilizar las abundantes fuentes de ese periodo para reconstruir su pasado prehispánico. Los mercados de plaza eran comunes no sólo en las ciudades mayores sino prácticamente en todas las poblaciones significativas de Mesoamérica. Sólo variaban en cuanto a frecuencia y variedad de productos que ofrecían. Algunos tenían una periodicidad de 20 días (mes mexica) y la mayoría se realizaba cada cinco días (semana mexica), aunque en las ciudades mayores todos los días eran de mercado. Esto permitía a los pequeños comerciantes viajar de unos a otros para vender y comprar. En Tlaltelolco, el mercado más importante del reino, era posible encontrar todos los productos de Mesoamérica, desde tunas y chiles locales, hasta algodón y cacao que venían de muy lejos. En los mercados fronterizos había bienes que interesaban a pueblos que se encontraban frecuentemente en guerra y por tanto atraían a comerciantes profesionales de diferentes nacionalidades (Rojas, 1986: 239-248).

La diversidad de las mercancías que se intercambiaban era asombrosa y puede servir como indicador certero de la vigencia, amplitud y profusión de los intercambios mercantiles en la vida de los habitantes del centro de México. José Luis de Rojas ha elaborado una lista de más de 250 productos citados por autores de la época, entre los cuales se cuentan materias primas como plumas, hilo de algodón, papel, cera y adobes; herramientas como hachas de latón, cobre y estaño, palas, remos, punzones y telares; menaje doméstico como petates, canastas, loza, comales y espejos; vestuario como mantas de henequén, *huipiles*,

flecos de falda y de manta; adornos de piedra, latón, cobre, hueso y caracol; cosméticos y ungüentos; animales vivos, entre otros: gallinas, patos, perdices, codornices y tórtolas; animales muertos en la caza y la pesca como fieras, venados, culebras y peces frescos y salados; vegetales y frutas, entre ellos ajos, berros, chíca, cebollas, mameyes, guayabas y jícamas; alimentos preparados que incluían miel de abeja y de maguey, elotes cocidos, atole caliente, carne cocida y asada, tortillas de huevo y empanadas de pescado y, por fin, servicios como los que proporcionaban herbolarios, boticarios, alfareros, carpinteros y canoeros.

Si bien la mayoría de los mercados ofrecían una gran variedad de bienes, algunos se especializaban en unos cuantos. Acolman era famoso por sus perros; Texcoco por sus mantas, jícaras y cerámicas; Cholula sobresalía por sus joyas, piedras preciosas y plumas, mientras que Azcapotzalco lo era por sus esclavos. Durán sugiere que esto era resultado de una política oficial tendiente a controlar la circulación de esos bienes, pero otras fuentes no coinciden con él.

Tanto los hombres como las mujeres participaban en las transacciones de los mercados. Sahagún describe en detalle los diferentes tipos de vendedores y compradores en el mercado de Tlaltelolco. Incluye a los vendedores de cacao, de mantas, maíz, algodón, fruta, etc. Los productores que venían a vender sus propios productos se llamaban *tlanamacacs*. Otros de los asistentes eran, en cambio, importadores. Así, por ejemplo, el comercio del cacao y el algodón estaban en manos de los *pochtecas*. Una tercera categoría era la de las personas que ofrecían servicios. Había peluqueros y *tamemes*, gran variedad de artesanos e incluso jornaleros libres que alquilaban sus servicios.

Los mercados estaban sujetos al control oficial. Diversas fuentes hablan de la presencia de jueces de mercado y autori-

dades públicas. Bernal registra en Tlaltelolco la presencia de tres jueces y numerosos inspectores que revisaban tanto las mercancías como las transacciones. Una de las regulaciones más generalizadas es que nadie debía comprar y vender afuera de los mercados.

Algunos autores creen que el propósito de esa prohibición era evitar el robo, pero sin duda obedecía sobre todo a la necesidad de reglamentar y controlar esta importante actividad. Sea como fuere, cualquier persona que operara afuera de la plaza, era castigada.

Cortés observa en 1519 que en los andenes donde se descargaban las canoas con mercancías para el gran mercado de Tlaltelolco había garitas en las cuales se cobraba impuesto. Durán, por su parte, habla de un impuesto de mercado cuyo producto era dividido entre el gobernante y la comunidad, y Torquemada dice que el impuesto se pagaba al gobierno. También se registran pequeñas cantidades destinadas a los jueces. No se conoce la forma de pago de esos impuestos ni qué proporción de las transacciones representaban, pero seguramente jugaban un papel significativo en el abastecimiento de las casas de los nobles locales.



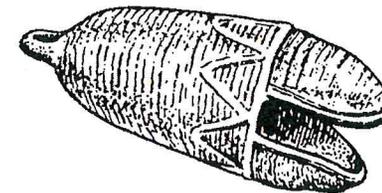
Comercio en mercado local. Castillo, 1972: 97. *Códice Xolotl*, 8.

Se puede decir que existen datos suficientes para formarse una idea parcial de las equivalencias reinantes. El valor de ciertos bienes como el cacao se incrementaba con la distancia y la estación, y también se cuenta con referencias explícitas respecto a la calidad en las equivalencias. Ese tipo de variaciones hacía rentables los viajes de los mercaderes. Los bienes se vendían por cantidad y medidas pero no había unidades de peso, y los fraudes eran frecuentes, por ejemplo, que los "malos" vendedores de maíz dispusieran en los lotes el mejor grano arriba, mientras que abajo abundaba grano inflado por la humedad y desperdicios.

Sahagún nos dice que una manta de primera calidad valía 100 granos de cacao, una de segunda 80 y una de tercera 65. Otras fuentes informan que 20 cargas de ámbar líquido valían 100 mantas y que éstas podían cambiarse también por cinco cargas de cochinilla, 2000 piezas de hule o 400 campanas de cobre; 20 lingotes de oro podían cambiarse por 600 mantas y éstas a su vez se cambiaban por 20 bezotes; 40 pieles de jaguar valían 800 mantas o 400 plumas grandes y raras; tres hilos de piedra de jade de Xoconochco valían 1200 mantas y un hilo de la misma piedra, pero de Cuertlaxtlan, valía 6000 mantas. Una piedra de jade se compraba por dos cargas de oro y un traje de guerrero por dos esclavos. A su vez, un esclavo podía comprarse por 100 granos de cacao y los servicios de una prostituta valían entre ocho y 10 granos. En 1545, en el mercado de Tlaxcala, un guajolote valía 200 granos de cacao, una gallina de Castilla 40, y un gallo, 20. Una liebre grande se conseguía por 100 granos y un conejo pequeño por 30. Un aguacate recién cosechado valía tres granos y uno maduro, un grano; 20 jitomates pequeños valían un grano y dos chiles verdes tenían el mismo precio. Una tuna o un zapote valían, respectivamente, un grano de cacao.

Las fuentes no siempre coinciden y no sabemos con certeza qué significaba una "manta" y si la carga de cacao equivalía siempre a 24 000 granos, como dice Motolinía. Pero sí sabemos que había cierta regularidad en las equivalencias y que éstas cambiaban de un mercado a otro, reflejando el juego de los costos de transporte y la demanda y la oferta locales. Sin embargo, bienes esenciales como el maíz estaban sujetos a equivalencias fijadas por la autoridad.

La mayoría de las fuentes afirma que la forma más común del cambio era el trueque. Es decir, cualquier bien era cambiado directamente por el que se iba a consumir. También hay referencias a equivalentes que a su vez eran siempre bienes consumibles: cacao, mantas, joyas, campanas de cobre (de uso ceremonial), etc. Polanyi sostiene que el dinero de usos múltiples no existe en las sociedades arcaicas. Se usaban más bien diferentes objetos para cada función: medio de cambio, medida de valor, pago y almacenamiento. O, en otras palabras, los diferentes usos del dinero no estaban unificados en un solo objeto. Muchos autores consideran la más importante de esas funciones, la de medio de cambio. Sostienen que un bien de gran demanda comenzará a fungir como medio de cambio cuando la gente comience a aceptarlo a cambio de otros bienes, aun cuando no lo necesiten para el uso directo. A partir de ese momento el objeto es deseado no sólo por su valor de uso sino



Campana de cobre producida por los mexicas. Bray, 1968: 131.

por un valor de cambio. Estos autores sostienen que las demás funciones derivarán de ésta. La mayoría de las fuentes españolas de la época coinciden en que el cacao podía ser cambiado prácticamente por cualquier otro bien. Esto incluía pago por trabajo, como los 40 granos que se pagaban por una jornada de trabajo en los campos de magueyes a mediados del siglo xvi o los 20 granos que se pagaban a los portadores por una jornada en Yucatán. Si es así, el cacao servía tanto para cambiar como para pagar. Su importancia se reafirma en las prácticas de falsificación que consistían en rellenar cáscaras de granos con tierra y cerrar el agujero con gran habilidad para hacerlos pasar como auténticos.

De allí que los participantes en la operación se empeñaran en palpar con gran cuidado los granos. Clavijero sugiere que los mexicas empleaban un tipo de cacao de mayor calidad para el uso, mientras otros tres eran utilizados exclusivamente para el cambio. Es decir, había una separación material de las dos funciones del cacao. Por su parte Bartolomé de las Casas relata que a veces el cacao era usado para complementar operaciones de trueque, lo que explicaría la existencia tanto del trueque como del dinero en los mercados. Por ejemplo: un guajolote = 100 granos de cacao, y un esclavo = 200 granos; un guajolote y 100 granos de cacao se cambian por un esclavo. De ser así, el cacao actuaría como medida de valor de un nivel abstracto. Otro equivalente muy difundido es la manta de algodón o *quachtli* que servía, entre otros, para la compra de esclavos o tierra, las restituciones por robo e incluso para la recepción u otorgamiento de créditos. Más tarde, el *quachtli* fue paulatinamente sustituido por el peso español.

Todos los objetos que fungían como equivalentes se obtenían fuera de las zonas donde eran usados, lo que limitaba su abastecimiento. Para los mexicas, el cacao, las mantas de

algodón y el polvo de oro eran obtenidos por medio del tributo, lo cual sugiere también un control estatal de la oferta. Los mayas, por su parte, obtenían el cacao de Tabasco u Honduras y las campanas de cobre y las hachas de provincias mexicas sureñas. Si eso es cierto, tanto el cacao como el *quachtli* cumplían ambas funciones, las de medios de cambio y de pago, y la última era además usada como medida de valor, ya que todos los bienes eran referidos a ella (Berdan, 1975: 209-230).

Los mercados locales regulares eran uno de los mecanismos que hacían posible la especialización, la producción de grandes excedentes y la distribución adecuada de los recursos productivos. Una gran cantidad de productos estaba disponible con equivalencias razonablemente predecibles para todo aquel que los necesitara y pudiera adquirirlos, tanto para el consumo como para la producción. Además, si se recuerda que parte del tributo real era canalizado hacia los mercados por los comerciantes, se podrá tener idea de la importancia de estos últimos (Rojas, 1986: 252-256).

Todo indica que desde épocas tempranas las grandes ciudades de Mesoamérica albergaban un gran número de productores especializados. Se calcula que en Monte Albán, de 10 a 13% de los habitantes eran artesanos profesionales. En Teotihuacan la proporción se incrementa a 25%. Esto no significa que en Monte Albán hubiera una división del trabajo menor, porque se ha descubierto que la ciudad estaba rodeada de un número importante de aldeas especializadas que deben de haber promovido una red de interdependencias entre las aldeas y entre éstas y la ciudad. Y aun cuando los artesanos trabajaban en buena parte por encargo del Estado, su actividad hubiera sido imposible sin los mercados.

El comercio y los mercados eran, asimismo, importantes para organizar la producción y distribución de ciertos bienes que

siendo de amplio uso dependían de materias primas muy localistas. Tal es el caso del algodón, un producto fundamental para la economía mexicana. No sólo era la materia prima principal para confeccionar casi toda la vestimenta de las elites mesoamericanas, sino también para elaborar las mantas que servían de medio de cambio y medida de valor universal.

El algodón era hilado a mano o con ayuda de husos que aparecen en ilustraciones prehispánicas. Si bien el hilado y el tejido se practicaban en muchos hogares, el algodón sólo se producía en zonas bien localizadas. Se sabe incluso que en las casas de algunos nobles había esclavos dedicados a tejer para sus amos, y Bernal Díaz nos relata que en Coaxtla, Veracruz, los españoles encontraron a muchas tejedoras en una de las casas de Moctezuma.

A la llegada de los españoles el algodón era cultivado en grandes cantidades (mas nunca excluyendo las plantas alimentarias) en nueve zonas bien definidas de Mesoamérica. La importancia del comercio para el aprovechamiento de ese producto quizá sea más explícita si reproducimos algunas descripciones de su circulación que nos ofrece el excelente estudio de Jacqueline Saidon.

En la primera zona productora, que abarca el centro de Oaxaca y cubre también pequeñas zonas aledañas de Puebla y Veracruz, existe una ciudad productora de algodón que reporta en la relación correspondiente de mediados del siglo XVI el envío a Xaltepeque de 50 fardos de algodón, no se sabe si en la forma de tributo o como parte de una transacción comercial. Otras ciudades productoras de mantas como Tlalixtac, Teotitlán del Valle, Macuixotchill, Tlacolula y Teitepec, informan que obtenían su algodón comprándolo en centros ubicados en la zona productora.

La ciudad de Teotitlán del Camino, productora de *huipiles*, informa que "tiene por contratación de hacer *gueipiles*, y

acuden muchos mercaderes españoles e yndios a comprarlos y los llevan en mucha cantidad a Guatemala y Tzontzonate y Soconusco y Suchetepeques y Chiapa con que resgaten mucha cantidad de Cacao que traian a la Nueva España". Según eso, el algodón crudo que la ciudad, de acuerdo con su relación, compraba a Cozamoalapa (río Papaloapan) era hilado y tejido ahí mismo para después vender las mantas a *pochtecas*, quienes las llevaban a los lugares citados. La especialización era muy estable, puesto que Teotitlán del Camino tenía un contrato para fabricar *huipiles*.

Hacia 1580, varias ciudades productoras de algodón en la zona refieren que compraban maíz en Tepeaca cuando perdían sus cosechas, lo cual es un caso insólito de aldeas dependientes del mercado para el abasto de su dieta básica. Durán relata que Cuernavaca pagaba a los mexicas 18 508 piezas tejidas y Huastepc 18 406, y comenta que "ese lugar es muy rico en algodón y el comercio en ese producto es llevado a cabo por gente de todo el país". Además es sabido que los mexicas declararon la guerra a Cuernavaca debido a que sus mercaderes, en su retorno a Tenochtitlan con importantes cargas de algodón, fueron asesinados. Se sabe también que varias ciudades del Valle de México, entre ellas, Chimalhuacán-Atenco y Chicoalapa, se surtían de algodón en esa región (Saidon, 1978):

Por las mismas relaciones nos enteramos que en la época prehispánica Cozamoalapa abastecía de algodón a varias ciudades que producían tejidos, entre otras Teotitlán del Camino que se dedicaba a la fabricación de telas para el pago de tributo. Existen indicios de que esa región producía en tiempos prehispánicos algodón ya que tenía, como sugieren Borah y Cook, un clima más húmedo que el actual, o quizá porque contaba con un sistema de riego que ha desaparecido. Ade-

más, el nombre de una de las ciudades que tenían allí su sede, Ixcatlán, viene de *ichcatl*, que en náhuatl significa algodón.

Todo eso nos indica que si bien el comercio a larga distancia y el mercado local eran actividades distintas, no estaban totalmente desvinculadas. Los productos de importación en los mercados provenían de los *pochtecas* y éstos acudían para adquirir mercancías de exportación. Redes invisibles ligaban los mercados de una región y ésta con el mercado de larga distancia. El comercio y los mercados penetraban profundamente las entrañas de las sociedades clásicas y posclásicas, ayudando a regular su funcionamiento.

Esto, por supuesto, no podía ser del agrado de todos, todo el tiempo. No debe olvidarse que los guerreros eran responsables de acrecentar el tributo, y los comerciantes, el intercambio, y que, por tanto, el poder de unos entraba a veces en conflicto con el de los otros. Los comerciantes tendían a ampliar las funciones de las estructuras comerciales a costa de las tributarias, y viceversa. Los guerreros, por su parte, necesitaban las guerras y la consolidación de los sistemas tributarios para justificar su posición dominante. De allí las envidias, roces y, hacia el final, conflictos abiertos entre ambos estamentos.

EL TRIBUTO

En las sociedades tributarias mesoamericanas todos los campesinos debían agregar a la jornada de trabajo necesaria para su manutención, un tiempo excedente destinado a producir para las clases dominantes. A estas prestaciones en trabajo y productos se les ha dado el nombre genérico de tributo. También cumplían con este impuesto los artesanos y comerciantes, pero sólo los *macehuales* lo pagaban con trabajo público

masivo. Estaban en cambio exentos señores, nobles, funcionarios, guerreros de alto rango y sacerdotes asignados a servicios en los templos. Ellos eran los receptores del tributo. La mayor parte del tributo se pagaba al Estado y sus representantes directos, el resto directamente a los señores locales. Entre los plebeyos se veían exentos de tributar sólo los esclavos, los viejos y los minusválidos.

El tributo era la institución más importante de las economías mesoamericanas. Influía decisivamente no sólo en la distribución y el consumo sino también en la orientación, organización e intensidad de la producción. En él se fincaba la relación económica entre Estado y súbditos, entre señores y comuneros, así como la que existía entre las elites conquistadoras y los pueblos conquistados. Como mecanismo de distribución permitía que el trabajo fluyera desde las comunidades y los barrios hacia el Estado, para desde allí ser redistribuido entre los estratos dominantes y las funciones de interés público. Desempeñaba asimismo un papel primordial en el desarrollo de la diferenciación entre la ciudad y el campo, abasteciendo a aquella con una gran parte de los productos alimentarios que no producía.

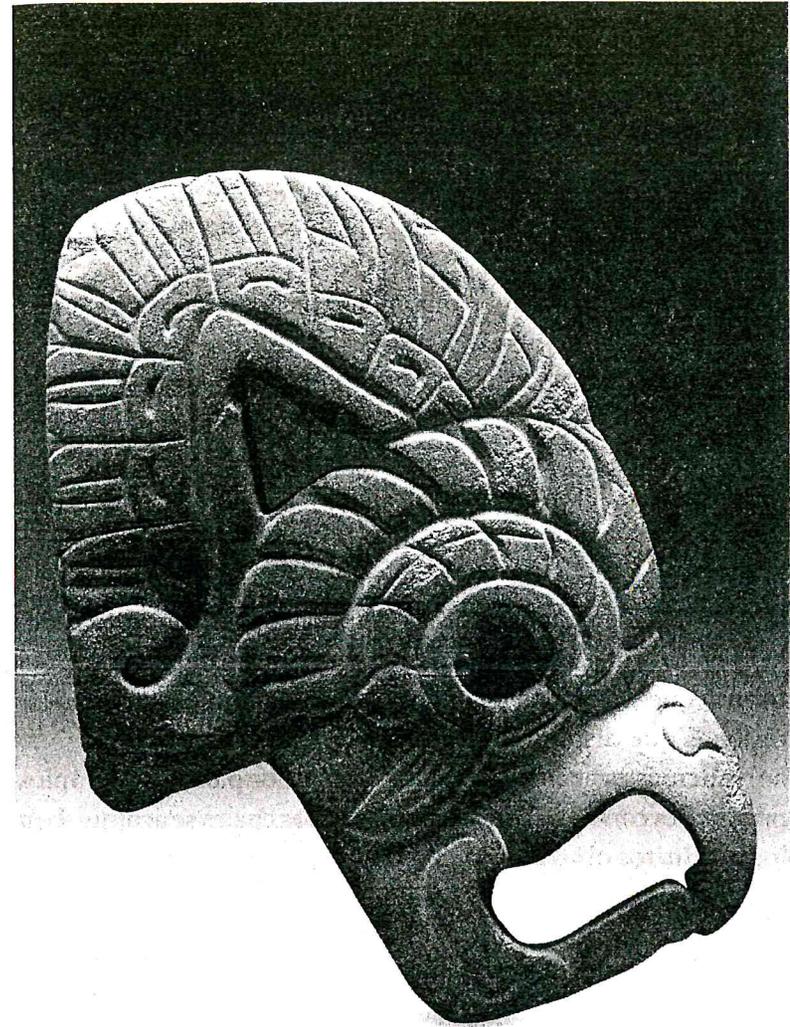
En la mayoría de los casos, la separación entre tiempo necesario de trabajo o producción para el hogar y el tiempo excedente o producción para el tributo estaba claramente delimitada. Junto a las tierras de las comunidades encontramos las del *tlatoani*, de los señores y los templos. Además del trabajo en la parcela, el campesino debía participar en forma regular y periódica en los trabajos públicos.

La familia debía proporcionar trabajadores para la realización de obras públicas decididas por el Estado que se desarrollaban a muchos kilómetros de distancia. [...] El gobierno —escribe

Carrasco— dirigía las grandes obras públicas; la construcción de palacios, templos, monumentos, calzadas y albarradones para el control de aguas. Todo eso se hacía en base al trabajo de la gente común o de grupos de especialistas también controlados desde palacio [...] Había en palacio una sala —el capixcalli o texancalli— donde los mayordomos de los distintos pueblos recibían órdenes de reclutar tantos o cuantos trabajadores para llevarlos a hacer tal o cual obra pública [...] Todos esos mayordomos y mandones organizaban la producción. Disponían de bienes acumulados como parte del tributo: materias primas y alimentos para mantener a los trabajadores. Por otra parte, ordenaban a trabajadores de distintos oficios que acudieran a dar su trabajo: los carpinteros recibían orden de ir al monte a cortar la madera y labrar las vigas necesarias; los canteros de ir a la cantera a labrar piedra [...] Las cuadrillas de tributarios reclutados de distintos pueblos y barrios daban su trabajo por turnos “por su rueda y tanda”, como se decía durante la colonia, cuando continuó el mismo sistema (Carrasco, 1985: 41).

La exactitud con que eran calculados y organizados esos trabajos tributarios se refleja en un informe de Ixtlilxóchitl respecto de Texcoco, en cuyos dominios regían condiciones similares a las de México-Tenochtitlan:

para el servicio, adorno y limpieza de los palacios del rey, eran señalados los pueblos de Huxotla-Coatlichan que servían medio año, el otro medio año era a cargo de los pueblos de la campiña que eran Otompan y Teotihuacan. Para la recámara del rey estaban señalados los pueblos de Calpolalpan, Mazapán, y para los bosques y jardines, las provincias de Tolanzinco, Quauchimanco [...] teniendo cada provincia y pueblo a su cargo el jardín, bosque o labranza que le era señalado (Katz, 1966: 95).

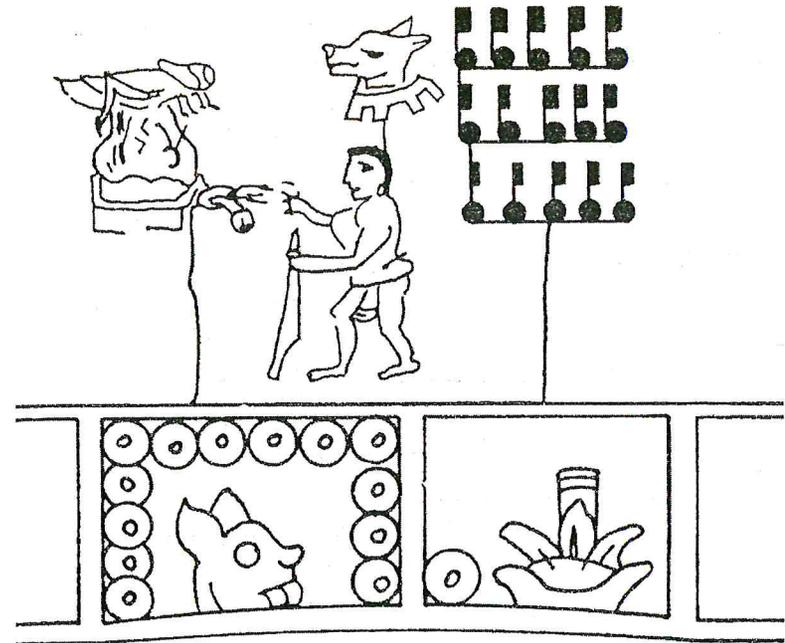


Hacha de piedra relacionada con el juego de pelota. Servía para marcar territorios. Cultura centro de Veracruz. Periodo preclásico.

De esa manera, el tributo regulaba la división del trabajo entre las regiones y los pueblos que lo pagaban, impulsando especializaciones y la explotación intensiva de los productos que las distinguían. Las cuadrillas que participaban en una obra determinada eran organizadas en unidades de 20 hombres (*contecpantli*), o de 100 hombres (*macuiltecpantli*), y cada una tenía su responsable encargado del reclutamiento, la vigilancia y la organización.

La construcción y funcionamiento de la ciudad y los grandes sistemas de irrigación estaban sustentados en trabajos públicos masivos. Palacios, pirámides, templos, calzadas, obras para el control de las aguas y acueductos eran construidos por la gente común reclutada para este fin. Reclutamiento y obras eran controladas desde el palacio del *tlatoani*. Existía en el palacio una sala especial en donde los caciques de los pueblos recibían órdenes para el reclutamiento de trabajadores destinados a obras específicas. Las materias primas se tomaban del tributo acumulado en los almacenes, y los alimentos para los trabajadores, del tributo que se cobraba regularmente. Aquí también se daban las órdenes que disponían la actividad de las cuadrillas.

Además estaba el tributo en especie. Los palacios y templos principales contaban con almacenes en los cuales se acumulaban los productos obtenidos por el tributo. En ellos podían encontrarse obras de los artesanos, tejidos producidos por las mujeres en los palacios y objetos entregados como tributo por los comerciantes. Pero la fuente principal de sus riquezas eran los tributos pagados por las provincias sojuzgadas. Cada vez que los mexicas imponían su dominio sobre un pueblo le fijaban un tributo. Además, se apropiaban de tierras que eran asignadas al rey, los señores o los barrios de la ciudad. La matrícula de tributos informa de la enorme cantidad y variedad de productos que desde distintas regiones fluían hacia Tenochtitlan.



Nezahualcóyotl hace venir agua desde Chapultepec. León-Portilla, 1980: 395. *Códice Mexicano*, 63.

Fuera de la unidad familiar, la distribución y circulación de los bienes se realizaba de acuerdo con normas establecidas por la tradición o las necesidades del Estado. Una parte importante de los productos disponibles adquiría la forma de tributo y quedaba a disposición de los señores, quienes a su vez lo distribuían entre sus dependientes y trabajadores. Los bastimentos y pertrechos necesarios para la guerra provenían también de los almacenes. Además, existían contribuciones especiales para las campañas, y los ejércitos se abastecían sobre la marcha en los pueblos y ciudades dominadas por donde pasaban. Otros destinos de estos bienes eran el culto, las festividades, los convites, la manutención de los templos, así como

distribuciones públicas en ocasiones solemnes como el casamiento o el funeral de los nobles. El señor repartía bienes suntuarios a individuos que los merecían por haberse distinguido en ciertas actividades.

La historia de Tenochtitlan es increíblemente breve. Fue fundada en 1325 como una miserable aldea de chozas de barro montada sobre una isla lodosa. Cien años más tarde los mexicas, aliados con otras ciudades, se liberaron del yugo de Azcapotzalco. En los cincuenta años siguientes construyeron su "imperio". El medio siglo subsiguiente fue de gran esplendor y luego, en 1519, llegaron los españoles para destruir el imperio y la ciudad. La aldea, de acuerdo con Teresa Rojas, fue construida por sus habitantes, pero desde 1428 obligaron a los tepanecas a abastecerlos de materiales como piedra, cal y madera, y a trabajar en la construcción de sus casas. También les impusieron proveerlos de maíz, frijol, chía y chile, y a trabajar sus sementeras.

Los "llamamientos" para proporcionar trabajadores para las obras tenían una gran autoridad y varias fuentes se refieren a la diligencia con la cual jefes y campesinos respondían a los mandatos del Estado mexica. A medida que se multiplicaban las conquistas, aumentaba el fondo disponible de trabajo. Toda la ciudad —según Tezozomoc— "fue construida sin que los mexicas hicieran el menor esfuerzo, pues decían que su tarea no consistía en trabajar sino en pelear y en preparar armas" (*ídem*: 96).

La calzada-dique de Xochimilco y Coyoacán a México, de unos 20 km de largo, fue construida por habitantes de las regiones aledañas. En 1449 se inundó por primera vez la ciudad y Moctezuma, quinto *tlatoani* mexica (1449-1469), mandó construir una cerca de madera y piedra conocida en la época colonial como la albarrada vieja y más tarde como de Nezahualcōyotl, con la cual se logró separar en dos secciones las aguas

salobres del lago Texcoco y crear un compartimiento para recibir las aguas dulces del oeste y del sur del valle. A esa obra acudieron a trabajar multitud de macehuales dirigidos por sus señores desde Tlacopan, Culhuacán, Iztapalapan, Tenayucan, así como los de Texcoco y la propia ciudad (*ibíd.*: 58).

Sabemos bastante acerca de otro tipo de tributo: el que pagaban en especie los pueblos conquistados y los que aceptaban "voluntariamente" el dominio de los mexicas. En cambio conocemos en forma más deficiente y fragmentaria el tributo que pagaban los barrios (*calpulli*) de Tenochtitlan y las aldeas circunvecinas (*altepetl*).

El tributo en especie de los pueblos conquistados era minuciosamente registrado y estimado. Dos de esos registros prehispánicos han sobrevivido: la *Matrícula de Tributos* y la segunda parte del *Código Mendoza*. La primera se compone de 16 hojas de *amatl* escritas por ambos lados. Se trata de una representación pictográfica que reseña 33 provincias y sus tributos, tal vez elaborada simultáneamente por varios escribanos. El segundo, que data de principios del siglo XVI, está compuesto de 71 hojas de papel europeo. Es también un documento pictográfico con anotaciones en español que interpretan los jeroglíficos.

Otro documento de gran importancia para el estudio del tema es la *Información*, de 1554, en el cual las provincias respondían detalladamente a preguntas sobre el tributo prehispánico. Además se cuenta con documentos locales y múltiples referencias al tema de autores contemporáneos.

El tributo que se imponía a los pueblos sometidos era fijado luego de su derrota y la primera entrega era recaudada de inmediato. Durán cuenta cómo atacaron los mexicas la provincia de Tepeaca y lo que hicieron sus señores cuando vieron que la guerra estaba perdida:

Salieron los señores de Tepeaca [...] cruzadas las manos, pos-trándose delante de los mexicas, pidiendo misericordia y perdón del enojo que les habían dado (a los mexicas les rogaron) cesasen de matallos y destruillos prometiéndoles selles perpetuos tributarios y dalles tributo de maíz, chile, sal, pepitas, mantas, collares, esteras de palma, cueros de venados, obligándose a illes sirviendo en los caminos de acémiles y llevalles sus cargas, comidas y mataloajes, y de mandalles y de illes sirviendo a las guerras haciéndoles chozas y armádoles tiendas (*ibíd.*: 87).

Si los vencidos no ofrecían suficientes tributos los mexicas reiniciaban las hostilidades. Si posteriormente se rebelaban, después de sofocada la rebelión se elevaban sus cuotas y se agregaban nuevos productos.

Las poblaciones rendidas voluntariamente tributaban menos y aquellas que aceptaban su subordinación anticipada eran objeto de un tributo "amistoso". Pero tampoco en esos casos estaba ausente la coacción para influir en el monto de éste. La falta o la irregularidad en el pago eran castigados con represalias que podían culminar incluso en la destrucción de la población.

La expansión del imperio mexica y por ende del tributo de este origen era constante y el bienestar y la magnificencia de las ciudades de la Triple Alianza dependían fundamentalmente del éxito de las empresas bélicas. El proceso queda ejemplificado en la reseña de las provincias conquistadas por cada uno de los monarcas mexicas, según la primera parte del *Códice Mendoza*:

Acamapichtli, quien reinó desde 1376 hasta 1396, conquistó cuatro provincias; Huitzilihuitl (1396-1417), conquistó ocho provincias; Chimalpopoca (1417-1427), dos provincias. A partir de entonces el ritmo de la expansión se hace irresistible. Itzcoatl (1427-1440), conquista 24 provincias; Moctezuma

Ilhuicamina (1440-1469), 33; Axayacatl (1469-1481), 37 provincias; Tizoc (1481-1486), 14; Ahuizotl (1486-1502), 45 provincias; y Moctezuma Xocoyotzin (1502-1520), 44 provincias (Chavero, 1953: 459-893).

Las cargas tributarias eran por lo general asignadas a las comunidades, de manera que se establecía una relación económica fija y recurrente entre Estado y comunidad. Sólo excepcionalmente recaía directamente en el individuo. Los miembros del pueblo o barrio destinaban un campo que trabajaban colectivamente para cumplir con el tributo. Zurita habla de "campos de tributo".

Los principales bienes tributados eran mantas y alimentos como maíz, frijol y probablemente chíá y amaranto. Sin embargo, el radio de estos últimos no pasaba de unos 200 km alrededor de Tenochtitlan, ya que su naturaleza impedía el transporte en grandes cantidades a distancias mayores. En cambio, en zonas más alejadas predominaban los objetos de mayor valor y menor volumen y los de lujo como plumas y metales preciosos. En las listas de tributos aparece también una gran cantidad de bienes elaborados como ropa, trajes para guerreros, collares, petates y joyas. Por su parte, las mantas de algodón y fibra de maguey eran materia prima para la fabricación de textiles y fungían además como moneda.

Los pueblos sometidos debían también entregar esclavos para el sacrificio y el trabajo, ya fuera entre sus propios miembros o bien entre los prisioneros tomados en guerras conjuntas. Además, existían tributos especiales entregados en ocasión de festividades y ceremonias, y el abastecimiento de las tropas en campaña que no aparecen en los registros.

Asimismo hay que recordar que Tenochtitlan no podía autoabastecerse. Según los cálculos más recientes, la población que vivía en la ciudad a la llegada de los españoles oscilaba

entre los 150 000 y los 300 000 habitantes. Este conglomerado no podía ser mantenido ni por la agricultura intensiva de las chinampas ni por el sistema de mercados del Valle de México. Para sobrevivir, debía expropiar alimentos de las zonas externas a la cuenca, recurriendo al tributo impuesto por la conquista militar o la amenaza. Desde el Valle de Morelos, Toluca y el sur del actual estado de Hidalgo, fluían ininterrumpidamente maíz, frijol, chía, chiles, guajolotes, sal y cal. Desde regiones más lejanas llegaba el cacao para elaborar bebidas y la miel (Kobayashi, 1993: 48). Según diversos cálculos, las cantidades de alimentos que entraban por vía del tributo eran suficientes para mantener una población de 100 000 personas. El crecimiento acelerado de la población tenochca en los años 1430-1519 imponía ineludiblemente la aventura imperial, y los reveses sufridos desde finales del siglo xv presagiaban catástrofes que terminaron por hacerse realidad.

La economía política y cultural de los mexicas

EL MUNDO MESOAMERICANO que se enfrentó a los conquistadores españoles era extraordinariamente complejo. Había ante todo grandes diferencias naturales que se derivaban de la altitud, el clima, el acceso a fuentes de riego, la calidad de los suelos y por la densidad de población. También era notable la diversidad étnica y lingüística de los pueblos, que frecuentemente sólo podían comunicarse entre sí por medio de un tercer idioma que servía de lengua franca, como el náhuatl.

Abundaban las ciudades-Estado de diversos tamaños. Esta unidad social y política básica en Mesoamérica en el siglo xvi, recibía entre los nahuas el nombre de *altepetl*. Más tarde, los españoles la llamaron ciudad-cabecera. Aun cuando su tamaño (en todas sus variaciones) es comparable a la ciudad-Estado del mundo antiguo mediterráneo, su estructura es muy diferente. Constaba de un territorio definido, varios *calpullis* y un *tlatoani*. Por lo general éste pertenecía a un *calpulli* que ocupaba una posición dominante. El centro urbano no constituía una jurisdicción separada sino que formaba parte del territorio de uno de los *calpullis*. Sus habitantes se sentían unidos por el origen étnico, el idioma y/o un pasado histórico compartido. Si bien estos rasgos básicos eran comunes a todos los *altepetls*, la organización interna de éstos podía adquirir una gran complejidad, debido a la

asimilación de emigrantes de origen distinto, alianzas entre varios *tlatoanis*, cambios en la relación de fuerzas entre los diferentes *calpullis* o la suerte de las armas (Lockhart, 1992: 26).

La base productiva del sistema eran las comunidades rurales. Algunas de ellas eran descendientes de clanes patrilineales; otras en cambio no dependían de los lazos de parentesco y mostraban ya signos avanzados de diferenciación social. Sus pobladores formaban la clase más numerosa de Mesoamérica: los campesinos. Por su parte, los gobernantes y sus dependientes residían en las ciudades, desde donde ejercían su poder. Las diferencias políticas eran grandes: algunas eran cacicazgos desarrollados y otras, verdaderos Estados. Entre cada una de ellas había además importantes diferencias sociales y económicas. Incluso dentro de la misma entidad política coexistían distintos niveles y formas de organización económica.

Además, Mesoamérica no consistía sólo de un gran número de ciudades-Estado. Había poderosas alianzas imperiales que usaban la violencia o la amenaza de violencia para subyugar a las otras ciudades. La mejor conocida entre ellas es el imperio mexica o azteca basado en la alianza tripartita de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan. Pero había por lo menos media docena de unidades menores de ese tipo. Impulsados a expandirse para sobrevivir, esos "imperios" contaban con sistemas político-militares complejos que se mantenían unidos, recurriendo a visiones religiosas y militares que transfiguraban a sus portadores en los supuestos herederos de las tradiciones más avanzadas de la civilización mesoamericana.

En esas circunstancias, ¿es posible hablar de una economía política de Mesoamérica a principios del siglo XVI? ¿Cómo poner orden en ese universo de diversidades? Comencemos por reducir el alcance geográfico de nuestros esfuerzos. En este capítulo estaremos hablando de los mexicas y su imperio, que son

—debido a la abundancia de fuentes— los que mejor conocemos. Su sistema económico no es necesariamente el modelo para todas las ciudades-Estado y los imperios de la región. Pero tenemos suficiente información para sostener que muchos de sus rasgos eran compartidos. Luego, de la gran diversidad de relaciones económicas vamos a abstraer aquellas que puedan revelarnos el funcionamiento del sistema tributario en su conjunto dejando a un lado la infinita diversidad de las combinaciones locales. El resultado puede ser considerado no como la solución del problema sino como un instrumento inicial para la interpretación de esa diversidad.

¿Pero con cuál de ellos debemos comenzar? A la llegada de los españoles, las sociedades mesoamericanas habían dejado hace mucho de ser sociedades de subsistencia. Los campesinos producían grandes excedentes económicos que servían de base al poder del Estado y las grandes obras públicas. La dinámica de la economía en su conjunto responde al proceso de producción y redistribución de ese excedente.

No empezaremos, por lo tanto, con la unidad doméstica que, pese a su importancia productiva, no impone sus necesidades ni sus relaciones al conjunto de la economía. Tampoco lo haremos con el *calpulli*, comunidad de campesinos cuyas reglas internas de funcionamiento se ven integradas en condiciones de desigualdad en un sistema mucho mayor. Y pese a su desarrollo, menos aún podemos comenzar con las relaciones de cambio y los mercados puesto que no estamos ante "una economía regida por los precios del mercado y nada más que por ellos" (Polanyi, 1975: 71). Debemos entonces empezar con la institución que reúne los poderes político y económico en las mismas manos; que se encarga de recaudar y distribuir la mayor parte del excedente, imponiendo a la sociedad sus intereses y sus direcciones: el Estado.

Para un acercamiento analítico al sistema, abordaremos el problema en el siguiente orden: el tributo, los mercados, el complejo militar, el *calpulli* y la unidad doméstica, que es el orden de su importancia en su funcionamiento.

Pero antes de comenzar, debemos recordar que el área más importante de toda economía es la producción. Aun cuando en el capítulo anterior hemos abordado el tema, no está de sobra un resumen más preciso de las bases materiales de la sociedad mexicana.

La civilización mexicana dependía de la agricultura intensiva. Su base era el riego, el uso de fertilizantes, la modificación artificial de la superficie de los campos cultivados por medio de terrazas, plataformas elevadas y acequias así como el aprovechamiento sofisticado de la diversidad ecológica. Los instrumentos de producción eran muy simples y el uso abundante de la fuerza de trabajo era más importante que éstos. El número de plantas cultivadas era muy elevado y respondía a las más diversas necesidades. A esto debe agregarse la caza y la pesca de numerosas especies. En contraste había muy pocos animales domésticos y su utilización era exclusivamente alimentaria.

La artesanía estaba altamente desarrollada. Como la agricultura, dependía sobre todo de una mano de obra especializada y muy hábil. Los instrumentos utilizados, casi todos de piedra y madera, eran simples, ya que en su fabricación rara vez se usaba el cobre. Como hemos visto, el arte de la construcción estaba bastante desarrollado y los conocimientos de arquitectura, ingeniería y albañilería eran notables. También se construían con eficiencia miles de canoas y armas de todo tipo.

Para muchas grandes obras, los mexicanos dependían del trabajo masivo de miles de personas que estaban bien organizadas de acuerdo con sistemas de rotación y cuadrillas de diferente tamaño que permitían un abastecimiento continuo de mano

de obra sin afectar las actividades agrícolas básicas. Estas obras fortalecían los lazos nacionales entre los diferentes *calpullis*. También hay indicios claros de la presencia de un alto nivel de división del trabajo. La diversidad ecológica se manifiesta en la especialización en diferentes productos agrícolas y la caza. Aldeas y *calpullis* enteros se especializan en artesanías determinadas, la confección de telas, el comercio o los transportes. Hay puertos comerciales, centros mineros y manufacturas de armas.

El sector más débil eran los transportes. Debido a la ausencia de animales de carga y de tiro, todo estaba basado en la fuerza humana. Esto reducía considerablemente la velocidad de la comunicación por tierra y el alcance de las redes de interdependencia económica en productos básicos. Los lagos de la cuenca del valle eran surcados por miles de canoas de todos tamaños pero se desconocía el uso de la vela, lo que representa una gran limitación en la navegación. También es necesario recordar que no existían grandes ríos como el Tigris, el Éufrates o el Nilo. No es exagerado decir que las limitaciones en los transportes representaron un fuerte obstáculo para el desarrollo económico de Mesoamérica. Sólo podían ser resueltas con la introducción de animales de carga o la navegación a vela. La primera dependía del contacto con el Viejo Mundo, mientras que la segunda pudo haber sido descubierta localmente, como sucedió en otros campos.

Para comunicarse y preservar sus conocimientos, los mexicanos contaban con un sistema de escritura pictográfico en el cual las imágenes y los glifos se combinan, de manera que a veces es difícil separarlos. Las imágenes se refieren a sucesos, lugares y cosas que pueden ser fácilmente interpretados. Los glifos en cambio eran mucho más precisos y se referían a palabras, sonidos o conceptos. Los mexicanos usaban varios cientos de glifos. Sus escribas ejercían su oficio en largas tiras de papel

dobladas en forma de acordeón llamados códices. Hubo miles de ellos y, según Bernal Díaz del Castillo, Moctezuma tenía una casa llena de estos "libros".

Llevar la cuenta del tiempo era una preocupación importante de la mayoría de las civilizaciones mesoamericanas, y la astronomía era una ciencia bien desarrollada. Los mexicas, que heredaron una rica tradición astronómica de culturas anteriores, centraron su atención en tres tipos de calendario: el ritual de 260 días, el anual de 365 y el del ciclo de 52 años. El calendario solar anual estaba dividido en 18 meses de 20 días con cinco días de mala suerte para terminar el año. Las semanas tenían cinco días. Este calendario servía para marcar las estaciones, fijar los días de mercado y regular las actividades agrícolas.

El campesino mexica desempeñaba con habilidad múltiples actividades. No sólo era agricultor sino también artesano, cazador, pescador, albañil y participante disciplinado en cuadrillas que realizaban obras complicadas. Además, las actividades aquí reseñadas exigían la presencia de un número elevado de especialistas de tiempo completo en muchas ramas. Junto a los artesanos y tejedoras de objetos de lujo, había escribas, astrónomos, médicos, contadores, arquitectos y toda clase de artistas.

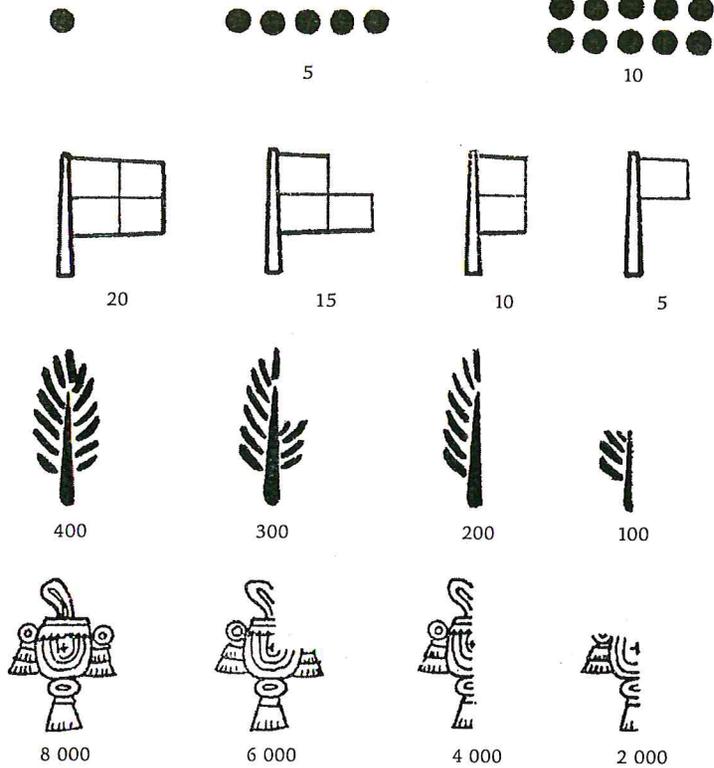
La salud de la fuerza de trabajo era, para una población pre-industrial, buena, aun cuando las enfermedades y accidentes eran frecuentes. Quienes han estudiado este problema (López Austin, 1980; y Ortiz de Montellano, 1993) sugieren que esto se debe sobre todo a los bajos niveles de enfermedades infecciosas que eran comunes en el Viejo Mundo de aquel tiempo. A ello contribuyó que las ciudades, con su alta densidad de población, eran más recientes y no había animales domésticos de gran tamaño que fueron transmisores de enfermedades infecciosas. Pero a la hora de la conquista la población mesoame-

ricana pagó un alto precio por su aislamiento. Hay registro de grandes hambrunas en los años 1452-1454, 1494, 1500 y 1505 (Knight, 2002: 158). El miedo a la enfermedad y el hambre estaba cada vez más presente en la cultura mexica y hay síntomas innegables de presiones demográficas, pero la situación estaba lejos de ser apremiante.

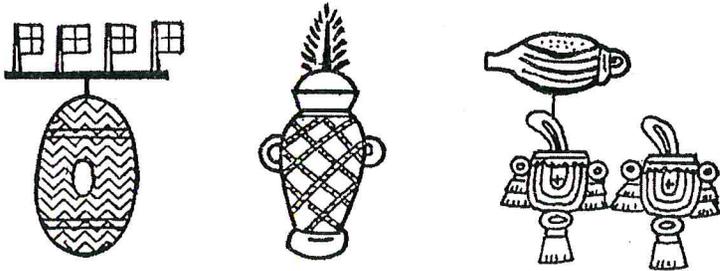
Aun cuando muchas enfermedades eran atribuidas a causas sobrenaturales o a la acción de maleficios, los mexicas —según los españoles— contaban con una buena medicina empírica. Sus médicos usaban cientos de plantas medicinales, y estudios modernos han demostrado que éstas tenían poderes farmacéuticos verdaderos para curar enfermedades y heridas. Muchas de las prácticas médicas de los mexicas eran más efectivas que las de los médicos españoles de ese tiempo y el emperador español pronto organizó misiones científicas para estudiarlas.

En el caso de los mexicas, el botín de guerra y el tributo impuesto a los pueblos conquistados forma parte esencial de la riqueza nacional. La actividad militar juega un papel fundamental en la formación y ocupación de los hombres.

La descripción no sería completa sin una referencia explícita a las carencias y atrasos, algunos de ellos ya apuntados, que eran importantes pero, como podemos ver, no impidieron el ascenso de un sistema político y una cultura altamente sofisticados: la ausencia de animales domésticos mayores para la alimentación, el tiro y la carga; el desconocimiento del uso de la rueda para las carretillas y carretas, así como para la alfarería; la vela de navegar, el arado, el molino hidráulico y de aire y el fuelle; el carácter incipiente de la metalurgia del cobre y el desconocimiento del bronce y el hierro así como los complicados utensilios que con ellos se fabricaban. Éste es el conjunto de condiciones materiales que condicionan el desarrollo del sistema económico mexica.



EJEMPLOS



Glifos de numerales en lengua náhuatl. León-Portilla, 1980: 183.

CONCENTRACIÓN DEL PODER POLÍTICO
Y ECONÓMICO

Volvemos a preguntar, ¿por qué comenzar el estudio del sistema económico con el Estado y el tributo? La respuesta es relativamente simple: en la sociedad mexicana, la economía está sumergida en la política. La tierra y la fuerza de trabajo están controladas directamente por el Estado y la nobleza. El dominio comunal de las tierras del *calpulli* tiene un origen político o militar y sólo el Estado mexicana garantiza su integridad. El resto de las tierras son del Estado, los templos, o los miembros de la nobleza de servicio. Por medio de la exacción del tributo, el Estado controla el excedente producido por los campesinos, ya sea en forma de trabajo o en especie, y las estancias de los nobles son trabajadas por comuneros y *mayerques* asignados políticamente a ese fin. El papel del Estado en el desarrollo de la civilización en Mesoamérica demuestra que ciertas carencias en las fuerzas productivas pueden ser paliadas por avances decisivos en la superestructura, ya sea cultural o política. Prueba también que el Estado puede a la vez formar parte del sistema económico y el sistema político.

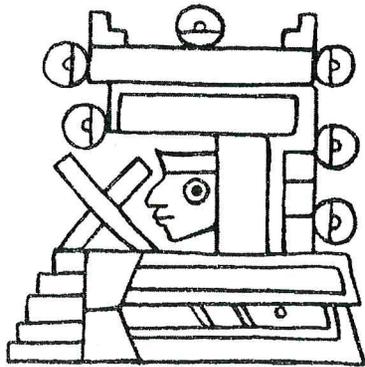
La circulación y distribución de los bienes son determinadas administrativamente. El nivel de los ingresos campesinos es fijado por los cobradores de tributo, y el de los nobles, que proviene del producto de las tierras públicas y los regalos del *tlatoani*, dependen del estatus.

El ascenso del poderío mexicana está indisolublemente ligado a una estratificación cada vez más pronunciada de la sociedad y a la concentración del poder y la riqueza en manos del monarca y un pequeño grupo de nobles.

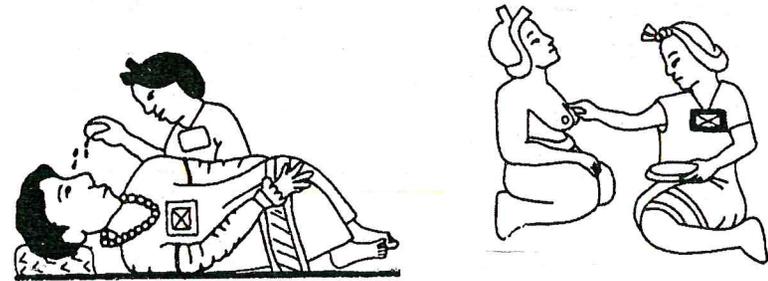
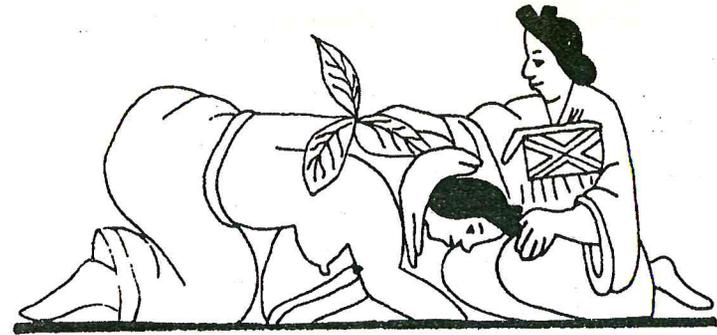
Cuando se fundó Tenochtitlan, la sociedad mexicana se encontraba ya estratificada, pero su organización política seguía

teniendo fuertes rasgos caciquiles. Deseando ingresar al juego de poder del valle, los mexicas tuvieron que introducir una forma de gobierno semejante a la de sus vecinos: necesitaban un Estado poderoso.

Fue en 1376 cuando, por primera vez, proclamaron a un líder supremo: el *huey tlatoani*, "el que habla": Acamapithtli era hijo de un mexica y una princesa de Culhuacán, y sus poderes no eran muy superiores a los de un jefe tribal. Tenía tierras propias (*tecpantllali*) que estaban asignadas al palacio, y los campesinos que servían en ella debían abastecerlo a él y a su familia. Además, cada *calpulli* debía trabajar un campo para su beneficio. Jefes de guerra y administradores de los recursos públicos, el poder de los primeros *tlatoque* tenía, sin embargo, límites muy precisos. Los representantes de los *calpulli* participaban en su elección y en el Consejo que podía declarar la guerra. La distribución del tributo que recibían estaba condicionada por los sacerdotes que a cada paso le recordaban sus deberes para con los pobres y lo obligaban a mantener bodegas llenas para casos de hambrunas. La designación de los dignatarios y los funcio-



Sacerdote haciendo observaciones astronómicas a través de un par de palos cruzados en la plataforma de un templo, Bray, 1968: 164.



Curanderas. Rodríguez, 1988: 123. *Códice Florentino*.

narios dependía más de la suerte de la guerra que de sus deseos, ya que quienes se distinguían en ella entraban automáticamente a formar parte de una meritocracia que había que acomodar (Katz, 1972: 142-143).

Un cambio decisivo sobrevino medio siglo más tarde, hacia 1420: una rápida sucesión de transformaciones que Alan Knight (2002: 145) ha llamado una verdadera revolución política. Hasta aquel entonces el poder dominante era Azcapotzalco, que tenía sojuzgados a los mexicas. En 1426, después de un reinado de 63 años, murió su legendario rey Tezozomoc, y como sus sucesores carecían de su fuerza e influencia, los nobles



Sacerdote con indumentaria típica. Cultura huasteca. Periodo posclásico.

mexicas propusieron tomar la senda de la guerra para liberarse. Según la leyenda, los comuneros tuvieron miedo de enfrentar el poderío de Azcapotzalco. Después de una larga y acalorada discusión, se llegó a un extraño pacto: si la guerra encabezada por los nobles y los guerreros terminaba con una victoria, los *macehuales* se comprometían a servirles para siempre "como verdaderos señores", pagándoles tributo, poniendo a su disposición a sus hijos, hermanos y sobrinos y cargando con sus obligaciones cuando fueran a la guerra. Si en cambio se sufría una derrota, los *macehuales* "comerían su carne y tomarían venganza sobre ellos" (Katz, 1972: 146).

Después de una serie de batallas (1428-1433), los mexicas y sus aliados de Tezcoco tomaron y saquearon Azcapotzalco y otras ciudades afines los cambios políticos se sucedieron rápidamente y la historia del Valle y de Mesoamérica en general tomó un nuevo rumbo. Casi todos los frutos de la victoria fueron a parar a manos del *tlatoani* y la nobleza, mientras los *calpullis* recibían migajas. Con una rapidez sorprendente, el Estado central se consolidó a costa de los derechos de los *macehuales* y los poderes comunales. La mayor parte de las tierras conquistadas fueron integradas a sus dominios y el tributo que entraba a sus arcas aumentó considerablemente. El equilibrio interno se rompió en favor de la aristocracia, y el poder y la riqueza del *huey tlatoani* creció a la par que se extendía el imperio.

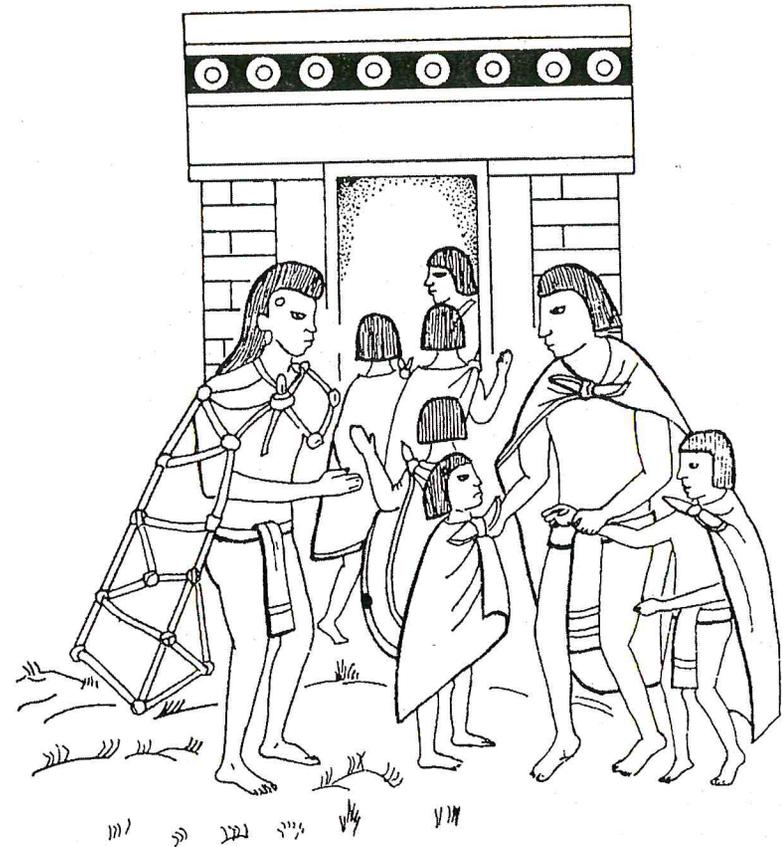
Apenas diez años más tarde, Moctezuma Ilhuicamina reclamaba para sí un origen divino, e Itzcoatl fue el primero que ordenó que su imagen fuera esculpida en piedra. Unos ochenta años después, su descendiente Moctezuma Xocoyotzin no podía ser ya tocado o mirado de frente; nadie osaba entrar en sus aposentos con las sandalias puestas; y vivía rodeado de un ejército de sirvientes y concubinas. En un siglo, el modesto jefe guerrero que salía a encabezar a sus huestes se había transfor-

mado en una figura semidivina misteriosa, remota y exótica, similar a la de los déspotas orientales.

A medida que las ciudades y el imperio crecían, el poder del *tlatoani* descansaba cada vez más en una burocracia que ejercía la mayor parte de las funciones que hasta entonces habían estado a cargo de las autoridades de los *calpullis*. Estos burocratas eran verdaderos servidores del Estado al cual respondían y del cual dependían totalmente. Habiendo roto sus nexos con sus comunidades de origen, tendían a transformarse en una casta dependiente directamente del *tlatoani*. Su sección económica era una red que se extendía por todo el imperio, desde el palacio imperial hasta las fronteras más alejadas. Su tarea era el cobro, registro y administración del tributo. En todas las aldeas de cierta importancia había un cobrador, el *calpixe*, dependiente de un jefe regional que a su vez respondía al *huey calpixe*, responsable del cobro de todo el tributo. Los *petlacatl*s registraban en pictogramas las cantidades de tributo recogido y se aseguraban que fuera almacenado en buenas condiciones.

El *calpixe* era una figura a la vez temida y odiada. Demandaba los más altos tributos posibles de los habitantes de su región. Éstos debían, además, cultivar una extensión de tierra para su manutención y muchos pueblos conquistados se quejaron con Cortés de que exigían mujeres y tomaban cualquier cosa que les gustara. Un informe del *calpixe* de que se preparaba un levantamiento o su asesinato, provocaba una campaña militar y las represalias más feroces.

Otra elite que vivía del tributo eran los sacerdotes. Su cúspide estaba directamente ligada al poder secular, puesto que el *tlatoani* era, él mismo, un sacerdote importante y sus funciones religiosas eran sobresalientes. Los sacerdotes eran responsables del ritual, la educación de las elites y la predicción. Además, eran depositarios de los conocimientos astronómicos necesarios



Padres que llevan a sus hijos al *telpochcalli*. León-Portilla, 1980: 203.

para medir el tiempo y ordenar las actividades agrícolas; y ejercían una especie de censura sobre los textos históricos de gran importancia para la elaboración de la ideología oficial. Sus ingresos provenían del producto de las tierras dedicadas a los templos (*tleotlalli*), localizadas en cada comunidad y trabajadas en común por los *macehuales* (Gibson, 2004: 264).

Un problema fundamental en la definición del sistema económico de los mexicas es el de la propiedad de la tierra. En la sociedad tribal, la propiedad aparece como una relación entre la comunidad como productora y las condiciones naturales de la producción. En el momento en que se es miembro de la tribu, se es también propietario de los recursos sobre los cuales ésta tiene dominio. Pero a medida que aparecen las diferencias de clase, la propiedad se transforma en la expresión legal o jurídica de relaciones de producción determinadas. Existen los propietarios privados y los individuos carentes de propiedad; la propiedad del Estado, la de los nobles como estamento y la de las comunidades de trabajadores, y todas ellas son manifestaciones de derechos y obligaciones que son el fundamento de la estructura económico-social.

López Austin describe el paso de la condición tribal a la del Estado en los siguientes términos: "al principio, el dios protector otorgaba directamente la tierra escogida a los *calpulli* en un acto mítico. Pero el proceso cambió con la aparición de Estados poderosos. Quien otorgaba el derecho de ocupación era el *tlatoani* a quien había que pagarle tributo. Desde ese momento, las tierras de propiedad pública se vuelven tierras del Estado".

Todos los autores coinciden en que una gran parte de las tierras de labor eran de dominio estatal o de propiedad comunal, pero sobre cierto tipo de tierras, existe una discusión que aún está lejos de zanjarse. Comencemos con las primeras. El origen de la propiedad es la guerra o la concesión de carácter político, y en ellas, el Estado a través del *tlatoani*, juega un papel determinante, ya sea el *tlatoani* de otra nación o el propio. La guerra, acción eminentemente colectiva, es también la condición para la conservación de la tierra. A su llegada al islote que sería más tarde Tenochtitlan, los mexicas no eran propietarios de las tierras, éstas eran, por lo contrario, un dominio

colectivo de Azcapotzalco. Los mexicas eran sus usufructuarios temporales que al principio, incluso, pagaban tributo. Sólo después de ganar las guerras contra los tepanecas se constituyeron en dueños legítimos de esas tierras, y una de las primeras cosas que hicieron fue, precisamente, salir a fijar sus límites (Castillo, 1972: 74-75).

¿Cómo se distribuyeron esas tierras y quién las distribuyó? Según algunas fuentes, la mayor parte de las tierras conquistadas fueron apropiadas por el Estado, personificado por el *huey tlatoani* y Tlacaelel, así como la nobleza mexica (Offner, 1983: 93). La tierra dispensada por el *tlatoani* a los *calpulli* fue repartida directamente por éstos y hay noticias de que en el proceso se produjeron conflictos.

Comencemos por las tierras pertenecientes al Estado y la clase dominante. En primer lugar estaban las tierras del soberano. Algunas de ellas estaban dedicadas a cubrir necesidades públicas y el *tlatoani* podía usarlas, pero no disponer de ellas. Otras, en cambio, estaban directamente a su disposición y eran trabajadas por *mayerques*. También había tierras del palacio o *tec-pantlalli* que servían para asegurar el buen funcionamiento del palacio, sus jardines y los servicios adjuntos. En segundo lugar estaban las tierras asignadas al mantenimiento de los templos. Éstas eran muchas y de buena calidad. Zorita refiere que en Tezcoco había quince pueblos con toda su gente, dedicados a trabajar para el abastecimiento de los templos.

Había también tierras destinadas a la manutención de funcionarios que ocupaban funciones determinadas, como las tierras de los jueces. De ellas da cuenta Zorita en los siguientes términos: "El salario que estos jueces tenían era el que el Señor les había señalado, sus tierras donde sembraban y cogía los mantenimientos que bastaban para sustentar su familia [...] y muriendo alguno de esos jueces pasaban sus tierras al que les

sucedía en el oficio". Existían también tierras que eran trabajadas para abastecer a los ejércitos en caso de guerra y las tierras de los pueblos conquistados (Katz, 1966: 40-43).

Todas estas tierras eran controladas por el Estado y no existe mucha discusión acerca de su pertenencia a la "comunidad superior". Si a ellas sumamos las tierras de los *calpullis* obtenemos una imagen en la cual las tierras estatales y comunales son decididamente mayoritarias.

En cambio, respecto a las tierras *pillalli* (tierra de nobles), existen dos escuelas: una que ve en ellas propiedades privadas similares a los feudos europeos y otra que aduce una serie de limitaciones en su manejo que permiten clasificarlas como tierras de la "comunidad superior" o "feudos falsos". Entre los partidarios de la primera podemos nombrar a Caso, Katz y León-Portilla. Entre los segundos, a Carrasco, Castillo y López Austin.

Estas tierras no estaban ligadas a una función y podían ser cedidas a terceros y enajenadas, pero sólo con condiciones muy estrictas. Las tierras de la vieja nobleza eran hereditarias, mientras que las de los *tecuhtli*, los distinguidos por sus hazañas en la guerra, no eran formalmente hereditarias, aun cuando en la práctica lo eran frecuentemente, si así lo decidía el *tlatoani*. La venta sólo podía hacerse entre nobles o comerciantes enriquecidos y excluía a los *macehuales*. Si estas normas eran transgredidas o si no había herederos, las tierras revertían al Estado en la persona del *tlatoani* que no podía disponer de ellas sino conservarlas en el mismo fondo de lo que Marx llamó "la unidad superior", para ser otorgadas a nuevos señores. Varias fuentes describen operaciones de cesión, pero su número no es elevado y no queda claro si lo que se adquiría era un dominio total o un arriendo a largo plazo y si los bienes recibidos a cambio representaban un precio o un intercambio de regalos en el cual intervenían también factores subjetivos. La propiedad

absoluta en el estilo romano *jus intendi et abutendi* (derecho de usar y de abusar de algo) no existía (Carrasco y Broda, 1978: 29). Era una propiedad otorgada por el *tlatoani* por servicios militares o políticos y que seguía estando bajo su control. Por otro lado, es sensato pensar que los descendientes de los nobles beneficiados y los hombres encumbrados y sus familias, tendían a considerar como suyas las tierras ocupadas y, sobre todo, algo más tangible, que era la renta que de ella se derivaba.

El monarca no sólo era el dueño inmanente de la mayor parte de las tierras de los nobles. Otorgaba además importantes subvenciones como premio a servicios rendidos. Y ellos servían para enfatizar los lazos jerárquicos de reciprocidad que unían a la nobleza con su señor, el *tlatoani*, que dominaba claramente la escena. La existencia de formas de propiedad o de dominio privados tanto en la "unidad superior", que conforma el Estado, como en el *calpulli* no modifica esencialmente este escenario.

A medida que Tenochtitlan crece y el imperio se extiende, los nobles mexicas son cada vez más dependientes del *huey tlatoani*. Sólo él posee la fuerza centralizadora necesaria para realizar los grandes trabajos públicos que sustentan a la ciudad y poner en pie de guerra a los numerosos ejércitos que mantienen vivo al imperio.

Aparte de esos tres estratos, vivían del tributo los miembros profesionales de las órdenes militares, los artistas, historiadores y artesanos que trabajaban para la corte y la nobleza.

La ideología y la religión desempeñan un papel fundamental en el funcionamiento de la economía mexicana. Son a la vez un reflejo de la estructura económica y un instrumento poderoso para la motivación y la acción de sus miembros individuales o colectivos. La ideología es un conjunto orgánico de ideas, valores, símbolos, racionalizaciones, interpretaciones y

estrategias que sirven para perpetuar o cambiar el sistema económico-social. Reflejan los intereses de las clases y grupos sociales en formas que encubren las contradicciones, de manera que frecuentemente los actores no son conscientes de lo que realmente está sucediendo. Hagamos una breve incursión en algunos aspectos de la ideología de la sociedad mexicana relacionados con la economía.

La cultura mexicana es rica, a la vez, en símbolos de unidad y superioridad nacionales, y en valores y prácticas que reproducen las diferencias sociales. Huitzilopochtli, que mató a sus cuatro hermanos, fue desde el nacimiento un dios de la guerra. Pero es también la personificación del sol y su lucha eterna con las fuerzas de la noche. Huitzilopochtli es un dios de origen tribal que había acompañado a los mexicanos en toda su peregrinación. Tenía muy pocos seguidores fuera de Tenochtitlan y Tlaltelolco y era la inspiración de sus guerras de expansión. Para mantenerlo en su incesante combate, había que alimentarlo con la fuerza vital que venía del corazón humano y los mexicanos eran el pueblo elegido para proporcionarle víctimas propiciatorias. En el culto a Huitzilopochtli, todos los mexicanos, independientemente de su posición social y su *calpulli*, eran iguales entre sí y distintos al resto de la humanidad.

Pero el sistema educativo, instrumento vital de la ideología que cimentaba la estructura social existente, tenía profundas connotaciones de clase. Es sin duda notable que todos los niños mexicanos tuvieran acceso a varios años de educación pública gratuita. Sin embargo, las diferencias en esa materia eran muy significativas entre nobles y *macehuales*. El pueblo común mandaba a sus hijos al *telpochcalli*, la casa de la juventud, la escuela parroquial que existía en cada *calpulli* y estaba ubicada cerca del templo local. Los jóvenes nobles y algunos hijos de comerciantes y plebeyos dotados, en cambio, iban al *calmecac*.

Las primeras dependían del *calpulli*, que las mantenía con el producto de tierras dedicadas a ese propósito y cultivadas de manera colectiva. Contaban con un director e instructores que provenían de la misma comunidad. El *calmecac*, en cambio, dependía directamente de un templo y sus maestros provenían del cuerpo de sacerdotes, que eran el estrato mejor educado de la sociedad mexicana. No es casualidad que su dios titular fuera Quetzalcoatl, fuente de todo el saber y las artes.

Los objetivos en el *telpochcalli* eran formar buenos súbditos, trabajadores disciplinados y guerreros esforzados. Se enseñaba historia del pueblo mexicano, religión, buena conducta así como los cantos y bailes necesarios para participar en los rituales. Puesto que no había libros, la enseñanza era oral y estaba basada en la memorización. Los alumnos que fallaban eran castigados severamente.

Por lo contrario la vida en un *calmecac* era más similar a la de un monasterio en el cual los jóvenes se encontraban recluidos de tiempo completo. Allí se formaba la elite de la sociedad mexicana: los sacerdotes, jueces, jefes de guerra y administradores de alto nivel. El curriculum incluía el estudio de la escritura, medicina, matemáticas, calendarios y astronomía, derecho y arquitectura, para lo cual se usaban profusamente los libros.

En ambas escuelas se inculcaba la humildad, la obediencia y la austeridad, y los alumnos eran sujetos a los arduos ejercicios físicos y los ejercicios militares. Pero mientras que en las escuelas de los *calpullis* esto era un objetivo en sí mismo, en las de los templos se hacía porque se consideraba que el líder, antes de mandar, debía saber obedecer y estar preparado para los sinsabores que como jefe de su pueblo debería afrontar.

Las niñas también iban a la escuela, pero lo hacían por separado y el aprendizaje era diferente al de los varones. En el

calmecac para mujeres, el régimen era muy severo. Los edificios estaban rodeados de altos muros y las niñas nobles estaban bajo el cuidado permanente de viejas matronas. Les estaba prohibido hablar con los muchachos y durante el día había horas en las que debían guardar absoluto silencio. Aprendían a tejer y bordar con gran maestría, así como a cantar y bailar. Entre los *macehuales*, en cambio, el trato entre ambos sexos era bastante más libre.

Una presencia importante en la religión era la de los dioses de cada *calpulli*, que simbolizan la identidad particular de cada uno de ellos y la cohesión comunal de los campesinos que formaban parte de ellos. Sus nombres solían derivar de la región en la cual eran adorados, como Tezoztecatl, el dios de Tezoztlan o Yautecatl, dios de Yautepéc y eran tan numerosos que se conocían con el nombre de los Cuatrocientos Conejos. Dioses fundamentalmente agrícolas, su presencia se reafirmaba en los festivales de la cosecha en los cuales la alegría y a veces la bebida fluían libremente (Bray, 1968).

Los mexicas eran expertos retóricos y en toda ocasión los de mayor edad pronunciaban extensos discursos, repletos de máximas, apotegmas y aforismas sobre las cualidades propias a cada oficio, cada condición familiar o social y cada momento importante en la vida. Estos discursos constituyen un conjunto de preceptos de buena conducta, un compendio de moralidad y civismo que nos da una idea de los valores, de lo "conveniente y lo recto" que señalaba el ideal al que cada súbdito debía aspirar. El campesino debía normar su relación con la tierra de acuerdo con el siguiente principio:

Lo conveniente, lo recto:
ten cuidado de las cosas de la tierra,
haz algo, corta leña, labra la tierra,

planta nopales, planta magueyes,
así tendrás qué beber, qué comer, qué vestir.
Con eso estarás de pie, con eso andarás (León-Portilla, 1980: 320).

La curandera, en cambio, debía seguir las siguientes reglas: conocedora experimental de las hierbas, raíces, árboles y piedras; cuidadosa de sus remedios, sus secretos, sus tradiciones; que sabe cubrir las heridas con cenizas, hacer punciones, sangrar, coser. Y con eso, cura a la gente, los levanta, los hace convalecer.

La buena costurera cose con aguja, zurce, hace costuras, calcula, diseña lo que hace. Es además, artista, tolteca. La mala costurera en cambio, revuelve las telas, echa puntadas sin tino, engaña a la gente (*ídem*: 302-306).

En general, la conducta recomendable era el equilibrio y la ponderación en las acciones y el pensamiento. Ni la pereza, ni la agitación excesiva, ni la pasividad, ni la fogosidad desmedida.

Tendrás cuidado—dice el *huehuetlatolli*— de cuando fueres por la calle o por el camino que vayas sosegadamente ni mirando a los lados, porque no se diga de ti que eres bobo o tonto o malcriado y que andas como muchacho [...] conviene que hables con mucho sosiego; ni hables apresuradamente, ni con desasosiego, ni alces la voz [...] tendrás un tono moderado, ni bajo ni alto en hablar, y sea suave y blanda tu palabra [...] no esperes que dos veces te llamen (Duverger, 1986: 59).

En la ideología dominante mexica, economía, religión y guerra van siempre de la mano. Una acompaña a la otra en una relación que se siente continua. Dos grupos se reparten el poder: los guerreros y los sacerdotes, y cada uno de ellos tiene tareas en las cuales los tres aspectos se entrelazan. La guerra tiene ante todo el propósito de la expansión imperial. Pero no es su único

fin, debe también proporcionar víctimas para los sacrificios rituales y las fiestas que las acompañan. Los sacerdotes son los encargados de regular, preparar y realizar las innumerables fiestas que mantienen unido al pueblo y su misión; y los administradores deben asegurar que los medios necesarios estén disponibles tanto para la guerra como para las ceremonias que llenan de sentido la vida del individuo y la colectividad. El éxito en la guerra es el principal indicio del mérito personal y se mide por el número de enemigos hechos prisioneros en combate; éstos serán sacrificados en las fiestas organizadas por los sacerdotes, para mantener viva la energía del sol. Las numerosas celebraciones propiciatorias son a su vez el alimento de un frenesí ceremonial que impulsa a la sociedad en su conjunto en un torbellino que sólo duraría un siglo.

La fuente principal de ingreso, la base económica del poder del Estado y los *pillis*, es el tributo. En trabajo o en especie, es el tributo el que hace posible la existencia de una clase que no se dedica a la agricultura sino al gobierno y la administración pública, de cuerpos militares profesionales, de artesanos palaciegos, artistas y astrónomos. Aun cuando objetos utilizados como equivalentes generales aparecen en las listas de tributos, de ninguna manera puede hablarse de tributo en dinero. El tributo es la base de los trabajos públicos que legitiman el dominio del Estado y los nobles. La acumulación del tributo en especie es una de las fuerzas motrices de la expansión imperial que es a la vez la razón de ser y la gloria del poderoso Estado mexica (Carrasco y Broda, 1978: 30).

Valiéndose del tributo, el Estado y la nobleza organizan el trabajo excedente asignándolo a diferentes tareas, de acuerdo con su visión económica, política y religiosa. Además fomentaba el intercambio. A medida que se consolida, la nobleza acrecienta enormemente su demanda de productos suntuarios y

atuendos militares. Hernán Cortés y los conquistadores que lo acompañaban estaban maravillados por la belleza exótica y la exquisita elaboración de la joyería mexica y el arte ceremonial. Pero éstos no eran simples adornos, símbolos de frivolidad. Jugaban más bien un papel muy importante en la sociedad, informando sobre el estatus, riqueza y religiosidad de sus dueños. Los nobles usaban sus joyas para reafirmar su posición; las regalaban a otros nobles en importantes ceremonias rituales y diplomáticas. Muchas de ellas fueron enterradas en las tumbas de sus dueños como ofrendas a los dioses. La exacción del tributo en especie influye en la cantidad, tiempos y ubicación geográfica de la producción de muchos bienes. Los tributarios de Icpatepeque viajaban 140 km para obtener plumas verdes, polvo de oro y piedras de jade que formaban parte de su tributo (Berdan, 1975: 116).

Los *calpixques* obligaban a los tributarios a conseguirlas, aun cuando no las produjeran directamente. Berdan relata que la gente de Ixtepexi conseguía los bienes tributados, oro y plumas, trabajando como cargadores para los comerciantes o bien como mano de obra agrícola en Xoconochco y Guatemala. Los de Tonameca, situada en las tierras bajas del este, tenían que viajar hasta muy adentro de la sierra para comprar el cobre, la ropa y la grana con los cuales pagaban su tributo; y los de Pochtula compraban el cobre exigido para su tributo, abasteciendo de algodón a los mercaderes que pasaban regularmente por sus pueblos (*ídem*: 79, 80).

En la *Matrícula de Tributos* y el *Códice Mendocino*, fuentes principales para el estudio del tributo, se registra una gran cantidad de trajes guerreros y rodela, hechos con plumas. Johanna Broda ha hecho un estudio minucioso del origen geográfico y función económica de ese tributo militar, y llega a la conclusión de que las naciones que tributaban la mayor cantidad de

trajes no contaban con pájaros de plumas preciosas; que, por lo contrario, las que contaban abundantemente con esas materias primas no tributan los trajes cuya elaboración exigía una artesanía refinada. "Por tanto —afirma Broda— para que se pudieran elaborar los trajes guerreros en las provincias centro, norte y oeste del imperio, éstas tenían que obtener primero las plumas. Como medios de obtención se sugieren los tributos regionales y el intercambio" (Broda, 1978: 137).

De esa manera, las exigencias tributarias de la nobleza influyen en la división regional del trabajo y en la determinación de los bienes producidos. Si a eso se agrega que los granos eran recogidos una vez al año y los demás productos cada 40 y 80 días, se incluye el calendario de tributos entre los factores de organización de las actividades económicas y de control del Estado sobre los *macehuales*.

Palerm nos recuerda que entre los grandes trabajos públicos están las obras hidráulicas que permiten proteger a Tenochtitlan de las inundaciones y las zonas chinamperas contra las aguas salobres del lago de Texcoco. Es probable incluso que los trabajos de mantenimiento de las chinampas, tan necesarias al sistema productivo tenochca, hayan tenido un elemento de organización pública.

La infraestructura hidráulica de Tenochtitlan era impresionante y, además de las tres calzadas elevadas, comprendía el llamado Dique de Nezahualcóyotl, que dividía la porción dulce de la salada del lago de Texcoco y constituía su ejemplo más notable. Partiendo en dirección oriente desde la Sierra Santa Catarina hacia el Cerro de la Estrella, el dique contaba con nueve kilómetros de longitud por siete metros de ancho y requería 300 mil metros cúbicos para llenarse; Ángel Palerm estima que fueron necesarios cuatro millones de días hombre para construirlo. De la escasa

población que sobrevivió en los años posteriores a la Conquista, se requirieron grandes cantidades de peones para llevar a cabo los proyectos hidráulicos. Palerm informa que en 1555 el virrey Velasco empleó seis mil indios para reparar un dique mediante el cual se prevenían las inundaciones (Davies, 1992: 144).

En caso de crisis o hambruna era obligación del *tlatoani* y del noble utilizar los recursos de sus graneros para ayudar a los *macehuales* que de él dependían. Así, los bienes provenientes del tributo debían en parte satisfacer necesidades públicas y en parte sostener a las clases dominantes. Así cumplía el Estado su función redistributiva. El pueblo común recibía los beneficios de las obras públicas, las festividades y ceremonias necesarias para complacer a los dioses y protección frente a fuerzas externas. A cambio de esto, pagaba tributo. Con toda seguridad el *macehual* mexica consideraba que existía y prosperaba sólo gracias a los dioses convocados por los sacerdotes, la seguridad que proporcionaban los guerreros y el orden que imponía el *tlatoani*. Pero una cosa debe quedar clara: el poder del *tlatoani*, los sacerdotes y los nobles descansa sobre todo en que son ellos y sólo ellos quienes deciden sobre el origen, el destino, la distribución y la circulación del tributo.

Tanto a nivel interno de la sociedad mexica como en el marco global del imperio, muchas coincidencias y conflictos giran alrededor de esa relación. A medida que crece el poder del monarca, las relaciones con las clases dominadas que recién han perdido sus derechos se vuelven más ríspidas y a veces incluso violentas. Varias fuentes coinciden en que la gente común era duramente explotada y que sus condiciones de vida eran de subsistencia. Formaban, según el Conquistador Anónimo, "el más humilde de los pueblos de todo el mundo". Un informe de Oviedo dice que los cobradores de tributo llegaban

en época de cosecha y se llevaban todo, dejando para los labradores sólo lo estrictamente necesario para su supervivencia. La extracción del trabajo excedente por la vía del tributo es muy diferente a la apropiación de la plusvalía en el capitalismo. La primera se realiza por vías políticas: una combinación de violencia, reciprocidad y dominio ideológico. La segunda, por medios puramente económicos, vía el funcionamiento del mercado. Los excesos tributarios tienen mucho que ver con la rebelión generalizada de pueblos y *macehuales* sojuzgados que proporcionó al puñado de conquistadores españoles los destacamentos necesarios para vencer a los mexicas.

LOS LÍMITES DEL MERCADO

Hemos hablado ya de la importancia del cambio para el desarrollo de las ciudades mesoamericanas. En la era posclásica la producción de mercancías se acrecentó considerablemente y el mercado se convirtió en un organismo regulador complementario del tributo en la circulación y distribución de bienes. Pero ése es su límite. Debido a la ausencia de dinero y crédito, el capital comercial no puede constituirse, y como la tierra y la fuerza de trabajo no son mercancías, no puede penetrar en el proceso productivo. Estamos muy lejos de una economía de mercado y todavía menos podemos hablar de capital y acumulación.

Usaremos el concepto de mercado en dos sentidos muy diferentes. Para el economista moderno,

el mercado es un mecanismo que produce precios. La función de los precios de mercado es regular la oferta de bienes en relación a la demanda y canalizar la demanda por bienes en relación a la oferta disponible. Por lo tanto, el mercado puede ser llamado un

mecanismo de oferta-demanda. Como veremos, todo y cada cosa que forma parte de una economía de mercado puede ser subsumido bajo estos términos (Neale, en Polanyi y Arensberg, 1957: 357-359).

El historiador o antropólogo habla de mercado en un sentido muy diferente. Es el *tianguis* (el día de plaza) un lugar físico de encuentro para la transferencia de bienes de mano en mano. Pero esa transferencia en el lugar llamado mercado no sigue necesariamente las reglas fijadas en la definición del economista. Si esto es cierto, el poderoso cuerpo de teoría fundado en la idea de mercado como institución con leyes propias, ajenas a la política y la cultura, no es aplicable al estudio de la mayoría de los mercados del pasado, por más que formalmente se le parezcan (*idem*).

Primero, una reflexión sobre el posible alcance, la posible amplitud del mercado como sistema regulador de la actividad económica en la sociedad mexicana. En el medio rural predomina ampliamente el autoconsumo. La mayoría de los bienes es consumida dentro de la unidad familiar sin que medie transferencia alguna. El intercambio de servicios y bienes en el seno del *calpulli* sigue normas de reciprocidad, que no son formadoras de precios. En las estancias de los nobles y las relaciones económicas entre ellos, sucede lo mismo. El tributo que —como hemos visto— representa la mayor parte del excedente económico en trabajo y producto es fruto de una operación de concentración y redistribución de acuerdo a criterios políticos y culturales.

No puede negarse que en Tenochtitlan la mayoría de los hogares campesinos cuenta con algunos productos adquiridos en el mercado y ni hablar de los palacios en los cuales éstos abundan, pero no hay testimonios de que hubiera personas de cualquier rango que cubriesen todas sus necesidades diarias con

adquisiciones en el mercado y destinaran todo el producto de su casa a la venta. El reducido espacio económico que queda por explicar es el que se manifiesta en los *tianguis* y en el tráfico de larga distancia.

Pero aun en el caso de los numerosos mercados locales es poco probable que los términos de intercambio se fijaran por las leyes de la oferta y la demanda como sucede hoy. Factores sociales intervenían para fijar diferentes criterios de equivalencia y limitar el libre juego de la oferta y la demanda. Inmersos en una economía de producción para el uso; condicionados por preferencias étnicas y aldeanas; por diferentes grados de información sobre el valor de los objetos intercambiados; por relaciones de reciprocidad y otorgamiento de regalos; frenados por leyes que prohibían a los plebeyos el uso de objetos suntuarios, la mayoría de los concurrentes de esos mercados se conducían en una forma muy diferente de los vendedores y compradores de hoy día que actúan en una economía en que prácticamente todo se compra y se vende.

Siguiendo a David Kaplan (1960) podemos señalar las siguientes diferencias entre los *tianguis* del mundo mexicana y una economía de mercado autorregulado: el cambio de mercancías sólo podía ocurrir en áreas previamente designadas y en días fijos; estaba prohibido realizarlos fuera de ese marco. Así, la relación mercantil estaba estrictamente delimitada tanto en el espacio como en el tiempo y consecuentemente no podía generalizarse, penetrando todos los poros de la vida social. Estamos ante mercados políticamente regulados y un tráfico a larga distancia controlado por el Estado.

Todas las fuentes coinciden en que la principal forma de intercambio era el trueque. En esa relación, la acción de vender y comprar no puede ser separada. La persona que tiene algo que vender y desea un producto determinado a cambio,

debe encontrar forzosamente a la persona que desea su producto y posee el que ella necesita. La gama de las transacciones posibles es limitada.

La aparición de equivalentes generales hace innecesaria la coincidencia del vendedor y el comprador. El espectro de las operaciones mercantiles se amplía considerablemente. Además —como lo demuestran las listas de equivalencia encontradas— las operaciones de trueque podían ser concebidas mentalmente en términos de mantas o granos de cacao. Pero éstos servían tanto de equivalentes como de objetos de uso y las diferencias físicas entre unidades del mismo equivalente dificultaban las operaciones.

Además, el cuasi-dinero es un pariente lejano del dinero. Las monedas metálicas con peso comprobado y sello estatal que están ya bastante difundidas en el Mediterráneo desde el siglo VII a.C., eran desconocidas por los mesoamericanos. La aparición de la moneda proporcionó al mundo mercantil un instrumento verdaderamente revolucionario. Mientras el equivalente arcaico tiene un valor de uso y un valor de cambio que puede extinguirse con el consumo del bien, el dinero encarna exclusivamente el valor del cambio. Cumple así funciones que no existían antes de su aparición. Todas las mercancías tienen un precio medido en dinero y son por lo tanto equiparables en el pensamiento y la acción sin que medie relación personal alguna entre el vendedor y el comprador.

El dinero es un medio de pago universal: todas las mercancías, servicios o prestaciones pueden ser pagadas con él. Sin dinero, no es posible hablar de la formación de un sistema de precios que regule la oferta y la demanda ni siquiera en el ámbito regional. Con su aparición en Mesoamérica, el pago del tributo, el préstamo, el atesoramiento y la herencia habrían conocido una verdadera revolución. También habría favore-

cido el tráfico a larga distancia y eliminado un obstáculo al enriquecimiento de los *pochtecas*. Son precisamente las limitaciones del mercado y la ausencia de dinero lo que hacía incomprendible para los indígenas la famosa enfermedad de Cortés que lo obligaba a exigir a los pueblos conquistados más y más oro para recuperar la salud.

Tampoco hay señales de la presencia estructural de crédito o hipoteca que aparecen ya reguladas en el Código de Hammurabi, redactado 2000 años a.C., y si bien entre los mexicas se conoce la esclavitud por deudas y las deudas contraídas en el juego, no parecen tener un papel económico muy importante. Tampoco hay señales de actividad bancaria que ya hacia el siglo IV a.C. florecía en Grecia, en donde casi todos los templos prestaban dinero (el de Delos prestaba a menos de 10% de intereses), se acumulaban monedas y prosperaba el negocio de seguros contra la fuga de esclavos o la pérdida de naves en expediciones marítimas.

Existen dos tipos de capital, el que surge de las ganancias acumuladas en el comercio y el crédito; y el que se forma en el proceso productivo. El primero aparece en el Viejo Mundo ya en las antiguas civilizaciones de Medio Oriente y de Asia. Está basado en el intercambio desigual frecuentemente asociado con la piratería, la amenaza de robo, la usura y la falta de información (cuentas de vidrio por oro) de las poblaciones insulares. El segundo sólo aparece a finales de siglo XVIII, con el capitalismo industrial, cuando la tierra y los medios de producción se vuelven mercancías y aparece el propietario, un trabajador que ha sido separado de los medios de producción. En la sociedad mexicana, el primer tipo de capital no pudo formarse por el atraso en los transportes, la ausencia de dinero y la inexistencia de la banca, y —como hemos visto— el surgimiento del segundo habría exigido una verdadera revolución social y política que transformara el régimen de propiedad y el sistema de clases.

Es indudable que el auge de los mercados locales y de los comerciantes en los últimos dos o tres siglos de historia antigua contribuyó a desarrollar la división del trabajo y las presiones para la apropiación del plusproducto. Pero no domina la economía ni representa un reto al orden aristocrático establecido como el que plantearon los comerciantes de las ciudades europeas de los siglos XIV y XV que, mediante la acumulación de capital y el poder en las ciudades, se erigieron en un contrapeso al poder de los señores feudales. La organización de los gremios *pochtecas* corresponde plenamente a las estructuras existentes en otros sectores de la nobleza y el ejército. No son precursores del capitalismo, sino el sostén y el complemento de una sociedad basada en el Estado autoritario y el tributo.

No está claro que la sociedad azteca se encaminara hacia una sociedad más orientada al mercado en vísperas de su destrucción. La hipótesis poco documentada de una revolución (o evolución) comercial no es convincente. Los principios organizativos básicos del imperio siguen siendo tributarios y redistributivos, dependientes de la extracción de excedentes —bienes y trabajo— de una masa campesina por el aparato de un Estado compuesto de elementos de teocracia, militarismo, burocracia clásica y una aristocracia de privilegios (Knight, 2002: 187).

EL COMPLEJO MILITAR

No debemos olvidar que durante los últimos cien años de su existencia, el Estado y la sociedad mexicana se volcaron apasionadamente a la creación y consolidación del más grande imperio de la historia de Mesoamérica. Y quien dice imperio, dice guerra, que imprimió una marca indeleble en la economía mexicana.

Los testimonios autóctonos enfatizan el origen ideológico-religioso de la belicosidad mexicana. El mito de Huitzilopochtli los transformaba en el pueblo elegido, en los portadores de una misión salvadora sólo en y por medio de la guerra. Esta versión precursora del "destino manifiesto" ha existido en muchas culturas y la idea del "pueblo elegido" se repite en todas las latitudes. Sin duda, ayer como hoy, el fervor ideológico jugó y juega un papel fundamental para justificar la guerra y la expansión imperial. Pero detrás de él existía una red de intereses y una estructura social *ad hoc*.

Si bien el *tlatoani* mexicano era elegido, su poder y su prestigio dependían de su capacidad de promover y llevar a buen término nuevas guerras de conquista. Monarcas como Chimalpopoca o Tizoc, que prefirieron gobernar en paz, tuvieron reinados muy cortos y fueron sustituidos rápidamente por personalidades más belicosas. La nobleza, por su parte, y sobre todo su sector militar, se vio beneficiada con tierras, tributo en trabajo y especie y un creciente número de *mayerques* y esclavos para trabajar en sus estancias. Además sus privilegios aumentaron y adquirieron carácter de ley. La función de los *pochtecas* como agentes de un comercio desigual era un complemento imprescindible del trabajo de los *calpixes* que recaudaban el tributo. Por eso, la expansión imperial elevó enormemente su riqueza y su poder y consolidó su estatus social. En el siglo xv, la sociedad mexicana era para las clases privilegiadas un mundo de puestos y oportunidades en permanente expansión cuyo ritmo dependía de los éxitos militares.

Los beneficios para los macehuales mexicanos son más difíciles de estimar. Por un lado, las diferencias de clase se agudizaron. Pero al mismo tiempo, una parte del tributo exprimido a los pueblos conquistados contribuyó a elevar el bienestar de Tenochtitlan y sus alrededores. Además las constantes guerras

abrieron un nuevo canal de movilidad social para los comuneros que lograran destacarse en el campo de batalla. Hay también indicios de que la carga tributaria para los macehuales mexicanos era menor que la que se imponía a los pueblos conquistados.

Los beneficios de las guerras imperiales se materializaban ante todo en tributo y ganancias en el comercio desigual, pero también en botín de las ciudades saqueadas y, en las zonas más cercanas a Tenochtitlan, en tierras apropiadas así como víctimas para las ceremonias religiosas. Pero las guerras tenían también su costo. Debían ser financiadas y exigían un gran trabajo de organización y abastecimiento. Por todo ello no es exagerado decir que la guerra era una rama fundamental de la economía mexicana; una rama que por los recursos que absorbía y los beneficios que reportaba influía decisivamente en el conjunto del sistema económico.

Para comprender la estructura del complejo militar mexicano debemos antes decir algunas palabras sobre su sistema imperial. A diferencia del imperio romano que aspiraba al dominio



Soldados llevando *maquahuitl*, espada de batalla. Según Sahagún, 1950: 82.

territorial y la multiplicación de grandes latifundios agrícolas y ganaderos trabajados por esclavos y poseídos por romanos, la expansión mexica perseguía la creación de una relación de dominio que le permitiera imponer tributo y ampliar su actividad comercial sin tener que establecer aparatos administrativos. Los mexicas imponían a sus oponentes un dominio indirecto, dejando en las manos de las elites locales la mayor parte del ejercicio del poder. Toleraban las leyes, las formas de organización, las costumbres y creencias locales, incluso cuando diferían profundamente de las mexicas, siempre y cuando no obstruyeran los objetivos imperiales: tributo y comercio.

La ausencia del dominio territorial se debe, según Ross Hassig (1988: 17), a una razón tecnológica: las civilizaciones mesoamericanas carecían de un sistema de transporte eficiente. No tenían vehículos con ruedas ni animales de tiro, y desconocían el uso de la vela para navegación. Esto limitaba el área de la cual productos básicos como el maíz y otros alimentos podían ser extraídos, reduciendo los beneficios de incorporar las vastas regiones conquistadas a la explotación agrícola directa.

La estrategia de los mexicas era amedrentar a sus oponentes y obligarlos a aceptar su dominio, ya fuera por miedo o directamente recurriendo a una guerra sin cuartel. Lo importante era la percepción que tenían sus adversarios de su poderío. Por eso debían mantenerse permanentemente en un estado de guerra. Suspender las acciones militares durante un periodo prolongado era una invitación a la resistencia a su expansión o a la rebelión en sus dominios. Por lo habitual, para imponer su autoridad recurrían primero a la amenaza. Si ésta no surtía efecto, iniciaban la guerra y la mantenían hasta que el adversario aceptara las condiciones exigidas. La crueldad con la que castigaban cualquier reto a su dominio tenía un efecto disuasivo para rebeldes y adversarios potenciales. El imperio se basaba

no en la presencia territorial y administrativa del conquistador sino en la amenaza y el terror; no en la proliferación de latifundios en manos de la elite mexica sino en el volumen del tributo y otras prestaciones. No es exagerado decir que el imperio mexica era un imperio esencialmente tributario, o quizá, el más tributario de los imperios.

La superioridad del ejército mexica se sustentaba ante todo en la educación militar masiva de toda la población masculina y la fuerza de la mística guerrera, que permeaba todas las esferas de la vida. La formación militar dominaba tanto en las escuelas del pueblo como en las de la nobleza. Y antes de salir a campaña, en los *calpullis* se realizaban ejercicios militares con el propósito de elevar la condición física y fortalecer la disciplina, y, como sabemos, la educación cuesta. En Tenochtitlan había órdenes y organizaciones militares cuyos miembros eran parcial o totalmente profesionales. Entre éstas estaban las órdenes de los águilas y los jaguares, formadas principalmente por guerreros distinguidos de origen noble. Otras dos órdenes menores conocidas pero muy importantes eran las de los otomíes y los *cuahchicauehs*, que estaban constituidas por guerreros que habían capturado cinco o seis enemigos y realizado más de veinte notables hechos de armas. Todas las órdenes militares tenían casas separadas en el palacio del rey, incluyendo una para *macehuales* que habían alcanzado el nivel de las órdenes. Los guerreros privilegiados tenían derecho a usar bezotes y orejeras, mantas y trajes con divisas y símbolos especiales para cada rango. Después de las campañas victoriosas o con motivo de fiestas especiales, estos artículos se repartían en grandes ceremonias. A ellos hay que agregar la guardia personal del *tlatoani* que, según algunas fuentes, alcanzaba los diez mil guerreros, así como los oficiales de alta graduación y funcionarios que realizaban tareas relacionadas con el ejército, que era una insti-

tución compleja y sofisticada. Excepcionalmente, en algunos puntos del imperio había guarniciones permanentes. Todos ellos representaban una fuerza de trabajo considerable, exenta del trabajo productivo.

Una vez que se tomaba la decisión de iniciar la guerra, las tropas debían ser movilizadas y las armas y abastecimientos, preparadas. Las decisiones sobre la magnitud de la respuesta, la organización de las tropas y los pertrechos debían ser tomadas con rapidez. En tiempos de paz, los hombres no llevaban armas; éstas estaban guardadas en numerosos arsenales (Hassig, 1988: 61). En cada una de las cuatro entradas de los centros ceremoniales de Tenochtitlan había un gran arsenal que era pertrechado y revisado cada año. Había también dos arsenales en el palacio del rey, en uno de los cuales artesanos especializados producían armas de gran calidad. En ellos eran equipados los guerreros principales. Asimismo, en cada *calpulli* había arsenales que debían ser suficientes para armar a todos los guerreros de la entidad.

Basándose en los cálculos sobre la población del Valle de México, Ross Hassig (2000: 59, 60) afirma que la Triple Alianza podía movilizar un ejército ofensivo (hombres de 20 a 40 años) de 250 000 a 569 000 soldados. Sólo la ciudad de Tenochtitlan contaba con un ejército ofensivo de 43 000 guerreros.

El mismo Hassig considera verosímil que en la guerra contra Coaxtlahuacan haya participado un ejército de 25 *xiquipillis* o 200 000 guerreros, que para transportarse exigían el apoyo de 100 000 *tamemes*, pero insostenible la afirmación de Ixtlixóchitl respecto a un ejército combinado de mexicas, texcocanos y chichimecas de 700 000 hombres. Generalmente, los ejércitos que entraban en campaña eran mucho menores.

Según los testimonios del siglo XVI, el consumo de un indio adulto era aproximadamente de 3 800 calorías diarias (aproxi-

madamente 0.95 kg de maíz). Si se considera que un *tameme* podía cargar 23 kg al día, y que abastecía a dos guerreros, llevaba, en el mejor de los casos, alimento para ocho días.

Cada *xiquipilli* (8 000 soldados) en campaña, requería 4 000 *tamemes* adicionales. Los 12 000 hombres consumían 11 400 kg de maíz al día o un total de 330 600 kg para una campaña de 29 días. Pero una ciudad enemiga de 20 000 habitantes podía fácilmente poner en pie de guerra un ejército defensivo (90% de la población masculina adulta) del mismo número. Por eso su conquista necesitaba dos o tres *xiquipillis* (*ídem*: 154-155). Un importante papel en el abastecimiento lo jugaban las ciudades que se encontraban a su paso y que eran avisadas por correos de su proximidad.

En todas ellas había tierras destinadas a producir alimentos para la guerra. El *tlatoani* ordenaba su recolección así como todo lo necesario para un ejército que entraba en campaña. Cada *calpulli* y ciudad tributaria preparaban tortillas, harina de maíz, elotes asados, frijoles, sal, chile, semillas de calabaza y pinole. En Tenochtitlan era obligación de los vendedores del mercado preparar alimentos, y las ciudades que se encontraban en la ruta del ejército debían hacer lo mismo. Estos mecanismos estaban tan bien establecidos que entre la declaración de guerra y la salida del ejército pasaban sólo de cinco a ocho días.

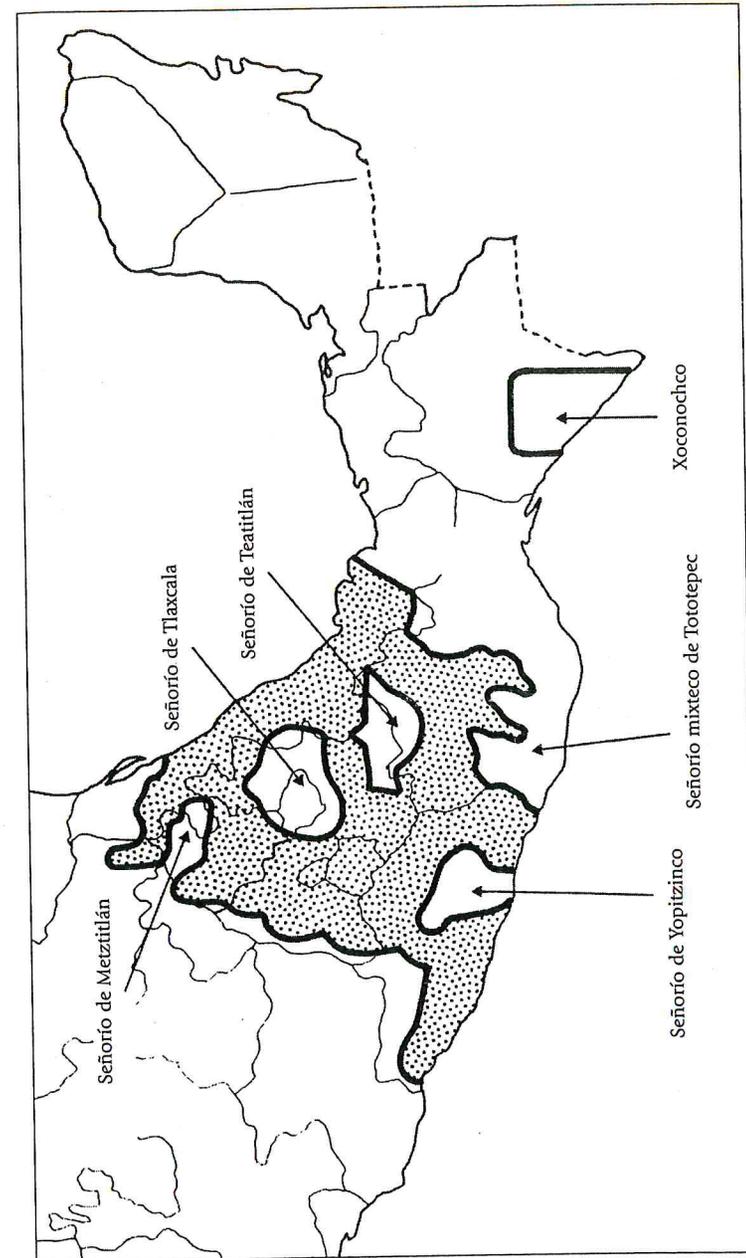
El armamento de los ejércitos mexicas era bastante sofisticado y muchos de sus componentes eran obra no de los campesinos sino de artesanos especializados. Veamos cuatro ejemplos. El arma más importante era el *atlatl*, del que ya hemos hablado y que ellos habían perfeccionado. Los ejemplares existentes tienen 60 cm de largo y 35 a 37 mm de ancho. En la parte superior tiene un gancho contra el cual se coloca el dardo. Algunos pueden tirar dos dardos a la vez. Las fuentes españolas atestiguan su eficacia, y afirman que podía atravesar

cualquier armadura y producir todavía una herida mortal (*ibíd.*: 79).

Los arcos de 1.5 metros de largo con cuerdas hechas con tendones o nervios de animales eran muy comunes, y las puntas de las flechas podían ser de obsidiana, piedra o hueso de pescado y era común que cada arquero contara con 20 flechas. Para completar las armas a distancia, estaban las hondas que aventaban piedras preparadas y pulidas especialmente para ese uso. El alcance de los arcos era de 90 a 180 metros, mientras que las hondas llegaban a una distancia de 200 a 400 metros. Las lanzas tenían un largo de 1.67 m, ligeramente mayor que las de los españoles, y tenían puntas de piedra que según los españoles cortaban tan bien como sus cuchillos. Se usaban tanto para perforar como para cortar y se parecían mucho a las alabardas europeas.

Para tener una idea más exacta del poder que logró acumular el Estado mexica debemos recordar que en la cuenca del Valle de México controlaba más de 50 ciudades-Estado que, si bien tenían obligaciones tributarias, compartían con los mexicas muchas instituciones y la lengua náhuatl, que era el idioma del imperio. Fuera del valle, dominaban unas 250 ciudades más, organizadas en 38 provincias tributarias. El imperio se extendía hasta la costa de Guerrero, las montañas oaxaqueñas y el Soconusco en la costa chiapaneca. Había además unas 100 ciudades-Estado que eran dependientes y servían de dique de contención a las ambiciones de sus principales competidores militares (Carmack, Gasco y Gossen, 1996: 88). Las ciudades que formaban parte de la "clientela" mexica tenían mayor grado de autonomía, pero no dejaban de pagar tributo.

En Mesoamérica, el mexica no era el único imperio existente. Muy importantes también eran el imperio tarasco que dominaba el occidente de México, y en el Valle de Oaxaca muchos



La extensión del imperio culhua-mexica y los territorios independientes. Redibujado de Barlow, 1949.

estados zapotecas reconocían la preeminencia de Zaachila. En la zona maya había varias alianzas que dominaban lo que hoy es Centroamérica y en cada uno de ellos la guerra era una rama importante de la economía.

LA COMUNIDAD CAMPESINA
Y EL CALPULLI

Pese a la atracción que sobre el lector contemporáneo ejercen las ciudades de Mesoamérica, la cultura de sus clases dominantes y su organización política, no debemos olvidar que los campesinos formaban la mayoría de la población; que la agricultura era la actividad económica principal y que de su productividad dependía, en última instancia, el esplendor de la cultura urbana y el poder del Estado. Hemos hablado ya de los aspectos técnicos de la producción agrícola. Ahora debemos abordar sus aspectos sociales. Recordemos que entre los primeros agricultores privaba la organización comunal gentilicia e igualitaria. ¿Qué había sido de ella a lo largo del desarrollo de las sociedades estratificadas? ¿Había desaparecido totalmente para ser sustituida por una relación individual entre *pilli* y *macehual* o conservaba algunos de sus rasgos originales que nos permitan hablar de la comunidad campesina mexicana a la hora de la llegada de los españoles?

Pero antes de abordar el tema debemos disipar una confusión que se deriva del nombre que esa comunidad tiene en el idioma náhuatl: *calpulli*. En las últimas tres décadas, los investigadores han logrado demostrar que esa palabra se usaba entre los mexicas para designar fenómenos sociales muy diferentes: 1) en Tenochtitlan, la palabra *calpulli* se aplicaba a unidades económico-administrativas en las cuales los *macehuales*

cohabitaban con los representantes del poder central; barrios en los cuales vivían descendientes de los pobladores originales junto con recién llegados, atraídos por el crecimiento de la ciudad. Algunas fuentes llaman *calpulli* a las cuatro unidades tradicionales en que estaban divididas todas las ciudades nahuas; otras cuentan quince *calpullis* en Tenochtitlan; y Alfonso Caso proporciona una lista más larga aún (González Torres, 1985: 93-94); 2) el concepto se aplicaba también a una comunidad de personas de la misma ocupación o especialidad, como cazadores, pescadores, artesanos de diversos tipos e incluso comerciantes, asentados en un área común, con o sin derechos a la tierra; 3) los distintos grupos étnicos que formaban parte de una ciudad-Estado nahua. A veces había *calpullis* dominantes, que designaban a grupos de conquistadores o sus descendientes que imponían su poder sobre otros *calpullis* constituyentes de la misma ciudad-Estado, cobrándoles tributo y monopolizando las funciones gubernamentales; 4) en las zonas rurales o semirurales (dentro o fuera de las ciudades), se daba el nombre de *calpulli* a una comunidad campesina con derecho a la propiedad colectiva de la tierra, que además de un origen común tenía múltiples funciones comunitarias, sociales, económicas, religiosas y políticas que le proporcionaban cierta autonomía frente a las castas gobernantes.

Para el tema que nos ocupa aquí, el problema principal no es el "verdadero" sentido del concepto *calpulli*. Es probable que los cuatro significados sean legítimos para una palabra cuya traducción literal es "casa grande" o "conjunto de casas", y el concepto *calpulli* tenga un significado amplio aplicable a microsociedades de diversos tipos. Es incluso casi seguro que a veces la comunidad en cuestión reuniera varios de los rasgos adjudicados al concepto. Por ejemplo, una comunidad agraria cuyos miembros se distinguieran por una especialidad arte-

sanal y que a la vez fuera una unidad administrativa dentro de una ciudad. Lo que aquí nos interesa establecer con la mayor claridad posible es si existía en la sociedad mexicana y en general en la población del altiplano central, una comunidad campesina con propiedad común de la tierra; y, si la respuesta es afirmativa, cuál era su organización interna y su relación con el Estado y la nobleza. Por lo tanto, hacemos a un lado los tres primeros significados y nos concentramos totalmente en el cuarto, que llamaremos el *calpulli* campesino.

Sobre el tema se ha desarrollado una intensa polémica que duró más de dos décadas y que aún no ha sido totalmente concluida. La primera corriente, que encabezan Alfredo López Austin y Víctor M. Castillo, tiende a destacar los fuertes rasgos colectivos e incluso la tendencia endogámica de su composición. La segunda, en cambio, ve el *calpulli* más como una entidad administrativa, controlada directamente por el Estado, con lazos comunales debilitados por diferenciaciones económicas y políticas cada vez más marcadas. Sus representantes principales son Pedro Carrasco y, posteriormente, James Lockhart. Las diferencias entre las dos posiciones son de gran importancia: la primera sugiere una sociedad constituida por comunidades campesinas fuertes, relativamente igualitarias, unidas por lazos de parentesco y dominadas por una casta dominante que también exhibe fuertes rasgos comunitarios. La segunda, reduce los rasgos comunitarios del mundo campesino hasta prácticamente disolverlos y pone el acento en la relación individual directa, feudalizante, que existe entre el noble y la unidad familiar (*household*) campesina. El debate ha sido parcialmente recogido en un artículo de Pablo Escalante Gonzalbo (1990). No podemos reseñar aquí y discutir en detalle las dos posiciones; sólo resumiremos nuestras conclusiones, que se identifican más con la primera que con la segunda posición.

El *calpulli* estaba ya presente a la llegada de los pueblos migrantes al altiplano central y seguía allí a la hora de la Conquista. Después de una metamorfosis, volverá a surgir de sus cenizas en la época colonial. Tenía probablemente un origen nómada y seguramente existió durante la época clásica. Los mitos remontan la creación del grupo a fechas sagradas en las que fue inducido a emigrar, abandonando las cuevas inhóspitas en las que vivía. En varias fuentes se encuentran indicios de que en el pasado más lejano había tenido características clánicas e igualitarias, pero durante los últimos siglos de la era posclásica sufrió cambios importantes. Y ése es el periodo al que nos referiremos ahora en el texto. Los españoles reconocieron su importancia y durante el primer siglo de la época colonial integraron algunos de sus principios en el nuevo sistema legal. Estamos por lo tanto ante una forma de asociación extraordinariamente duradera y capaz de adaptarse a condiciones cambiantes.

Los lazos económicos que unían al *calpulli* campesino estaban basados en cuatro instituciones: en primer lugar, la propiedad común de la tierra, que no podía ser vendida o enajenada. Para su trabajo, las tierras estaban subdivididas en parcelas familiares, llamadas *tlalmillis*. El jefe de familia no era dueño de la parcela ni podía venderla, arrendarla o traspasarla, sin permiso de las autoridades. Pero su derecho al usufructo estaba asegurado, mientras cumpliera con sus obligaciones comunitarias. También podía heredarla a sus descendientes, junto a la casa y las instalaciones que en ella había construido. La explotación debía ser hecha directamente por la familia a la que había sido encomendada, salvo en los casos de viudez, minoría de edad o de incapacidad física que hicieran necesaria la contratación de labradores. La disposición de la cosecha estaba rigurosamente reglamentada en tiempos de necesidad y las

infracciones eran severamente sancionadas (López Austin, 1974: 521). Pero si dejaba de trabajarla durante más de dos años, perdía sus derechos. En ese caso, la parcela abandonada regresaba a la comunidad, que podía trabajarla temporalmente para el pago de tributos o bien otorgarla a una pareja recién casada. La segunda institución era que el *calpulli* campesino, como comunidad, era un sujeto fiscal, vale decir, pagaba el tributo colectivamente. Las tierras destinadas al sostenimiento del Estado y los templos eran parte de las tierras comunales y debían ser trabajadas colectivamente por los *macehuales*. El tributo en especie era entregado generalmente a través de las autoridades del *calpulli* con las cuales se fijaban los montos y tiempos de entrega. Además, los comuneros acudían colectivamente en tandas para participar en las grandes obras públicas.

La tercera institución era la existencia de una profesión o una especialidad común que pasaba de padres a hijos y ubicaba a cada *calpulli* en la red de la división del trabajo de la ciudad o la región. Así había *calpullis* de alfareros, carpinteros, tejedores de petates, *tamemes*, etc., que unían a sus miembros en el conocimiento de habilidades, tecnologías y artes particulares otorgadas por un dios común. La cuarta institución eran las relaciones de reciprocidad y los trabajos que recaían sobre todos los miembros del *calpulli* campesino para el sostenimiento de las instituciones comunales. Las casas de las nuevas parejas eran construidas con la ayuda de vecinos y amigos y lo mismo sucedía cuando un campesino recurría por incapacidad a otros para que labraran su parcela, a condición de que después él labraría la de ellos, según el principio que Molina llamó *macoa*, *tlamacuoqui*, "ayudar a otro para que me ayude". Los miembros del *calpulli* se encargaban también de los trabajos públicos que necesitaba la comunidad, el mantenimiento del templo local, de los maestros del *telpochcalli*, la escuela de

jóvenes varones, y de música y danza, así como del auxilio a los viajeros de paso y los necesitados.

Pero la cohesión del *calpulli* campesino no era sólo resultado de la comunidad de funciones económicas. Había también lo que López Austin ha llamado "la tendencia endogámica", es decir, la propensión a aparejarse dentro del mismo *calpulli*. Existía la firme creencia en un origen común mítico, y Zurita sostiene que el *calpulli* se formaba "con gente conocida o linaje antiguo". Lo mismo indica la reprobación de la mujer que comía de pie: se casaría con algún hombre de otro pueblo y esto era visto con temor y desagrado. Por su parte, Mercedes Olivera (1978: 136-138), en su estudio sobre Tecalí en el siglo XVI, encuentra un alto grado de endogamia en plena Colonia. De los 2132 matrimonios estudiados a lo largo del siglo XVI, 94% se forma con cónyuges del mismo pueblo y sólo 4.4% tiene un cónyuge de otra entidad. Esto, naturalmente, no es concluyente para la época prehispánica, pero ella supone que antes de la conquista entre los *macehuales* predominaban tendencias similares. López Austin (1974: 515-549) concluye de todo ello que la tendencia era endogámica, pero no tan estricta como para evitar la entrada o salida de miembros, constituyéndose en elemento de cohesión pero no de exclusión.

El *calpulli* era gobernado internamente por un consejo de ancianos que estaba encargado de llevar un cuidadoso registro de los límites exactos de las tierras comunales y las parcelas familiares, y de levantar los mapas necesarios. Debía también hacerse cargo de la distribución de las parcelas vacantes y de las cargas del tributo. A la cabeza de este consejo había un jefe, el *calpullec*, que era electo, pero siempre dentro de la misma familia. El *calpullec* que rara vez tomaba decisiones importantes sin consultar con el consejo, representaba a los miembros del

calpulli ante los jueces y las autoridades centrales y tomaba decisiones políticas. Por lo común, su parcela era mayor y era trabajada por los miembros del *calpulli*, pero su condición no lo ubicaba totalmente fuera de la clase de los *macehuales* que formaban la comunidad.

Pero eso no era todo, cada *calpulli* participaba en el ejército con su propio estandarte. El destacamento formado por hombres de un mismo *calpulli* era la unidad básica de las fuerzas armadas mexicas. Estaba dirigida por un jefe escogido entre sus propios miembros y entraba en combate unido, colocando su estandarte en el centro de su formación. Era muy raro que esa unidad fuera dividida, ya que eso creaba problemas de mando y abastecimiento muy difíciles de resolver (Hassig, 2000: 57). Cada *calpulli* tenía su propio arsenal y estaba a cargo de la custodia de los prisioneros hechos en batalla y, si alguno huía, la comunidad debía pagar una compensación al Estado.

La existencia de una comunidad campesina a finales de la época clásica está comprobada *beyond any reasonable doubt*. Sin embargo, se trata de una comunidad muy diferente a la comunidad igualitaria existente antes de la época clásica. Existían diferencias importantes en el tamaño de las parcelas individuales o algunos individuos usufructuaban varias de ellas. Cortés anota diferencias en las dimensiones de las parcelas de uno a diez. En una sección de Texcoco, el tamaño de las parcelas variaba entre 92 y 8 701 metros cuadrados, y en un sector de las chinampas de Tenochtitlan, la variación era de 40 a 1 377 metros cuadrados (Berdan, 1982: 56). Además, como los *tlalmilli* no se redistribuían periódicamente como sucedía en las formaciones igualitarias, con el tiempo las diferencias se hacían más marcadas. No obstante existen evidencias de la existencia de mecanismos de redistribución similares a las mayordomías de las comunidades actuales que actuaban para moderar los

extremos de riqueza y pobreza que podían amenazar la cohesión de la comunidad.

Ha habido hombres, dice el monje español Toribio de Benavente al hablar de épocas anteriores a la Conquista, que han trabajado dos o tres años y han ahorrado todo lo que han podido, con el fin de honrar al Diablo con una festividad. En esta festividad han gastado cuanto poseían y, aun más contraído deudas, a tal punto que se han visto en la obligación de servir durante un año y aun dos para liquidarlas (Wolf, 1967: 193-194).

También se han señalado casos de arrendamiento y venta de parcelas, así como de intervenciones directas de los nobles locales en la distribución de las parcelas (Lockhart, 1992). Esas operaciones, no obstante, no podían realizarse sin el acuerdo de las autoridades internas que debían sancionarlas y registrarlas.

Pero eso no parece haber impedido la existencia de fuertes lazos materiales e ideológicos comunitarios que separaban al *macehual* individual del señor local o del Estado central. El pleno desarrollo de las relaciones feudales entre explotador y explotado sólo puede florecer cuando la tierra que trabaja el campesino se vuelve propiedad privada del señor y eso no sucedía entre los mexicas.

La definición que del *calpulli* campesino hace López Austin en 1982, nos parece una tipificación aceptable, siempre y cuando se tome en cuenta que sólo es un modelo:

El *calpulli* era un grupo de familias cuyos miembros decían estar ligados por parentesco o por amistad, y que reconocían la ascendencia mítica de un antepasado común. Los miembros del *calpulli* habitaban un territorio perteneciente al grupo (barrio lo llamaron los españoles). Las autoridades internas del *calpulli*

distribuían las parcelas [...] Existía tendencia a la endogamia [...] los hombres del *calpulli* poseían profesiones comunes. Había un alto grado de cooperación. Por último, pese a que los *calpullis* se aglutinaban frecuentemente bajo un poder central, no perdían su individualidad y constituían una unidad política, administrativa, jurisdiccional, tributaria y militar (López Austin, en Escalante Gonzalbo, 1990: 150-151).

Y este es un punto fundamental. Lo que siempre debemos tener en cuenta es que durante los últimos dos o tres siglos del periodo posclásico, la sociedad campesina del altiplano central no puede ser visualizada como un todo homogéneo. Diferentes tipos de *calpullis* campesinos coexistían unos juntos a los otros como parte de un largo proceso de descomposición de la comunidad primitiva: más o menos endogámicos, más o menos democráticos, más o menos igualitarios, más o menos autosuficientes. La aparición de poderosas alianzas guerreras de ciudades, que López Austin ha llamado *hueitlatocáyotl*, como las de Azcapotzalco y más tarde Tenochtitlan-Texcoco-Tlacopan, así como las innumerables olas migratorias de origen chichimeca, de las cuales la mexica es la última, hacían que los *calpullis* campesinos difirieran considerablemente entre sí, formando un mosaico cuyo futuro (si no fuera por la Conquista) es para el historiador contemporáneo sólo materia de especulación.

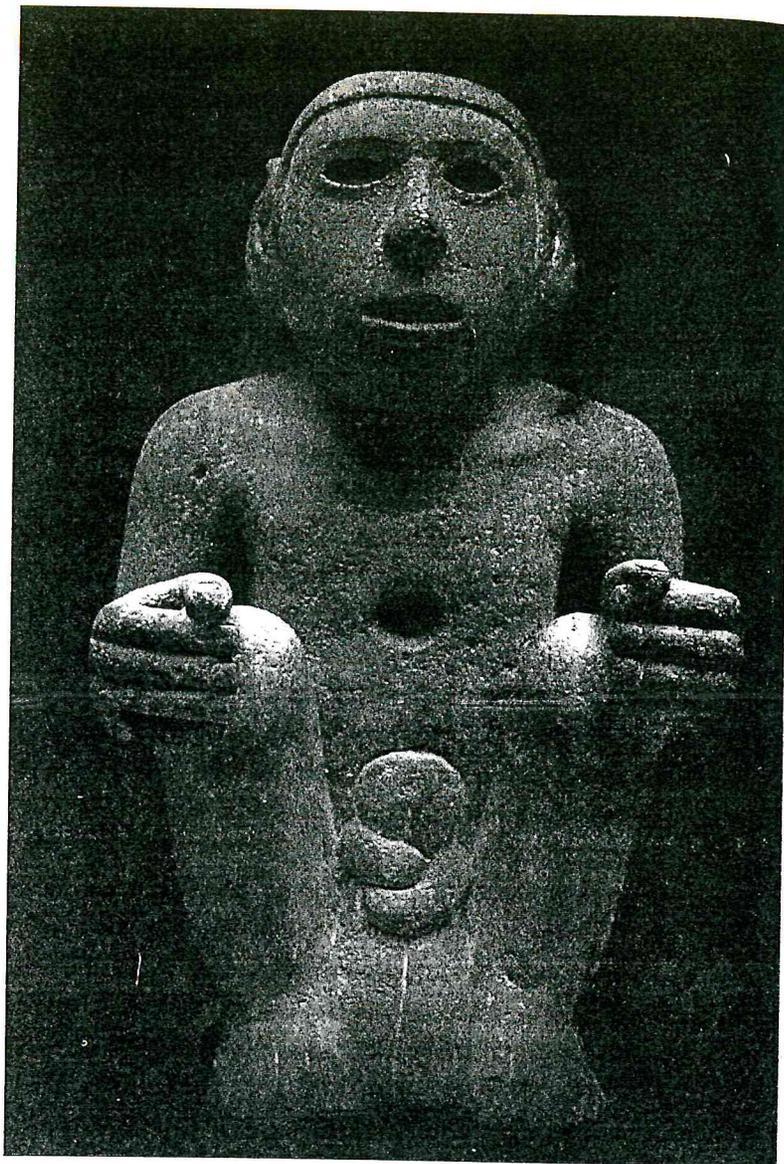
Mientras que en Tenochtitlan éstos exhiben una diferenciación social, en áreas más apartadas o entre los pueblos vencidos había regresos a formas de organización antiguas más igualitarias. Así, Eva Hunt nos informa que en Cuitecatec, una región que se encuentra al este del Valle de México y que era relativamente independiente de la Triple Alianza, "los campesinos eran indios naturales, *macehuales* que no poseían la tierra en forma privada ni tenían el usufructo permanente de parcelas

particulares [...] Cada año, el campesino individual recibía una parcela diferente para cultivarla [...] (Hunt, 1972: 203). Pero de una u otra manera, los *calpullis* campesinos sobrevivieron la Conquista mejor que las ciudades, preservando los idiomas y las culturas populares autóctonas, mientras que las culturas de las elites urbanas se extinguían.

MACEHUALES, MAYEQUES Y ESCLAVOS

La nobleza y los sacerdotes sólo representaban 5 o 10% de la población mexica. El resto estaba compuesto por plebeyos (*macehuales*, según la castellanización impuesta por los conquistadores). El término tenía diversos significados. El más común era el que lo identifica con los conceptos de "pueblo" y "gente común", cuyos derechos y obligaciones eran diferentes a los de los nobles. Eran ellos quienes realizaban los trabajos manuales pesados. Como sucedía frecuentemente con palabras similares en Europa, el concepto *macehual* solía adquirir un sentido peyorativo, sinónimo de "rústico" o "grosero" (Lockhart, 1992: 96).

La mayoría de los *macehuales* eran campesinos. Aquí debemos hacer una breve digresión sobre ese vocablo que sirve para designar un fenómeno sociológico muy extendido. Comencemos diciendo que no todos los agricultores son campesinos. Los habitantes de las aldeas sedentarias de las que hablamos en el capítulo "La revolución agrícola" eran agricultores. Para transformarse en campesinos deben verse integrados en una sociedad más amplia en la cual tienen una relación estructural con las exigencias de un Estado y una clase dominante que se encuentra fuera de su estrato social (Wolf, 1966: 11). Y la



Macehual (hombre del pueblo), escultura que sintetiza el concepto mexica sobre el hombre común: vestimenta sencilla, serenidad, sumisión y fuerza. Cultura mexica. Periodo posclásico.

aparición del Estado coincide generalmente con la de la ciudad y el mercado. Los campesinos que, aparte de la agricultura pueden tener actividades complementarias como la caza, la pesca y algunas artesanías, se mueven en dos esferas, cada una de las cuales tiene sus propias reglas. La primera es la unidad familiar en la cual producen su sustento enfrentándose a las posibilidades y limitaciones de su medio natural. Su calendario, sus costumbres, su cultura, reflejan la conciencia de formar parte de una ecología específica.

La segunda esfera es su relación con la sociedad más amplia de la que forman parte. Los alimentos, tejidos y artesanías excedentes sirven para alimentar, vestir y abastecer al *tlatoani*, los nobles, los soldados y artesanos profesionales, así como a los comerciantes que viven en la ciudad. Los campesinos son portadores de una cultura diferente a la de las clases dominantes. En México, después de la Conquista, mientras la primera resistía y sobrevivía, la segunda sufría un eclipse casi total.

Hacia 1519, los asentamientos mexicas tomaban diferentes formas dependiendo del medio local, el tipo de agricultura practicado y la organización social. Cuando llegaron los emigrantes de Aztlán, alrededor del año 1175, sus asentamientos eran muy pequeños y dispersos. En la medida de lo que sabemos, en el siglo y medio que siguió no hubo ciudades mexicas importantes. Luego, durante los años 1370-1519, la población creció aceleradamente y las aldeas, cada vez más pobladas, construyeron pequeños sistemas de irrigación y terrazas. Los asentamientos dispersos se siguieron extendiendo con complejos de casas diseminadas en el paisaje, pero ya no todos los mexicas vivían en ellos. Las grandes aldeas e incluso las ciudades agrícolas eran comunes, particularmente en la zona de las chinampas. Algunas de ellas contenían edificios distintivos con funciones públicas y religiosas.

Si bien la mayoría de los hogares estaban compuestos por familias nucleares que vivían en una sola casa, datos arqueológicos y documentos coloniales prueban que muchos campesinos del Valle de México vivían en complejos formados por un conjunto de casas ordenadas simétricamente en los costados de un patio al cual daban todas las puertas, en forma similar a la vecindad contemporánea. A veces, todas las construcciones del complejo eran propiedad de una sola persona y en otras ocasiones cada casa pertenecía a sus ocupantes. La palabra náhuatl para esos complejos es *cemitihualtin*, que significa "los que habitaban en el mismo patio". Es muy probable que los habitantes del complejo hayan colaborado regularmente en la ejecución de determinados trabajos o hayan establecido sistemas de rotación, en cuyo caso la cabeza de la unidad desempeñaba la función de patriarca o jefe, pero no hay documentos que lo prueben (Lockhart, 1992: 61).

Las casas excavadas en Cuexcomate, Morelos, eran extremadamente pequeñas. Tenían un cuarto, pisos de piedra, paredes de adobe y techos de paja. Todo lo que hoy queda de ellas son los fundamentos y los pisos. Según los censos nahuas de los primeros años de la Colonia, en ellas vivían una o varias parejas casadas. A veces a ellos se sumaban sirvientes o visitas. El promedio es de seis o hasta ocho personas. Esto indica que la mayor parte de las actividades se realizaba en el patio delantero y los desechos eran retirados en la parte posterior, proporcionando claves importantes para el estudio de la vida cotidiana de esos hogares (Smith, 1996: 146-149).

Hemos visto que existían vías de movilidad social que permitían al *macehual* ascender en la escala social. Pero todas ellas, la guerra, el comercio, la artesanía de lujo, se desenvolvían fuera del hogar rural. La condición campesina, fundamental



Los esclavos. Bray, 1968: 83. *Códice Florentino*.



Prisioneros en exhibición pública. Bray, 1968: 85. *Códice Florentino*.

para la existencia misma de la sociedad mexicana, no ofrecía grandes posibilidades de promoción individual.

Había otros tipos de trabajadores que ocupaban una posición inferior a la de los *macehuales* en la escala social. Éstos eran los *mayeques* (aparceros sin tierras asignadas) y los *tlatlacohtlis* y *mamalis* que tenían una condición que algunos autores han comparado con la de los esclavos. La palabra *mayeque* quiere decir según Víctor Castillo (1972: 86, 113-118) "poseedor de brazos, de manos", probablemente en contraste con productores que poseían una parcela en las tierras comunales. Eran campesinos que trabajaban tierras de los *pillis* y que dividían su producto en dos partes: una para ellos y otra para el señor. La relación no era temporal sino que duraba toda la vida, y si bien eximía al sujeto de la obligación tributaria con el *huey tlatoani*, limitaba su libertad de movimiento y lo incluía en las sucesiones hereditarias del *pilli*. La renta que pagaban tomaba la forma de producto de su parcela, servicios en la casa del noble o trabajo en la tierra de éste. Los *mayeques* pertenecían generalmente a otra etnia o eran los pobladores originales de la región que habían sido expropiados de sus tierras comunales por conquistadores. Su número nunca fue comparable al de los *macehuales*.

La condición de esclavo se adquiría *a)* por haber cometido un delito y *b)* por voluntad propia con la venta de sí mismo o de un miembro de la familia. Las principales causas de la primera eran el robo, las deudas, el homicidio y el juego; las del segundo, eran generalmente las necesidades que surgían en épocas de hambrunas u otras calamidades o para escarmentar a un familiar. El *tlatlacohtli* era propiedad de otra persona a quien debía servir, pero la situación era casi siempre transitoria. El así llamado "esclavo" era un miembro de la sociedad mexicana, no perdía sus derechos familiares y era protegido por las leyes. Su situación era considerada como un castigo, no como la perte-

nencia a un estrato social. Como puede verse, tenía poco de común con la "herramienta parlante" de Marco Terencio Varrón. El mismo Torquemada afirmó: "decíamos que les faltaban muchas condiciones en esta materia para hacerlos esclavos propiamente" (Castillo, 1972: 123). La existencia misma de esclavos en el sentido europeo de la palabra ha sido cuestionada por Castillo (1972) y López Austin (1974). Katz, por su parte, prefiere hablar de una "esclavitud patriarcal", y afirma que el hecho de que en ciertos días del año un esclavo que escapaba para refugiarse en un templo era libre o de que un dueño que mataba a su *tlatlacohtli* era ejecutado, prueba que se trataba de miembros de la misma sociedad mexicana que estaban sujetos por una especie de esclavitud patriarcal bastante benigna. En cuanto a los *malis*, eran prisioneros de guerra que rara vez se utilizaban en la producción y con frecuencia terminaban siendo sacrificados. Tanto los "esclavos" de esos dos orígenes como los que provenían del tributo, nunca tuvieron una importancia real en la fuerza de trabajo mexicana, puesto que su utilización hubiera requerido guardias que hubieran elevado considerablemente el costo de los trabajos públicos realizados principalmente por comunidades tributarias que se encargaban de su propia alimentación. Sin embargo, el tráfico de esclavos adquirió cierta importancia. En los grandes mercados había secciones dedicadas a la compraventa de esclavos y eran por lo general las más sórdidas.

Epílogo

QUEDA POR EXPLORAR una cuestión fundamental. ¿Cómo ubicar a la sociedad mexicana y, por ende, a las sociedades complejas de Mesoamérica en la historia universal? No comparto la teoría de la excepcionalidad y opino que, pese a su aislamiento, éstas exhiben rasgos que permiten clasificarlas junto con otras sociedades de América, Asia, el Cercano Oriente e incluso Europa en el proceso civilizatorio.

Hemos hablado ya sobre la importancia de la analogía para la antropología económica. Pero hay razones más importantes aún para entrar en ese terreno. Para comprender a la sociedad mexicana, no basta con la descripción. Hay que pasar al análisis teórico y éste exige la aplicación de la economía política, cuyas categorías se constituyen de la generalización de los rasgos de todas las sociedades similares. Las particularidades de las formaciones económico-sociales precapitalistas mexicanas tienen una gran importancia para la comprensión del México contemporáneo. Deben ser a toda costa integradas como objeto de estudio de una misma ciencia capaz de explicar el pasado y el presente, dotada de categorías aplicables a cada una de sus etapas de desarrollo y a la combinación de diversos modos de producción. Sólo entonces el desarrollo aparece como una continuidad marcada —es cierto— por rupturas profundas pero

nunca totales. El pasado vive en el presente y la crítica del presente es el punto de partida para descubrir los secretos del pasado. Los logros y fracasos del capitalismo mexicano tienen sus antecedentes en las particularidades de su pasado precapitalista y en su integración en el sistema colonial europeo en condición subordinada desde el siglo XVI.

Es una verdad comúnmente aceptada que la sociedad colonial no es una simple reproducción de la sociedad española y que fue profundamente modificada por las formaciones económico-sociales indígenas que constituyen su base. En su formación hubo aculturación, pero también un rico y complejo proceso de mestizaje. A su vez, el siglo XIX fue de lucha incesante entre la comunidad indígena-campesina, legado del mundo prehispánico y la Colonia, y el capitalismo ascendente. A principios del siglo XXI, dominado por la revolución informática y la robotización, las transformaciones biogenéticas y la clonación, esta historia no parece haber terminado. Fuerza es, por lo tanto, buscar la explicación científica de esa particular combinación de persistencia y cambio que lleva a la prolongada combinación de modos de producción.

Como ya hemos visto, la mexica es evidentemente una sociedad precapitalista. ¿Pero cuál es el modelo, el modo de producción que mejor define su funcionamiento? Debemos recordar que la sociedad imperial mexica como la hemos descrito aquí, sólo tenía siglo y medio de existencia. Fue una sociedad sujeta a un proceso de cambio acelerado y hacia 1519 había síntomas inequívocos de que su estabilidad era frágil. Además de los malos augurios, peligros reales amenazaban su futuro: la sobrepoblación, que ya se manifestaba en frecuentes hambrunas; la Triple Alianza se agrietaba; serios conflictos minaban la relación entre guerreros y *pochtecas*, entre la aristocracia hereditaria y la de mérito. Por otra parte, las últimas

expediciones guerreras se habían enfrentado a enemigos tenaces que no cedían. ¿Quién sabe hacia dónde llevaba todo eso? Otras grandes ciudades-Estado del pasado habían cedido frente a conquistas o rebeliones.

Tenemos la seguridad de que la institución del tributo estaba instaurada en todas las sociedades mesoamericanas desde la época clásica y podemos suponer que el *calpulli* campesino tenía su contraparte en el resto de la región. Pero nos faltan muchos detalles para completar la imagen. Por eso hablaremos, más que de formaciones acabadas, de tendencias seculares.

Se han rebasado ya con holgura las tesis decimonónicas de Morgan y de Bandelier que llegaron a sostener que la formación social del *calpulli* tenía una organización gentilicia y tribal; incluso Bandelier la comparó con la de los iroqueses de la parte norte del estado de Nueva York. También debemos descartar como modelo la sociedad antigua de Europa y el modo de producción esclavista. No existe dato alguno que nos permita comparar la economía mexica con la de la antigua Grecia o Roma, en donde los esclavos llegaron a constituir la mayoría de la mano de obra. Es más, la condición y el concepto de esclavo de esas sociedades no existían entre los mexicas, para quienes la esclavitud era un fenómeno complementario, una condición temporal y una posición redimible.

Si la formación social mexica no era tribal en los términos ya descritos, ni tampoco esclavista, lo que la identificaría con la Antigüedad greco-romana, sólo quedan dos posibilidades: o era feudal, o pertenecía al grupo de sociedades que identificamos con el modo de producción asiático y que actualmente, para liberarlo de cualquier implicación geográfica, llamamos modo de producción tributario (MPT). Una posibilidad más es que se tratara de una *formación social* en la cual se articularan ambos modos de producción, el feudal y el de producción tributario.

Debemos dejar claro que modo de producción es un concepto analítico de un alto nivel de abstracción sobre el cual se ha generado un largo y enconado debate que no podemos retomar aquí. Basta decir que en nuestro texto lo usaremos en el mismo sentido que le ha dado Eric Wolf (1982: 75). El modo de producción es la manera en que los seres humanos se organizan para producir: "Una forma específica, históricamente determinada, de relaciones sociales a través de las cuales el trabajo se despliega para extraer energía de la naturaleza por medio de instrumentos, habilidades, organización y conocimientos". Siendo lo que es, un modelo, el modo de producción nunca se presenta en la historia en forma pura. En toda sociedad concreta, sus rasgos distintivos pueden estar presentes, pero aparecen entremezclados con características particulares y elementos de otros modos de producción. De ahí que las formaciones económico-sociales del mismo género comparten rasgos comunes pero son, históricamente hablando, distintas entre sí e irrepetibles. Además, la definición de los rasgos de cada modo de producción y el número y variedad de las formaciones económico-sociales no son estáticos. El desarrollo de la antropología y la historia nos obliga a formularlos de nuevo periódicamente. Pero esto no invalida la importancia analítica del concepto para la historia económica como ciencia teórica.

Ambos modos de producción se distinguen del capitalismo en que los productores directos retienen sus medios de producción y condiciones laborales necesarias para producir su subsistencia. Ni la fuerza de trabajo ni la tierra, el principal medio de producción en las sociedades agrarias, son mercancías que pueden comprarse libremente en el mercado, como sucede en el capitalismo. En ambos modos de producción, el trabajo excedente se extrae de los productores por medios extra-económicos, ya sea políticos, legales o militares, o una combi-

nación de los tres. Pero ahí termina la identidad y comienzan las diferencias.

La diferencia fundamental entre las sociedades que transitan por el modo de producción esclavista primero y el feudal después y las que adoptan la vía del MPT, está en las formas de descomposición de la comunidad primitiva y el grado de desarrollo de la propiedad privada y de la individualización del hombre. Para Marx, la clave de todo el Oriente está en la ausencia de la propiedad privada. Al referirse a la diferencia entre la comunidad aldeana germánica y la oriental, observa que mientras en el modelo germánico el individuo se integra a la comunidad en tanto que dueño de su tierra, en la comunidad oriental el individuo recibe la tierra por ser miembro de la comunidad, es decir, que ésta tiene sobre él un poder infinitamente superior. En la sociedad grecorromana surge un sistema complejo en el cual la pertenencia a la comunidad, fuente de derecho para el *ager publicus*, se combina con el dominio privado sobre la parcela individual, los medios de producción y los esclavos. Para Marx, la sociedad antigua y el feudalismo por un lado, y el modo de producción asiático por el otro, son formas alternativas de descomposición de la comunidad primitiva, la formación de las clases y el Estado y el paso al capitalismo.

El feudalismo, que es el resultado del encuentro violento de las estructuras sociales desarrolladas por el imperio romano con la sociedad todavía comunitaria de los germanos, crea condiciones favorables para que en sus intersticios aparezcan y se afiancen los núcleos iniciales de la burguesía, basada en el dominio de la propiedad privada, la separación de la ciudad y el campo, la división ampliada del trabajo, el auge del dinero, el crédito y el comercio internacional, y finalmente de la aparición de una clase de personas que habiéndose separado de la comunidad, han dejado de ser a la vez trabajadores y propietarios.

Frente al feudalismo, el MPT se basa en la unidad de la agricultura y la artesanía en la misma comunidad; en la resistencia de la comunidad a los embates del comercio, la división del trabajo, el desarrollo de la propiedad privada de la tierra, la formación del mercado y el dinero. La existencia de grandes ciudades no modifica esencialmente este principio. En la realidad, éstas son vastos centros ceremoniales y estatales que se constituyen en un proceso de agregación de comunidades agrícolas que no modifican su estructura interna, sino que la integran a la urbe en condición de unidad administrativa.

En el feudalismo, el poder central de la clase dominante que se apropia del trabajo excedente es débil, mientras que el de sus exponentes locales que unifican en su persona poder político, judicial y económico es fuerte. Las funciones del Estado se descentralizan y cada señor feudal tiene un amplio margen de autonomía para ejercer el poder en todas sus formas y frenar la transmisión del plusproducto hacia el centro. El noble es propietario de la tierra. Su propiedad es condicionada por sus deberes hacia un noble de nivel superior de quien a veces ha recibido esa tierra, pero es, al fin y al cabo, una forma bastante acabada de propiedad privada. Es ella la que le da poder sobre el campesino. El señor feudal crea alianzas locales que le permiten limitar el poder del monarca y mantener un estado de guerra intermitente con otros señores. El monarca sólo es un señor más poderoso entre otros que, por derecho, son sus pares. Así, la cúspide de la pirámide es un punto débil del sistema. El monarca feudal era un soberano que mandaba sobre vasallos con los cuales estaba ligado con vínculos mutuos de fidelidad. No tenía acceso político directo al conjunto de la población ya que su poder sobre los súbditos era mediatizado por numerosos intermediarios. Sus recursos eran los que derivaba de sus propios dominios y en los demás era, frecuente-

mente, una figura ceremonial. El campesino tiene una movilidad restringida. Es un siervo adscrito a la tierra que paga al señor una renta por el uso de su parcela. Esta renta puede ser en especie, trabajo en la estancia del señor, servicios fijados por la costumbre o dinero. Aun cuando los campesinos logran conservar tierras comunales de la aldea, el principio que rige es *nulle terre sans seigneur*, toda tierra tiene su dueño feudal. La renta está ligada a la propiedad feudal de la tierra, el derecho que sobre ella ejerce un señor. En un ambiente de guerras locales y regionales, la sumisión casi voluntaria del campesino a un señor determinado refleja, por otra parte, su necesidad de protección frente a la inseguridad, la depredación y el pillaje crónicos.

Esta estructura política hacía imposible la aparición de una extensa y poderosa burocracia. En cambio, favorecía la presencia de ciudades relativamente autónomas en las cuales florecía el comercio, la artesanía y la manufactura. Estas ciudades, que no eran grandes pero tenían sus propios gobiernos y ejércitos, no representaban al principio un peligro político para los señores feudales en un mundo eminentemente rural, pero sí islas en las cuales el capital financiero y el comercio encontraron condiciones de desarrollo favorables en el marco de un comercio cuyos circuitos se extendían a varios continentes. Los comerciantes establecían con los señores feudales una relación en la cual conflicto y asociación se suceden (Anderson, 1994: 147-155).

El tema del modo de producción tributario es polémico a más no poder, y en el pasado el debate llegó a adquirir fuertes connotaciones políticas (Bailey y Llobera, 1981; Godelier, 1969; Hindess y Hirst, 1977). Intentando una síntesis adecuada para el tema que nos ocupa en nuestro tema, podríamos delinear los siguientes rasgos. El modo de producción tributario

que fue más común en el extremo Oriente, en los países islámicos, en México y Perú se caracteriza: 1) por la inexistencia o la extrema debilidad de la propiedad privada de la tierra, ya sea ésta de origen noble o campesino. La tierra es del Estado, la comunidad agraria o incluso, en algunos casos, de la tribu, pero no privada; 2) tanto a nivel de la nobleza como de los plebeyos, el individuo no ha roto el cordón umbilical que lo une a la comunidad. Sólo a través de ella puede tener acceso a la tierra y a otras prerrogativas económicas; 3) la nobleza carece de poder propio. Sus miembros son funcionarios del Estado central y reciben del monarca la mayor parte de sus privilegios; 4) el monarca, que frecuentemente se identifica con una deidad o cumple altas funciones sacerdotales, acumula un poder enorme sustentado en la concentración de funciones políticas, económicas y religiosas que involucran poblaciones numerosas; 5) el Estado acrecienta su poder mediante la realización y mantenimiento de grandes sistemas de riego o, en su defecto, de importantes obras públicas (como las que necesitaba permanentemente Tenochtitlan) o en el mantenimiento de numerosos ejércitos imperiales, tareas que no pueden asumir pequeños señores feudales; 6) el sistema produce una extensa burocracia profesional que se encarga de administrar el tributo y el imperio; 7) en la medida en que existen, los comerciantes a distancia son también dependientes del Estado. Más que aliados y/o competidores, son un apéndice, un complemento de éste, sin posibilidad alguna de constituirse en poder autónomo. La iniciativa individual del comerciante es debilitada por la rigidez de sus gremios y el carácter hereditario de la profesión.

El MPT es una estructura que combina relaciones comunitarias con relaciones de clase, en las cuales la explotación económica y el dominio político están ya presentes. Una definición

más "estatista" sería: "la combinación de la actividad productiva de las comunidades aldeanas y la intervención económica de una autoridad estatal que explota a éstas al mismo tiempo que las dirige" (Olmeda: 1966). La "unidad superior" de la que hablamos puede ser identificada con esa forma de Estado. El MPT aparece frecuentemente en la transición de las sociedades igualitarias a las sociedades de clase. En él, las aldeas agrícolas son sujetas al poder de un grupo reducido de individuos que representan una comunidad superior. Este poder se constituye en el ejercicio de funciones religiosas, políticas y económicas por medio de las cuales esa minoría acaba sometiendo a las comunidades dispersas en nombre de una unidad superior, verdadera o imaginaria. Lo que sigue es que el carácter comunal de la propiedad de la tierra en la aldea queda paulatinamente condicionada por el derecho inmanente del rey sobre ella.

Para Marx, el modo de producción asiático responde a la necesidad de llevar a cabo grandes proyectos económicos que superan los medios y la capacidad productiva de las comunidades aisladas o los señores feudales. Es en ese contexto en el cual surge un poder central fuerte, que Marx llamó —siguiendo una concepción muy difundida en Europa desde el siglo XVII— "despotismo oriental" (Godelier, en Bailey y Llobera, 1981: 264-265).

La existencia de esos proyectos determina la concentración del poder en manos de un monarca absoluto que se apropia de ese excedente que toma la forma de tributo. En un principio la aparición del MPT se asocia con la aparición de las grandes civilizaciones de Egipto, India, Mesopotamia y China y representa un desarrollo brillante de todos los aspectos de la civilización: nuevas tecnologías en la agricultura, la arquitectura, avances en el comercio, la escritura, las matemáticas y el derecho. Con el tiempo, la coincidencia de las estructuras comunitarias y las

relaciones de clase se vuelven una fuente de estancamiento que sólo pueden superar la consolidación paulatina de la propiedad privada y la producción para el mercado. En algunos casos la propiedad privada de los nobles sobre la tierra, la aparición de siervos que trabajaban en ellas, el desarrollo de la producción para el mercado y el dinero se abrieron camino, reduciendo la importancia de la comunidad, el tributo y el poder despótico del monarca, al permitir el paso a una formación social de tipo feudal. De ninguna manera puede aceptarse que el modelo del modo de producción tributario sea aplicable a sociedades tan distintas como las de China, India y el imperio otomano durante toda su larga historia. Los avances en el conocimiento de esas sociedades nos obligan a formular nuevos modelos para las formaciones precapitalistas y aceptar la irregularidad de su sucesión. Sin embargo, muchas sociedades conservaron los rasgos del MPT hasta que fueron alcanzadas por la expansión europea del siglo XVI.

El MPT y el feudalismo no son sociedades excluyentes. Pueden darse en el mismo escenario en forma sucesiva o simultánea y en un orden inverso, pero eso no disipa las profundas diferencias que las separan. Una sociedad determinada puede tener elementos de ambos, pero si se considera un periodo prolongado sólo uno de ellos puede ser dominante. A veces nuestros conocimientos históricos nos impiden resolver este problema, pero es difícil concebir una coexistencia pacífica indefinida entre ambas modalidades de organización precapitalista. La existencia de un Estado despótico que controla la división del trabajo, la producción y la distribución en el ámbito imperial, excluye la dispersión del poder político y económico del feudalismo. La relación entre comunidad e individuo es invertida, y la ciudad burguesa, tolerada por el feudalismo, es lo opuesto del comercio paraestatal del MPT.

La aplicación del modelo del modo de producción asiático a las sociedades antiguas de la América prehispánica tiene una larga historia. Aparentemente, el primero que la enuncia es el académico I. Plotnikov en un congreso en Leningrado en 1931 (Barrera Rubio, 1984: 21). En 1938, Wittfogel clasificó a los incas en el MPA, mientras definía a Mesoamérica como feudal. Pero en su libro de 1957, *Despotismo oriental*, se corrige, incluyéndola en la categoría "semicompleja" de las sociedades que forman parte del "despotismo hidráulico", con una economía controlada en la agricultura y un sector comercial libre (Carrasco y Broda, 1978: 66). El tema lo retomaron Sergio de Santis en 1965 y Mauro Olmeda en 1968 en México.

En las décadas de los setenta y los ochenta publican estudios importantes sobre el tema numerosos autores nacionales y extranjeros, la mayoría de los cuales están citados y a veces reseñados en Barrera Rubio (1984) y Mercedes Olivera (1978). Más recientemente, Alan Knight (2002) ha retomado la discusión. El debate que existe sobre el concepto del MPT ha causado que el modelo haya sido aplicado en formas muy diferentes en la realidad mesoamericana. Lo importante es no perder el sentido más íntimo de la discusión: esclarecer qué rasgos del mundo prehispánico han tenido más impacto en el desarrollo posterior de la sociedad mexicana y la razón de su persistencia. Intentemos una síntesis actualizada de esa posición que tome en cuenta los avances de la arqueología y la historia en las últimas dos décadas.

Existen evidencias irrefutables de que la sociedad mexicana era una combinación de relaciones comunitarias y propiedad privada en la cual las primeras jugaban un papel claramente dominante. Tanto entre los *macehuales* como entre los nobles, para tener acceso al usufructo de la tierra había que pertenecer a la comunidad, ya sea campesina o a esa "comunidad superior"

que conforman el Estado y la nobleza adscrita a él con el *huey tlatoani* en su cúspide. La pertenencia a la nobleza mexicana está fijada por valores políticos y reforzada por múltiples privilegios de rango. En Tenochtitlan, los artesanos y los comerciantes tenían sus propios *calpullis*, y los segundos estaban organizados en una corporación gremial que normaba estrictamente las actividades de cada individuo.

La diferenciación de clase era muy marcada, pero la relación entre quienes pagaban el tributo y quienes lo recibían estaba mediada por las comunidades. Los *macehuales* entregaban el tributo no directamente sino a través del *calpulli*, y los funcionarios reales que lo recibían lo depositaban en los almacenes del *huey tlatoani* quien a su vez lo distribuía entre la nobleza. En cuanto al imperio, el tributo se imponía a la ciudad-Estado conquistada como tal, y ésta era responsable colectivamente de su entrega. En caso de incumplimiento, el castigo se abatía sobre toda la comunidad. Era muy común que la clase dominante de una ciudad-Estado se distinguiera de sus *macehuales* por su origen étnico (real o imaginario) que la identificaba con el pueblo que había conquistado la región. A veces sus miembros se declaraban descendientes de un dios particular, desarrollaban un fuerte sentido de grupo y sólo se casaban entre ellos. También era común que esa nobleza, que estaba abierta a la poligamia, se encontrara unida por una tupida red de relaciones de parentesco. Las familias reales y de los nobles principales eran muy grandes (algunos *tlatoques* engendraron más de cien hijos) y las diferencias en rango en el linaje dependían del rango de las esposas reales o la distancia respecto a la línea directa de descendencia del soberano reinante (Carrasco, en Collier, Rosaldo y North, 1982: 31). Por otra parte, las alianzas entre ciudades-Estado eran frecuentemente selladas con la unión matrimonial entre los vástagos de las dos noblezas. También entre los

macehuales, dentro del *calpulli*, se establecían relaciones que fortalecían los lazos comunitarios y ataban al individuo. Hemos hablado de los complejos multifamiliares en los cuales vivían y los fuertes compromisos de reciprocidad que surgían de la ayuda mutua. Además debe recordarse que las asignaciones de tierras se hacían a la unidad familiar y no al individuo.

Y esto explica también el carácter de una ciudad como Tenochtitlan. Ella no es un centro comercial, industrial y financiero frente a la aldea agrícola; tampoco está regida por un consejo de comerciantes, mientras el señor feudal vive en su castillo incrustado en el medio rural. Es por lo contrario, y antes que nada, la sede del *tlatoani* y su *retenué*; un centro de culto regido por los sacerdotes, el lugar en el cual se concentra el tributo que a su vez sirve para convocar y alimentar mano de obra para trabajos masivos; un hábitat urbano para una población campesina que no ha abandonado sus *calpullis* y que sigue siendo mayoría en la ciudad lacustre. Es la típica ciudad del MPT, opuesta a la ciudad feudal.

La propiedad privada, la autonomía individual, las relaciones contractuales y las relaciones de explotación y dominio están sumergidas en el mundo de las lealtades y funciones comunitarias y familiares en todos los estratos. El impacto de esa herencia prehispánica había de hacerse sentir durante mucho tiempo, frenando el surgimiento de iniciativas individuales y la consolidación de instituciones, ligadas con el capitalismo.

Como hemos visto, en el último siglo el *tlatoani* mexicana era un hombre extraordinariamente poderoso. Y los símbolos de ese poder eran acordes con esa condición. El conjunto palaciego en el que vivía Nezahualcóyotl era digno de la Ciudad Prohibida de Pekín. Según Calnek (1975), como Texcoco no tenía los problemas de espacio de Tenochtitlan, pudo haber

sido incluso mayor que el de Moctezuma Ilhuicamina. Medía 1032 por 817 m, un área de 84.3 ha. Consistía de numerosas construcciones, jardines, templos, un juego de pelota, un zoológico y un mercado. El conjunto estaba rodeado por muros dobles de adobe. El palacio incluía las habitaciones del emperador; las de la reina y sus doncellas; las habitaciones de los sirvientes; una sala del trono y muchos otros aposentos para jueces, consejeros, funcionarios y embajadores. También había habitaciones para los soldados, científicos y artistas. Aun cuando se desconoce el tamaño del palacio propiamente dicho, podría ser comparable al de Moctezuma Xocoyotzin en Tenochtitlan, que medía 2.4 hectáreas.

No tenemos suficiente información para emitir una opinión concluyente sobre la condición general de la nobleza en el imperio mexica. ¿Era una nobleza de servicio, dependiente del señor supremo, o bien una nobleza de tipo feudal cuya riqueza y poder se derivaba de su estatus local? Los datos que existen apuntan en ambas direcciones y eso nos lleva a reconocer que probablemente ambas categorías coexistían, pero el poder imperial que domina incuestionablemente la escena está ligado con la primera.

Había *tecuhltis* (*teuctlis*, *teteuctis*) que servían en las guerras y oficios públicos y participaban en la corte. Eran nobles que no tenían cargos específicos sino a quienes el *tlatoani*, de acuerdo con su criterio y tomando en cuenta las necesidades del momento, encargaba realizar tareas que podían ser más o menos duraderas (Monjarás-Ruiz, 1980:135). A cambio de sus servicios recibían del *tlatoani*, tierras y pagos en forma de regalos. Aun cuando en teoría todo guerrero distinguido o funcionario inteligente podía llegar a ser *tecuhlti*, en la práctica se prefería a los descendientes de los nobles. El segundo grupo eran los *pillis*, hijos y descendientes de gobernantes y los supremos señores

que conservaban su nobleza y estaban exentos del tributo debido a su origen, pero no poseían tierra propia y sólo tenían acceso a ella si heredaban el puesto público del padre o lograban otro. Estas dos categorías corresponden en términos generales al concepto de nobleza de servicio propia del MPT.

En el marco del imperio, la imagen se complica mucho más. Cada ciudad-Estado tenía su propio *tlatoani*. Sus funciones, su jurisdicción y su poder real, varían considerablemente y, en ciertas ocasiones, entre ellos parecen existir relaciones jerárquicas parecidas a las que privaban en la Europa feudal. Todos ellos pagaban tributo a la Triple Alianza, pero en el manejo de sus asuntos internos gozaban de independencia. Sin embargo, esta autonomía no debe hacernos olvidar que, internamente, cada ciudad-Estado reproduce los rasgos del modo de producción tributario.

Así, no es aventurado sostener que mientras los *tlatoanis* de la Triple Alianza contaban con una amplia nobleza de servicio similar a la de los sistemas inca, musulmanes y asiáticos, el imperio era un complicado mosaico de gobiernos que oscilaban entre los restos de las viejas jefaturas tribales y una multitud de sátrapas de estilo oriental en miniatura.

Empero, los trabajos públicos, hidráulicos o no, y las constantes guerras, contribuyeron indudablemente a la concentración del poder en manos del supremo *tlatoani*.

Por medio del control de la astronomía y la exacción del tributo, el Estado interviene en la agricultura. Para promover sus fines, organiza la artesanía de lujo y controla el comercio. Su función redistribuidora es esencial al funcionamiento de la economía y la estabilidad social. En la cúspide de la pirámide social mexica, el control económico se suma al dominio ideológico-religioso y el poder político.

Pese a las modificaciones introducidas por la existencia de diferencias sociales importantes en el seno de la comunidad

campesina y la coexistencia de una amplia nobleza de servicio con otra semiindependiente, el imperio mexica tenía mucho más en común con los imperios asiáticos y del Cercano Oriente que con un auténtico sistema feudal.

Durante el primer siglo de historia colonial, algunos rasgos de la corona española y el sistema colonial, en lugar de debilitar, refuerzan los elementos del modo de producción tributario existentes en la sociedad indígena (Semo, 1973). Un Estado burocrático extrae tributo de las comunidades indígenas, sin abocarse a destruirlas. En cierta medida, se produce una continuidad socioeconómica reflejada en la legislación española sobre la comunidad y las repúblicas de indios. Al mismo tiempo la Colonia produce los elementos de la modificación del modo de producción tributario: la integración de México a la economía-mundo europeo naciente y el desarrollo de los grandes latifundios privados.

Bibliografía

- Abascal, Rafael, y Ángel García Cook, "Sistemas de cultivo, riego y control de agua en el área de Tlaxcala", en XIII Mesa Redonda de la SMA (Jalapa), *Arqueología*, 1, México, 1975, pp. 199-212.
- Abrams, M. Elliot, *How the Maya Built Their Old Energetic and Ancient Architecture*, University of Texas Press, Austin, 1994.
- Acosta, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*, FCE, México, 1962.
- Acosta Saignes, Miguel, *Los pochteca*, FCE, México, 1945.
- Adams, Richard E. W., "A Trial Estimation of Classic Maya Palace Population at Uaxactun", en Norman Hammond (ed.), *Mesoamerican Archaeology: New Approaches*, University of Texas Press, Austin, 1974, pp. 285-296.
- _____, *The Origins of Maya Civilization*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.
- _____, *Prehistoric Mesoamerica*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 1991.
- Adams, Robert, *The Evolution of Urban Society: Early Mesopotamia and Prehispanic Mexico*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1961.
- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Formas de gobierno indígena*, Imprenta Universitaria, México, 1953.
- _____, "Cultura y nutrición", en *Estudios antropológicos publicados en homenaje al doctor Manuel Gamio*, Dirección General de Publicaciones, México, 1956, pp. 227-249.

- Aguirre Beltrán, Gonzalo, *Obra antropológica IX: regiones de refugio*, Instituto Indigenista Interamericano, México, 1967.
- _____, *El proceso de aculturación en México*, UIA/Ed. Comunidad, México, 1970.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de, *Obras históricas*, 2 vols., Alfredo Chavero (ed.), Editorial Nacional, México, 1965.
- _____, *Obras históricas*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1975.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando, *Crónica mexicana*, Editorial Leyenda, México, 1944.
- _____, *Crónica mexicayotl*, Adrián León (trad.), serie 1, 10, Publicaciones del Instituto de Historia, México, 1949.
- Amador, Elías, *Bosquejo histórico de Zacatecas*, vol. I, Tipografía de la Escuela de Guadalupe, Guadalupe, Zacatecas, 1982.
- Anderson, Arthur J. O., "Materiales colorantes prehispánicos", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. IV, México, 1963, pp. 73-83.
- Anderson, Perry, *Transiciones de la antigüedad al feudalismo*, Siglo XXI Editores, México, 1994.
- Anguiano, Mariana, y Matilde Chapa, "Estratificación social en Tlaxcala durante el siglo XVI", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, SEP/INAH, México, 1976, pp. 118-156.
- Arias, Patricia, "Rutas comerciales y agentes viajeros", en *América Indígena*, vol. 17, núm. 3, México, 1982, pp. 449-466.
- Arizpe, Lourdes, *Parentesco y economía en una sociedad nahua (Nicanpehua, Zacatipan)*, INI (Antropología Social, 22), México, 1973.
- Armillas, Pedro, "A Sequence of Cultural Development in Mesoamerica", en *American Antiquity*, *Memoirs*, IV, 1948, pp. 105-111.
- _____, "Notas sobre sistemas de cultivo en Mesoamérica. Cultivos de riego y humedad en la cuenca del río Balsas", en *Anales del INAH*, III, México, 1949, pp. 85-113.

- Armillas, Pedro, "Las chinampas de México", en *Cuadernos Americanos*, núm. 50, México, 1950, pp. 165-182.
- _____, "Land Use in Pre-Columbian America", en L. Dudley Stamp (ed.), *A History of Land Use in Arid Regions*, Arid Zone Research XVII, UNESCO, 1961, pp. 255-276.
- _____, "Northern Mesoamerica", en J. D. Jennings y E. Norbeck (eds.), *Prehistoric Man in the New World*, University of Chicago Press, Chicago, 1964, pp. 291-329.
- _____, "Jardines en los pantanos", en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *La agricultura chinampera: compilación histórica*, UACH, México, 1983, pp. 159-180.
- _____, Ángel Palerm y Eric Wolf, "A Small Irrigation System in the Valley of Teotihuacan", en *American Antiquity*, vol. 21, núm. 4, 1956, pp. 396-399.
- _____, Ángel Palerm y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, SEP, México, 1972.
- Assadourian, Carlos Sempat, "La despoblación indígena en Perú y la Nueva España durante el siglo XVI y la formación de la economía colonial", en *Historia Mexicana*, vol. XXXVIII, núm. 3, El Colegio de México, México, 1989.
- Aveleyra Arroyo de Anda, Luis, "The Primitive Hunters", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, University of Texas Press, Austin, 1976, pp. 384-412.
- Ayres, R. V., y A. V. Kneese, "Economics and Ecological Effect of a Stationary Economy", en *Annual Review of Ecology and Systematics*, 2, 1971, pp. 1-22.
- Bailey, Mary Anne, y Joseph R. Llobera, *The Asiatic Mode of Production. Science and Politics*, Billing & Sons Limited Guilford, London, 1981.
- Ball, J. W., "The Rise of Northern Mayan Chiefdoms: A Sociological Analysis", en R. E. W. Adams (ed.), *The Origins of Mayan Civilizations*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978, pp. 101-132.

- Bandelier, Adolph, "On the Distribution and Tenure of Land and the Customs with Respect to Inheritance Among the Ancient Mexicans", en *Peabody Museum, Eleventh Annual Report*, Harvard University, 1878, pp. 385-448.
- Barrera, A., A. Gómez Pompa y C. Vásquez-Yanes, "El manejo de las selvas por los mayas: sus implicaciones silvícolas y agrícolas", en *Biótica*, vol. 2, núm. 2, 1977, pp. 47-61.
- Barrera Rubio, Alfredo, "Tulum desde la perspectiva del materialismo histórico", en *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 9, núm. 4, septiembre-octubre, Mérida, Yucatán, 1980, pp. 27-54.
- _____, *El modo de producción tributario en Mesoamérica*, Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán, Mérida, 1984.
- Bartra, Roger, *El modo de producción asiático. Antología de textos sobre problemas de la historia de los países coloniales*, ERA, México, 1974.
- _____, "Tributo y tenencia de la tierra en la sociedad azteca", en *Marxismo y sociedades antiguas*, Grijalbo, México, 1975, pp. 125-154.
- Barlow, R. H., *The Extent of the Empire of the Culhua Mexica*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1949.
- Basauri, Carlos, *La población indígena de México*, 3 tomos, 2a. ed., CNCA/INI, México, 1990.
- Bastow, J. W., "Comercio, moneda y cambio de los antiguos pueblos de México", en *Congreso Internacional de Americanistas*, XI Reunión, México, 1895, pp. 47-64.
- Baudot, Georges, *Utopie et histoire au Mexique: les premiers chroniqueurs de la civilisation mexicaine (1520-1569)*, Privat, Toulouse, 1976.
- Beadle, George W., "The Origin of Zea Mayas", en C. A. Reed (ed.), *Origins of Agriculture*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1977, pp. 615-635.
- Beals, Ralph, "Ethnology of the Western Mixe", en *Publications in American Archaeology and Ethnology*, vol. 42, núm. 1, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1945, pp. 1-176.

- Beals, Ralph, "El estudio de mercados en Oaxaca: su origen, ámbito y hallazgos preliminares", en Martin Diskin y Scott Cook (coords.), *Mercados de Oaxaca*, INI/SEP, México, 1975, pp. 54-73.
- Beaucage, Pierre, "Etnohistoria y marxismo: una región periférica del imperio azteca", en *Nueva Antropología*, vol. 1, México, 1976, pp. 43-81.
- Beaumont, fray Pablo de la Purísima Concepción, *Crónica de la provincia de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo de Michoacán (1565)*, Publicaciones del AGN, XVII, XVIII y XIX, México, 1932.
- Berdan, Frances, *Trade, Tribute and Market in the Aztec Empire*, tesis doctoral, University of Texas Press, Austin, 1975.
- _____, *The Aztecs of Central Mexico: An Imperial History*, Harcourt Brace College Publishers, New York, 1982.
- _____, "Markets in the Economy of Aztec Mexico", en Stuart Plattner (ed.), *Markets and Marketing*, University Press of America, México, 1985, pp. 339-367.
- _____, "Tres formas de intercambio en la economía azteca", en *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México, 1985, pp. 75-94.
- _____, "The Economics of Aztec Luxury Trade and Tribute", en Elizabeth Hill Boone (ed.), *The Aztec: Templo Mayor*, Dumbarton Oaks, Washington, 1986, pp. 161-183.
- Berlin, Brent, Dennis E. Breedlove y Peter H. Raven, *Principles of Tzeltal Plant Classification. An Introduction to the Botanical Ethnography of Maya Speaking People*, Academic Press, New York, 1974.
- Bernal, Ignacio, *Mesoamérica, periodo indígena*, IPGH, México, 1953.
- _____, "Evolución y alcance de las culturas mesoamericanas", en *El esplendor del México antiguo*, CIAM, México, 1959, pp. 97-124.
- _____, "Toynbee y Mesoamérica", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. II, UNAM, México, 1960, pp. 43-58.
- _____, *Mexico Before Cortés: Art, History and Legend*, Doubleday and Company, Inc., New York, 1963.
- _____, *El mundo olmeca*, Porrúa, México, 1968.

- Bettinger, Robert L., *Hunter Gatherers Archaeological and Evolutionary Theory*, Plenum Press, New York, 1991.
- Bichierrri, M. G. de, *Hunters and Gatherers Today*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1972.
- Binford, Lewis R., "Post-Pliocene Adaptations", en L. R. Binford y S. R. Binford (eds.), *New Perspectives in Archaeology*, Aldine Publishing Company, Chicago, 1968, pp. 313-341.
- _____, *In Pursuit of the Past*, Thames and Hudson, London and New York, 1983.
- Birdsell, J. B., *Miema Evolution*, Rand Mac Nally, Chicago, 1972.
- Blanton, Richard E., *Prehispanic Settlement Patterns of the Ixtapalapa Region*, Mexico University Park, Pennsylvania State University, Pennsylvania, 1972.
- Blom, France, "Commerce, Trade and Monetary Units of the Maya", en *Middle American Research Series*, pub. 4, 1932, pp. 531-552.
- Bohannan, Paul, *Social Anthropology*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1963.
- Bohem de Lameiras, Brigitte, "El mercado y el Estado en el México prehispánico", en *América Indígena*, vol. 17, núm. 3, México, 1982, pp. 381-407.
- Bojórquez, Carlos, "Introducción a la agricultura maya yucatanense", en *Simposio. El modo de producción tributario en Mesoamérica*, Mérida, Yucatán, 1979 (manuscrito inédito).
- Borah, Woodrow, y Sherburne F. Cook, *The Aboriginal Population in Central Mexico on the Eve of Spanish Conquest*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1963.
- _____, *The Indian Population of Central Mexico, 1531-1610*, University of California Press, Berkeley and Los Angeles, 1960.
- Bosch García, Carlos, *La esclavitud entre los aztecas*, El Colegio de México, México, 1944.
- Braidwood, Robert J., *Prehistoric Man*, Scott Foresman and Company, Dallas, 1975.

- Brana, Donald D., "Cochineal: Aboriginal Dyestuff from Nueva España", en *XXXVI Congreso Internacional de Americanistas, Actas y Memorias*, vol. 2, Sevilla, 1966, pp. 77-91.
- Bravo Hollis, Helia, "Las cactáceas entre los antiguos mexicanos", en *Anales del Instituto de Biología*, vol. 5, UNAM, México, 1932, pp. 139-148.
- Bray, Narwick, *Everyday Life of the Aztecs*, Peter Bedrick Books, New York, 1968.
- Broda, Johanna, "Los estamentos en el ceremonial mexica", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, SEP/INAH, México, 1976, pp. 37-66.
- _____, "Corona española, comunidades y tributo en el centro de México en el siglo XIV", en *México: Cuicuilco*, año 1, núm. 2, octubre, 1980, pp. 29-36.
- _____, "El tributo en trajes guerreros y la estructura del sistema tributario mexica", en Pedro Carrasco (ed.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México, 1985, pp. 113-140.
- _____, "Estratificación social y ritual mexica", en *Indiana*, vol. 5 (en preparación).
- _____, David Carrasco y Eduardo Matos Moctezuma, *The Great Temple of Tenochtitlan: Center and Periphery in the Aztec World*, University of California Press, Berkeley, 1987.
- Bronson, Bennet, "Roots and Subsistence of the Ancient Maya", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 22, 1966, pp. 251-279.
- Brunet, Jean, "Ecological Studies", en Douglas S. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 1, University of Texas Press, Austin and London, 1967, pp. 66-90.
- Bukasov, S. M., "The Cultivated Plants of Mexico, Guatemala and Colombia", en *Bulletin of Applied Botany. Genetics and Plant Breeding* (suppl.), 47, 1930, pp. 470-553.
- Byers, Douglas S. (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 1, "Environment and Subsistence", 4 vols., University of Texas Press, Austin and London, 1967.

- Callen, Eric O., "Food Habits and Some Pre-Columbian Mexican Indians", en *Economic Botany*, vol. 19, núm. 4, 1965, pp. 335-343.
- _____, "The First New World Cereal", en *American Antiquity*, vol. 32, núm. 4, 1967, pp. 535-538.
- Calnek, Edward E., "Settlement Pattern and Chinampa Agriculture at Tenochtitlan", en *American Antiquity*, vol. 37, núm. 1, 1972, pp. 104-115.
- _____, "The Sahagun Texts as a Source of Sociological Information", en Edmonson Munro S. (ed.), *Sixteenth-Century Mexico: The Work of Sahagun, A School of American Research Book*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1974, pp. 189-204.
- _____, "Organización de los sistemas de abastecimiento urbano de alimentos: el caso de Tenochtitlan", en Jorge E. Harday y Richard P. Schaedel (eds.), *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, SIAP, Buenos Aires, 1975, pp. 41-60.
- _____, "El sistema de mercado en Tenochtitlan", en *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México, 1985, pp. 95-112.
- Cancian, Frank, *Change and Uncertainty in a Peasant Economy*, Stanford University Press, Stanford, 1972.
- _____, *Economía y prestigio en una comunidad maya (El sistema religioso de cargos en Zinacantán)*, INI/SEP (Antropología Social, 50), México, 1976.
- Cardos, Amalia, *El comercio de los mayas antiguos*, Acta Antropológica, 2a. época, vol. II, núm. 1, ENAH, México, 1959.
- Carmack, Robert M., Janine Gasco y Gary H. Gossen, *The Legacy of Mesoamerica: History and Culture of a Native American Civilization*, Prentice-Hall, New Jersey, 1996.
- Carneiro, R. L., "On the Relationship Between Size of Population and Complexity of Social Organization", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 23, 1967, pp. 234-243.

- Carneiro, R. L., "A Theory of the Origin of the State", en Freilich Morris (ed.), *The Pleasures of Anthropology*, 1a. ed., Mentor Trademark, New York, 1983, pp. 40-53.
- Carrasco, Pedro, "El barrio y la regulación del matrimonio en un pueblo del Valle de México en el siglo XVI", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 17, México, 1961, pp. 7-26.
- _____, "Las tierras de dos indios nobles de Tepeaca en el siglo XVI", en *Tlalocan*, vol. IV, México, 1963, pp. 97-119.
- _____, "Documentos sobre el rango de tecuhtli entre los nahuas tramontanos", en *Tlalocan*, vol. V, 2, México, 1966, pp. 133-160.
- _____, "Sobre algunos términos de parentesco en el náhuatl clásico", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. VI, México, 1966, pp. 149-166.
- _____, "Relaciones sobre la organización social indígena en el siglo XVI", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. VII, México, 1967, pp. 119-153.
- _____, "Las clases sociales en el México antiguo", en *Verhandlungen des XXXVIII Internationalen Amerikanisten Kongress*, vol. 2, München, 1970, pp. 371-376.
- _____, "Social Organization of Ancient Mexico", en Robert Wauchope (gen. ed.), Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal (eds.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 10, parte 1, University of Texas Press, Austin, 1971, pp. 349-375.
- _____, "El estamento dominante", ponencia presentada en el curso de verano *Organización Social del México Antiguo*, CIS-INAH, México, 1975.
- _____, "La sociedad mexicana antes de la conquista", en *Historia general de México*, t. 1, El Colegio de México, México, 1976, pp. 167-288.
- _____, "La aplicabilidad a Mesoamérica del modelo andino de verticalidad", en *Economía y Sociedad en los Andes y Mesoamérica*, vol. 28, Revista de la Universidad Complutense, Madrid, 1979, pp. 237-243.
- _____, "La economía prehispánica de México", en Enrique Florescano (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina, 1500-1975*, FCE, México, 1979, pp. 15-53.

- Carrasco, Pedro, "The Political Economy of the Aztec and Inca States", en George Allen Collier (ed.), *The Inca and Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History*, Academic Press, New York, 1982, pp. 23-42.
- _____, "Some Theoretical Considerations About the Role of the Market in Ancient Mexico", en Sutti Ortiz (ed.), *Economic Anthropology: Topics and Theory*, University Press of America, New York, 1983, pp. 67-82.
- _____, "La economía del México prehispánico", en Pedro Carrasco (ed.), *Economía política e ideología en el México prehispánico*, Nueva Imagen, México, 1985, pp. 13-74.
- _____, "La organización social de los nahuas en la época prehispánica", en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, t. 3, INAH, México, 1988, pp. 465-531.
- _____, y Johanna Broda (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, SEP/INAH, México, 1976.
- _____, y Johanna Broda (eds.), *Economía, política e ideología en el México prehispánico*, CIS/INAH, Nueva Imagen, México, 1978.
- Casas, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1966.
- Caso, Alfonso, "Aztecas de México", en *Cuadernos Americanos*, vol. 1, México 1942, pp. 155-160.
- _____, "La tenencia de la tierra entre los antiguos mexicanos", en *Memorias de El Colegio Nacional*, IV, México, 1959, pp. 29-54.
- _____, "Instituciones indígenas precortesianas", en *La política indigenista en México (métodos y resultados)*, INI/SEP (Antropología Social, 20), México, 1973, pp. 15-44.
- _____, *El pueblo del sol*, Secretaría de Educación Pública, México, 1983.
- Cassady, Ralph, "Negotiated Price-Making in Mexican Traditional Markets: A Conceptual Analysis", en *América Indígena*, vol. XXVIII, 1968, pp. 51-78.

- Castillo, Víctor M., *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1972.
- Centre D'Études et de Recherches Marxistes, *Sur le mode de production asiatique*, prefacio de Roger Garandy, Éditions Sociales, Paris, 1969.
- Chapman, Anne, *Raíces y consecuencias de la guerra de los aztecas contra los tepanecas de Azcapotzalco*, ENAH, México, 1959.
- _____, "Puertos de comercio en las civilizaciones azteca y maya", en *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Labor, Barcelona, 1976, pp. 63-100.
- Charlton, Thomas H., "Contemporary Agriculture of the Valley", en *Natural Environment, Contemporary Occupation and 16th Century Population of the Valley*, The Teotihuacan Valley Project, Final Report, núm. 3, The Pennsylvania State University, 1970, pp. 253-384.
- Chavero, Alfredo D., *México a través de los siglos*, t. 1, Historia antigua y de la conquista, Editorial Cumbres, México, 1953.
- Chellet Díaz, Eugenio, *El derecho tributario en la nación azteca*, Facultad de Derecho, Universidad Iberoamericana, México, 1962.
- Chesnaux, Jean, *El modo de producción asiático*, Grijalbo, México, 1969.
- Chiappelli, Fredi, *First Images of America: The Impact of the New World on the Old*, University of California Press, Berkeley, Los Angeles, London, 1976.
- Childe, Gordon V., *What Happened in History*, Penguin Books, London, 1942.
- _____, *Man Makes Himself*, Watts & Co., London, 1948.
- _____, "The Urban Revolution", en *Town Planning Review*, núm. 21, 1950, pp. 2-17.
- _____, *Social Evolution*, Watts & Co., London, 1951.
- Clark, Colin, y Margaret Haswell, *The Economics of Subsistence Agriculture*, MacMillan, London, 1970.
- Clark, Grahame, *World Prehistory: A New Outline*, Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1969.

- Ciudad Real, Antonio de, *Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España (1548)*, 2 tomos, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1976.
- Clavijero, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, Porrúa (Sepan Cuántos, 29), México, 1979.
- Clendinnen, Inga, *Ambivalent Conquests. Maya and Spaniard in Yucatan, 1517-1570*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
- _____, *Los aztecas: una interpretación*, Nueva Imagen, México, 1998.
- Cline, Susan L., "Land Tenure and Land Inheritance in Late Sixteenth-Century Culhuacan", en Harvey y Prem (eds.), *Exploration in Ethnohistory: Indians of Central Mexico in the Sixteenth Century*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984, pp. 277-309.
- _____, *The Book of Tributes. Early Sixteenth Century Nahuatl Censuses from Morelos*, University of California Press, Los Angeles, 1993.
- Coe, Michael D., "The Chinampas of Mexico", en *Scientific American*, núm. 211, 1964, pp. 90-08.
- _____, *America's First Civilization*, American Heritage, Nueva York, 1968.
- _____, "San Lorenzo and the Olmec Civilization", en E. P. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference*, Washington, 1968, pp. 57-65.
- _____, *The Maya*, Thames and Hudson, London, 1993.
- _____, *Mexico: From the Origins of Olmecs to the Aztecs*, Thunce and Meedson, London, 1994.
- _____, y R. Cobean, "Obsidian Trade at San Lorenzo, Tenochtitlan, Mexico", ponencia presentada en la XXXV Reunión Anual de la Society for American Archeology, México, 1970.
- Colegio de México, El, *Historia general de México*, t. 1, El Colegio de México, México, 1977.
- Collier, George A., Renato J. Rosaldo y John D. Worth (eds.), *The Inca and Aztec States, 1400-1800*, Academic Press, New York, 1982.
- Comas, Juan, *Antropología física. Época prehispánica*, Departamento de Antropología Física, INAH, México, 1947.

- Conklin, Harold C., "An Ethnological Approach to Shifting Agriculture", en Andrew P. Vayda (ed.), *Environment and Cultural Behavior*, The Natural History Press, Garden City, New York, 1969, pp. 221-233.
- _____, *El cultivo de roza*, Unión Panamericana, Washington, 1963.
- Cook, Scott, "Maximization, Economic Theory and Anthropology: a Reply to Cancian", en *American Anthropologist*, núm. 68, 1966, pp. 1494-1498.
- _____, "The Obsolete 'Anti-Market' Mentality: A Critique of the Substantive Approach to Economic Anthropology", en *American Anthropologist*, núm. 68, 1966, pp. 323-345.
- _____, *Teitipac and its Metateros: An Economic Anthropological Study of Production and Exchange in a "Peasant-Artisan" Economy in the Valley of Oaxaca, Mexico*, tesis doctoral, University of Pittsburg, Ann Arbor, 1968.
- _____, "Economic Anthropology: Problems in Theory, Method and Analysis", en Honigmann (ed.), *Handbook of Social and Cultural Anthropology*, Rand McNally, Chicago, 1973, pp. 795-860.
- _____, y Martin Diskin, *Mercados de Oaxaca*, núm. 40, SEP/INI, México, 1975.
- Cook, Sherburne F., "The Interrelationship of Population, Food Supply and Building in Preconquest Mexico", en *American Antiquity*, vol. 13, 1947, pp. 45-52.
- _____, *The Population of Central Mexico in the Sixteenth Century*, University of California Press, Berkeley, 1948.
- _____, y Lesly Byrd Simpson, *The Historical Demography and Ecology of the Teotihuacan*, University of California Press, Berkeley, 1949.
- _____, y Woodrow Borah, "Quelle fut la stratification sociale au centre du Mexique pendant la première moitié du XVI siècle?", en *Annales*, vol. 18, 1963, pp. 226-258.
- Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, Porrúa (Sepan Cuántos, 7), México, 1970.

- Cowan, C. Wesley, y Patty Jo Watson, *The Origins of Agriculture: An International Perspective*, Washington, D. C., 1992.
- Cowgill, Ursula M., "An Agricultural Study of the Southern Maya Lowlands", en *American Anthropologist*, vol. 64, 1962, pp. 273-286.
- _____, "Some Comments on Manihot Subsistence and the Ancient Maya", *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 27, 1971, pp. 51-63.
- Culbert, Patrick T., *The Classic Maya Collapse*, University of New Mexico Press, A School of American Research Book, Albuquerque, 1973.
- Cutler, Hugh C., "Food Sources in the New World", en *Agricultural History*, vol. 12, núm. 2, 1954, pp. 43-49.
- _____, y Thomas W. Whitaker, "Cucurbits from the Tehuacan Caves", en Douglas S. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. I, "Environment and Subsistence", University of Texas Press, Austin and London, 1967, pp. 212-219.
- Dahlgren de Jordan, Barbro, *La mixteca. Su cultura e historia prehispánicas*, Imprenta Universitaria, México, 1954.
- _____, (prólogo), *La grana cochinilla*, Porrúa, México, 1963.
- _____, *Mesoamérica, homenaje al doctor Paul Kirchhoff*, SEP/INAH, México, 1979.
- Dahlin, Bruce H., *An Anthropologist Looks at Pyramids: A Late Classic Revitalization Movement at Tikal, Guatemala*, tesis doctoral, Temple University Press, Philadelphia, 1976.
- _____, "The Effects of a Trade Failure at Middle Classic Tikal", ponencia en American Anthropological Association, Washington, D. C., 1976.
- _____, "Cropping Cash in the Maya Proto Classic: A Cultural Impact Statement", en Norman Hammond y G. R. Willey (eds.), *Maya Archaeology and Ethnohistory*, University of Texas Press, Austin, 1979, pp. 21-37.
- Dalton, George, *Tribal and Peasant Economies*, The Natural History Press, New York, 1967.

- Dalton, George, *Economic Anthropology and Development. Essays on Tribal and Peasant Economics*, Basic Books Publishers, New York, 1971.
- Davies, Nigel, *El derecho tributario en la nación azteca*, Facultad de Derecho, Universidad Iberoamericana, México, 1962.
- _____, *The Aztecs: A History*, McMillan, London, 1973.
- _____, *El imperio azteca: el resurgimiento tolteca*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1992.
- _____, y Eugenio Chellet Díaz, *Los señoríos independientes del imperio azteca*, INAH (serie Historia, núm. XIX), México, 1968.
- Dávila, Patricio, "Una ruta teotihuacana al sur de Puebla", en *Comunicaciones*, 14, México, 1977, pp. 53-56.
- Dehouve, Danielle, *El tequio de los santos y la competencia entre los mercados*, INI/SEP (Antropología Social, 43), México, 1976.
- _____, *Quand les banquiers etaient des Saints. 450 ans de l'histoire économique et sociale d'une province indienne du Mexique*, Éditions du CNRS, Paris, 1990.
- Denevan, William M., "Hydraulic Agriculture in the American Tropics: Forms, Measures and Recent Research", en K. V. Flannery (ed.), *Maya Subsistence*, Academic Press, New York, 1982, pp. 181-203.
- _____, "Tipología de configuraciones agrícolas prehispánicas", en *América Indígena*, vol. XL, núm. 4, México, 1980, pp. 619-652.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Editorial Valle de México, México, 1981.
- Dieterich, Heinz, "El modo de producción asiático y la formación social feudal. Aspectos comparativos", en *Relaciones de producción y tenencia en la tierra en el México antiguo*, INAH (colección Científica), México, 1981, pp. 25-40.
- Dinerman, Ina R., *Los tarascos: campesinos y artesanos de Michoacán*, SEP, México, 1974.
- Doehring, D. O., y S. H. Butler, "Hydrogeological Constraints on Yucatan's Development", en *Science*, vol. 186, 1974, pp. 591-595.

- Donkin, R. A., *Agricultural Terracing in the Aboriginal New World*, University of Arizona Press, Tucson, 1979.
- _____, "Pre-Columbian Field Implements and Their Distribution in the High Lands of Middle and South America", en *Anthropos*, vol. 65, 1970, pp. 505-529.
- Drewitt, Robert B., *Irrigation and Agriculture in the Valley of Teotihuacan*, tesis doctoral, University of California Press, Berkeley, 1967.
- Drucker, Phillip, y Robert F. Heizer, "A Study of the Milpa System of La Venta and Its Archaeological Implications", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 16, 1982, pp. 36-45.
- Drucker-Brown, Susana, *Malinowski in Mexico. The Economics of a Mexican Market System*, Routledge & Kegan Paul Ltd., London, 1982.
- Dumond, Don E., "Sweedden Agriculture and the Rise of Maya Civilization", en *SWJA*, núm. 4, 1961, pp. 301-316.
- _____, "The Limitation of Human Population: A Natural History", en *Science*, vol. 181, 1975, pp. 113-121.
- Dunn, Mary E., "Ceramic Evidence for the Prehistoric Distribution of Maize in Mexico", en *American Antiquity*, vol. 40, núm. 3, 1975, pp. 305-314.
- Durán, fray Diego, *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, 2 tomos y atlas, Editora Nacional, México, 1967.
- Durand-Forest, Jacqueline, "Cambios económicos y moneda entre los aztecas", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 9, México, 1971, pp. 105-124.
- _____, "El cacao entre los aztecas", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. VII, México, 1967, pp. 155-181.
- Duverger, Christian, *La flor letal: economía del sacrificio azteca*, FCE, México, 1986.
- Dyckerhoff, Ursula, y Hanns J. Premm, "Der vorSpanische Landbesitz in Zentralmexiko", en *Zeitschrift für Ethnologie*, vol. 103, 1978, pp. 186-238.

- Dyckerhoff, Ursula, y Hanns J. Premm, "La estratificación social en Huexotzinco", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, SEP/INAH, México, 1976, pp. 157-180.
- Early, D., "Huatli: the Revival of Aztec Amaranth, an Appropriate Technology Food", en ponencia para el 77th Meeting of the American Anthropological Association, Los Angeles, 1978.
- Eder, Herbert M., "Los mercados como reflejo de la actividad económica y la cultura regional de la costa de Oaxaca", en Diskin y Cook (eds.), *Mercados de Oaxaca*, INI/SEP, México, 1975, pp. 100-115.
- Edmonson, Munro S., *Sixteenth-Century Mexico: The Work of Sahagún*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1974.
- Ekholm, Gordon F., "A Possible Focus Asiatic Influence in the Late Classic Cultures of Mesoamerica", en *American Antiquity Memoirs*, vol. 9, Society for American Archaeology, 1953, pp. 72-89.
- Emerson, R. A., "A Preliminary Survey of the Milpa System of Maize Culture as Practiced by the Maya Indians of the Northern Part of the Yucatan Peninsula", en *Annals of the Missouri Botanical Gardens*, vol. 40, 1953, pp. 51-62.
- Escalante Gonzalbo, Pablo, "La polémica sobre la organización de las comunidades de productores" en *Nueva Antropología*, vol. XI, núm. 38, México, 1990, pp. 147-162.
- Enciclopedia Yucatanense, 9 tomos, edición oficial del gobierno del estado de Yucatán, México, 1977.
- Engels, Friedrich, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, International Publishers, New York, 1942.
- Espejo, Antonieta, y Arturo Monzón, "Algunas notas sobre organización social de los tlatelolca", en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, vol. 4, México, 1945, pp. 484-489.
- Fagan, Brian M., *Ancient North America. The Archaeology of a Continent*, Thames and Hudson Ltd., London, 1995.

- Farris, Nancy, *Maya Society Under Colonial Rule: The Collection Enterprise of Survival*, Princeton University Press, New Jersey, 1984.
- Fash, W., *Maya State Formation: A Case Study and Its Implications*, disertación de doctorado, Harvard, 1983.
- Feder, Ernest, "Campesinistas o descampesinistas, tres enfoques (no incompatibles) sobre la destrucción del campesinado", en *Comercio Exterior*, vol. 29, núm. 12, México, 1977, pp. 1430-1445.
- Felger, Richard, y Mary Beek Moser, "Seri Indian Food Plants: Desert Subsistence Without a Agriculture", *Ecology of Food and Nutrition*, núm. 5, 1976, pp. 13-27.
- Fernández Tejedo, María Isabel, *La agricultura entre los antiguos mayas de las tierras bajas en el posclásico*, tesis, Colegio de Historia, UNAM, México, 1976.
- Finkler, Kaja, *Estudio comparativo de la economía de dos comunidades de México (El papel de la irrigación)*, INI/SEP, México, 1974.
- Fiorvanti, Eduardo, *El concepto de modo de producción*, Editorial Península, Barcelona, 1974.
- Flannery, Kent V., "Vertebrate Fauna and Hunting Patterns", en Douglas S. Byers (ed.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. I, University of Texas Press, Austin and London, 1967, pp. 132-177.
- _____, "The Olmecs and the Valley of Oaxaca: A Model for Inter-Regional Interaction in Formative Times", en *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, Trustees for Harvard University, Washington, 1968, pp. 79-110.
- _____, "Farming Systems and Political Growth in Ancient Oaxaca", en *Prehistoric Agriculture*, The American Museum of Natural History, Nueva York, 1971, pp. 157-180.
- _____, "The Origins of the Village as a Sellhemeut Type in Mesoamerican and the Near East", en P. Ucko, R. Tringauce y G. Daubelhy (eds.), *Mau, Sellhemeut and Urbanization*, Duckworld, London, 1972, pp. 25-53.

- Flannery, Kent V., "The Origins of Agriculture", en *The Annual Review of Anthropology*, vol. 2, 1973, pp. 271-310.
- _____, *The Early Mesoamerican Village*, Academic Press, London-New York, 1976.
- _____, *Maya Subsistence*, Academic Press, New York, 1982.
- _____, "Los orígenes de la agricultura en México: las teorías y las evidencias", en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, INAH, México, 1985, pp. 237-266.
- _____, *Archaic Foraging and Early Agriculture in Oaxaca, Mexico*, Orlando Academic Press, Orlando, 1986.
- _____, Anne V. T. Kirkby, Michel Kirkby y Aubrey Williams, "Farming Systems and Political Growth in Ancient Oaxaca", en *Science*, vol. 158, núm. 3800, 1967, pp. 445-454.
- _____ (ed.), y autor de varias porciones, "Preliminary Archaeological Investigation in the Valley of Oaxaca, Mexico, 1966-1969", *Informe al INAH y a la National Science Foundation*, mimeografiado, Museum of Anthropology, University of Michigan, 1970.
- Flores Díaz, Antonio, "Uso del suelo y los fertilizantes en la época prehispánica", en *Apuntes para la arqueología*, Departamento de Prehistoria, INAH, México, 1975, pp. 51-66.
- Florescano, Enrique, *Los estudios económicos sobre la época prehispánica*, Departamento de Investigaciones Históricas, INAH (Cuaderno de Trabajo, 21), México, 1977.
- _____, *Ensayos sobre el desarrollo de México y América Latina (1500-1975)*, FCE, México, 1979.
- _____, "Una historia olvidada: la sequía en México", en *Nexos*, núm. 32, México, 1980, pp. 9-18.
- _____, *Atlas histórico de México*, CulturaSep/Siglo XXI Editores, México, 1984.
- Foster, George M., *A Primitive Mexican Economy*, University of Washington Press, Seattle and London, 1966.
- _____, *Tzintzuntzan*, FCE, México, 1972.

- Foster, George M., *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*, FCE, México, 1974.
- Franfort, Henry, *Kingship and the Gods*, University of Chicago Press, Chicago, 1962.
- Fried, Morton H., *On the Evolution of Social Stratification and the State*, Bobb-Merrill, Indianapolis, 1960.
- _____, *The Evolution of Political Society*, Random House, New York, 1967.
- Galinat, W. C., "The Origin of Maize", en *Annual Review of Genetics*, 5, 1971, pp. 447-478.
- Gamio, Manuel, *La población del valle de Teotihuacan*, ed. facsimilar, 5 tomos, INI, México, 1979.
- García Alcaraz, Agustín, "Formación de la comunidad indígena en Michoacán", conferencia dada en el curso de verano sobre *Economía Política en Mesoamérica*, CS-INAH, México, 1976.
- García Bárcena, Joaquín, *Historia general de México*, vol. 1, 4 vols., El Colegio de México, México, 1976.
- _____, "Los pueblos cazadores y recolectores", en *El poblamiento de México: una visión histórico demográfica*, t. 1, El México prehispánico, Consejo Nacional de Población, México, 1993, pp. 116-136.
- García Cook, Ángel, "Transición del clásico al posclásico en Tlaxcala: fase Tenanyecac", en *Revista Cultura y Sociedad*, año 1, t. 1, núm. 2, México, 1974, pp. 83-98.
- _____, "Una secuencia cultural para Tlaxcala", en *Comunicaciones*, núm. 10, FAIC, Puebla, 1974, pp. 5-22.
- _____, *El desarrollo cultural prehispánico en el norte del valle poblano-tlaxcalteca: inferencia de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida*, Departamento de Monumentos Prehispánicos, INAH (serie Arqueología, 1), México, 1976.
- _____, "Los procesos de cambio de recolectores nómadas a agricultores sedentarios con especial referencia al centro y sur de México", en *XV Mesa Redonda de la SMA*, t. 1, México, 1977, pp. 95-114.

- García Cook, Ángel, "Notas sobre caminos y rutas de intercambio al este de la cuenca de México", en *Comunicaciones*, 17, México, 1977, pp. 71-82.
- _____, "El desarrollo prehispánico de los sistemas de cultivo en la zona de Tlaxcala-Puebla", en ponencia *Segundo Seminario sobre Análisis de los Agroecosistemas de México*, Colegio de Posgraduados, Chapingo, 1979.
- _____, "Historia de la tecnología agrícola en el Altiplano central desde el principio de la agricultura hasta el siglo XVIII", en Teresa Rojas Rabiela y William T. Sanders, *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, 2 vols., INAH, México, 1989, pp. 77-124.
- _____, "The Historical Importance of Tlaxcala in the Cultural Development in the Central Highlands", en *Suplemento del Handbook of Middle American Indians* (en prensa).
- _____, y Leonor Merino Carrión, "Los tipos de asentamientos prehispánicos en Tlaxcala", en ponencia *Simposium Arqueología de Superficie en el Centro de México, sus Implicaciones Teóricas y Metodológicas*, XLII Congreso Internacional de Americanistas, París, 1976.
- García de León, Antonio, *Resistencia y utopía: memorial de agravios y crónicas de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*, 3 vols., ERA, México, 1985.
- García Mora, Carlos, y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, 15 tomos, INAH, México, 1988.
- Garibay K., Ángel María, "Tratado de los dioses y ritos de la gentilidad", en *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, Porrúa (Sepan Cuántos, 37), México, 1965, pp. 121-132.
- _____, *Vida económica de Tenochtitlán. 1: Pochtecatoytl*, Instituto de Historia, UNAM, México, 1961.
- Geertz, Clifford, *The Interpretation of Cultures*, Basic Books, New York, 1973.
- Gerbi, Antonello, *La disputa del Nuevo Mundo, historia de una polémica, 1750-1900*, FCE, México, 1982.

- Gibson, Charles, *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, Stanford University Press, Stanford, 1952.
- _____, "Llamamiento general, repartimiento and the Empire of Acolhuacan", en *Hispanic American Historical Review*, vol. 36, 1956, pp. 1-27.
- _____, "The Pre-Conquest Tepanec Zone and the Labor Drafts of the Sixteenth Century", en *Revista de Historia de América*, núms. 57-58, 1964, pp. 136-145.
- _____, "Structure of the Aztec Empire", en Robert Wauchope (gen. ed.), Gordon F. Ekholm e Ignacio Bernal (eds.), *Handbook of Middle American Indians*, vol. 10, parte 1, University of Texas Press, Austin, 1971, pp. 376-394.
- _____, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*, Siglo XXI Editores, México, 2004.
- Girard, Raphael, *Los mayas eternos*, Antigua Librería Robredo, México, 1962.
- _____, *Historia de las civilizaciones antiguas de América desde sus orígenes*, 3 tomos, Editores Mexicanos Unidos, México, 1978.
- Godelier, Maurice, *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*, Editorial Estela, Barcelona, 1971.
- _____, *Antropología y economía*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1976.
- _____, *Racionalidad e irracionalidad en la economía*, Siglo XXI Editores, México, 1979.
- _____, *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Siglo XXI Editores, México, 1980.
- _____, *Marx, Engels, sobre el modo de producción asiático*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1969.
- Gómez Sahagún, Lucila, *San Miguel Tlaxpan: su organización político-social*, tesis, ENAH, México, 1971.
- Gonçalves de Lima, Oswaldo, *El maguay y el pulque en los códices mexicanos*, FCE, México, 1978.

- González, Leticia, "La población prehispánica cazadora-recolectora y el desierto de Chihuahua", en Rubén Lau y Arturo Márquez Alameda (coords.), *Historia general de Chihuahua*, vol. 1, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, gobierno del estado de Chihuahua, Ciudad Juárez, Chihuahua, 1992, pp. 163-185.
- González Morales, Eugenio, "Rescate de tecnologías locales", en *Popayán*, vol. 1, núm. 1, 1980, p. 63.
- González Torres, Yolotl, *El sacrificio humano entre los mexicas*, FCE, México, 1985.
- Gorenstein, Shirley, "The Differential Development of New World Empires", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 20, México, 1966, pp. 41-67.
- Graebner, F., "Alt-und Neuweltliche Kalender", en *Boletín, SMGE*, vol. LXV, México, 1948, pp. 435-596.
- Guzmán, Louis, "Las terrazas de los antiguos mayas montañeses. Chiapas, México", en *Revista Interamericana de Ciencias Sociales*, vol. 1, núm. 2, México, 1962, pp. 398-406.
- Haas, Jonathan, *The Evolution of the Prehistoric State*, Columbia University Press, New York, 1982.
- Hammond; Norman, *Social Process in Maya Prehistory*, London Academic Press, New York, 1977.
- _____, "The Myth of the Milpa: Agricultural Expansion to the Maya Lowlands", en P. D. Harrison y B. L. Turner (eds.), *Pre-Hispanic Maya Agriculture*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978, pp. 13-22.
- Harner, Michael, "Population Pressure and the Social Evolution of Agriculturalists", en *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 26, 1970, pp. 67-80.
- Harris, D. R., "Swedden Systems and Settlement", en P. J. Ucko *et al.*, *Man, Settlement and Urbanism*, G. Duckworth and Co. Ltd., London, 1972, pp. 245-262.

- Harris, D. R., "The Agricultural Foundations of Lowland Maya Civilization: A Critique", en P. D. Harrison y B. L. Turner (eds.), *Pre-Hispanic Maya Agriculture*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978, pp. 301-324.
- Harris, Marvin, *Cannibals and Kings: The Origins of Cultures*, Random House, New York, 1977.
- _____, *Cultural Materialism. The Struggle for a Science of Culture*, Vintage Books, New York, 1980.
- Harrison, P. D., y B. L. Turner (eds.), *Pre-Hispanic Maya Agriculture*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1978.
- Hart, Evelyn Hu-de, *Yaqui Resistance and Survival. The Struggle for Land and Autonomy, 1821-1910*, University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1984.
- Harvey, Herbert R., *Land and Politics in the Valley of Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1991.
- _____, y Hanns J. Premm, *Exploration in Ethnohistory: Indians of Central Mexico in the Sixteenth Century*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984.
- Hassig, Ross, "The Aztec Empire: A Reappraisal", en Ronald Spores y Ross Hassig, *Five Centuries of Law and Politics in Central Mexico*, *Publications in Anthropology*, 30, Vanderbilt University, Nashville, 1984, pp. 15-24.
- _____, *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, University of Oklahoma Press, Norman, 1988.
- _____, *Comercio, tributo y transportes: la economía política del valle de México en el siglo XVI*, Alianza Editorial Mexicana, México, 2000.
- Herkovitz, Melville J., *Antropología económica*, FCE, México, 1974.
- Hester, Jr., J. A., *Natural and Cultural Bases of Ancient Maya Subsistence Economy*, disertación de doctorado, University of California Press, Los Angeles, 1954.
- Hester, T., y H. Shafer, *Maya Stone Tools: Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, Prehistory Press, Madison, 1991.

- Hicks, Frederic, "Dependent Labor in Prehispanic Mexico", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. XI, México, 1974, pp. 243-266.
- _____, "Los calpixque de Nezahualcóyotl", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. XIII, México, 1978, pp. 129-152.
- _____, "Rotational Labor and Urban Development in Prehispanic Tetzaco", en Herbert R. Harvey y Hanns J. Premm, *Exploration in Ethnohistory: Indians of Central Mexico in the Sixteenth Century*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1984, pp. 147-174.
- Hindess, Barry, y Paul Hirst Q., *Pre-Capitalist Modes of Production*, Routledge & Kegan Paul, London, Henley and Boston, 1977.
- Hinz, Eike, Claudine Hartau y Marie-Louise Heimann-Koenen, *Aztekischer Zensus*, 2 vols., Verlag für Ethnologie, Hannover, 1983.
- Holmberg, Allan H., *Nomads of the Long Bow. The Eastern Bolivia*, The American Museum of Natural History, New York, 1969.
- Holmes, W. H., "The Obsidian Mines of Hidalgo, Mexico", en *American Anthropologist*, American Anthropologist Association, vol. 2, núm. 3, 1900, pp. 405-416.
- Hopkins, III, J. M., *Prehispanic Agriculture Terrace in Mexico*, tesis, University of Chicago Press, Chicago, 1974.
- Huerta, María Teresa, "La historiografía social", en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, t. 3, INAH, México, 1988, pp. 619-630.
- Hunt, Eva, "Irrigation and the Socio-Political Organization of Cuicatec Cacicazgos", en Douglas S. Byers (eds.), *The Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 4, University of Texas Press, Austin and London, 1967, pp. 162-259.
- Isaac, Barry, "The Aztec Flowery War: a Geopolitical Explanation", en *Journal of Anthropological Research*, vol. 39, 1983, pp. 415-432.
- _____, *Research in Economic Anthropology (A Research Annual) Supplement 2: Economic Aspects of Prehispanic Highland Mexico*, Jai Press Inc., Greenwich, 1986.

- Jiménez Moreno, Wigberto, "Tula y los toltecas según las fuentes históricas", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. 5, núm. 2-3, SMA, México, 1941, pp. 79-83.
- _____, "Síntesis de la historia prototolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México antiguo*, vol. 2, México, 1959, pp. 1019-1108.
- _____, "Mesoamérica", en *Enciclopedia de México*, t. 8, México, 1975, pp. 471-483.
- Joyce, Thomas A., *Mexican Archaeology*, Warner, London, 1920.
- Kaplan, David, *The Mexican Marbleplace in Historical Perspective*, Ph. D. Dissertation, University of Michigan, Ann Arbor, 1960.
- Kaplan, Laurence, "Archeology and Domestication in American Phaseolus (Beans)", en Stuart Streuver (ed.), *Prehistoric Agriculture, Garden City*, The Natural History Press, New York, 1971, pp. 516-533.
- Katz, Friedrich, *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV-XVI*, UNAM, México, 1966.
- _____, *The Ancient American Civilizations*, Praeger Publishers, New York, 1972.
- Keen, Arthur S., *Prehistoric Foraging in a Temperate Forest: A Linear Programming Model*, Academic Press, New York, 1983.
- Keen, Benjamin, *The Aztec Image in Western Thought*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1972.
- Kelley, I. T., "West Mexico and the Hohokam", en *El norte de México*, SMA, México, 1944, pp. 206-222.
- _____, "Ceramic Provinces of Northwestern Mexico", en *El occidente de México*, SMA, México, 1948, pp. 55-71.
- Kelley, J. Charles, "Mesoamerica and the Southwestern United States", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, University of Texas Press, Austin, 1966, pp. 27-40.
- Kellogg, Susan M., "Kinship and Social Organization in Early Colonial Tenochtitlan", en Ronald Spores y Ross Hassig (eds.), *Five Centuries of Law and Politics in Central Mexico*, Publications in Anthropology, 30, Vanderbilt University, Nashville, 1984, pp. 103-121.

- Kirchhoff, Paul, "Los recolectores-cazadores del norte de México", en *El norte de México y el sur de los Estados Unidos*, Tercera Unión sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica, México, 1943, pp. 133-144.
- _____, "El problema del origen de la civilización mexicana", en *México Prehispánico*, México, 1946, pp. 99-108.
- _____, "Civilizing the Chichimecs: A Chapter in the Culture History of Ancient Mexico", en *Latin American Studies*, núm. 5, Austin, 1948, pp. 80-85.
- _____, "México y el Viejo Mundo: los estudios mexicanistas ante nuevas perspectivas", en *Festschrift für Adolf E. Jensen*, núm. 1, München, 1954, pp. 293-307.
- _____, "The Principles of Clanship in Human Society", en Fried Morton H. (ed.), *Readings in Anthropology*, Thomas Y. Crowell, núm. 2, New York, 1959, pp. 259-270.
- _____, "Dos tipos de relaciones entre pueblos en el México antiguo", en *Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*, INAH, México, 1963, pp. 255-259.
- _____, "Etnología, materialismo histórico y método dialéctico", en *Antropología y Marxismo*, núm. 1, México, 1979, pp. 11-38.
- _____, "La tenencia de la tierra en el México antiguo. Un ensayo preliminar", en *Dietrich*, 1981, pp. 59-67.
- _____, *Mesoamérica*, INAH, México, 1997.
- _____, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García, *Historia tolteca-chichimeca*, INAH/CIS/INAH, México, 1976.
- Knight, Alan, *Mexico. From the Beginning to the Spanish Conquest*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- Kobayashi, Munehiro, *Tres estudios sobre el sistema tributario de los mexicas*, CIESAS (Ediciones de la Casa Chata), México, 1993.
- Kohler, Josef, *El derecho de los aztecas*, edición de la *Revista Jurídica de la Escuela Libre de Derecho*, México, 1924.

- Konrad, Herman W., "Etnocentrismo tecnológico versus sentido común", en *América Indígena*, vol. 40, núm. 3, México, 1980.
- Krader, Lawrence, *Formation of the State*, Prentice Hall, New Jersey, 1968.
- Krickberg, Walter, *Las antiguas culturas mexicanas*, FCE, México, 1961.
- Kurtz, Donald V., "Peripheral and Transition Markets: The Aztec Case", en *American Ethnologist*, vol. 1, núm. 4, 1974, pp. 685-705.
- Lamberg-Karlovsky, y Jeremy Sabloff, *Ancient Civilizations. The Near East and Mesoamerica*, The Benjamin Cummins Publishing Company, London/Amsterdam, 1979.
- Lameiras, Brigitte B. de, "El origen del Estado en el Valle de México. Marxismo, modo de producción asiático y materialismo ecológico en la investigación del México prehispánico", en J. Monjarás-Ruiz, *Mesoamérica y el centro de México*, INAH, México, 1985, pp. 235-248.
- _____, *La formación del Estado en el México prehispánico*, El Colegio de Michoacán, México, 1986.
- _____, "El riego y el Estado en el México prehispánico", en Pedro Carrasco, *La comunidad indígena en el centro y occidente de México*, El Colegio de Michoacán, México (en prensa).
- _____, "El origen de las sociedades clasistas y el Estado", en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, t. 3, INAH, México, 1988, pp. 533-573.
- Lameiras, José, "Relación en torno a la posesión de tierras y aguas: un pleito entre indios principales de Teotihuacan y Acolman en el siglo XVI", en Teresa Rojas Rabiela, R. A. Strauss y José Lameiras (coords.), *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el Valle de México*, SEP/INAH, México, 1974, pp. 177-228.
- Lee, Richard, Irven De Vore y Jill Nash (eds.), *Man the Hunter*, Aldine Publishing Co., Chicago, 1968.
- Lee, Thomas A., y Carlos Navarrete, *Mesoamerican Communication Routes and Cultural Contacts*, Provo, Utah, Brigham Young University, Papers of the New World Archaeological Foundation, 1978.

- León-Portilla, Miguel, "La institución cultural de comercio prehispánico", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. III, México, 1962, pp. 23-54.
- _____, *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*, FCE, México, 1976.
- _____, *Visión de los vencidos: relaciones indígenas de la Conquista*, UNAM, México, 1976.
- _____, *Toltecáyotl: aspectos de la cultura náhuatl*, FCE, México, 1980.
- _____, *La filosofía náhuatl*, UNAM, México, 1983.
- Leuz, Hans, *El papel indígena mexicano: historia y supervivencia*, Editorial Cultural/TESA, México, 1978.
- Linton, Ralph, *The Tree of Culture*, Alfred A. Knopf, New York, 1957.
- Litvak King, Jaime, *Cihuatlán y Tepecoacuilco: provincias tributarias de México en el siglo XVI*, UNAM, México, 1971.
- Lockhart, James, *The Nahuas After Conquest, a Social and Cultural History of the Indians of Central Mexico, Sixteenth Through Eighteenth Centuries*, Stanford University Press, Stanford, 1992.
- López Austin, Alfredo, *La Constitución Real de México-Tenochtitlán*, UNAM, México, 1961.
- _____, *Hombre-dios: religión y política en el mundo náhuatl*, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, México, 1973.
- _____, "Organización política en el altiplano central de México durante el posclásico", en *Historia Mexicana*, vol. XXIII, México, 1974, pp. 515-550.
- _____, "El fundamento mágico-religioso del poder", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. XII, Instituto de Investigaciones Históricas/UNAM, México, 1976, pp. 197-240.
- _____, *Cuerpo humano e ideología*, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1980.
- _____, *Tarascos y mexicas*, SEP, México, 1981.
- _____, y Leonardo López Luján, *El pasado indígena*, El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas/FCE, México, 1996.

- López de Gómara, Francisco, *Historia general de las Indias*, Calpe, Madrid, 1922.
- López Luján, Leonardo, *Nómadas y sedentarios. El pasado prehispánico de Zacatecas*, INAH, México, 1981.
- Lorenzo, José Luis, *Del nomadismo a los centros ceremoniales*, Departamento de Investigaciones Históricas, INAH, México, 1975.
- _____, "La etapa lítica en norte y centroamérica. Sobre los orígenes del hombre americano", en Luis Felipe Bate, *Historia general de América*, Academia Nacional de Historia de Venezuela, Caracas, 1983.
- _____, *La etapa lítica en México*, INAH, México, 1987.
- _____, *La Revolución neolítica en Mesoamérica*, INAH, México, 1991.
- _____, *Prehistoria y arqueología*, INAH, México, 1991.
- _____, y Lorena Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35 000 años de historia del lago de Chalco*, INAH, México, 1986.
- Lowie, Robert B., *The Indians of the Plains*, The National History Press, New York, 1963.
- Mac Clung, Emily, y Judith Zurita, "Las primeras sociedades sedentarias", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (eds.), *Historia antigua de México*, vol. 1, CNA/INAH/UNAM/Porrúa, México, 2000, pp. 255-295.
- Mac Neish, Richard S., "Ancient Mesoamerica Civilization", en *Science*, vol. 143, núm. 3606, 1964, pp. 531-537.
- _____, "Speculation About How and Why Food Production and Village Life Developed in the Tehuacan Valley", en *Archaeology*, vol. 24, núm. 4, 1971, pp. 307-315.
- _____, "The Food Gathering and Incipient Agricultural Stage of Prehistoric Middle America", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, University of Texas Press, Austin, 1976, pp. 413-426.
- _____, *The Origins of Agriculture and Settled Life*, University of Oklahoma Press, Oklahoma, 1992.
- Malinowski, Bronislaw, *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Ariel, Barcelona, 1971.

- Malvido, Elsa, "El abandono de los hijos, una forma de control del tamaño de la familia y del trabajo indígena, Tula 1683-1730", en *Historia Mexicana*, vol. 29, núm. 4, México, abril-junio de 1980, pp. 521-561.
- Mandel, Ernest, *Tratado de economía marxista*, 2 tomos, ERA, México, 1972.
- Mangelsdorf, P. C., R. S. Mac Neish y W. C. Galiant, "Domestication of Corn", en *Science*, núm. 143, 1964, pp. 538-545.
- Manrique, Leonardo, "The Otomi", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 8, University of Texas Press, Austin, 1969, pp. 682-722.
- Manzanilla, Linda y Leonardo López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, 4 vols., INAH, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Porrúa, México, 2000.
- Marroquín, Alejandro, *La ciudad mercado (Tlaxiaco)*, INI, México, 1968.
- Martínez Martínez, Hildeberto, *Tepeaca en el siglo XVI: tenencia de la tierra y organización de un señorío*, tesis, Universidad Veracruzana, México, 1977.
- Marx, Karl, "Pre-Capitalist Economic Formations", en Eric J. Hobsbawm (ed.), *International Publishers*, New York, 1965.
- _____, y Friedrich Engels, *Obras escogidas*, 2 tomos, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Instituto de Marxismo-Leninismo (Editorial de Literatura Política del Estado), Moscú, 1955.
- Mathien, F. J., y R. H. Mc Guire, *Ripples in the Chichimec Sea: New Considerations of Southwestern-Mesoamerica Interactions*, Southern Illinois University, Carbondale, 1986.
- Matos Moctezuma, Eduardo, "Las corrientes arqueológicas en México", en *Nueva Antropología*, año III, núm. 12, México, 1979, pp. 682-722.
- _____, *The Great Temple of the Aztecs: Treasures of Tenochtitlan*, Thames and Hudson, London, 1988.
- _____, "Mesoamérica", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, vol. 1, INAH, Instituto de

- Investigaciones Antropológicas, UNAM, Porrúa, México, 2000, pp. 95-120.
- Maugelsdory, Paul C., *Corn, Its Origin, Evolution and Improvement*, Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1974.
- Melgarejo, José Luis, *Antigua historia de México*, 3 tomos, SEP/Documentos, México, 1975.
- Mendieta, fray Jerónimo, en Joaquín García Icazbalceta (ed.), *Historia eclesiástica indiana*, Porrúa (ed. facsimilar de la de 1870), México, 1971.
- Mendizábal, Miguel Othón de, *Ensayos sobre las civilizaciones aborígenes americanas*, UNAM, México, 1924.
- _____, "La influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México", en *Obras completas*, t. 2, edición Carmen H. Vda. de Mendizábal, México, 1946, pp. 181-344.
- Millon, René F., "Irrigation at Teotihuacan", en *American Antiquity*, vol. 20, núm. 2, 1954, pp. 177-180.
- _____, *When Money Grows on Trees: A Study of Cacao in Ancient Mesoamerica*, tesis doctoral, Columbia University, New York, 1955.
- _____, "Irrigation Systems in the Valley of Teotihuacan", en *American Antiquity*, vol. 23, núm. 2, 1957, pp. 160-166.
- _____, *Urbanization at Teotihuacan, Mexico*, 2 vols., Austin, Texas, 1973.
- Mirambell, Silvia Lorena, "De las primeras sociedades al preclásico. Los primeros pobladores del actual territorio mexicano", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, vol. 1, INAH, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Porrúa, México, 2000, pp. 223-254.
- Miranda, José, *El tributo indígena en la Nueva España durante el siglo XVI*, El Colegio de México, México, 1980.
- Mohar, Luz María, *El tributo en el siglo XVI: análisis de dos fuentes pictográficas*, tesis de licenciatura, Universidad Iberoamericana, México, 1976.

- Molins Fábrega, Narciso, *El Códice Mendocino y la economía de Tenochtitlán*, Biblioteca Mínima Mexica, México, 1956.
- Monjarás-Ruiz, Jesús, *La nobleza mexicana: surgimiento y consolidación*, Editorial Edicol, México, 1980.
- Monzón Estrada, Arturo, "La organización social de los aztecas", en Jorge A. Vivó, *México prehispánico, culturas, deidades, monumentos*, Editorial E. Hurtado, México, 1946, pp. 791-803.
- _____, *El calpulli en la organización social de los tenochca*, Instituto de Historia, UNAM, México, 1949.
- Moreno, N. M., *La organización política y social de los aztecas*, UNAM, México, 1962.
- Moreno Toscano, Alejandra, *Geografía económica de México (siglo XVI)*, El Colegio de México, México, 1968.
- Moreno Velasco, Óscar, *Economía campesina de los choles: producción para el consumo, producción para el mercado*, tesis, ENAH, México, 1968.
- Morgan, Lewis Henry, *Ancient Society*, con introducción y anotación de Eleanor Burke Leacock, The World Publishing Company, New York, 1969.
- Moriarty, James Robert, "Agricultura de jardines flotantes (chinampas) en los antiguos lagos de México", en Carlos Javier González (comp.), *Chinampas prehispánicas*, INAH, México, 1992, pp. 179-205.
- Morley, Sylvanus G., *La civilización maya*, FCE, México, 1975.
- Moseley, Michael E., *The Incas. And their Ancestors. The Archaeology of Peru*, Thames and Hudson, London, 1993.
- [Motolinía] Benavente, fray Toribio de, *Relaciones en la Nueva España*, UNAM, México, 1964.
- _____, *Historia de las Indias de la Nueva España*, Editora Nacional, México, 1967.
- _____, *Memoriales o libro de las cosas de la Nueva España y de los naturales de ella*, IIH/UNAM, México, 1971.
- Murdock, George Peter, *Nuestros contemporáneos primitivos*, FCE, México, 1945.

- Muría, José María, *Sociedad prehispánica y pensamiento europeo*, SEP/Setentas, México, 1973.
- Museo Nacional de Antropología. México. *Libro guía*, CNCA/INAH/Lumweg, Barcelona, 2004.
- Nalda, Enrique, "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", en Enrique Semo (coord.), *México, un pueblo en la historia*, t. 1, Alianza Editorial Mexicana, México, 1999, pp. 11-164.
- Neale, Walter C., "The Market in Theory and History", en Karl Polanyi y Conrad M. Arensberg (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, The Free Press, New York, 1957, pp. 357-372.
- Noguera, Eduardo, *El horizonte tolteca-chichimeca*, INAH, México, 1950.
- Offner, Jerome A., "A Reassessment of the Extent and Structuring of the Empire of Techtolalatzin", en *Ethnohistory*, vol. 26, 1979, pp. 231-241.
- _____, "On the Inapplicability of Oriental Despotism and the Asiatic Mode of Production to the Aztecs of Texcoco", en *American Antiquity*, vol. 46, 1981, pp. 43-61.
- _____, *Law and Politics in Aztec Texcoco*, Cambridge University Press, London, 1983.
- Olivera, Mercedes, "El despotismo tributario en la región de Cuauhtinchan-Tepeaca", en Pedro Carrasco y Johanna Broda (eds.), *Estratificación social en la Mesoamérica prehispánica*, SEP/INAH, México, 1976, pp. 181-206.
- _____, *Pillis y macehuales. Las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali del siglo XII al XVI*, núm. 6, Ediciones de la Casa Chata, México, 1978.
- Olmeda, Mauro, *El desarrollo de la sociedad mexicana. I. La fase prehispánica*, Mauro Olmeda editor, México, 1966.
- _____, *Los modos de producción entre los antiguos mexicanos*, FCE, México, 1968.
- Orozco y Berra, Manuel, *Historia antigua y de la conquista de México*, 4 vols., Porrúa, México, 1960.

- Ortiz de Montellano, Bernardo, *Medicina, salud y nutrición aztecas*, Siglo XXI Editores, México, 1993.
- Ortiz, Sutti (ed.), "Economic Anthropology. Topics and Theory", Monografías en *Economic Anthropology*, University Press of America, New York, 1983.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de, *Historia general y natural de las Indias*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1851-1853.
- Palerm, Ángel, "La civilización urbana", en *Historia Mexicana*, vol. 2, núm. 2, México, 1952, pp. 184-209.
- _____, "The Agricultural Bases of Urban Civilization in Mesoamerica," en *Irrigation Civilizations: A Comparative Study*, Pan American Union, Social Science, Washington, 1955, pp. 28-42.
- _____, *Introducción a la teoría etnológica*, Universidad Iberoamericana, México, 1967.
- _____, *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, SEP/Setentas, México, 1972.
- _____, *Obras hidráulicas prehispánicas en el sistema lacustre del Valle de México*, SEP/INAH, México, 1973.
- _____, *Historia de la teoría etnológica. Los evolucionistas*, SEP/INAH, México, 1977.
- _____, *México prehispánico. Evolución ecológica del Valle de México*, Carmen Viquera (ed.), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1980.
- _____, y Eric Wolf, *Agricultura y civilización en Mesoamérica*, SEP/Setentas, México, 1972.
- Parsons, Jeffrey R., "Teotihuacan, Mexico and Its Impact on Regional Demography", en *Science*, vol. 162, núm. 3856, 1968, pp. 872-877.
- _____, "The Development of a Prehistoric Complex Society: a Regional Perspective from the Valley of Mexico", en *Journal of Field Archaeology*, núm. 1, 1974, pp. 81-108.

- Peñafiel, Antonio, *Monumentos del arte mexicano antiguo: ornamentación, mitología, tributos y monumentos*, 2 vols., Congress International des Americanistes, Berlín, 1890.
- Piña Chan, Román, *Las culturas preclásicas de la cuenca de México*, FCE, México, 1955.
- _____, *Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino*, INAH, México, 1976.
- _____, *Quetzalcóatl. Serpiente Emplumada*, FCE, México, 1977.
- Plattner, Stuart, *Economic Anthropology*, Stanford University Press, Stanford, 1989.
- Polanyi, Karl, "The Economy as Instituted Process", en Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, The Free Press, New York, 1957, pp. 243-269.
- _____, "Ports of Trade in Early Society", en George Dalton (ed.), *Primitive, Archaic and Modern Economies*, Doubleday and Company, New York, 1968, pp. 238-160.
- _____, *La gran transformación*, Juan Pablos Editor, México, 1975.
- _____, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, The Free Press, New York, 1957.
- Pomar, Juan B., "Relación de Texcoco", en Juan B. Pomar y Judith Zurita (eds.), *Relaciones de Texcoco y de los señores de la Nueva España*, Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, vol. 2, Editorial S. Chávez Hayhoe, México, 1941, pp. 1-64.
- Porter Weaver, Muriel, *The Aztecs, Maya and their Predecessors*, Seminar Press, New York, 1972.
- Premm, Hanns, J., *Matrícula de Huexotzinco (MS. mex. 387 der Bibliothéque Nationale, Paris)*, Edition-Kommentar-Hieroglyphenglossar, ADEVA, Graz, 1974.
- Price, Barbara, "A Chronological Framework for Cultural Development in Mesoamerica", en E. R. Wold (ed.), *The Valley of Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1976, pp. 13-21.

- Price, Douglas T., y Jarries Brown (eds.), *Prehistoric Meuter Gatherers*, Academic Press, New York, 1985.
- Raddcliffe-Brown, *The Andaman Indians*, The Free Press, Glencoe, Ill., 1948.
- Ramírez Cabañas, Joaquín, "Los macehuales", en *Filosofía y Letras*, vol. 2, 1941, pp. 119-124.
- Rammow, Helga, *Die Verwandtschaftsbeziehungen im klassischen Aztekischen*, Hamburgische Museum für Volkerkunde und Vorgeschichte, Hamburg, 1964.
- Ramos, Samuel, "Mayas y aztecas, griegos y romanos de América", en *Síntesis*, vol. 12, México, 1934, pp. 86-88.
- Redfield, Robert, *Peasant Society and Culture: An Anthropological Approach to Civilization*, University of Chicago Press, Chicago, 1956.
- _____, *The Primitive World and Transformation*, Cornell University Press, Ithaca, 1952.
- _____, y Milton Singer, *The Cultural Role of Cities*, The Bobbs-Merrill Reprint Series in the Social Sciences; Economic Development and Cultural Change, vol. III, núm. 1, 1954.
- Reyes García, Luis, *Cuauhtinchan del siglo XV al XVI. Formación social, desarrollo histórico de un señorío prehispánico*, Franz Steiner Verlag, Wiesbaden, 1977.
- _____, "La visión cosmológica y la organización del imperio mexicana", en *Homenaje a Paul Kirchhoff*, SEP/INAH, México, 1979, pp. 34-40.
- Reynolds, Robert G., *An Adaptive Computer Model of the Evolution of Agriculture for Hunter-Gatherers in the Valley of Oaxaca, Mexico*, tesis doctoral, University of Michigan, Ann Arbor, 1979.
- Ribeiro, Darcy, *The Civilizational Process*, Smithsonian Institution Press, Washington, 1968.
- Rindos, David, *The Origins of Agriculture and Evolutionary Perspective*, Academic Press, Orlando, 1984.
- Rivera, Agustín, *Anales mexicanos o sea cronológicos de los hechos más notables pertenecientes a la historia de México, desde el siglo VI hasta este año de 1889*, Jalisco, México, 1889.

- Rivera Dorado, Miguel, *Los mayas, una sociedad oriental*, Universidad Complutense, Madrid, 1982.
- Rodríguez Valdés, María J., *La mujer azteca*, Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca, 1988.
- Rojas, Gabriel de, "Descripción de Cholula", en *Revista Mexicana de Estudios Históricos*, vol. 1, México, 1927, pp. 158-169.
- Rojas, José Luis de, *Tenochtitlán en el siglo XVI. Economía y sociedad*, El Colegio de Michoacán/FCE, México, 1986.
- Rojas Rabiela, Teresa (ed.), *La agricultura chinampera: compilación histórica*, UACH, México, 1983.
- _____, "El tributo en trabajo en la construcción de las obras públicas de México-Tenochtitlan", en Alfredo Barrera Rubio (ed.), *El modo de producción tributario en Mesoamérica*, Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán, Mérida, Yucatán, 1984, pp. 51-75.
- _____, (ed.), *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, INAH, México, 1985.
- _____, *Las siembras de ayer. La agricultura indígena del siglo XVI*, CIESAS, México, 1988.
- _____, *Agricultura indígena, pasado y presente*, CIESAS (Ediciones de la Casa Chata), México, 1990.
- _____, R. A. Strauss y José Lameiras (coords.), *Nuevas noticias sobre las obras hidráulicas prehispánicas y coloniales en el Valle de México*, SEP/INAH, México, 1974.
- _____, y William T. Sanders, *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, 2 vols., INAH, México, 1989.
- Romero, María de los Ángeles, "Evolución económica de la Mixteca Alta (siglo XVIII)", en *Historia Mexicana*, vol. XXXII, núm. 4, abril-junio de 1983, pp. 496-523.
- Romero, Stewart de Terra, *Tepexpan Man*, Viking Feud Publications in Archeology, New York, 1949.
- Rosales, Margarita, "Comerciantes en Oxkutzcab, Yucatán, 1900-1950", en *Rutas de intercambio en Mesoamérica y norte de México*, t. 2,

- Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Coahuila, Saltillo, 1980, pp. 161-174.
- Rosenblat, Ángel, *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad*, Instituto Indigenista Interamericano, Buenos Aires, 1945.
- Rubros, David, *The Origins of Agriculture. An Evolutionary Perspective*, Academic Press, New York, 1984.
- Rudner, Richard S., *Philosophy of Social Science*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1966.
- Rukion, George Augustus F., "The Migrations of the Ancient Mexicans and their Analogy to the Existing Indian Tribes of Northern Mexico", en *Journal of the Ethnological Society of London*, vol. 2, 1850, pp. 90-104.
- Ruvalcaba, Jesús, *Agricultura india, prehispánica y colonial en Tepeapulco, Cempoala y Tulancingo, 1480-1600*, UIA, México, 1981.
- Sabloff, Jeremy, *The Rise and Fall of Civilization. Modern Archaeological Approaches to Ancient Cultures*, Cummings Publishing Company, Menlo Park, 1974.
- Sachse, Úrsula, "Acerca del problema de la segunda división social del trabajo entre los aztecas", en *Traducciones Mesoamericanistas*, vol. 1, México, 1966, pp. 73-145.
- Sahagún, fray Bernadino de, *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain*, Arthur J. O. Anderson y Charles E. Dibble (trads.), University of Utah and the School of American Research, Santa Fe, New Mexico, 1950.
- _____, *Historia general de las cosas de Nueva España*, Porrúa (Sepan Cuántos), México, 1975.
- Sahlins, Marshall D., "On the Sociology of Primitive Exchange", en M. Banton (ed.), *The Relevance of Models for Social Anthropology*, Praeger, New York, 1965, pp. 139-186.
- _____, *Tribesmen*, Prentice-Hall, New Jersey, 1968.
- _____, *Stone Age Economics*, Aldine de Greyter, New York, 1972.
- _____, *Economía de la Edad de Piedra*, Akal Editor, Madrid, 1977.

- Saidon, Jacqueline, *Cotton Production and Exchange in Mexico, 1427-1580*, disertación de maestría, Hunter College, University of New York, 1978.
- Sanders, William T., "El mercado de Tlatelolco, un estudio económico urbano", en *Platoani*, vol. 1, núm. 1, 1952, pp. 14-16.
- _____, *Cultural Ecology of the Teotihuacan Valley: a Preliminary Report of the Teotihuacan Valley Project*, Pennsylvania State University, Pennsylvania, 1965.
- _____, "Hydraulic Agriculture, Economic Symbiosis and the Evolution of States in Central Mexico", en B. J. Meggers (ed.), *Anthropological Archaeology in the Americas*, Anthropological Society of Washington, Washington, 1968, pp. 88-107.
- _____, *The Natural Environment, Contemporary Occupation and 16th Population of the Valley*, University Park, Pennsylvania, 1970.
- _____, "El lago y el volcán: la chinampa", en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *La agricultura chinampera: compilación histórica*, UACH, México, 1983, pp. 115-157.
- _____, "Tecnología agrícola, económica y política", en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*, t. 1, INAH, México, 1985, pp. 9-25.
- _____, y Barbara J. Price, *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, Random House, New York, 1968.
- _____, R. Parsons y R. S. Sautley, *Ecological Processes in the Evolution of Civilization*, Academic Press, New York, 1979.
- _____, y Joseph W. Miehels, *Teotihuacan and Kaminaljuyu: A Study in Prehispanic Culture Contact*, Pennsylvania State University Press, Pennsylvania, 1977.
- Sanderson, Stephen K., *Social Transformations. A General Theory of Historical Development*, Blackwell Publishers, Oxford, 1995.
- Santis, Sergio de, "Les communautés de village chez les incas, les aztèques et les mayas", en *La Pensée*, Paris, agosto, 1965, pp. 79-95.

- Sarmiento, Griselda, "La creación de los primeros centros de poder", en Linda Manzanilla y Leonardo López Luján (coords.), *Historia antigua de México*, vol. 1, INAH, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, Porrúa, México, 2000, pp. 335-361.
- Schaedel, Richard P., "The City and the Origin of the State in America", en *Actas del XXXIX CIAS*, vol. 2, Lima, Perú, 1970, pp. 15-33.
- Schele, Linda, y David Freidel, *Una selva de reyes*, Editorial Patria, México, 1993.
- Scholes, Frances, y Eleanor B. Adams, "Información sobre los tributos que los indios pagaban a Moctezuma. Año de 1554", en *Documentos para la Historia del México Colonial*, vol. 4, Porrúa, México, 1957.
- _____, "Sobre el modo de tributar los indios de Nueva España a su majestad, 1561-1564", en *Documentos para la Historia del México Colonial*, vol. 5, Porrúa, México, 1958.
- Schroeder, Susan, *Chimalpahin and the Kingdoms of Chalco*, University of Arizona Press, Tucson, 1991.
- Schultze-Jena, Leonhard, *Gliederung des Alt-Aztektischen Volkes in Familie, Stand und Beruf*, vol. 5, Quellenwerke zur alten Geschichte Amerikas, Stuttgart-Berlin, 1952.
- Secretaría de Gobernación, *El poblamiento de México. El México prehispánico*, Grupo Azabache, México, 1993.
- Sejournee, Laurette, *Pensamiento y religión en el México antiguo*, FCE, México, 1975.
- Semo, Enrique, *Historia del capitalismo en México: Los orígenes, 1521-1763*, ERA, México, 1973.
- Service, Elman R., *Primitive Social Organization: an Evolutionary Perspective*, Random House, New York, 1962.
- _____, *The Hunters*, Prentice-Hall, New Jersey, 1966.
- _____, *Origins of the State and Civilization. The Process of Cultural Evolution*, Norton and Co., New Jersey, 1975.
- Seymour-Smelk, Charlotte, *Macmillan Dictionary of Anthropology*, Macmillan, London, 1983.

- Sharer, Robert J., *The Ancient Maya*, 5a. ed., Stanford University Press, Stanford, 1994.
- Shook, Edwin M., y Tatiana Proskouriakoff, "Settlement Patterns in Mesoamerica and the Sequence in the Guatemalan Highlands", en *Prehistoric Settlement Patterns in the New World*, Viking Fund, Publications in Anthropology, 23, 1956, pp. 93-100.
- Shutler, Richard, *Early Man in the New World*, Sage Publications, New Dehli, 1983.
- Singer, Marie-Odile Marion, "La tecnología y la sociedad", en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, t. 4, INAH, México, 1988, pp. 415-441.
- Smith, Carol, "Markets in Oaxaca: Are They Really Unique?", en *Reviews in Anthropology*, vol. 3, núm. 4, 1976, pp. 386-400.
- Smith, Jr., Earl C., "Evidencia arqueológica actual sobre los inicios de la agricultura en América", en Coloquio Gordou Cluide, *Estudios sobre la Revolución Neolítica y la Revolución Urbana*, Linda Manzanilla, UNAM, México, 1988, pp. 91-112.
- Smith, Michael E., *The Aztecs*, Blakewell Publishers, Cambridge, Mass., 1996.
- Sociedad Mexicana de Antropología, *Rutas de intercambio en Mesoamérica y norte de México*, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Coahuila, Saltillo, México, 1980.
- Soustelle, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista española*, FCE, México, 1984.
- Spinden, Herbert J., *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, American Museum of Natural History, Handbook Series, New York, 1917.
- _____, "Origin of Civilization in Central America and Mexico", en *The American Aborigines: their Origins and Antiquity*, Toronto, 1933, pp. 217-247.
- _____, "The Origin and Distribution of Agriculture in America", en *Proceedings*, núm. 19, CIA, Washington, 1917, pp. 269-276.

- Spores, Ronald, *Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, Ethnohistory, University of Texas Press, Austin, 1986.
- Steward, Julian H., "Culture Casualty and Law: A Trial Formulation of the Development of Early Civilizations", en *American Anthropologist*, vol. 51, 1949, pp. 1-27.
- _____, "Evolution and Process", en *Anthropology Today*, University of Chicago Press, Chicago, 1953, pp. 313-326.
- _____, *Irrigation Civilizations: a Comparative Study*, Pan American Union, Washington, 1955.
- _____, *Theory of Cultural Change: The Methodology of Multilinear Evolution*, Urbana, University of Illinois Press, 1955.
- Struever, Stuart (ed.), *Prehistoric Agriculture*, The American Museum of Natural History, The Natural History Press, New York, 1971.
- Tax, Sol, *Penny Capitalism. A Guatemalan Indian Economy*, Smithsonian Institute of Social Anthropology, Washington, 1953.
- Taylor, W. W., "Archaic Cultures Adjacent to the Northeastern Frontiers of Mesoamerica", en *Handbook of Middle American Indians*, vol. 4, University of Texas Press, Austin, 1966, pp. 59-94.
- Thomas, Hugh, *The Real Discovery of America: Mexico, November 8, 1519*, Moyer Bell Limited, New York, 1992.
- _____, *Conquest. Moctezuma, Cortes and the Fall of Mexico*, Touchstone Books, New York, 1993.
- Thompson, Eric J., *Mexico Before Cortes*, Charles Scribner's Sons, New York, 1933.
- _____, *La civilización de los mayas*, Publicaciones del Departamento de Bibliotecas, Secretaría de Educación Pública, México, 1936.
- Todorov, Tzvetan, *The Conquest of America*, Harper, New York, 1984.
- Torquemada, fray Juan de, *Los veinte i un libros rituales i Monarquía Indiana*, 3 vols., Porrúa, México, 1969.
- Toscano, Salvador, *Derecho y organización social de los aztecas*, UNAM, México, 1937.

- Tozzer, A. M., "The Domain of the Aztec and their Relation to the Pre-historic Cultures of Mexico", en *Holmes Anniversary, Volume*, 1916, pp. 464-468.
- Universidad Complutense de Madrid, *Los Andes y Mesoamérica*, Madrid, 1979.
- Vaillant, George, *Aztecs of Mexico*, Doubleday, New York, 1941.
- Vavilov, Nicolai I., *Estudios sobre el origen de las plantas cultivadas*, Acme Agency, Buenos Aires, 1951.
- Vázquez Chamorro, Germán, "Las reformas socioeconómicas de Motecuhzoma II", en *Revista Española de Antropología Americana*, vol. 11, 1981, pp. 207-217.
- Veerkamp, Verónica, "Bibliografías sobre mercados y comercio", en *América Indígena*, vol. 17, núm. 3, México, 1982, pp. 467-504.
- _____, "El comercio y los mercados", en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, t. 4, INAH, México, 1988, pp. 443-464.
- Villalpando Canchola, María Elisa, "Cazadores-recolectores y agricultores de contacto", en *Historia general de Chihuahua*, t. 1, Gobierno del Estado de Sonora, Hermosillo, 1996, pp. 233-259.
- Villela, Samuel L., y Villoria Don B., "La antropología económica", en Carlos García Mora y Martín Villalobos Salgado (eds.), *La antropología en México*, t. 4, INAH, México, 1988, pp. 385-414.
- Vogt, Evon, *The Zinacantecos of Mexico: A Modern Maya Way of Life*, Holt, Rinehart and Winston, New York, 1970.
- Waterman, Thomas Talbot, "Bandelier's Contribution to the Study of Ancient Mexican Social", en *University of California Publications in American Archeology and Ethnology*, vol. 12, 1917, pp. 249-282.
- Wenke, Robert J., *Patterns in Prehistory. Humankind First Three Million Years*, Oxford University Press, New York, 1984.
- Wet, J. M. de, y J. R. Harlan, "Origin of Maize: The Tripartite Hypothesis", en *Euphytica*, núm. 21, 1972, pp. 271-279.

- Wheat, Joe Ben, "The Olsen-Chubbuck Site A Paleo-Indian Bison Kill", en *Memoirs of the Society for American Archaeology*, núm. 26, Society for American Archaeology, Washington, D. C., 1972, p. 26.
- Wilk, Richard R., *Economies and Cultures. Foundation of Economic Anthropology*, Indiana University, Westview Press, 1996.
- Wiley, Gordon R., Gordon F. Ekholm y René F. Millon, "The Patterns of Farming Life and Civilization", en *Handbook for Middle Americans Indians*, vol. 1, University of Texas Press, Austin, 1976, pp. 446-500.
- Wittfogel, Karl, "Die Theory der Orientalischen Gesellschaft", en *Zeitschrift für socialforschung*, 1957.
- _____, *Oriental Despotism*, Yale University Press, New Haven, 1957.
- _____, "Developmental Aspects of Hydraulic Societies", en Stuart Struever (ed.), *Prehistoric Agriculture*, The American Museum of Natural History, The Natural History Press, New York, 1971, pp. 557-571.
- _____, "The Hidraulic Approach to Pre-Spanish Mesoamerica", en Douglas S. Byers (ed.), *Prehistory of the Tehuacan Valley*, vol. 4, University of Texas Press, Austin, 1972, pp. 59-80.
- Wolf, Eric, *Peasants*, Engelwood Cliffs, Prentice Hall, New Jersey, 1966.
- _____, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*, ERA, México, 1967.
- _____, *The Valley of Mexico: Studies in Prehispanic Society*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1976.
- _____, *Europe and the People Without History*, University of California Press, Los Angeles and London, 1982.
- Wright, Ronald, *Stolen Continents: The Americas through Indian Eyes Since 1492*, Houghton Mifflin Co., Boston, 1992.
- Yadeun, Juan, "La diacrosincronía de la estructura urbana del Estado: el caso de Mesoamérica", en Jesús Monjarás-Ruiz et al., *Mesoamérica y el centro de México*, INAH, México, 1985, pp. 115-132.

- Yáñez Ruiz, Manuel, "Los tributos entre los aztecas", en *Esplendor del México antiguo*, vol. 2, Centro de Investigaciones Antropológicas de México, México, 1959, pp. 777-788.
- Zantwijk, Rudolph van, "La estructura gubernamental del estado de Tlacupan (1430-1520)", en *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. VIII, México, 1969, pp. 123-155.
- _____, "Las organizaciones social-económica y religiosa de los mercados gremiales aztecas", en *Boletín de Estudios Latinoamericanos*, vol. 10, Universidad de Amsterdam, 1970, pp. 1-20.
- _____, "Politics and Ethnicity in a Prehispanic Mexican State Between the 13th and 15th Centuries", en *Plural Societies*, vol. 4, 1973, pp. 23-52.
- _____, *The Aztec Arrangement: The Social History of Pre-Spanish Mexico*, University of Oklahoma Press, Norman, 1985.
- Zorita, Alonso de, "Breve sumario-relación de los señores de la Nueva España", en Juan B. Pomar y Judith Zurita (eds.), *Relaciones de Texcoco y de los señores de la Nueva España*, Nueva Colección de Documentos para la Historia de México, vol. 2, Editorial S. Cházvez Hayhoe, México, 1941, pp. 67-205.

Índice

Presentación	7
ENRIQUE SEMO	
Agradecimientos	11
Señales en el camino	13
Antropología económica e historia	21
Conceptos organizadores	30
Periodización	37
Las fuentes	43
Cazadores y recolectoras	55
El testimonio arqueológico	64
La economía nómada	76
Las relaciones sociales	81
La revolución agrícola	95
Los orígenes de la agricultura	99
La arqueología habla	103
La generalización de las aldeas agrícolas	108
Las cuatro plantas	113

Teorías que explican el paso a la agricultura	116
La consolidación de la tribu y el cacicazgo	125
Las sociedades tributarias	133
Los olmecas	138
El periodo clásico	145
El periodo posclásico	160
Las ramas de la economía	167
Agricultura, caza y pesca	167
La artesanía	183
Tráfico y comercio externo	195
El tributo	220
La economía política y cultural de los mexicas	231
Concentración del poder político y económico	239
Los límites del mercado	258
El complejo militar	263
La comunidad campesina y el <i>calpulli</i>	272
Macehuales, mayeques y esclavos	281
Epílogo	289
Bibliografía	305

Los orígenes. De los cazadores y recolectoras a las sociedades tributarias, 22000 a.C.-1519 d.C., escrito por Enrique Semo, de la colección Historia Económica de México, editado por la Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial, en coedición con Editorial Oceano de México, se terminó de imprimir en junio de 2006 en los talleres de Impresos y Encuadernaciones SIGAR, que se localizan en la calzada de Tlalpan 1702, colonia Country Club, en la ciudad de México, D.F. La encuadernación de los ejemplares se hizo en los mismos talleres. Formación realizada en Ediciones de Buena Tinta, S.A. de C.V., San Julio, Mz-607, L-24, colonia Pedregal de Santa Úrsula. C.P. 04600, México, D.F. Se usaron tipos Giovanni Book de 17/20 y 10/14, Frutiger de 18/20 y 9/12. En la impresión de los interiores se usó papel ahuesado de 75 g. El diseño de interiores lo hizo Marycarmen Mercado, y el de la portada Marco Xolio. La edición consta de 4 000 ejemplares.

